
UNA
AUDITORÍA
AL CORAZÓN
MARTINA LEIVA

# UNA AUDITORÍA AL CORAZÓN

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Una auditoría al corazón

©Martina Leiva

©julio, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

# Capítulo 1



*Hace 14 años…*

—Mira, mira, quién viene por ahí —me decía mi amiga Cristina, señalando la entrada del instituto.

—¿Y qué?

—¿Cómo qué «y qué»? No me negarás que está de escándalo el chaval.

Me giré para ver cómo Leo, uno de los chicos más guapos del instituto —por no decir el que más— aparcaba su moto en el espacio habilitado para ello. La verdad es que mi amiga Cristina tenía razón, el muchacho estaba como quería, pero todo lo que tenía de guapo lo tenía de chulo.

—¡Que ya estoy harta de que se dirija a mí con calificativos tipo «insecto palo»! ¿Sabes lo que me dijo el otro día? —le contesté a mi amiga.

—A ver, sorpréndeme.

—Me dijo que mi cuerpo era como la magia, porque no tenía nada por aquí ni por allá. —Cristina soltó una carcajada que me contagió.

—Por lo menos es ingenioso, el chaval. Hija, qué injusta es la vida, todo lo que te falta a ti, me sobra a mí —me dijo ella con deje de melancolía.

Era cierto, a mis dieciséis años, a mis dieciséis años, mi cuerpo parecía una tabla de planchar, liso por delante y por detrás. El suyo era todo lo contrario; Cristina era más bien rellenita, y eso la tenía muy acomplejada. Yo había aprendido a aceptar mi cuerpo, aunque no voy a negar que soñaba con tener dieciocho años y operarme el pecho. Nada exagerado, pero tampoco como ahora. Para que os hagáis una idea, a mí, la talla treinta y cuatro me quedaba grande, al igual que la más pequeña de los sujetadores normales. Por eso usaba deportivos, porque mis tetas tenían el mismo tamaño que cuando empezaron a salirme a los diez años.

—Pero mira a quién tenemos aquí, si son Timón y Pumba —nos dijo Leo al pasar por nuestro lado—. ¿Qué pasa, que el Rey León os ha dado el día libre para que podáis venir a examinaros?

—Desde luego, hijo, que todo lo que tienes de guapo lo tienes de imbécil —le respondí, negando con la cabeza.

—¿Me has llamado guapo, Timón?

—He dicho una cosa que es evidente. Creo que tú tienes espejos en tu casa, y que los usas a menudo, a juzgar por la cantidad de gomina que

llevas en el flequillo. Quédate mejor con lo otro que te he dicho, que eres imbécil, lo mismo y hasta puedes mejorarlo.

—Pues claro que tengo espejos, monina, para admirar esta belleza que tenéis delante.

—Lo que yo te diga, dos neuronas: una de vacaciones y la otra teletrabajando —le contesté.

—La que teletrabaja, entonces, tiene que estar a pleno rendimiento, porque he terminado bachillerato con una media de nueve con nueve, y espero que la selectividad esté más o menos al mismo nivel —me respondió él con una sonrisa.

—Cuídala, chico, porque como se te ponga en huelga, no vas a saber ni limpiarte el culo. —Me di media vuelta, cogí a mi amiga del brazo y entramos dentro del instituto.

Eso era cierto, Leo podía ser todo lo chulo, engreído y gilipollas del mundo, pero también era un tío inteligente y aplicado, que sabía diferenciar entre los ratos de broma y los momentos de estudio, ahí no le podía decir nada.

Lo dejé riendo, mientras Cristina y yo entrábamos, regalándole una peineta al pasar. Ese tipo de guerras dialécticas eran muy comunes entre nosotros, tanto que ya nadie se extrañaba; llevábamos así años, prácticamente desde que nos conocimos, y hasta los profesores terminaban riendo con nuestras ocurrencias, que no pasaban de ahí. Jamás se nos

ocurrió a ninguno de los dos hacer cualquier tipo de comentarios que nos pudieran hacer daño de verdad.

—Hija, pareces boba. Es aparecer ese tío y no puedes ni hablar —le recriminé, molesta.

—¿Otra vez te has quedado callada, Cristinita? —preguntó María, que salía de uno de los baños del pasillo.

—¿Qué queréis que haga? Es tenerlo delante y me pongo nerviosa. Me da miedo que pueda contestarme algo que me hiera, bastante complejo tengo ya, como para que venga alguien como él o su amigo David y me pisoteen más la autoestima —dijo ella, al borde de las lágrimas.

—Vamos, chica, si eres preciosa. Esos kilitos de más que estás diciendo, seguro que un plis te los quitas de encima —la animó María.

—¿Me ves a mí con algún complejo?

—No, pero es distinto, a ti no te sobra peso como a mí.

—Claro, no me sobra peso, me falta. Si me pintas de rojo, parezco un arañón, por favor —le dije, y ella soltó una carcajada.

Entramos a clase, era uno de nuestros últimos exámenes, y ya mismo teníamos las vacaciones encima. Mi única alegría era que no los veríamos más en mucho tiempo, porque ellos ya terminaban el instituto, eran dos

años mayores que nosotras. Al no vivir en el mismo barrio, y aunque nuestra ciudad era pequeña, sería difícil volver a coincidir; ya se moverían por ambientes distintos.

—Tenemos que pensar en qué vamos a hacer este verano —dijo María, que era la que vivía más acomodada económicamente de las tres.

—¿Qué vamos a hacer? Ir a la playa y a bailar por la noche, poco más —le contestó Cristina.

—Hablaba de irnos a cualquier sitio, aunque fuera un fin de semana.

—Conmigo no cuentes para eso. Mi economía, lo máximo que me da es para recargar el bonobús y comprarme una lata en la playa —le dije yo, con una sonrisa.

Mis padres, Alfonso y Manuela, tenían que hacer malabares para llegar a fin de mes, y yo no pensaba cargarlos con más preocupaciones. Mi padre era camarero en uno de los restaurantes más famosos de la ciudad. No es que lo ganara mal, pero echaba más horas el pobre detrás de la barra que un reloj. Vivíamos en un precioso piso en el centro, junto a una de las plazas principales, herencia de mis abuelos maternos, pero habían tenido que pagar una derrama para poner el ascensor, por lo cual tuvieron que pedir un préstamo. Mi madre, que en principio era ama de casa, se buscó dos o tres casitas para limpiar por horas, y así aportar algo a la economía familiar.

—Yo he pensado buscar algo de trabajo este verano; de momento, mi vecina me ha dicho que, si me puedo quedar con su niño mientras ella

trabaja, me pagará trescientos euros. Le he contestado que sí, por supuesto —dijo Cristina.

—Yo también, pero no con niños. Intentaré buscar algo en algún chiringuito o tienda de recuerdos, a ver si hay suerte —comenté mi intención.

—Pero si hacéis eso, os vais a perder todo el verano. Habréis estudiado todo el año para nada —dijo María.

—No, habremos estudiado para tener un mejor futuro, porque yo no me pienso conformar con trabajar de lo que encuentre toda mi vida. Quiero ir a la universidad, sacar unas pedazo de notas y trabajar en algo que me guste y me permita vivir bien —le respondí. Y era cierto, tenía las cosas muy claras y no me iba a conformar con menos.

—Pues yo pienso pasarme todo el verano a la bartola, de la hamaca al chiringuito y viceversa —dijo María. Para ella, cuyos padres eran de clase media–alta, era muy fácil.

—Es muy fácil ir a papá y decirle que necesitas cien euros para unos vaqueros, y que te den doscientos para que también te compres una camisa. En mi caso, esos cien euros me sirven para vestirme todo el año entero —le contesté.

María era muy buena niña, pero a veces se pasaba de arrogante. Es cierto que ella no tenía la culpa de haber nacido en el seno de una familia con

dinero, pero nosotras tampoco de haber nacido en hogares obreros, donde miraban por un céntimo, lo que no hay en los escritos.

Entramos a hacer el examen que nos quedaba pendiente para terminar. Estaba deseando que eso ocurriera, para que el colegio acabara y así no tener que venir hasta aquí con el calor que hacía.

Quedamos en vernos en el bar de enfrente en cuanto que fuéramos terminando, porque cada una lo tenía de una asignatura. El mío era de matemáticas, porque yo tenía claro que quería estudiar económicas. El de Cristina era de biología, ella tenía claro que quería estudiar odontología. Y el de María era de ciencias, ella decía que le gustaba la rama de enfermería.

—Por fin se terminó todo —dije en cuanto llegué a la terraza del bar, donde ya estaban mis amigas con un refresco.

—Ni que lo digas, el simple hecho de no tener que madrugar, para mí ya es un triunfo —dijo María, y nosotras la miramos como un poquito de envidia, la verdad.

—Mira, Carol, ahí enfrente hay un cartel de «Se busca dependienta», ¿por qué no preguntas? —Me señaló Cristina una tienda del paseo marítimo.

Entré a preguntar sin sentarme ni a pedir algo, y me hicieron una entrevista. No tenía experiencia, pero aprendía rápido. La chica me dijo que me quedara para una prueba, y la pasé con creces.

—Empiezas el día uno, te dejo estos días para que descanses. Déjame tu DNI para pasarlo al asesor y que te prepare el contrato —me dijo la chica, que se llamaba Almudena.

—Me has salvado la vida, que lo sepas. Mil gracias, Almudena, el día uno a las tres de la tarde me tienes aquí —le contesté, mientras ella quitaba el cartel de la puerta y nos despedíamos.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Cristina, porque a María eso de no tener con quién salir por culpa del trabajo, no le había gustado nada.

—¡Tengo trabajo! —exclamé, más feliz que una perdiz.

—Enhorabuena, te lo mereces —me dijo Cristina.

—No es gran cosa, es un contrato de seis horas, de tres de la tarde a nueve de la noche, de lunes a sábado, y me pagan seiscientos euros, que en mi casa vendrán de lujo —le conté con una sonrisa.

—Yo no me mataría a trabajar por ese dinero, la verdad —comentó María, con ese tono arrogante que no me gustaba nada.

—María, de verdad, cuando te pones así no te aguanto. Ya sé que eso es lo que tu madre se gasta en una de sus salidas de amigas, pero yo no tengo esa suerte. Si tanto te molesta que tenga que trabajar, no sé por qué no te buscas unas amigas de tu nivel —dije, enfadada, y dispuesta para marcharme a casa.

—Lo siento, perdona. No quiero otras amigas, os quiero a vosotras, ¿me perdonáis?

Al final, terminamos las tres abrazadas, y conmovimos al dueño del bar, que nos conocía de ir a diario a por el bocata y la lata del recreo. No había mejores bocadillos de tortilla de patatas que los suyos en toda la ciudad, por eso, la mayoría de los alumnos hacíamos cola todas las mañanas.

Nos despedimos y quedamos en llamarnos al día siguiente para ir a la playa. Planeamos llevar la comida y pasar allí el día hasta que el sol se escondiera y regresáramos a casa.

—¡Mamá, tengo una noticia fantástica! —grité al entrar en mi casa.

—¿Has aprobado todo? Eso es lo normal en ti, Carolina —me respondió mi madre, porque mi padre estaba trabajando.

—He encontrado trabajo, empiezo el día uno… —le conté a mi madre todo y ella se abrazó a mí.

—Así podrás tener para tus gastos y ahorrar algo de dinero para cuando vayas a la universidad.

—No, mamá, yo, con la mitad del sueldo, tengo para todo eso y más, y la otra mitad quiero aportarla en casa, así contribuyo a que tengas que echar menos horas trabajando —le dije, y ella me abrazó con lágrimas en los ojos.

# Capítulo 2



*En la actualidad…*

Iba a consultar las notas de las oposiciones a la Agencia Tributaria a las que me había presentado hacía unas semanas. De los mismos nervios, no fui capaz de encontrar mi nombre en el listado público que habían puesto.

Tal y como me prometí a mí misma, estudié Económicas, y me gradué *Cum Laude*, con el mejor expediente académico de la promoción. Para mis padres fue un orgullo, porque seguí trabajando hasta el mes pasado, compaginando el trabajo con mis estudios, incluso con la preparación de las oposiciones, donde aprovechaba los ratitos que no había clientes para repasar lo que había estudiado durante la mañana.

—Carolina, ¿te encuentras ya o no? —me preguntaba María, que había venido a acompañarme. Cristina lo hacía con el corazón, puesto que estaba trabajando.

—No me veo, y a la que al final voy a tener que ir a ver, va a ser a Cris. Como siga apretando los dientes de esta manera, se me van a saltar las

muelas —le contesté, presa de los nervios.

—A ver, quita que mire yo —me dijo ella.

Me jugaba mucho, mi futuro, para ser exacta. Si aprobaba y cogía plaza fija, era un trabajo para toda la vida, pero si suspendía, había perdido dos años de mi vida.

—Mira, loquita, ¡si has sacado el número uno! Con razón no te veías, si estabas buscando tu nombre por abajo —me dijo, emocionada, y empecé a llorar.

—No sabes lo que supone esto para mí, María. Es como mi sueño hecho realidad.

—Por supuesto que lo sé, te he visto sacrificar mucho desde que teníamos quince años para conseguirlo. Si alguien se lo merece, esa eres tú. No te vayas a pensar que, porque yo no haya tenido que hacer ningún esfuerzo para trabajar, no sé valorar lo que has hecho —me dijo, dándome un abrazo.

Era cierto eso que decía, porque ella, en cuanto terminó Enfermería, entró a trabajar en la clínica privada propiedad de su familia, donde sus padres ejercían como médicos, él como neurólogo y su madre como reumatóloga. Cuando dijo que quería ser enfermera, en su casa cayó como un jarro de agua fría, porque sus padres pensaban que seguiría sus pasos. Con el tiempo, lo terminaron aceptando, y ahora era una de las mejores, en la rama de Ginecología, porque se hizo matrona.

—Verás cuando se enteren mis padres, el número uno, eso significa que no me tendré que marchar fuera, que me quedaré aquí. Ahora solo me queda esperar a ver en qué departamento me adjudican la plaza —le decía a María, yendo hacia donde trabajaba mi padre, que nos había reservado una mesa para comer.

Cuando mi padre me vio entrar, y se fijó en mi cara, la alegría lo invadió, y salió corriendo hacia mí, levantándome en brazos y girando conmigo.

—¿Qué pasa, Alfonso, le ha tocado a tu hija la Primitiva? —preguntó el dueño, que en esos momentos salía de su despacho.

—Mejor que eso, Gonzalo, ha aprobado las oposiciones. Tienes delante a una flamante inspectora de la Agencia Tributaria —le contestó mi padre, con toda la confianza que tenían, puesto que lo había visto crecer.

—Chicos, a ellas no cobrarles nada hoy, no vaya a ser que nos meta una auditoría y se arme la de Dios. Alfonso, llama a Manuela y dile que la quiero aquí en veinte minutos. Y tú, ven aquí, anda, y dame un abrazo. Mi más sincera enhorabuena —dijo, abriendo los brazos.

Nos conocíamos de toda la vida, porque cuando mi padre entró a trabajar en el restaurante, era su padre el que lo regentaba, mientras nosotros correteábamos por el patio interior. Ahora era él quien lo llevaba todo, junto a su hermana, pero Marcela estaba más en la sombra.

—Gracias, Gonzalo. Todo esfuerzo tiene su recompensa.

—Dios te oiga, porque yo llevo más de tres años esforzándome para que me des una cita, y no he obtenido mi recompensa todavía —me dijo en tono burlón, y yo le sonreía.

—Anda, anda, déjate de tonterías. Papá, ponme una cerveza bien fresquita, que me lo merezco.

—Alfonso, hoy comes con tu familia, que tenéis que celebrarlo, y no me vayas a decir que no puedes abandonar tu puesto, que Javier te cubre.

Mientras que mi padre iba a cambiarse y esperábamos a que llegaran mi madre y Cristina, María y yo nos sentamos a esperarlos.

—Chica, cómo está Gonzalito. ¿Por qué no le dices que sí? —me dijo María, a la que se le iban los ojos detrás de él.

—¿Por qué es el jefe de mi padre? ¿Por qué nos conocemos de toda la vida y nunca hemos sentido atracción el uno por el otro? —le contesté.

No os he contado lo que pasó con mi físico. Una noche, me acosté con mi cuerpo de siempre y, al levantarme, me llevé una gran sorpresa al mirarme en el espejo. Mi busto había aumentado como unas cuatro tallas, pasando del sujetador deportivo a una talla cien de sujetador. Todavía se veía más exuberante al tener el vientre completamente plano, lo mismo ocurrió con mi trasero, pero eso fue fruto del gimnasio al que nos apuntamos Cristina y yo aquel verano, porque ella también se había convertido en una mujer de bandera.

Como decía mi madre, habíamos pasado de ser el patito feo a convertirnos en dos preciosos cisnes. Lo único que no había cambiado era mi pelo, que seguía tan rizado y con tanto brillo como cuando era una niña.

—A mí lo que me parece es que no has podido olvidar a cierto estudiante del instituto —me dijo, medio riendo.

—Anda, anda, no digas más pamplinas, hazme el favor. Ni que hubiera tenido algo con él para no poder olvidarlo. Lo único que no he podido olvidar fue el bochorno y la vergüenza que me hizo pasar el día de la fiesta de graduación…

Ese día vino a mi memoria como si hubiera ocurrido la noche anterior.

*Después de la ceremonia de graduación, los alumnos tanto de bachillerato como de secundaria que nos habíamos graduado, celebramos una fiesta. Ese día me había recogido el pelo en un moño desenfadado, y me había puesto un vestido largo, anudado al cuello y con toda la espalda al aire. Como casi no tenía pecho, no me tuve que poner sujetador.*

*Se puso detrás de mí sin que me diera cuenta, y con mucho sigilo, deshizo el lazo que sujetaba mi vestido, por lo que la parte delantera cayó a plomo, dejando mis pechos al aire. Esa podía haberse considerado una broma, pesada, sí, pero broma, al fin y al cabo, lo que no lo fueron las palabras que pronunció a continuación.*

*—Chica, para lo que tienes, bien podías venir sin nada por arriba. Estarías más fresquita, a no ser que lo hagas, que te vistas así para que no*

*te confundan con ninguno de nosotros.*

*Salí de allí como alma que lleva el diablo, y llorando a mares, mientras que él y sus amigos no paraban de reír.*

—Amiga llamando a Carolina, vuelve a la tierra pronto, por favor —me habló Cristina, que acababa de llegar.

—Perdona, por un momento me perdí en mis pensamientos. Siéntate, que vamos a celebrar por todo lo alto, no solo que he aprobado, sino que me quedo aquí —le dije, entusiasmada e intentando quitarme el mal cuerpo que se me había quedado al pensar en lo que hizo Leo.

—Madre del Amor Hermoso, este Gonzalito cada día está más bueno —dijo Cristina al verlo pasar y guiñar un ojo.

—Os recuerdo que estoy aquí presente y que estáis hablando de mi jefe —dijo mi padre, que estaba tomando asiento en ese momento, ya solo faltaba que llegara mi madre, que entraba en ese momento por la puerta.

—Alfonso, tú eres muy moderno y no te asustas con estas cosas. Si eso lo dijéramos delante del mío, me llevaba por la coleta hasta la iglesia y mandaba a que me hicieran un exorcismo —dijo ella, provocando una carcajada en todos.

—Todavía me acuerdo el día que te fuiste a vivir sola, como, cuando me encontró por la calle, me decía que yo tenía suerte de que me había tocado

una hija decente, que no se marcharía de mi casa hasta que fuera con su marido —dijo mi madre, que no paraba de reír.

—Y tú, ¿qué le contestaste, Manuela? —preguntó Cristina curiosa.

—Que no era decente, que era pobre. ¿A ver si tú te crees que yo no sé que mi hija, al igual que toda la juventud, no catáis el producto antes? Tu padre vive en el siglo pasado, cariño.

La comida transcurrió entre risas y anécdotas de cuando entramos en el instituto, con doce añitos, creyéndonos más mayores que nadie y haciendo nuevas amistades, como la de María que se unió a nosotras por aquel entonces, porque Cristina y yo permanecíamos juntas desde que entramos en primero de primaria.

—Esta noche, fiesta, que lo sepas —me dijo María, que tenía libre tres días, hasta el lunes en el que se incorporaba al turno de mañana.

—Por supuesto, no te vayas a creer que te vas a quedar en casa, que ya no tienes excusa —dijo Cristina.

En los últimos tiempos, antes de que me presentara a las oposiciones, esa era mi excusa, que tenía que estudiar. Aun siendo cierto, más de una noche pude salir de fiesta con ellas, pero no me apetecía nada hacerlo, igual que hoy, aunque como bien había dicho ella, ya no tenía motivo para evitarlo.

—¿He oído fiesta? —dijo Gonzalo, acercándose a la mesa y sentándose entre mi madre y yo, que le hicimos hueco.

—Sí, Gonzalito —que era como mi madre se dirigía a él—, estas niñas que dicen que se van de fiesta. ¡Quién tuviera veinte años menos!

—Mamá, si tú tuvieras veinte años menos, tampoco te podrías ir porque no tendrías con quién dejarme —le dije, sacándole la lengua.

—Pues yo me apunto, hace mil años que no me marco una juerga en condiciones —me contestó Gonzalo.

—¿Tú novia no se enfadará porque salgas con tres bellezas como nosotras? —preguntó María, con toda su intención.

—No tengo novia, tan solo algún rollito por ahí, pero que, si se enfada, la muchacha tiene dos trabajos, hacerlo y beber agua, para el disgusto.

Todos soltamos una carcajada, porque Gonzalo, realmente, era muy divertido. Él iba a la clase de Leo y de David, pero nunca se metió con nosotras. Todo lo contrario, a mí siempre me defendía. El día que sucedió eso en la fiesta, se enfrentó a todos, y me ayudó a salir de allí, había demostrado que era un buen amigo, independientemente de las bromas que me gastaba.

—¿Ves como es cierto lo que te ha dicho antes? Ante tu insistencia, al final vas a cenar conmigo, hasta una copa te vas a tomar —le dije, buscándole la lengua.

—Manuela, mira tu niña, que no para de negarme una cita. ¿Soy o no soy el yerno perfecto, *suegri*? —le habló a mi madre, que se partía de la risa.

—Lo que me faltaba, que encima de ser mi jefe, fueras mi yerno. Pido la jubilación anticipada, fíjate lo que te digo —le contestó mi padre, imitando el gesto que se hace cuando te entra un escalofrío por el cuerpo.

—¿Qué mejor yerno que tú? Di que sí, mi niño, tú ahí, pico y pala, que al final, verás tú como cae. Eso sí, cuando ocurra, a tu suegro le cambias el turno para que tenga los sábados y los domingos libres, y a ver si le subes un poquito el sueldo, que desde Navidad no puedo comprar jamón —le contestó mi madre, siguiéndole la corriente, porque todos sabíamos que eran bromas.

—Bueno, nosotros nos vamos. Nos vemos aquí para cenar, resérvanos una mesita para eso de las nueve y media, guapetón —le dijo María con toda la cara del mundo.

—No os preocupéis, que la cena la pago yo —contestó él.

—Anda, que no, como si fueras tú quien pagara; si no invitaras, no vendríamos aquí, nos íbamos al chino a por el menú barato, que yo tengo una hipoteca que pagar —dijo Cristina, y todos estallamos en una carcajada.

# Capítulo 3



El fin de semana había pasado muy rápido, entre la cena y la fiesta del viernes, esa en la que se nos unió Gonzalo, que terminó la noche en casa de Cristina; y el domingo playero que nos pegamos las tres, el lunes por la mañana no podía con mi cuerpo.

Durmiendo estaba cuando mi móvil sonó, debía ser muy temprano, porque mi madre aún no había salido a limpiar sus casitas, como ella decía, y es que no hubo forma de que dejara de trabajar, decía que con eso se sentía viva.

—Buenos días, ¿la señorita Carolina Durán? —me dijo la voz de una mujer que estaba al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla? —contesté, un poquito nerviosa, para qué vamos a negarlo.

—La llamo del departamento de Recursos Humanos de la Agencia Tributaria. Al obtener el número uno en las oposiciones, tiene usted

prioridad para elegir destino, y le informo de que hay una vacante en la ciudad, en la sucursal de la plaza de la Constitución. ¿está usted interesada?

—Por supuesto que sí.

—Bueno, si le parece bien, la espero en ese edificio, en la tercera planta, pregunte por Teresa Molina, dentro de una hora, y ya le explico todos los detalles.

—Me parece perfecto, allí estaré. Gracias.

Me levanté como si me hubieran puesto un petardo en el culo y, en menos de media hora, ya estaba duchada, vestida y en la cocina para tomarme un café.

—¿Dónde vas tan temprano, hija de mi vida, si no son ni las nueve? —me preguntó mi madre, al verme entrar por la cocina.

—Me llamaron esta mañana del trabajo, tengo que estar allí en media hora, así que me tomó esto corriendo y me voy, luego te cuento —le dije, bebiéndome el café de un trago. Por suerte no estaba demasiado caliente, o hubiera tenido que hablar por señas.

Salí de allí como alma que lleva el diablo, afortunadamente, la parada la tenía justo debajo de casa, y el autobús estaba allí, así que no perdería el tiempo esperando.

Si os estáis preguntando si tengo coche, la respuesta es sí, mi Manolito, que así se llamaba. Era un Ford Fiesta que me compré de segunda mano cuando Franco jugaba al trompo, pero al que le tenía un enorme cariño. ¿Por qué iba en bus en vez de coger mi coche? Eso tiene una respuesta sencillísima, en mi ciudad era imposible aparcar luego, entre la zona azul, la zona naranja y la zona verde. En lugar de buscar estacionamiento, parecía que estábamos jugando al parchís.

Por ese motivo, mi Manolito solo se usaba cuando me tocaba ir al súper para hacer la compra grande del mes o cuando me iba fuera con mis amigas, preferentemente a la playa de los pueblos colindantes. En el autobús me movía perfectamente, y eso cuando iba justa de tiempo, porque en los días en los que no tenía prisas por ir a ningún sitio, prefería ir caminando, dando un paseo. Os parecerá mentira, pero de una punta a otra de mi ciudad, andando, no se tardaba más de un par de horas, y eso tirando por largo y yendo a paso de tortuga.

Eran las nueve y veinte cuando entré por las puertas del edificio, y me ocurrió una cosa muy curiosa. Al pasar el control de seguridad, el vigilante de la puerta me preguntó si llevaba un destornillador en el bolso. Me puse a pensar con qué podría haberlo confundido, y me acordé de que lo que llevaba era un bolígrafo, que me hizo sacar y enseñárselo. Definitivamente, me había visto cara de terrorista.

Cuando me vio parada para tomar el ascensor, se volvió a acercar a mí.

—¿A dónde se dirige, señorita?

—A la tercera planta, tengo cita con la señora Teresa Molina.

—Lo siento, pero no puedo dejarla pasar, a esa planta solo puede acceder el personal, y por lo que veo, usted no lo es.

—Si no me deja subir, probablemente no lo sea. Vengo para firmar mi contrato, si es usted tan amable de dejarme que coja es ascensor, claro.

—Le repito que lo siento mucho, en la lista no hay ninguna cita con la señora Molina.

—Entiendo que usted hace perfectamente su trabajo, pero ¿porque, en vez de estar aquí discutiendo conmigo, no llama a esa señora y que ella me autorice?

—La señora Molina está muy ocupada y no se la puede molestar. Es ella la que autoriza sus visitas, y no tenemos ninguna agendada para hoy.

—Y vuelta la mula al trigo. Chiquillo, sube conmigo si quieres, y que ella te lo diga de viva voz. Me vas a hacer llegar tarde y quedar mal. —Mi tono iba cambiando, porque lo que empezó como una broma, ya se estaba volviendo castaño oscuro.

—Yo no puedo hacer eso, el acceso a esa planta es restringido, como ya le he dicho y parece que no se entera.

—El que no te enteras eres tú, y estoy empezando a cabrearme. No querrás verme cabreada, te lo aseguro.

—¿Me está usted amenazando? Porque no tengo ningún problema en prohibirle la entrada en el edificio, así que usted verá, si se va por las buenas o la tengo que echar por las malas.

En esa guerra estábamos los dos, cuando las puertas del ascensor se abrieron, saliendo una mujer de unos cincuenta años, superelegante, que miró al segurata con mala cara.

—Braulio, ¿se puede saber qué estás haciendo fuera de tu puesto? Llevo más de diez minutos llamando para decirte que tiene que venir una chica para una cita conmigo. Ha sido todo algo de última hora que me han pasado, por eso no está en la agenda.

—Y esa chica, soy yo. Carolina Durán, señora Molina —le dije, y vi como el chico de seguridad se ponía blanco.

—Lo siento, señorita Durán, le pido mil disculpas.

— Disculpas aceptadas, pero la próxima vez, en vez de ser tan testarudo como ha sido, le aconsejo que pregunte antes, se ahorraría muchos disgustos.

Tomé el mismo ascensor de vuelta con la señora Molina, que me miraba con una sonrisa en los labios, y salimos en la tercera planta, donde estaban situados todos los despachos.

—Vamos a pasar primero por mi despacho, allí le explicaré todo, tal y como le he anticipado por teléfono, y luego pasamos a enseñarte el tuyo. Empezarás mañana mismo, ¿te supone algún inconveniente? —me dijo Teresa, que era así como quería que la llamara.

—¿Inconveniente, yo? Para nada. Cuanto antes mejor —respondí con una sonrisa.

—Perfecto entonces, porque hay mucho trabajo que hacer. Ahora te diré en que consiste el tuyo.

Pasamos al interior de su despacho, donde nos sentamos cómodamente, y me ofreció un café, que acepté, porque entre la premura por llegar a tiempo y el disgusto que me había dado el guarda de seguridad, tenía el que me había tomado en mi casa, más o menos a la altura del dedo gordo del pie.

Teresa me explicó que la vacante de esa oficina estaba en el departamento de auditorías, que, si lo aceptaba, iba a estar muy entretenida, porque mis compañeros eran muy simpáticos, una pareja que se llevaban a las mil maravillas. Eso que me había dicho me gustó, porque un ambiente hostil en el trabajo tenía que ser lo más incómodo del mundo. Mi sueldo ya lo sabía, y mi horario sería de ocho a tres, estuviera o no en la oficina.

—Si te remarco el horario es porque, algunos propietarios de las empresas auditadas, con tal de terminar antes con todo, les piden a los inspectores que acudan fuera de su horario, jamás lo consientas. Te pagan por esas horas, ni una más.

—Perfecto, siempre es bueno saber esas cosas.

—Ahora, vamos a conocer a Benito y Domingo, son algo peculiares, pero implacables en su trabajo, y así ves tu despacho, por si quieres traer algo mañana para decorarlo.

Cuando entramos en la zona de auditorías, me quedé completamente sorprendida, porque no era para nada como me lo había imaginado. En ese departamento había tres despachos, uno frente al otro, el primero era el mío. Tenía una luz increíble, gracias a un ventanal que ocupaba casi todo el frontal de una pared, justo delante estaba el escritorio.

—Este será tu portátil, el que tendrás que llevar para trabajar fuera. Dentro de un rato, tendrás en tu correo electrónico todas las claves que necesitarás, para que, cuando te incorpores mañana, puedas empezar con tu trabajo. Las aplicaciones que utilizamos son muy intuitivas, pero no preocupes por eso, que tus compañeros te ayudarán a utilizarlas hasta que les cojas el tranquillo.

—Muchas gracias, Teresa, es un placer contar con gente como tú, tan amable y solícita —le estaba diciendo, cuando escuché una voz masculina por detrás.

—Mentira, está así porque es tu primer día, ya verás cuando empiece a pegar gritos porque el trabajo no está hecho —dijo riendo un hombre de unos cuarenta años, que era guapísimo, todo había que decirlo, a pesar de lo extravagante que iba vestido.

—No le hagas caso, corazón, que este Domingo siempre está de broma. Teresa es un amor, ya lo irás comprobando. Yo soy Benito —dijo el otro, dándole una colleja al que había hablado primero.

—Yo soy Carolina, y estoy encantada de estar aquí.

—¿Encantada dices? Ja, ja, ja, verás cuando tengas que auditar una empresa cuyo capital sea superior a quinientos mil euros. Te vas a acordar del momento en el que decidiste presentarte a esas oposiciones, te lo digo yo, que me cago en ellas como unas diez veces al día —dijo Domingo, y estallamos en una carcajada.

Teresa se marchó y me dejó allí con ellos. No podía trabajar porque todavía no tenía mis claves generadas, pero me quedé un buen rato charlando. Eran matrimonio, llevaban diez años casados, pero veinte de relación, y se complementaban a las mil maravillas.

Mientras que Domingo era totalmente extravagante vistiendo —y guapísimo, como ya os he dicho antes—, con una camisa de flores de manga corta y un pantalón verde manzana, su marido, Benito, era todo lo contrario, y llevaba una camisa de cuadros de lo más normal con un chino *beige*. No es que fuera un hombre feo, pero tampoco llamaba la atención como su marido.

Me estuvieron enseñando cómo funcionaban las aplicaciones con las que trabajaban, y era cierto lo que había dicho Teresa, se les cogía el truco

rápido, así que, en cuanto llegara al día siguiente, me podría poner a trabajar.

—Te voy a decir una cosa para que te quedes tranquila, y porque no es la primera vez que ocurre. Si te roban el portátil, lo pierdes o se te estropea, tu trabajo se queda grabado en el ordenador central, no tendrás que empezar de nuevo —me dijo Benito, y algo se tranquilizó dentro de mí al escucharlo.

—No te puedes imaginar lo que llega a hacer la gente para que no podamos desempeñar nuestro trabajo. A mí, en una ocasión, me llegaron a tirar una cerveza encima del portátil. Murió en el acto, por supuesto, y el que lo hizo, me dijo que como no parara de inmediato con la auditoría, le diría a mi jefe que lo había hecho yo para joderlo y que le diera dinero —me explicaba Domingo, y me quedé con la boca abierta.

—Para empezar, cuando vengas mañana, te voy a pasar el expediente de una de las empresas. No tiene mucho volumen, no te asustes, aunque no es una tiendecita tampoco. El dueño ha traído toda la documentación que le hemos requerido, ahora toca comprobarla —me dijo Benito, anticipándome el trabajo del día siguiente.

—Lo llevaba yo, pero le he pedido la documentación en tres veces, para que viniera por aquí. Está buenísimo, pero mi marido me ha prohibido que lo siga puteando, así que ahora te toca a ti —me explicó Domingo, y me hizo estallar en una carcajada.

Salí de allí con un buen sabor de boca, a pesar de lo ocurrido con el guardia de seguridad. Estaba deseando volver al día siguiente, con esos dos

me lo iba a pasar bomba, lo tenía claro.

# Capítulo 4



Esa noche dormí feliz. Al día siguiente me esperaba la aventura de un nuevo trabajo, ese que había soñado y por el que había luchado toda mi vida. Por eso, cuando sonó el despertador a las seis y media de la mañana, lejos de molestarme, me levanté de lo más sonriente, me di una ducha y me vestí.

Tal como había observado en mis dos colegas, no era necesario seguir un código de vestimenta, así que opté por un pantalón pitillo azul marino, una camiseta de tirantes anchos en *beige* y mis cuñas del mismo tono. Recogí mi cabello en una coleta alta, realcé mis rizos, apliqué máscara de pestañas, un poco de lápiz labial y ya estaba lista.

En mi casa, mis padres todavía seguían durmiendo, así que procuré hacer el menor ruido posible en la cocina, aunque, casi cuando ya me marchaba, apareció mi madre.

—Mucha suerte en tu primer día, hija —me dijo, dándome un beso en la mejilla.

—Gracias mamá, aunque no creo que la necesite. Mis compañeros son geniales.

—Eso está muy bien. Tener un ambiente cordial en el trabajo es primordial para sentirse a gusto.

Como disponía de tiempo, decidí ir caminando. Estaba a veinte minutos de casa, y me apetecía sentir el fresquito de la mañana, porque a la salida, y con el calor que estaba haciendo, era imposible que lo hiciera.

—Buenos días —saludé al mismo guardia de seguridad del día anterior, accediendo por la zona destinada al personal.

—Señorita, por ahí no puede pasar, eso es solo para empleados. Al público no se abre hasta las nueve —me indicó.

Con mi mejor sonrisa, me acerqué a él, que me observaba con escepticismo. No tenía claro si su mirada y actitud eran consecuencia de la bronca del día anterior o si simplemente disfrutaba tocándome los ovarios.

—Parece que ayer no quedó claro, pero no se preocupe, se lo repito. Soy parte del personal, me presento: Carolina Durán, la nueva inspectora de auditorías, un placer. —Le tendí la mano, pero me ignoró.

—Usted puede decir lo que le dé la gana, pero yo no veo su acreditación por ninguna parte.

En ese momento, Benito y Domingo entraban por la puerta, y eso fue mi salvación, porque me veía otra vez perdiendo media mañana por culpa del personaje este.

—Ay, Braulio, ¡qué cansino eres, hijo! Parece que vas a heredar tú la empresa para la que trabajas. No tiene acreditación porque hoy es su primer día. Ahora se la facilitará Teresa, mientras, yo respondo por ella —le dijo Domingo.

Después de mirarlo, como analizando la situación, aceptó haciendo un gesto con la cabeza, y me permitió pasar. Yo no digo que el hombre no estuviera cumpliendo con su deber, que lo hacía a la perfección, pero hay que saber cuándo uno tiene que hacer excepciones, y este caso era uno de ellos.

—Toma, aquí tienes el expediente del que te hablé ayer. Por cierto, estás guapísima, hija, qué envidia de figura la tuya —me comentó Domingo.

—Anda, habló el que parece sacado de una revista de moda. La madre que te parió, Dominguito, lo que hay que oír…

—Uy, pues si yo te parezco eso, cuando veas —si es que tienes el placer de verlo alguna vez— al del expediente que te acabo de pasar, te desmayas. Ese parece que se acaba de bajar de la pasarela de Milán.

—¡Qué exagerado eres, de verdad!

—Ahora que mi marido no está cerca —que luego se enfada— te diré una cosa: ese hombre es para encerrarlo en el cuarto de la fotocopiadora y agarrarlo como un chicle.

—¿Cómo un chicle? ¿Qué dices, loco?

—Sí, sacarle todo el sabor antes de escupirlo fuera de ese cuarto.

Mis carcajadas resonaron por toda la planta. ¿Cómo se le podían ocurrir esas cosas? Tenía que venirse una noche de fiesta con mis amigas y conmigo, porque nos lo íbamos a pasar pipa, sí o sí.

—Seguro que Domingo acaba de soltarte una de las suyas, como si lo viera —dijo Teresa, entrando por la puerta de mi despacho.

—Lo siento, pero es que no he podido aguantar la carcajada —le respondí, algo avergonzada.

—No sientas nada, él es así, y la mía también la escucharás alguna que otra vez. Venía a traerte tu acreditación, así ya no tendrás más problemas con Braulio. Es un tipo un tanto peculiar, pero para nada es mala persona.

—Lo sé, solo intenta hacer su trabajo lo mejor posible, aunque eso no impide que sea un poquito tiquismiquis.

—Un poquito, dice… Ya lo verás en plena campaña de la renta, que solo le falta el escudo de Capitán América, para creerse el héroe del edificio —

soltó de nuevo Domingo, y otra carcajada que me sacó, pero esta vez fue compartida.

— Os dejo, ya veo que tienes tu primer expediente sobre la mesa, y yo también tengo mucho trabajo por hacer.

Cuando me quedé sola, abrí el expediente para revisar la documentación que me había entregado Domingo. «Camacho Importaciones Cafeteras», esa era la empresa. Me sonaba de haberla visto en el polígono industrial, cerca del nuevo supermercado, pero no sabía nada sobre ella.

Tras más de dos horas analizando todo, decidí llamar a mi compañero, pues faltaba documentación.

—Domingo, ¿puedes venir un segundito, por favor?

—Claro, mi reina. ¿Qué te ocurre? —dijo él, apareciendo por la puerta de mi despacho.

—¿Esta es toda la documentación que tenemos de la empresa?

—Todita, toda. ¿Falta algo? ¿Has revisado todo?

—Faltan gastos por justificar y tenemos facturas que no están reflejadas en la contabilidad interna de la empresa.

—Pues entonces, será mejor que llames allí y que ellos te lo faciliten. Tú sabes qué es lo que falta, así que, valor y al toro, corazón, porque el tío, por muy bueno que esté, es más borde que todas las cosas.

Me contestó, y se marchó del despacho, tenía una llamada en espera y le habían contestado en ese momento. Cogí una bocanada de aire y descolgué el teléfono de mi oficina, dispuesta a ponerme en contacto con la empresa.

—Camacho Importaciones Cafeteras, dígame —dijo la chica que había descolgado la llamada.

—Buenos días, le llamo de la Agencia Tributaria. Me gustaría hablar con el gerente de la empresa, por favor.

—Un momentito, ahora mismo compruebo si está y le paso. Gracias.

Tras más de dos minutos a la espera, por fin se dignó a contestar a mi llamada. Empezábamos mal, no me gustaba la gente que hacía esperar a los demás por el simple hecho de creerse superiores.

—Camacho al aparato, dígame.

—Buenos días, señor Camacho, mi nombre es Carolina, y soy la inspectora que está llevando a cabo su expediente. Después de revisar la documentación que nos ha entregado, he podido comprobar que falta… —No me dejó seguir hablando.

—¡Estoy hasta los huevos de todo esto! Cansado de llevar documentación, que me pedís por episodios, como las series de cualquier plataforma. ¿Qué coño es lo que queréis ahora? —me dijo, muy enfadado. Entendía que esto no era cómodo para él, pero a mí no me iba a chulear.

—Para empezar, cambie ese tono con el que me está hablando. Y, para continuar, como usted está cansado de traer documentación, prepare toda la que tenga y, la que no, se la pide a su asesor, a su departamento de contabilidad o al mismo Juan Valdés, si hace falta, porque mañana a primera hora tendrá usted el privilegio de contar con mi presencia para una auditoría interna. Que pase usted una buena mañana. —Y le colgué. Venir a mí con insolencias de ese tipo, cuando yo ya venía de vuelta.

—¡Ole tus ovarios, sí, señora! Para chulo él, chula tú —dijo Benito, que había escuchado la conversación porque venía a preguntarme algo.

—No le diste ni oportunidad de réplica, como debe ser —añadió Domingo.

—Ya estoy curada de espanto con tipos así. Lo vengo soportando desde la secundaria, así que conmigo no va a poder.

—Esa historia nos la tienes que contar. Y como es la hora del descanso, lo haces en la cafetería con un buen desayuno por delante. Tenemos cuarenta minutos para ello —dijo Domingo, cogiendo el pequeño bolsito que llevaba, donde guardaba la cartera y el móvil.

—Vamos, que me muero por fumarme un cigarro.

No es que yo fumara mucho, pero cuando algo me ponía muy nerviosa —como era este caso— lo único que me tranquilizaba era darle una buena calada a un cigarrillo. Por eso llevaba siempre un paquete en el bolso.

—Ese vicio lo tienes que dejar, pero a la voz de ya. Es malísimo, y eres demasiado guapa para arruinarte la piel —me dijo Benito, mientras tomábamos el ascensor para bajar a la cafetería.

Al salir del edificio, y a modo de broma, le enseñé a Braulio mi acreditación, lo que provocó las carcajadas de mis compañeros, mientras el pobre hombre soportaba estoicamente la escena. Luego hablaría con él para que supiera que no había rencor.

Nos sentamos en una de las mesas que quedaban libres, y nos pedimos tres desayunos completos. Los molletes tenían una pinta estupenda, tan doraditos… o era el hambre que yo guardaba, que no era poco, precisamente.

—Cuéntanos ahora la historia del chulo del instituto y hacemos más ameno el desayuno —pidió Domingo, en modo cotilla.

—No hay mucho que contar. El típico guaperas de dieciocho años que se cree con el derecho de humillar a la gente, aunque a mí, en realidad, solo me humilló una vez, y pienso que trató de hacer una broma que se le fue de las manos.

—Hay que ser muy buena y tener un corazón muy noble para pensar eso de alguien que te ha hecho daño —reflexionó Benito

—Es que, la guerra entre nosotros era dialéctica, y yo tampoco me callaba. Recuerdo una bronca de los últimos días que fue épica. Aquí donde me veis, no siempre he sido así. Con dieciséis años era una tabla de planchar, no tenía ni tetas ni culo, y mi amiga tenía el doble de todo lo que me faltaba a mí.

—No me lo puedo creer, si tú debiste nacer ya con ese cuerpazo, hija —me decía Domingo.

—Uy, para nada, créetelo porque es cierto. El caso es que Leo, así se llamaba —o se llama, supongo que sigue vivo— nos apodaba Timón y Pumba, porque por entonces estaba de moda El Rey León.

—¡Qué cabrito, el niñato de los cojones! —me interrumpió, y yo aproveché para darle un bocado al mollete que me acababan de traer.

—El caso es que yo le respondía, no me quedaba callada, a diferencia de mi amiga Cristina, que era aparecer el muchacho y no poder articular palabra.

—Es que las y los hay que, delante de una cara bonita, pierden hasta la noción del tiempo.

—Pues te aseguro que ese no es mi caso. Anda que no nos dijimos de todo durante esos años.

Entre risas por la historia que les conté, terminamos el desayuno y regresamos a nuestros puestos. Tenía total potestad para intervenir realizando las auditorías que considerara necesarias, aunque siempre era más conveniente —para todos— resolverlo con la documentación solicitada.

# Capítulo 5



Entré en la oficina, porque antes de hacer ni de marcharme a otro sitio, debía fichar y dejar constancia en el registro de que salía para desempeñar mi labor, anotando el destino y el nombre de la empresa.

Preparé toda la documentación que tenía en mi poder de la empresa, esa que ellos mismos habían entregado, cogí mi portátil y me dispuse a salir. Hoy había tenido que traer a mi Manolito, porque desde allí hasta el polígono industrial no había ningún autobús que me dejara cerca, aparte de que iba cargadísima con todo.

—Mucha suerte, amor, que el Dios del café no te lo ponga muy difícil y, si necesitas refuerzos, me llamas —me dijo Domingo, en su tono habitual de broma.

—No te preocupes, que puedo con ese Dios y con todos los del Olimpo —le contesté, guiñándole un ojo al salir.

Me monté en mi coche, dejando todo en el asiento del copiloto, y me dirigí a «Camacho Importaciones Cafeteras». Decir que estaba tranquila,

era una utopía, por eso, en cuanto aparqué, me encendí un cigarrillo junto a mi coche, antes de abrir la puerta del copiloto para sacar todo.

—Tienes un vicio muy feo, deberías dejarlo —me dijo un hombre al pasar por mi lado, y dio con el comentario exacto para cabrearme.

—¿Nos conocemos de algo? —pregunté, y él negó con la cabeza— Pues entonces, le aconsejo que guarde sus comentarios para su entorno. Ahora, si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer.

Soné borde, un montón, pero me daba igual. Si había algo que odiaba profundamente en esta vida, era que la gente que no conocía de nada se metiera en mi vida, más aún si pretendían decirme lo que debía o no hacer.

Saqué mis cosas del asiento del copiloto y, al darme la vuelta, ya no estaba; me encontraba completamente sola. Un cierto alivio se apoderó de mi cuerpo, porque lo único que me faltaba era tener que lidiar con ese tipo con lo nerviosa que estaba.

¿Y si era ese el gerente? Me daba lo mismo, porque tenía que aprender a no meterse en la vida ni en los vicios de los demás. Cogí una bocanada de aire para tratar de tranquilizarme un poco, y me adentré en el edificio de la empresa, donde se suponía que estaban las oficinas, porque la nave contigua estaba claro que era el almacén.

—Buenos días, soy Carolina Durán, aquí tiene mi acreditación, y vengo para realizar una auditoría. ¿Podría avisar al gerente, si es tan amable? —Si

las miradas hubieran matado, yo estaría en estos momentos fulminada en el suelo.

—Ahora mismo, deme un minuto —respondió la misma mujer con la que hablé el día anterior por teléfono, pero que había dejado de ser amable.

Me tuvieron esperando más de diez minutos. Lo que ellos no sabían era que yo tenía todo el tiempo del mundo, como si debía acudir durante un mes entero a diario. Estaba lista para todo, menos para lo que me encontré.

—Buenos días, soy Leo Camacho, el propietario y gerente de la empresa, acompáñeme, por favor —me dijo Leo, el mismo que me las hizo pasar canutas en el instituto, y una sonrisa maliciosa se me escapó sin querer.

—Buenos días, yo soy Carolina Durán, ahora le muestro mi identificación —respondí, con la sonrisa pintada en la cara.

—No hace falta, ya lo ha comprobado mi asistente. Pase, si es usted tan amable.

Que no me había reconocido, era evidente, como también lo era que no podría hacerlo, porque cuando él se marchó del instituto no tenía el cuerpo del que podía presumir en estos momentos.

Decir que estaba igual de guapo que en el instituto, sería faltar a la verdad. Lo estaba mucho más, y no solo era la belleza de la que siempre había hecho gala, sino que la madurez le había sentado de maravilla. ¿Estaría casado? ¿Tendría hijos? Todas las preguntas que me vinieron a la

cabeza eran personales, porque en lo laboral estaba claro que le había ido muy bien.

Por un momento, se me pasó por la cabeza decirle quién era, pero luego me lo pensé mejor y decidí callar, no quería que pensara lo que no era, como que me vengaría de él por todo lo que me había hecho en el instituto.

—¿Qué es lo que le ha hecho decidirse por hacernos una auditoría? No lo entiendo, tengo todo en orden y nunca me he negado a presentar la documentación que me han requerido, aunque supiera que su compañero lo hacía por fases para que tuviera que ir más veces y pudiera tirarme los tejos, como lo hacía —me dijo, con esa sonrisa canalla del que sabía el efecto que causaba en las personas.

—Eso es muy presuntuoso, por su parte, señor Camacho. No tendría por qué darle explicaciones, pero para que se le bajen los humos, le diré que mi compañero está felizmente casado y que, si se le ha pedido la documentación de ese modo, es porque ha sido conforme lo hemos ido viendo.

—Lo que usted diga, pero sigue sin responder a mi pregunta.

—El motivo principal es que hemos notado que hay algunas irregularidades, cosas que no concuerdan entre su contabilidad interna y los documentos entregados. ¿Se podría haber resuelto de otro modo? Sí, pero con el tono en que usted me habló, no me dejó otra opción.

—Si es por eso, le pido mis más sinceras disculpas —me contestó, como riéndose de mí.

—Mire, señor Camacho, tengo dos maneras de hacer las cosas: por las buenas, y que la cosa no se alargue demasiado; o por las malas, y entonces no me marcharé de aquí hasta que no encuentre lo más mínimo por lo que le pueda meter una buena multa. Todo depende de usted, no se vaya a pensar que no me he dado cuenta del tonito que ha empleado en sus disculpas.

Me lanzó una mirada desafiante, que correspondí con una ceja alzada, dándole a entender que, a pesar de lo que hiciera, no iba a poder conmigo, como no lo había hecho en el pasado.

—Sígame, por favor, la acompañaré al departamento de contabilidad, donde su responsable hará todo lo que esté en su mano para ponerle las cosas fáciles. Vamos, si es usted, tan amable.

—No quiero un ambiente hostil, señor Camacho, así que, por favor, tuteémonos y hagamos que esto sea rápido y cómodo para ambos.

—Me parece perfecto, entonces yo seré Leo y tú serás Carolina. Ahora mismo le presento a Alejandro, mi jefe de contabilidad.

Bajamos a la primera planta, y recorrimos un largo pasillo que llevaba hasta el departamento de contabilidad, donde llamó a la puerta de uno de los despachos.

—Buenos días, Alejandro, te presento a Carolina, la inspectora de Hacienda que viene por la auditoría. Te pido, por favor, que se lo pongas fácil, ninguno de los dos queremos que esto se haga eterno —le dijo al hombre que estaba dentro.

—Hombre, la mujer del cigarro —dijo, y ambos soltamos una carcajada.

—Te pido disculpas por mis palabras, los nervios hablaron por mí —me disculpé.

—No pasa nada, mujer, un mal momento lo tiene cualquiera.

—¿Me he perdido algo? ¿Os conocéis?

—Digamos que hemos tenido un pequeño encontronazo en el aparcamiento, nada digno de mencionar —le aclaré, con una sonrisa.

—Sí, no llegó la sangre al río.

—Bueno, para empezar, que no tengo todo el día y ya he perdido mucho tiempo, me gustaría que me aclararas algunas cosas que no me cuadran —le dije a Alejandro, que me invitó a sentarme en la mesa de reuniones que había en su despacho.

—Yo me marcho, si necesitáis algo de mí, estaré detrás de mi escritorio, o colgado al teléfono, o …

—Vale, vale, ya nos hemos dado cuenta de que eres el hombre más trabajador del mundo —le contestó Alejandro, y a mí me salió una carcajada.

Esa carcajada no era por lo que había dicho, sino porque seguía siendo el mismo Leo del instituto, ese arrogante que pensaba que el que más estudiaba —o en este caso, trabajaba— era él. Por un momento estuve tentada de decirle quién era, pero lo volví a dejar pasar, ya se lo diría cuando todo terminara.

Alejandro y yo, nos sentamos con toda la documentación, la que yo tenía y la que me estaba facilitando él, así como con toda la contabilidad interna, y nos pusimos manos a la obra, a cotejar todo al más mínimo detalle. No llegamos ni a la mitad, cuando me di cuenta de que eran casi las tres de la tarde.

—Será mejor que continuemos mañana, mi horario termina en diez minutos, y tengo terminantemente prohibido continuar después. Si no te molesta, dejamos todo como está y mañana, a las ocho, estaré de nuevo aquí —le dije a Alejandro.

—Sí, nosotros también terminamos a esta hora en verano, no se puede tener al personal trabajando con este calor.

Salimos del despacho y nos topamos con Leo, que venía a decirnos que ya era la hora de salida, y nos dirigimos los tres hacia el exterior del edificio.

—Deja que te invitemos a comer, es lo menos que podemos hacer —me dijo Leo, con esa sonrisa rompe bragas que se gastaba desde que iba al instituto.

—Os lo agradezco, pero he quedado con mis amigas en la inauguración de una hamburguesería nueva, hasta mañana.

No le di oportunidad de replicar, y me subí al coche para dirigirme al punto de encuentro con María y Cristina. A esta última le venía genial, ya que estaba al lado de su trabajo y tenía que volver a entrar a las seis. Hoy le tocaba doble turno.

—¡Chicas, os tengo que contar un notición, no os podéis imaginar quién ha entrado a trabajar en mi clínica! — dijo María nada más vernos, sin dejarnos ni sentarnos.

—Hola a ti también, María —le contestó Cristina, que venía hoy con cara de agotamiento.

—Niña, tienes mala cara, ¿una mañana difícil? —le dije a nuestra amiga, que nos miró negando con la cabeza y con lágrimas en los ojos.

—Más bien, una mala semana.

—¿Qué te ha pasado? Sabes que puedes contar con nosotras para lo que sea.

—Sí, incluso si necesitas dinero. Antes te decía que te ayudaba en lo que fuera, menos pedirme eso, que a mi hucha de cerdito hasta se le notaban los huesos —le dije, y conseguí que riera.

—Ahora os cuento, pero antes que nos dé el notición María, que está, que se come por dentro por contarlo.

—Pues anda, que yo, cuando os cuente, os vais a caer de culo, pero dale, María, no te muerdas más la lengua.

—Vais a morir de la impresión. Esta mañana, al entrar en mi turno, mi padre me avisa de que hay un pediatra nuevo, que cuando haya parto, lo avisemos a él, que el otro se va a quedar solo para consultas externas.

—Y está de muerte el pediatra, ¿no? —le dije riendo.

—No, bueno, sí, pero esa no es la noticia. Cuando entré en el paritorio, ya había una mujer en pleno parto, y nace el bebé. Lo aviso para que le haga la revisión. Levanto la cabeza para saludarlo al entrar y me encuentro con David, el del instituto. Chicas, si antes estaba bueno, no os imagináis cómo está ahora.

# Capítulo 6



Por lo que parecía, hoy era el día de los reencuentros, y no pude reprimir una carcajada, mientras que ellas me miraban sorprendidas.

—¿Se puede saber qué te ha hecho tanta gracia? —me preguntó Cristina, mirándome como si fuera un alienígena.

—Que la cosa parece surrealista. Yo también me he encontrado hoy con alguien del instituto. Pero antes de contároslo, ¿te ha reconocido, María?

—Pues claro, igual que yo a él. Después de que finalizáramos nuestro trabajo, hemos tomado un café. De hecho, debe estar por llegar, lo he invitado a que coma con nosotras —nos contó, y le sonreí.

—No digas eso, porque yo estoy haciendo una auditoría en la empresa de Leo y no me ha reconocido —solté, como quien no quiere la cosa.

—¿Qué nos estás contando? ¿Cómo ha sido eso? Cuéntanos hasta el último detalle del encuentro. ¿Sigue estando tan bueno? —Me acribilló María, mientras Cristina seguía con la boca abierta.

—Ayer, cuando entré a trabajar… —les conté todo lo que había pasado— Y dejadme que os diga que ahora está incluso más bueno que antes.

—Joder, qué suerte tenéis ambas. Yo, en cambio, llevo toda la semana llorando por alguien que no merece la pena —dijo Cristina, que era muy enamoradiza, ya me estaba imaginando por quién eran esas lágrimas.

—No me digas que son por Gonzalo esas lágrimas. Te advertí que no te lo tomaras en serio —le dije, porque muy bueno, muy santo, pero era un picaflor.

—Me dijo que quería seguir conociéndome, que me llamaría esta semana para tomar algo. Viendo que no lo hacía, decidí llamarlo yo, y cuando me contestó, me dijo que se lo había pensado mejor y que no estaba preparado para conocer a nadie, que dejábamos las cosas como estaban, por el bien de los dos.

Justo iba a contestarle, cuando apareció David, al que le había pasado como a Leo, los años le habían sentado de maravilla.

—No me lo puedo creer, pero si están aquí mis chicas preferidas del instituto —dijo, con toda la cara del mundo.

—Tus preferidas y las de tus amigos, no te olvides, pero para ser el centro de todas vuestras burlas —le contesté, mientras que me levantaba para darle dos besos y un abrazo.

—Carolina, chiquilla, cómo has cambiado. Estás…

—Déjalo, David, me miro todos los días en el espejo y sé lo mucho que he cambiado, no lo dudes —lo interrumpí, dejándolo con una sonrisa.

—Cristinita tampoco se queda atrás. Si os cruzo por la calle, os juro que no os reconozco.

—No serías el único —contesté entre risas.

—Vamos, que aquí la única que no ha cambiado soy yo. No sé si tomármelo como un insulto o como un halago —dijo María.

—Como un halago, por supuesto. Tú sigues estando igual de buena que cuando estabas en el instituto, que no es que vosotras no lo estuvierais, sino que… —No sabía cómo salir del atolladero en el que se había metido, y las tres estallamos en una carcajada.

—Déjalo, David, que callado estás más guapo —le dijo María, entre risas.

—Hablando de guapos, acabo de hablar con Leo y con Alejandro, vienen para acá. Espero que no os importe que los haya invitado a unirse a la reunión de antiguos alumnos —nos dijo, y yo me quedé blanca.

Podría fingir que no lo había reconocido cuando llegara, pero me parecía una estupidez. Le diría la verdad y ya está. Pero, un momento, Alejandro

también estaba con nosotros en el instituto, por lo que había dicho David, y a ese no lo había reconocido, es que ni me sonaba su nombre.

—¿El tal Alejandro que mencionas también estuvo en el instituto? —pregunté, intentando aclarar quién era.

—Claro, solo que por su nombre no te vas a acordar. ¿Si te digo «el paella», lo recuerdas? —me aclaró David.

—¿No me digas que «el paella» es Alejandro? ¿Y luego me dices a mí que he cambiado? Pues no veas el muchacho…

—¿Lo has visto?

—Es una historia larga que entenderás cuando lleguen, por su cara de asombro, más que nada —le contesté a David, sin poder contener la risa.

Pedimos unas cervezas mientras esperábamos a que llegaran. Solo de imaginar la cara que pondría Leo, me salía la risa sola.

—Ahí vienen —dijo David, levantándose para hacerle señas y que lo vieran.

Yo me mantuve de espaldas hasta que llegaron, saludaron a todo el mundo, sin fijarse en mí, centrando su atención en Cristina.

—Pero bueno, Cristinita, ¿dónde están esos kilos de más? —le preguntó Leo, y fue mi momento para intervenir.

—Los tengo yo, me los cedió cuando se cansó de ellos —dije, y al escucharme, tanto Alejandro como él giraron la cara, incapaces de cerrar la boca.

—No me lo puedo creer, ¿tú no serás la Carolina a la que este capullo dejó medio desnuda, verdad? —me preguntó Alejandro, y asentí con la cabeza.

— Seguro que la auditoría la ha preparado para vengarse de mí, pero no lo permitiré. Mañana mismo pasaré por tu oficina y presentaré una queja sobre tu trabajo —dijo Leo, visiblemente molesto, o más bien enfadado.

—Pensaba que ya habías madurado, pero acabo de descubrir que tengo delante al mismo inmaduro de siempre.

—¿Y eso me lo dices tú? Te has llevado toda la mañana trabajando codo con codo con Alejandro y no has abierto la boca.

—Tengo que admitir que, aunque a él no lo reconocí, contigo lo hice de inmediato. Pero si no dije nada fue para evitar justamente lo que estás pensando —me defendí.

—Claro, y la auditoría fue coincidencia, ¿no, inspectora?

—Pues sí, te lo creas o no. Estás en tu derecho de pedir otro auditor, no voy a impedírtelo. Incluso puedes quejarte de mi trabajo, pero en las alegaciones incluiré pruebas de que no hubo trato contigo; toda la documentación la firmó él.

—¿Ahora estás tratando de intimidarme?

—Mira, será mejor que lo dejemos. Chicas, yo me marcho, comeré en algún otro sitio. Alejandro, nos vemos mañana y continuamos con lo que hemos dejado pendiente, creo que con eso será todo. Buenas tardes. —Me levanté para marcharme, pero Cristina me detuvo.

—No me parece justo lo que le estás haciendo, Leo. Aun sabiendo que tiene motivos más que justificados para joderte la vida, sé que Carol no es así, y que su ética profesional está por encima de todo. Le debes una disculpa.

—Lo último que haría es disculparme por expresar mis dudas, vamos —contestó él con la misma arrogancia que tenía en el instituto.

—Déjalo, Cris, no merece la pena. Es más, Alejandro, ¿estarías dispuesto a hacer horas extras y acabar el trabajo ahora?

—Por supuesto, deja que pida dos sándwiches de pollo y dos refrescos, y lo terminamos mientras comemos —dijo, lanzando una mirada desaprobadora a Leo, que seguía impasible.

—Voy contigo, Alejandro, así nos vamos del tirón.

Nos marchamos de allí, mientras escuchábamos como David le echaba la bronca por su actitud. Quizás tenía razón en que yo tendría que haberle dicho quién era antes de empezar, pero una cosa era el trabajo y otra la vida personal de cada uno.

—No le des más vueltas, has hecho lo que tenías que hacer. Estoy seguro de que, en cuanto hubieras terminado de hacer tu trabajo, nos hubieras dicho quién eres —me dijo Alejandro de camino al coche.

—No lo dudes, pero no quería mezclar lo personal con lo profesional. Si hubiera querido hacer daño, me hubiera marchado con cualquier excusa antes de que llegarais, porque David nos había avisado, no era una sorpresa.

—Está claro, pero conoces a Leo y sabes cómo es. No le des importancia.

—Claro que la tiene, precisamente por eso. Fueron años de burlas y humillaciones, y no pienso tolerar ni una más, no ahora, no en este punto de mi vida.

— Hablando de otra cosa, habéis cambiado muchísimo, y Cristina está espectacular. ¿A qué se dedica? Con todo esto, no me dio tiempo a preguntarle nada.

—Es odontóloga, en la clínica que hay cerca de donde habíamos quedado para comer —le dije, con una sonrisa. Me había dado cuenta de cómo mi amiga había calado en Alejandro, y me alegré por ellos. Los dos se merecían más que nadie conocer a alguien que los valorara.

—Voy a tener que ir, creo que tengo una caries —contestó, y los dos estallamos en carcajadas.

Al llegar a la empresa, entramos por una puerta lateral, subiendo por una pequeña escalera que daba directamente al pasillo donde nos dirigíamos. Alejandro me contó que, cuando tenían que acceder a esa zona fuera del horario laboral, lo hacía por ahí, para no tener que desactivar la alarma entera, sino que solo se desactivaba la de esa zona.

Nos pusimos manos a la obra enseguida, mientras le íbamos dando mordiscos a nuestros sándwiches, y nos dimos cuenta de algo: alguien había falsificado facturas para justificar gastos que no correspondían con la empresa, sino que eran privados. Por eso no me cuadraba nada de la documentación que había llegado a mis manos.

—Llama a tu jefe, tiene que tomar una decisión —le dije, y él asintió con la cabeza.

—Leo, te necesitamos en la empresa. No me pongas excusas baratas, es urgente. Vale, te esperamos —le dijo, al parecer no le apetecía venir.

Mientras lo esperábamos, estuvimos recordando anécdotas del instituto, y más de una nos provocó una carcajada. Riéndonos estábamos cuando llegó Leo, tan imponente como cuando tenía dieciocho años.

—Me alegro de que os resulte tan divertido el trabajo, pero se suponía que era urgente, y estáis aquí mano sobre mano —dijo, tratando de

incomodarnos, pero como en nuestros años de adolescentes, no lo dejé que quedara por encima.

—Punto número uno, tanto Alejandro como yo estamos fuera de nuestro horario laboral; punto número dos, ese tonito de superioridad te lo guardas para quien a ti te dé la gana, pero conmigo no lo vuelvas a utilizar más; y punto número tres, no podemos seguir sin tu consentimiento firmado —le dije, dejándolo cortado con mis palabras.

—Lo siento. ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó, ya más calmado.

—Alguien del departamento de compras ha falsificado gastos con facturas que no corresponden a compras reales. El importe es elevado —le dijo Alejandro.

—Tienes que hacer una auditoría interna, diferente a la que yo he realizado. Hay dos opciones —le hablé directamente.

—Yo solo encuentro una: coger a ese cabrón que se está quedando con mi dinero y ponerlo de patitas en la calle —contestó, mientras se pasaba las manos por el pelo, como hacía desde siempre cuando estaba nervioso o algo no le cuadraba.

—Pero para conseguir eso, tienes que cuadrar bien todo. Como te decía, hay dos opciones: buscas a alguien que lo haga o, ya que estoy aquí, continuo más a fondo. Ventajas de lo último: tenemos mucho trabajo adelantado. Inconveniente: si tienes algo que esconder, saldrá a la luz, porque todo mi trabajo queda registrado en mi portátil.

—No tengo nada que ocultar. Todo lo que se hace aquí es legal. Ni el papel higiénico se compra sin factura ni sin IVA. Por ahí no tengo problemas.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Que sea yo, Carolina Durán, quien lo haga? Sigues creyendo que intento hundirte, por lo que veo. Será mejor que cierre mi investigación, porque ya he cumplido con mi labor. Busca a otra persona.

# Capítulo 7



—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Alejandro a Leo, que se me había quedado mirando sin saber cómo responder a mi pregunta.

Salieron ambos del despacho de Alejandro, pero desde donde yo estaba se escuchaba perfectamente la conversación.

—No entiendo en qué estabas pensando cuando hiciste esa afirmación sobre Carolina, de verdad que no —le decía Alejandro a su jefe.

—¿Y tú qué habrías pensado, listo? Aparece después de quince años, convertida en inspectora de Hacienda y, casualmente, se saca una auditoría de la manga —respondió Leo.

—Por esa lógica, con todo lo que os reíais de mi aspecto en el instituto, cuando viniste a ofrecerme el puesto de jefe de contabilidad, ¿qué debía pensar yo? ¿Que lo hacías para seguir burlándote de mí?

—Es diferente, no vayas a comparar…

—Es exactamente lo mismo, y lo que tienes que hacer es entrar en ese despacho, pedirle disculpas y convencerla de que no se marche, que termine ella el trabajo que ha comenzado, porque estás perdiendo mucho dinero —le replicó Alejandro, que entró de nuevo en el despacho, donde yo estaba recogiendo mis cosas.

Vi a Leo en la puerta, dudando, sin saber qué hacer ni qué decir. Había mucho en juego, por eso decidí romper el hielo yo, para ver si lográbamos entendernos.

—Mira, Leo, te prometo que no tengo ningún interés en joderte la marrana. Es más, este expediente ni siquiera me tocaba a mí, era de mi compañero. Domingo me lo pasó porque su marido se puso celoso, nada más. Si prefieres, puedo hablar con ellos y que sea uno de los dos el que siga con la auditoría.

—Lo siento, de verdad. Ponte en mi lugar, te hice muchas putadas cuando éramos adolescentes, y pensé que querías vengarte de todas y cada una de ellas.

—Tú mismo lo has dicho: éramos adolescentes. Ahora somos adultos, y como tales, debemos comportarnos. Alguien te está robando mucho dinero, y tienes que atajarlo por lo sano, o terminarás bastante fastidiado.

—Tienes razón, y te pido por favor, que te quedes, que seas tú la que llegues hasta el fondo del asunto.

—De acuerdo, hablaré con mi jefa y le expondré el caso. En cuanto me autorice, que no creo que pase de mañana, volveré y continuaremos. No mováis ni un solo papel de cómo están puestos, será mejor que aviséis al equipo de limpieza.

—No te preocupes, yo me encargo de que aquí no entre nadie a limpiar —me aseguró Alejandro.

Salí del edificio, con mi portátil a cuestas, siendo más de las ocho de la tarde. A pesar de que tanto Alejandro como Leo, me quisieron acercar a casa, preferí coger un taxi, ya que mi Manolito lo tenía bien aparcado cuando me vine con Alejandro hasta aquí.

Al llegar a casa, no había nadie. Con total seguridad, mi padre estaría trabajando, y mi madre con sus amigas en la playa. Así que me di una ducha, me preparé algo ligerito de cenar y me fui a la cama. Estaba agotada, y el día siguiente pintaba igual o peor.

La noche la pasé un tanto inquieta, era como si supiera que algo gordo iba a salir a la luz, aunque no tenía nada que ver con mi trabajo. Quizás eran imaginaciones mías, que estaba demasiado susceptible con todo, pero cuando me levanté, esa sensación no había hecho más que aumentar.

—Buenos días, mamá, qué tempranito te has levantado —le dije a mi madre, que estaba en la cocina, dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, Carol. ¿Te ocurrió ayer algo? Cuando llegué de la playa, ya estabas acostada y hasta dormida.

—Un día agotador, que te contaré luego, porque ahora mismo voy con el tiempo justo.

—¿Cómo vas a ir justa de tiempo si son las siete de la mañana?

—Sí, mamá, porque tengo que ir a hablar con mi superior y luego llegar hasta la empresa que estoy auditando. No me esperes para comer, que seguramente lo haga allí. Que lo pases bien en la playa, te prometo que te espero despierta y te lo cuento.

Me bebí mi café de un sorbo, cogí mi bolso y encaminé mis pasos hasta donde tenía mi despacho. Quería que, cuando llegara Teresa, ya estuviera yo allí, y así hablar tranquilamente.

—Buenos días, Braulio —saludé al vigilante.

—Buenos días, Carolina. Te he traído un detalle, a modo de disculpa, por mis meteduras de pata —me dijo el pobre, algo avergonzado.

—No hacía falta, pero muchísimas gracias de corazón.

Me entregó un pequeño paquete que contenía un bonito juego de bolígrafos, en tonos pastel, con una frase motivadora en cada uno, y un pequeño estuche para guardarlos.

Como agradecimiento, le dejé un beso en la mejilla, que lo puso rojo por completo. A pesar de su aspecto rudo, se notaba que era un hombre sensible, y que se estaba atormentando por su error, nada del otro mundo, por otro lado.

Cuando salí del ascensor en la tercera planta, me di de bruces con Teresa, que por lo visto llevaba allí un buen rato, había tenido una reunión a primerísima hora, según me había contado.

—Menos mal que te encuentro. ¿Tienes un minuto? —le dije, cuanto antes me autorizara, antes podía ponerme a ello.

—Sí, claro, pasa a mi despacho. Me preparo un café y enseguida estoy contigo.

Una vez estuvimos las dos, frente a frente, le conté todo lo que había descubierto, la relación que me unía a Leo y lo que me habían pedido. Tras unos minutos en los que permaneció en silencio, me miró, y cogió una bocanada de aire. Me temí lo peor, pero se quedó en eso, en un temor por mi parte.

—En primer lugar, tienes mi autorización para seguir allí. No hará falta ni que vengas a fichar, y podrás continuar fuera de tu horario laboral; eso sí, las horas extras las tendrán que pagar ellos —empezó a explicarme.

—No sabes cuánto te lo agradezco. ¿Necesito algún documento de tu parte? —pregunté, ignorante, porque no tenía ni idea de cómo eran esos trámites.

—Ahora mismo te preparo el documento, tendrás que entregarlo al final de la investigación, firmado por los dos, por el propietario de la empresa y por ti.

—Gracias, Teresa.

—Nada que agradecer. Investiga todo lo que sea necesario hasta dar con el responsable. Hazlo por mí, por favor. A mi padre le pasó algo parecido, y terminó perdiendo todo. Cada vez que me entero de algún caso así, pierdo los papeles, me enervan estas cosas.

Mientras hablábamos, ella imprimía todo lo necesario, que luego metió en una carpeta para entregármela. Con todo eso, en mi poder, me dispuse a salir para llegar allí cuanto antes, y al salir, me encontré con la parejita de mis compañeros.

—¿Otra vez a ver al dios cafetero? —me dijo Domingo, que había bautizado a Leo con ese sobrenombre.

—Ya te contaré, que ahora voy con prisa y mi Manolito está mal aparcado —le dije, mientras encaminaba mis pasos hasta el coche, que había dejado en doble fila.

Me monté en el coche y salí pitando hacia la empresa. No sabía por qué, pero estaba deseando llegar, cerrar el tema. La presencia de Leo me alteraba más de la cuenta.

—Buenos días. Leo, me está esperando —le dije a la chica de recepción, que seguía mirándome con mala cara.

—El señor Camacho no puede atender a nadie ahora mismo.

—Pues a mí, sí —respondí, e intenté subir, pero me agarró del brazo con fuerza.

—He dicho que no puede recibir a nadie, y cuando digo a nadie, es eso mismo NADIE.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó Alejandro desde el inicio de la escalera.

—Intento impedir que esta mujer suba al despacho de Leo, me dijo que no podría ver a nadie hoy —respondió esta, muy indignada.

—En primer lugar, ya te hemos dicho infinidad de veces que no te dirijas a ninguno de los dos por nuestro nombre de pila; haber coincidido en una fiesta y tomado una copa no te da ese derecho.

—¿Una copa? Dejémoslo ahí, que estamos más guapos, callados.

—Te estás buscando el despido, Laura. Pero no por eso, sino por atribuirte funciones que no son tuyas. Si el señor Camacho ha dicho que no se podía reunir hoy con nadie, es precisamente porque estábamos esperando a que llegara la señorita Durán.

—Pues que me lo hubiera dicho, él no me ha especificado nada.

—¿Estás completamente segura de eso? Porque yo mismo te he enviado un correo interno a primera hora de la mañana, antes de que llegaras. Lo que debes hacer es estar más pendiente del trabajo, en lugar de perder el tiempo intentando averiguar con quién nos reunimos nosotros o no.

Me hizo un gesto para que subiera, y eso hice, no sin antes dejarle una mirada de rechazo a esa tal Laura, que menos educación no podía tener. Aunque pensándolo bien, creo que no era cuestión de educación, sino de que, por lo que pude intuir, había tenido algo con alguno de los dos y ahora se creía la reina del mambo.

—Disculpa la actitud de Laura, por favor, a veces se cree la dueña —me dijo Alejandro, mientras accedíamos a su despacho, donde ya nos estaba esperando Leo.

—Deberíais decirle que tenga un poco más de educación y buenos modales, porque brillan por su ausencia. No creo que ese perfil sea ideal como imagen de empresa.

—Luego hablaré con ella, me parece que ha confundido los términos.

—Bueno, dejemos a Laura de lado que tenemos cosas más urgentes que hacer. Primero que nada, decirte que tengo autorización para quedarme aquí el tiempo que sea necesario, pero necesito que firmes este documento en el

que me das plena potestad para moverme por la empresa —le dije, tendiéndole la carpeta que me habían dado.

—Por supuesto, y te doy las gracias de nuevo, por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—En el documento queda reflejado que, todo el tiempo que trabaje fuera de mi horario laboral, a pesar de que lo tengo permitido, corre por vuestra cuenta. Sobra decir que no pienso cobraros un céntimo por ello.

—Es tu tiempo y es tu trabajo. Por supuesto que te lo remuneraremos, además de hacernos cargo de las dietas. Todo lo que comas o bebas mientras estés aquí, corre de nuestra cuenta.

—A eso no te voy a decir que no —respondí, entre risas.

Nos pusimos a revisar cada documento, cada factura, con detalle, hasta que llegó la hora del café.

Bajamos a la recepción, donde Laura se encontraba hablando por teléfono, pero en cuanto nos vio aparecer, colgó.

—Laura, en cuanto vuelva, me gustaría hablar contigo en mi despacho —dijo Leo, que se había dado cuenta de que era una llamada personal.

—Si es por la llamada, era una urgencia, pero no volverá a pasar.

—Es por la llamada, por tu actitud y por todo lo que estás haciendo que no me gusta. Te lo he advertido infinidad de veces, pero parece que te entra por un oído y te sale por el otro —le contestó Leo, muy enfadado.

—Veo que la señorita Durán se ha encargado de envenenaros en mi contra. Si la he parado de esa manera, ha sido porque no me ha dado otra opción…

—Perdona, bonita, tengo mejores cosas que hacer y, por supuesto, mucho más importantes, que perder el tiempo hablando de ti, ni mucho menos perder tiempo en envenenar a nadie —la interrumpí.

—Laura, otra salida de tono más y estás despedida. En tus manos lo dejo, ahora vamos a desayunar, o al final terminará sentándome mal y no por los motivos que realmente tendría que hacerlo.

# Capítulo 8



—De verdad que no comprendo en qué piensa esta mujer —dijo Leo en voz alta, cuando salimos del edificio.

—Pues yo sí lo sé. ¿Me dejas que te dé mi versión? —pregunté, sin querer emitir un juicio previo.

—Soy todo oídos.

—Somos, amigo, somos. Que a mí también me interesa. Esta mujer suelta por esa boca verdades como puños, no falla ni una. Para mí que, en vez de inspectora de Hacienda, es pitonisa en sus ratos libres —comentó Alejandro, provocándonos una carcajada.

—Por lo que he podido escuchar, y analizando su manera de actuar, se ha liado con alguno de vosotros, o con ambos, que tampoco lo descarto —comencé a decir, y se miraron cómplices, al guardar un secreto.

—Lo que yo te diga, ¿dónde tienes guardada la bola de cristal? —dijo Alejandro, y estallamos los tres en carcajadas.

—A lo que iba: me ha visto y ha pensado que soy una amenaza para ella, quizás por la complicidad que ha notado entre nosotros, tal vez por los días que llevo aquí, no lo sé, pero se ha sentido amenazada y de ahí su comportamiento.

—¿Crees que todo esto tiene que ver con quién tú y yo sabemos? —le preguntó Alejandro a Leo.

—No lo descarto. Seguro que esa llamada ha sido para contarle las últimas novedades y hablarle de la presencia de Carolina en la empresa.

—Si es así, no tardará en hacer su entrada triunfal, no tengas duda.

—Estoy aquí, por si no os habéis dado cuenta, y no tengo ni idea de lo que estáis hablando. Así que, por un poquito de deferencia hacia mi persona, o me contáis de qué va la película, o cambiáis de tema —les dije.

—Sí, será mejor cambiar de tema, porque de lo otro, te enterarás por ti misma muy pronto.

Pedimos un desayuno completo para cada uno y lo disfrutamos con tranquilidad; nos esperaban muchas horas de trabajo y necesitábamos recuperar energías.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede ser el que esté metiendo estas facturas? Porque solo hemos mirado el último año y la suma ya ronda los

ochenta mil euros, que no es precisamente poca cosa —pregunté mientras desayunábamos.

—Sí, y no. Te explico. Puedo intuir de quién se trata, pero me cuesta aceptarlo, porque estaría traicionando el legado de un familiar —me explicaba Leo.

—No te entiendo, se supone que la empresa es tuya, y que el legado sería el que tú le dejaras a tus descendientes…

—Es una historia muy larga de contar, y ahora mismo no me apetece hablar de eso. Así que, si no te importa, te lo contaré en otro momento. Porque ahora que nos hemos reunido todos, no quiero perder el contacto.

—Por supuesto que no lo vamos a perder. Tengo que conocer a la nueva Cristina a fondo, y me da la impresión de que David también quiere acortar distancias con la hija de su nuevo jefe, y en cuanto a ti…

—Como quieras, no pienso obligarte a contar nada que no te apetezca —le dije, interrumpiendo lo que Alejandro iba a decir, y seguimos comiendo.

El silencio que se instaló entre nosotros tras esa conversación resultó algo incómodo, el ambiente se volvió tenso y los tres lo notamos.

—¿Hasta qué punto podemos retroceder en la investigación? —preguntó Alejandro, rompiendo así ese silencio.

—Hasta donde queráis, pero solo se pueden reclamar los últimos cinco años, al menos a nivel económico. El resto solo serviría como apoyo para una denuncia, para probar que lleva tiempo haciéndolo.

—Si es quien sospecho y logramos demostrarlo, solo me importará lo económico, porque no pienso denunciar. No digas nada, Alejandro, que le debo mucho y lo sabes.

—¿Y él no, Leo? ¿No tiene nada que agradecerte? Y mira cómo te lo está pagando, robándote.

—El dinero me lo devolverá, estoy seguro. Al fin y al cabo, solo es eso, dinero.

—Mira, me he vuelto a perder, pero lo que no pienso hacer es el tonto. O habláis claro, y me entero de qué va la cosa, o ahora mismo dejo de trabajar, vosotros decidís —les dije a los dos, ya estaba empezando a enfadarme.

—Cuando empezamos esto, me pediste que confiara en ti. Ahora soy yo el que te pide que lo hagas. En el momento en que pueda demostrar mis sospechas con pruebas, te lo contaré todo, te lo prometo —me dijo Leo, y decidí darle un voto de confianza a sus palabras.

—Sé que no tengo derecho a preguntarte nada, pero no quiero que esto afecte a mi trabajo, de lo contrario, seré yo la que tome medidas al respecto, y eso no voy a permitir que me lo impida nadie.

—No te afectará, te lo aseguro. Es un tema personal que me gustaría que, de momento, se mantuviera así, de manera personal.

Regresamos a la oficina. La distancia entre Leo y yo había disminuido con el transcurso del día, y eso era de agradecer. No porque yo quisiera algo con él, que tampoco me importaría, pero se trabajaba mejor.

—Aquí hay otra factura que no cuadra. Del día veintiséis de julio del año pasado. Se supone que corresponde a una partida de tinta para sellos, que asciende a cinco mil euros.

—Joder, ya casi lo tenemos arrinconado —comentó Alejandro.

—Se ha encargado de que sean cantidades pequeñas, no muy llamativas, para no levantar sospechas. Espera un momento, fíjate en esto —le dije, señalando el nombre de quien firmó.

—Joder, podíamos llamar a la empresa. Aquí está el nombre de la persona que hizo la entrega. Si es cierto que se entregó, no habrá ningún problema, pero en caso contrario…

—Puede que estén compinchados y esa persona se lleve una comisión —dijo Alejandro, abriendo otro melón—. Voy a buscar una cosa, ahora vuelvo.

Leo y yo estábamos muy cerca, casi podía sentir su respiración en mi cuello, y eso me alteraba un poco. Nos miramos fijamente y, cuando

estábamos a punto de besarnos, un torbellino en forma de niño nos interrumpió.

—¡Papi! ¡Papi! —gritaba abriendo la puerta, y corriendo hacia Leo, que lo cogió en brazos.

Os juro por lo más sagrado que, si me pinchan, no echo una gota de sangre. ¿Leo tenía un hijo? ¿Ese era el legado que alguien intentaba robar? Cada vez entendía menos. Y si tenía hijo, ¿también pareja? ¿Me había intentado besar teniéndola o todo habían sido imaginaciones mías?

—¡Luca! ¿Qué haces aquí? —le preguntó Leo, mientras que lo tenía en brazos.

—Luca, cariño, te he dicho mil veces que antes de entrar en un despacho tienes que llamar, que papá puede estar ocupado —dijo la mujer que entró detrás del niño, mirándome con altivez.

—¿Qué haces aquí, Davinia? ¿Para qué has venido? —le preguntó Leo, con una mezcla de enfado y sorpresa.

—Yo también me alegro de verte, mi amor, no hace falta que seas tan efusivo. Por cierto, me llamo Davinia, como ya has podido escuchar, ¿tú eres? —dijo ella, refiriéndose en esta última parte a mí.

—Soy Carolina, Carolina Durán. —Me levanté para estrecharle la mano, esa que ni siquiera intentó tocarme.

—Carolina, corazón, sal fuera y déjanos hablar a Leo y a mí. —Se atrevió a decirme, lo que no se imaginaba fue mi respuesta.

—Vamos a ver, señora Davinia. Ni yo soy su corazón ni tenemos confianza como para que me hable en esos términos. Dicho esto, lo siento por usted, pero estoy trabajando y, si quieren hablar a solas, tendrán que salir ustedes.

Volvía a mi asiento cuando entró Alejandro corriendo, frenándose en seco al ver a esa mujer con el niño allí. Se miraron entre ellos, y entonces entendí aquello de «en breve hará su aparición estelar», porque así había sido.

—Tengo noticias y son urgentes —dijo Alejandro, mirando a Leo y a mí alternativamente.

—Pues tendrán que esperar, porque yo tengo que hablar con Leo y es primordial que lo haga ahora —contestó esa mujer, que sería muy guapa, pero tenía una cara de vinagre, que no podía con ella.

—Dadme un minuto. Ahora mismo entro y nos cuentas, Alejandro —dijo Leo. Con ese gesto, empecé a notar el poder que esa mujer ejercía sobre él.

—No me mires de ese modo, que la cosa es difícil de explicar, aparte de que no es a mí a quien le corresponde hablar de ellos —me dijo Alejandro, mientras Leo salía al pasillo.

Desde donde estábamos, los escuchábamos discutir acerca del niño, pero no sabía de qué iba la cosa.

—Sabes a lo que te arriesgas, Leo, así que más te vale mantener las manos quietas —decía ella.

—¿Ahora tengo que hacer voto de castidad?

—No te digo que no estés con quien quieras, pero a ella la miras de una forma que no te voy a permitir.

—Tú no tienes que permitirme nada. Ahora déjame, que tengo que trabajar.

—Te esperamos en el bar para que almorcemos los tres —le dijo, mientras bajaba las escaleras.

# Capítulo 9



Cuando Leo regresó al despacho, traía un semblante bastante inquietante. Era como si hubiera salido uno y vuelto otro totalmente distinto.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, visiblemente preocupada.

—Esté bien o mal, eso a ti no te importa. Vamos a trabajar y a terminar con esto cuanto antes —respondió, volviendo a levantar el muro que había entre nosotros.

—Disculpa por ser amable. Tienes razón, yo estoy aquí para trabajar, así que manos a la obra —le dije, con el mismo tono con el que él me había hablado.

— Tío, no pienso permitir que descargues tu mal humor con Carolina, y de paso, tampoco conmigo. Enfréntate a quien debes, en lugar de soltar los cojones donde no toca —le dijo Alejandro, bastante enfadado.

—Será mejor que sigáis vosotros. Yo me marcho ya —replicó y se dio la vuelta.

— Nunca te tomé por cobarde, pero me estás demostrando lo contrario — le dijo Alejandro, pero Leo ignoró sus palabras y continuó su camino.

—Vamos a trabajar, Alejandro, a ver si esta tarde podemos dejarlo todo listo. Quiero salir de aquí lo antes posible, y no es por ti, que te quede claro.

—Lo sé, pero tampoco él tiene la culpa.

—La que no tiene ninguna culpa soy yo, y me estoy comiendo unos marrones de campeonato desde que he llegado aquí.

—Tienes razón, no te la voy a quitar, pero recuerda que nada es lo que parece.

Con esas palabras zanjamos el tema, y nos dispusimos a terminar lo que teníamos entre manos.

—No has dicho nada de lo que has descubierto, ¿nos afecta en la investigación? —pregunté, cautamente, no quería que me dieran otro corte como el que me había dado Leo minutos antes.

—Y tanto que nos afecta, pero a nivel de empresa, no de auditoría. Las sospechas que tenía Leo eran ciertas, esa persona había hablado con el propietario de una de las empresas que nos suministran materiales. A cambio de incluir algunas facturas infladas, él se lleva el 30% de cada una.

—Bien, pues terminemos que localizar las que faltan de este año, y terminemos con esto de una vez. Yo, cuando estén todas localizadas, ya no tengo nada más que hacer aquí, lo demás ya es cosa vuestra, o en este caso, de Leo.

—No te tomes a mal la contestación de antes, está sometido a mucha presión.

—Y yo también, y no por eso voy repartiendo malas contestaciones a nadie, mucho menos a quien se preocupa por mí. Con un «estoy bien, gracias» o un «no me apetece hablar de ello», hubiera bastado, no hacía falta dejarme cortada de esa manera.

Eran las tres de la tarde cuando ya estábamos cerca de terminar, pero mi estómago crujía de hambre, desde el desayuno no había probado bocado, y me iba a morir de inanición.

—Vamos a dejarlo y bajemos a comer, o el alien ese que tienes en la barriga terminará por salir y tirarme un bocado —me dijo Alejandro, con una sonrisa pintada en la cara.

—Sí, será lo mejor. No sabía que tenía tanta hambre hasta ahora, te lo prometo —le contesté entre risas.

Al entrar en el bar, nos dimos de frente con Leo, esa mujer y el niño. Estaban comiendo en una de las mesas y, casualidades del destino, la que quedaba libre estaba justo a su lado.

—Si queréis, podéis uniros a nosotros —nos dijo Davinia, creo que se llamaba.

—No gracias, preferimos sentarnos solos, no quiero invadir vuestra intimidad, además que tenemos cosas de trabajo que hacer —le contesté, con una sonrisa totalmente impostada.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el pequeño, con una sonrisa tímida que me recordó a la de su padre.

—Yo me llamo Carolina, pero mis amigos me dicen Carol —le contesté, con una sonrisa de las de verdad, de las que solo personas como él podían sacarme.

—¿Eres amiga de mi padre?

—Algo así, nos conocemos desde hace muchísimos años, más de los que tú tienes, fíjate.

—Eres muy guapa, ¿te puedo dar un beso? —me pidió, y me desarmó por dentro. Se notaba que estaba muy falto de afecto, por la forma en la que me lo pidió.

—Mejor te lo doy yo a ti.

Iba a acercarme a dárselo, cuando su madre lo alzó en brazos y se lo dio ella…

—Luca, te he dicho mil veces que no puedes ir dando besos ni abrazos a desconocidos —le dijo, mirándome con mala cara.

—Pero ella no es ninguna desconocida, es Carol, y como ha dicho, nos conocemos de toda la vida. Así que, si te apetece, dáselo, Luca, que ella estará encantada —le dijo Leo, pidiéndome disculpas con una mirada.

Luca bajó del regazo de su madre y vino hasta mí, así que me agaché y le di un sonoro beso en la mejilla, que él respondió con una risa y un abrazo, volviendo a sentarse con su padre.

No me libré de la mirada que esa mujer me lanzó, y que ignoré por completo, no quería que me incomodara más de lo que estaba. En determinado momento, cuando ya estábamos comiendo y Leo llevó a Luca al baño, ella se levantó y se dirigió a nuestra mesa.

—Si te piensas que por tener una cara bonita y un cuerpo llamativo, te vas a salir con la tuya, llevándote a Leo, lo llevas claro. Hay más de una cosa que nos une, independientemente del niño, pero supongo que eso no te lo habrá contado, no le conviene —me dijo, con su malvada sonrisa dibujada en la cara.

—Deja de meter cizaña, entre él y tú tan solo existe el chantaje al que le tienes sometido. Además, Carolina solo es una amiga, que vino por trabajo y nos está haciendo un favor. No todo el mundo es como tú, Davinia —le contestó Alejandro, bastante enfadado.

—Ni que tu amigo no se acostara con quien le diera la gana… Digamos que nosotros tenemos una relación abierta, nos acostamos con otras personas, pero siempre que no haya sentimientos de por medio.

—Ya te ha dicho Alejandro que entre Leo y yo nunca hubo nada, ni lo hay ni lo habrá, tenlo claro —le respondí.

En ese momento llegaba Leo, que se enteró del comentario y me miró con una mezcla de dolor y rabia. Pero ¿qué quería que hiciera? Estaría bueno que, después de todo lo que me había hecho y dicho tuviera el descaro de pedirme que cayera rendida a sus pies.

Y me dolía, porque estos días que habíamos pasado juntos nos habíamos acercado, pero eso no implicaba que iba a perdonarle así sin más, y menos después del modo en que me trató por la mañana.

—Si tienes un minuto, nos gustaría comentarte algo del trabajo, pero a solas, a ser posible —le dijo Alejandro, que claramente no soportaba a Davinia.

¿Habían hablado de chantaje? Me podía imaginar con qué lo estaría chantajeando, pero en eso ni iba a entrar ni iba a salir, ya era mayorcito para decidir hasta dónde quería llegar. Hoy en día había muchas herramientas legales para terminar con eso, así que algo tendría que ocultar él también.

—Me despido de Luca, y enseguida me reúno con vosotros —dijo, sin levantar la mirada de la mesa.

—De eso nada, recuerda que le prometiste que esta noche dormirías en casa, con él, y si no vienes con nosotros, seguro que ya no vas —dijo, mirándome directamente a mí, y ya estaba empezando a cansarme.

—Mira, Davinia eres, ¿verdad? No sé por qué me miras a mí cuando has dicho esa frase, ya te lo he dicho, como tú misma le dices a Luca, mil veces. Entre Leo y yo hay una relación laboral que, en cuanto termine lo que estoy haciendo, se terminará. ¿Necesitas que te lo ponga por escrito? —le dije, bastante enfadada, por cierto.

—Papi, tu amiga Carol me gusta, no se achanta ante mi madre, ni le dice a todo que sí. Ella no le tiene miedo —le dijo Luca a su padre, que lo miró sorprendido.

Tendría cuatro años, pero era más listo que muchos. En esa única frase dejó claro que comprendía los sentimientos de su padre hacia ella, igual que el de otros tantos que le rendían pleitesía, pero no era por otra cosa que por miedo. Qué triste debía ser infundir miedo, en lugar de respeto.

# Capítulo 10



Dejamos que se fueran y pagamos la cuenta. Bueno, en realidad la abonó Alejandro con la tarjeta de la empresa, y regresamos al despacho.

—¿Seguimos o esperamos a que vuelva Leo? —pregunté, porque Alejandro era el que mejor lo conocía y sabía cómo solía actuar.

—Vamos a continuar. No me fío mucho de que la bruja esa lo deje regresar.

— No quiero meterme en lo que no me incumbe, y tampoco lo digo para que me cuentes nada, pero ¿no hay alguna herramienta legal que impida el chantaje? —pregunté, justo cuando apareció por detrás.

—Para no querer inmiscuirte, estás más metida que el perejil. Eso es asunto de mi vida privada, y no tengo por qué compartirlo ni contigo ni con nadie —me soltó, dejándome otra vez cortada.

—Vamos a ver, chaval. En primer lugar, no estaba hablando contigo; y en segundo, si tan privada es tu vida, más vale que le digas a esa mujer que se

ponga un puntito en la lengua, porque no he sido yo la que va diciendo, por ahí, que tenéis una relación abierta —dije, tratando de imitar su voz.

—¿Cómo? No me creo que dijera eso — respondió, tratándome de mentirosa.

—Créetelo, yo estaba delante cuando se lo ha dicho, además de amenazarla con que no se va a salir con la suya —le aclaró Alejandro.

—¿A qué se refería con que Carolina se saliera con la suya? —preguntó Leo, sin salir de su asombro.

—Pues supongo que pensará que estoy loquita por tus huesos y me vas a pedir que me case contigo mañana. Esa tía está como una cabra —le contesté yo.

—Carolina, yo…

—Mira, como bien has dicho antes, eso es tu vida privada y sigo diciendo que me importa bien poco. Ya eres mayorcito y sabes hasta dónde quieres o puedes llegar. Ahora, si no te importa, te vamos a poner al día con lo que Alejandro ha descubierto y a terminar de revisar la carpeta que nos queda. Con eso, mi trabajo habrá terminado y tú podrás hacer lo que te dé la gana con la información —lo interrumpí, no quería perder más el tiempo, necesitaba irme cuanto antes.

Alejandro le contó quién era el empleado que le estaba robando dinero, cómo el proveedor se llevaba un porcentaje de cada factura y desde cuándo

le habían dicho que estaban compinchados.

—¡Me cago en mi puta estampa! No tiene lógica que haga eso, es como dispararse en el pie —decía Leo, pasándose las manos por el cabello.

—Aquí hay otra que no cuadra con la contabilidad interna, ni hay albarán ni nada por el estilo, y firmada otra vez por la misma persona —le dije a Alejandro, que iba anotando las cantidades.

—Creo que con esa hemos terminado ya, ¿no? —me preguntó él, que estaba tan cansado como yo.

—¿A cuánto asciende la cifra total? —preguntó Leo.

—En los últimos cinco años, han sido cincuenta y cuatro facturas, cuyo monto suma ciento nueve mil quinientos cuatro euros. Si quieres saber el dinero que se ha llevado desde que empezaron hace seis años y medio, le tienes que sumar la cantidad de ocho mil euros más —le respondí, mientras recogía mis cosas para marcharme.

—¿Ya te vas? —preguntó, como apenado.

—Mi trabajo ha terminado, lo que queda por hacer te corresponde a ti. Fírmame el documento donde consta que todo lo realizado se ha hecho de forma legal. Me refiero a mi trabajo, por supuesto, y que estás conforme con su resultado. —Le tendí el documento que me tenía que firmar.

—¿Tengo que pagar más dinero? ¿Alguna sanción o algo? —preguntó antes de firmar.

—No, todo lo contrario. Te devolverán el IVA de esas facturas, al no ser reales y haber salido del capital de tu empresa. Mañana, en cuanto llegue a la oficina, y con todo el material del portátil, comenzaré los trámites. Tienen hasta el treinta y uno de diciembre para abonarlo.

—Gracias por todo, Carol. Sin ti no nos hubiéramos dado cuenta. Te acompaño a tu coche —dijo Alejandro, y salí de allí sin mirar atrás.

Me despedí de él, quedando en que nos veríamos cuando los chicos se juntaran, aunque yo tenía claro que no iría; me quedaría en casa. Si Leo pensaba que iba a rendirme a sus encantos con un par de copas, que esperara sentado. Seguía siendo el mismo idiota de siempre.

Eran las cinco y media cuando llegué a mi casa, y un flash se me pasó por la mente. No me lo pensé. Me planté el bikini, preparé mi bolsa de la playa y me fui donde sabía que estaba mi madre con sus amigas. Necesitaba un rato de la locura que esas mujeres tenían, evadirme con sus cosas y sus conversaciones, que podían ir desde el libro que alguna se estaba leyendo hasta lo bueno que estaba el socorrista que habían contratado nuevo este año.

—Buenas tardes, bellas mujeres —les dije al llegar donde estaban ellas.

—Ay, pero si es mi niña. Qué alegría que te hayas escapado un ratito, hija —dijo mi madre.

—Sí, pero ni se te ocurra ponerte bajo la sombrilla, por favor, que te dé un poco el sol —añadió otra.

—Al sol, pero con protección, a ver si vas a terminar como una gamba a la plancha. —Esa que hablaba era Eloísa, otra de ellas.

—Chiquilla, ¿dónde has estado metida, en una cueva? ¡La madre que te parió! Si estás más blanca que el cochero de Drácula. —Le tocó el turno a Pipi, que era otra cachonda de cuidado.

—Gracias a todas, sois las mejores para levantarle el ánimo a cualquiera. Ahora mismo no sé si poner la silla y la toalla o darme la vuelta y buscar un psicólogo de guardia —les contesté, a todas a la vez, porque como lo hiciera de una en una, me iba a volver loca.

—Dejad tranquila a la muchacha, que es una mujer de provecho, se ha sacado sus oposiciones, y ha tenido que renunciar a muchas cosas. Si fuera como vosotras, que abrís la playa por la mañana y la cerráis por la noche, estaría mulata —dijo Quini, el marido de una de ellas.

—Menos mal que, por lo menos, una persona me entiende. Solo por eso, nos hemos ganado una cervecita, vámonos los dos y que les den a las marujas estas —contesté, llevándomelo del brazo al chiringuito, que era el mejor lugar del mundo al que me lo podía llevar.

—A ver si se van a pensar que has ligado, Quini —le gritaba su mujer.

—Mejor, así presumo de conquista con los viejos, que se mueran de envidia —le contestó él y a todos nos salió una carcajada.

Os pongo en situación: el hombre tenía unos setenta años, y su edad era inversamente proporcional a los dientes que le quedaban. Vamos, que le quedaban tres y los tenía repartidos como los policías: por distritos. Llevaba una gorra y una camiseta promocional de supermercado de los ochenta, en la que ya no se sabía si ponía Pryca o Ryca de la cantidad de lavados que llevaban las pobres. Y para rematar el atuendo, su bañador era de los llamados «marca paquetes», aunque al pobre el paquete se le tendría que haber terminado ya, porque le hacía fondillos en cualquier parte que le miraras, y lo llevaba conjuntado con unas zapatillas de goma que aquí llamamos «gargajillos».

Si al menos tuviera dinero, podría ser creíble que ese hombre hubiera ligado, pero con esas pintas y sin un duro, lo máximo que el pobre podía ligar era un resfriado de los buenos.

—Quini, qué bien acompañado te veo —le gritó el camarero del chiringuito desde el otro lado de la barra.

—Mira, un ligue que me ha salido. Si es que, el que está bueno, da igual la edad que tenga, que lo estará siempre —dijo él con mucha chulería, y yo no pude reprimir una carcajada.

— Con el físico no fue, como mucho ha sido con el arte —bromeó el otro.

—¿Con el físico, no? Por favor, si parezco sacado de un catálogo de bañadores. Mira qué pedazo de pareja hacemos —dijo, rodeándome la cintura, y yo le sacaba como dos cabezas.

—Nunca mejor dicho, pedazo, porque a ti te falta un trozo para llegar a su altura. —Seguía el otro, que tampoco tenía guasa.

—Anda, Miguel, ponme dos cervezas bien fresquitas, que hace un calor de justicia y quiero darme un baño —le pedí.

— Si necesitas ayuda, no sé, para enjabonarte la espalda o algo, grita que en nada estoy ahí —me dijo, justo cuando entraba su mujer con el niño, y le lanzó una mirada que daba miedo.

# Capítulo 11



**Leo**

Salí de la empresa con un cabreo de mil demonios, porque me había enterado de cosas que preferiría no haber escuchado, y por eso me subí al coche y me dirigí, con furia, a casa de Davinia, donde también encontraría a la otra persona que estaba buscando.

—¿Quieres que te acompañe, Leo? —me preguntó Alejandro, preocupado al ver el estado en el que me encontraba.

—No, esto tengo que hacerlo solo —le respondí, con frialdad, como siempre me pasaba cada vez que esa mujer volvía a irrumpir en mi vida.

—Llama a un taxi, al menos, no quiero que conduzcas en este estado, podrías acabar teniendo un accidente.

—Está bien, acércame tú. Mañana me llevaré el coche —le dije, entendiendo que, si quería hacer lo que tenía pensado, no podría llevar mi coche, o pondría la vida de mi hijo en peligro.

El trayecto lo hicimos en silencio, yo porque necesitaba poner en orden mis ideas, y él porque sabía que yo necesitaba mi espacio.

—No des un paso en falso, y si me necesitas, solo tienes que llamarme. Estaré aquí en cinco minutos, no pienso irme muy lejos —dijo Alejandro, y entonces me lo pensé mejor: sería conveniente que tuviera un testigo, con esa mujer podía ocurrir cualquier cosa.

—Espera, aparca y entra conmigo, será mejor que tenga un testigo.

Alejandro estacionó, mientras yo lo esperaba en el portal. El edificio era de nueva construcción, y ese era el piso donde íbamos a vivir mi hijo y yo, pero que ella se agenció por la cara. Había llegado el momento de ponerle fin a todo eso.

Subimos a la segunda planta, que era donde estaba situada la vivienda, y llamé. La había pagado yo y ni siquiera tenía la llave de la puerta. Mandaba narices la cosa.

—¿Qué hace este aquí? —preguntó Davinia, sin poder reprimir la cara de asco.

—Este, como tú dices, tiene nombre, y vengo a cubrirle las espaldas a mi amigo. Con gente despreciable como tú, no se puede esperar nada bueno —contestó Alejandro, que pasó dentro sin esperar a que ella le invitara a hacerlo.

—Tenemos que hablar, llama a tu hermano, haz el favor —le dije, esperando que me hiciera caso.

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—¿Lo llamas o tengo que entrar yo a por él? —pregunté, justo cuando él apareció en calzoncillos por el pasillo, y al mirar a Davinia, vi que también estaba medio desnuda, apenas cubierta con una bata.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Alejandro, que ya había entrado a buscarlo.

—El niño está arriba, en la piscina, con un amiguito y su familia —contestó ella, muy chula.

—¿Has dejado al niño en la piscina con unos desconocidos? No me lo puedo creer. Alejandro, ¿puedes hacer el favor?

—Ahora mismo, mientras tú vas aclarando todo esto. —Mi amigo salió en busca del niño, y yo me senté con ellos en el sofá.

—Por lo menos podríais vestiros. De verdad, lo último que imaginaba era que te acostaras con tu hermano —dije, sintiendo un asco insoportable.

—No somos hermanos. Mi madre se casó con su padre y ambos nos adoptaron, para que no hubiera confusión en el instituto, y llevamos acostándonos desde entonces —aclaró él, y entonces todo empezó a encajar.

—Me has robado hasta decir basta, y te doy dos días para que me ingreses en mi cuenta los más de cien mil euros que te has llevado. De lo contrario, iré a la policía. Tengo pruebas de más cosas, suficientes para que pases una buena temporada en la cárcel.

—Hazlo, y todo el mundo sabrá que intentaste comprar a mi hijo —me dijo ella, desafiante, pero lo que no sabía es que yo ya había consultado a un abogado, y eso no probaba nada.

—Me da igual. No es tu hijo, es nuestro hijo. Y no tengo por qué darte ninguna explicación. Si quieres, denúnciame y lo hablaremos en el juzgado.

—¡Eres un hijo de puta, y me las vas a pagar! Pondré al niño en tu contra, y no te querrá ni ver, me lo voy a llevar lejos, fuera de España, ¡y no lo volverás a ver en tu vida! —me gritaba.

—Tenéis quince días para abandonar mi casa, porque es mía y está a mi nombre, si no es así, tomaré otras medidas — continué diciendo, mientras ella no dejaba de gritar, lanzándome toda clase de insultos.

En ese momento, llamaron a la puerta. Era el vecino, que trabajaba como policía, y que, al escuchar los gritos, llamó por si tenía que intervenir.

—Buenas tardes, soy Leo Camacho, el propietario del piso y padre de Luca. Le estaba diciendo a su madre que deben abandonar la vivienda…

—¿Podemos hablar un momento a solas? —me preguntó, y por su expresión supe que era algo importante.

—Por supuesto, salgamos al pasillo.

—No sé cómo decirle esto. Esos dos, que según ellos dicen son hermanos, están liados. En esta casa hay de todo, en más de una ocasión hemos venido por las quejas de los vecinos, pero eso no es lo que más me preocupa —me explicó, y temí lo que me iba a decir a continuación.

—Dígalo ya, buen hombre, que estoy empezando a ponerme de los nervios.

—Es para estarlo, pero no me voy a andar con rodeos.

—Y yo que se lo agradezco.

—Es el niño. Sube solo a la piscina cada vez que les molesta su presencia. O lo dejan en el rellano, sobre todo cuando tienen sexo en grupo. Más de una vez mi mujer o yo lo hemos metido en casa para que comiera o durmiera, porque hay días que ni eso le dan.

La sangre me hervía en las venas. ¿En eso se gastaba mi dinero esta hija de puta? Fui a entrar, pero ese hombre me frenó.

—Vamos a hacer las cosas bien. Ya he llamado a mis compañeros, y tanto mi mujer como yo testificaremos a su favor. Ponga la denuncia y llévese al

niño de aquí, le tiene miedo, mucho, y haga que su hijo vuelva a sonreír —me dijo, y comprendí que tenía razón.

Nos quedamos allí hasta que llegó la policía. Mientras tanto, envié un mensaje a Alejandro para que el niño no presenciara nada.

**Leo:** *Alejandro, no bajes al niño ahora, la situación es peor de lo que pensaba. Estoy esperando a la policía con un vecino, pero tranquilo, estoy bien, no me han hecho nada.*

Mantuve el teléfono en las manos, sabía que mi amigo no me defraudaría, lo mantendría a salvo. Mi hijo ya había vivido más en sus cuatro años, de lo que debería en toda una vida. Y, como imaginé, Alejandro respondió de inmediato.

**Alejandro:** *Me lo imaginaba, porque al subir, el niño me ha dicho que estaba solo. Que cuando su madre y su tío quieren dormir la siesta, lo mandan fuera. Como hace calor, prefiere ir a la piscina, por si hay algún vecino que quiera jugar o le dé merienda. Ya lo estoy vistiendo, me lo llevo al parque. Te espero allí.*

Justo cuando terminé de leer el mensaje, llegó la policía, a la que contamos todo lo que habíamos descubierto. Les relaté mi situación, desde antes de que naciera el niño. Su madre y yo mantuvimos una relación que, aunque informal, fue duradera, y de la cual nació Luca. Ella quería abortar, y yo le ofrecí dinero para que no lo hiciera, firmando un contrato en el que yo me hacía cargo del niño desde su nacimiento, y a cambio, ella recibiría una cantidad determinada.

Les conté cómo me había estado chantajeando, porque vio en el niño su cajero automático personal, y en cómo me dejaba verlo cuando a ella le convenía. Cuando no, lo trataba de la manera en la que lo hacía.

—Entraremos con usted para recoger las pertenencias del niño. En cuanto a ellos dos, interpondremos la denuncia correspondiente, y les llegará un requerimiento para que abandonen la vivienda. No le voy a mentir, eso será lo más complicado.

—Tengo algo más. Él, que trabaja en mi empresa, me ha estado robando reiteradamente durante mucho tiempo. También quiero denunciar eso.

Todo quedó reflejado en la denuncia. Cuando ella nos vio entrar, su rostro le cambió, y los insultos volvieron. Al entrar en lo que se suponía que era el dormitorio de mi hijo, me faltó poco para llorar. No tenía nada más que una camita pequeña y dos peluches. En el armario, cuatro camisetas, que se veían que eran heredadas, y dos conjuntos decentes, los que usaba cuando me lo traía a la empresa.

# Capítulo 12



**Leo**

—¿Qué hacías con el dinero que te daba todos los meses para el niño? ¿Gastarlo en drogas y en fiestas? —le dije al salir de allí, de donde no me llevé absolutamente nada.

—Te dije que ese niño no debía nacer, pero al final, me sirvió para vivir como quería, junto con el dinero que este te sisaba todos los meses —me dijo, con esa sonrisa maquiavélica.

—Quedan detenidos por abandono de un menor, además de por robo y tenencia de estupefacientes —le dijo el policía que había entrado conmigo, y que lo había grabado todo.

—Me las vas a pagar, te lo juro por lo más sagrado —me amenazó ella, porque él no levantaba la cabeza del suelo.

—Eres una manipuladora, y pagarás por todo lo que has hecho, desde el inicio hasta lo último —le dije.

Lo primero que hice fue llamar al seguro del hogar, les conté que había tenido okupas, y vinieron rápidamente a cambiar la cerradura. A continuación, llamé a una empresa para que dejaran la casa vacía, no quería nada de lo que había allí. La ropa de ellos, la metí en dos bolsas de basura y se las di al policía, que todavía no se había marchado, a instancias de su compañero, que me fue de gran ayuda.

En uno de los cajones había un fajo de billetes, aproximadamente de unos ochenta mil euros, que la policía me dijo que eran míos. La casa estaba a mi nombre, y no era de ningún delito contra la salud pública, porque la droga que encontraron era para consumo personal.

Cada vez que pensaba dónde había estado metido mi hijo y en la forma en la que se estaba criando, me daban escalofríos. Con todo listo, cerré la puerta con llave y me dirigí hasta el parque, no sin antes darle las gracias a mi vecino. Tenía claro que en esa casa no quería vivir, así que la pondría en venta y buscaría otra nueva con las mismas condiciones que esta.

—¡Papá! —me gritó mi niño cuando me vio, y vino corriendo para darme un abrazo.

—Hola, campeón, ¿te lo has pasado bien con el tío Alejandro? —le pregunté, para romper el hielo e intentar encauzar la conversación.

—Papá, ¿por qué no me llevas contigo? Yo no quiero vivir en esa casa, no me gusta el hermano de mamá, me lanza al pasillo y ella no hace nada —me dijo mi niño, con las lágrimas saltadas.

—Ya no vas a volver más a esa casa. Te vienes a vivir con papá, pero antes, vamos a ir a comprarte un montón de cosas, que con la ropa que tenemos en casa no vamos a tener bastante. Además de que la mayoría ya te debe quedar pequeña —le dije, haciéndole gestos a Alejandro de que ya le contaría luego.

La pinta que llevaba mi hijo, en comparación a cómo íbamos vestidos nosotros dos, dejaba constancia de la manera en la que lo trataba su madre. Yo le pasaba todos los meses dos mil euros para sus cosas, y aparte me hacía cargo de los suministros de la casa. Que mi hijo no tuviera unas simples zapatillas de deporte con todo ese dinero, me provocaba un terrible dolor de estómago.

Al menos iba duchado, ya que Alejandro lo había enjuagado en las duchas del solárium del edificio. Lo primero que hice fue llevarlo a una de las tiendas de niños que había a lo largo de todo el centro comercial. Lo vestí con un pantalón corto, un polo y unas sandalias, que le dejé puesto después de pagarlo. A continuación, todo me parecía poco, por lo que me cargué de bolsas con absolutamente de todo, desde colonia hasta ropa interior, pasando por bañadores, pantalones de algodón corto, y todo lo necesario para el verano.

—Luca, ¿dónde está el uniforme del colegio? —le pregunté a mi hijo, puesto que yo lo matriculé en uno concertado en el que todos hicimos la primaria, ya luego nos cambiamos de centro, cosas de la edad.

—¿Qué colegio, papi? Mi madre me decía que no tenía que ir, que hasta que no tenga seis, no es obligatorio, y que ella no madrugaba para que pintara. Lo que sé, lo he aprendido yo solito viendo vídeos.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo que tu madre no te ha llevado al colegio ni un solo día?

—Papi, pero yo no he tenido la culpa, no me vayas a pegar ni a decirme que no tenía que haber nacido, por favor, que me da mucha pena. —Cuando escuché a mi hijo decir eso, el alma se me cayó a los pies. Necesitaría un psicólogo y muchas dosis de cariño, y tendría que armarme de paciencia para decirle las cosas.

—No, mi amor, papi, no te va a pegar nunca, ni a decirte esas cosas tan horribles, puedes estar tranquilo. ¿Qué te pareces si mañana vamos a la playa por la tarde?

—¿Por la mañana iremos a la oficina? Quiero ver a tu amiga Carol, me cae bien, ella es buena, no como mamá, que solo me daba besos cuando tú estabas delante.

—No sé si Carolina tendrá que ir mañana, pero a la oficina sí que vamos a ir. Y ahora, nos vamos a comer una hamburguesa así de grande —le dije abriendo las manos todo lo que podía, y eso le sacó una carcajada.

—¡Hala, qué exagerado! —me dijo él, sin poder parar de reír.

Dejamos todas las bolsas en el coche, y nos montamos para ir hasta la hamburguesería en la que estuvimos la otra vez. Al aparcar, vimos cómo Cristina salía de la clínica en la que trabajaba y mi amigo no perdió puntada.

—Eh, Cristinita, ¿qué haces por aquí tan solita? —le dijo, con todo el arte que tenía.

—Uy, mira, te has metido a poeta y no ha salido en las noticias. Me cachis en la mar, con lo que te has esforzado y que no te hayan dado cobertura nacional —le contestó ella, y a mi hijo le salió otra carcajada.

—Vaya corte que te ha dado, tío. Otra mujer que me gusta, vuestras amigas molan —dijo mi hijo, sin apartar la mirada de ella.

—¿Y esta preciosidad quién es? —preguntó Cristina.

—Es mi hijo. Te presento a Luca, hijo, ella es Cristina.

—Desde hoy voy a vivir con mi papá, y estoy supercontento, ¿te puedo dar un besito y un abrazo?

Cada vez que veía a mi hijo reclamar cariño, era como si un puñal me atravesara el corazón. Pero Cristina, que era igual de cariñosa que Carolina, no se lo pensó dos veces, lo cogió en brazos y se lo comió a besos, sin dejar un solo centímetro de su cara sin que recibiera uno.

—¿Te vienes a cenar con nosotros? Mi padre te invita —le dijo, sin preguntar y sin nada, pero me dio igual.

—Anda, ya has puesto a tu padre en un compromiso. ¿Y si él tiene otros planes?

—Ninguno de los dos tenemos mejor plan que este, así que no tienes escapatoria —le contestó Alejandro, cuya sonrisa no se podía borrar de su cara.

—Pues nada, me voy con estos tres hombres guapísimos a cenar, no se diga más —le dijo, cogiéndolo de la mano, y haciéndome un gesto de que se adelantaba un poco para que pudiera hablar con Alejandro.

Cristina siempre había sido una persona muy intuitiva, y en este caso me vino genial, porque gracias a ella pude contarle a Alejandro lo que había sucedido, así como lo que pensaba hacer con la casa.

—Siempre supe que era una hija de puta, pero lo que le ha hecho al niño… no hay palabras para describirlo —me dijo Alejandro, al que se le habían saltado las lágrimas.

—Ni que lo digas. Cuando el vecino me lo contó, casi me caigo en redondo de la impresión. No tiene perdón, lo que mi niño ha sufrido, y yo totalmente ignorante, no supe ver las señales que me lanzaba, como que fuera siempre con la misma ropa cuando venía a verme.

—No te fustigues más, amigo, afortunadamente, has llegado a tiempo para sacarlo de ese infierno. Es pequeño, y con la ayuda adecuada, estoy seguro de que sabrá salir adelante y superarlo.

—Mañana llamaré a David, para que me dé una cita y le haga una revisión, ya no me fio de nada de lo que le hayan podido hacer, y de paso, que me recomiende algún buen psicólogo que lo trate y lo ayude a olvidar todo.

—Papi, venga, que os estamos esperando —me gritaba él desde su silla, haciendo gestos con la mano.

En ese momento, me juré a mí mismo que mi hijo siempre sería lo primero en mi vida, ni empresa ni nada se pondría por delante de él.

# Capítulo 13



La semana en el trabajo había sido realmente agotadora, pero gracias al cielo, por fin era viernes. Los días habían transcurrido alternando el trabajo por la mañana y, cuando salía, regresaba a casa, me preparaba algo de comer, o calentaba lo que mi madre me había dejado ya listo, y me marchaba a la playa con ella y sus amigas.

Según Eloísa, el color de mi piel había pasado del que tenía el cochero de Drácula al de un melocotón recién recolectado, íbamos progresando.

Ese viernes los planes habían cambiado, puesto que había quedado con las chicas para comer en uno de los restaurantes que solíamos frecuentar, sobre todo en verano.

—¡Por fin, ya pensaba que te quedabas a pasar el fin de semana en el despacho! —dijo Cristina, de manera exagerada.

—Tendrás cara, pero si María todavía no ha llegado… —le contesté, riendo.

—Ella llegará ahora, estará esperando a que lleguen los demás.

—¿Qué demás? —pregunté, pero no me dio tiempo a más, cuando escuché una vocecita que me llamaba.

—¡Carol! ¡Has venido! Lo ves, papá, te lo dije, que ella no diría que no estando yo —me dijo, Luca, dándome un fuerte abrazo.

—Hola, mi niño. ¿Cómo estás? — le hablé con todo el cariño con el que era capaz de dirigirme a él.

—Superbién y supercontento. Ya vivo con mi padre, ¿sabes? Y él, ni me grita, ni me dice palabras feas, como me decía mamá.

Cuando el niño me contó eso, no pude evitar mirar a Leo, al que vi con las lágrimas saltadas, y no era para menos. Para él tenía que ser muy duro escuchar eso de boca del niño, pero por fin había reaccionado y plantado cara a la madre del crío. Lo interrogué con la mirada, y él me hizo un gesto como que luego me contaba, y yo asentí.

—Anda, mira que bien, como ya está aquí Carolina, a Cristinita que la parta un rayo, ¿no? —le habló mi amiga al niño, que corrió para darle un beso también a ella, pero luego volvió a mi lado.

Mi amiga me había contado todo lo que ocurrió el día que se encontraron al salir del trabajo, y todo lo que el niño le había dicho. Ese pequeño renacuajo se había ganado el corazón de todos nosotros, eso era innegable.

—Tendríamos que organizar algo para este fin de semana —dijo María, a la que fulminé con una mirada.

—Yo había pensado, si queréis, que nos acompañarais a Luca y a mí. Nos iremos mañana, después de desayunar temprano, al campo. Allí podemos hacer una barbacoa, pasar el día en la piscina y por la noche tomar algunas copas —comentó Leo.

—Carol, ¿tú vendrás? Porque si tú no vienes, prefiero quedarme en casa e ir mañana a la playa contigo —dijo Luca, justo cuando yo iba a negarme.

¿Quién le decía que no, después de mirarme con esa cara? Este pequeñajo sabía muy bien cómo camelarse a los adultos, porque conmigo lo había hecho.

—Luca, cariño, no puedes decir esas cosas y poner en un compromiso a las personas. A lo mejor Carolina tiene otros planes, o ha quedado con alguien —lo reprendió su padre.

—Yo no tengo planes con nadie, y si a ti no te molesta mi presencia, me gustaría apuntarme, como todos los demás.

—¿Por qué va a molestarme tu presencia?

—¿Por cómo terminamos el otro día, por ejemplo? Entendería que no estuvieras cómodo en mi presencia, y te ruego que, si es así, me lo digas, sin compromiso, de verdad.

—No seas tonta, lo del otro día no tenía nada que ver contigo y, si me das permiso, me gustaría contarte todo, en un ratito que tengamos tranquilos en el campo.

—Estaré encantada de que lo hagas, y si te puedo ayudar en algo, lo que sea, no dudes en llamarme. Comportémonos como los adultos que somos, y dejemos el pasado atrás. ¿Trato hecho? —Le tendí la mano para sellar el acuerdo, y él la estrechó con ganas.

La tarde se nos pasó volando, cuando quisimos darnos cuenta, ya eran casi las siete de la tarde. Mi madre sabía que había quedado con las chicas, por lo que ese día no me esperaba en la playa.

—Nosotros nos tenemos que ir ya —dijo María, refiriéndose a ella y a David.

—Sí, que estamos de guardia no presencial, y me acaban de avisar que hay un parto. Así que, levanta el culo que tienes que traer un niño al mundo —contestó David entre risas.

—Cristina, si quieres, te acompaño a casa —le dijo Alejandro a mi amiga, que asintió, roja de vergüenza.

—¿Tienes prisa? —me preguntó Leo a mí.

—¿Yo? Para nada. No tengo planes hasta mañana. Bueno, tengo que preparar la mochila, pero no me llevará mucho tiempo. ¿Por qué? —le respondí intrigada, sin entender el motivo de su pregunta.

—¿Nos acompañas al parque? —preguntó Luca, poniendo ojitos.

—Estaré encantada de ir con vosotros —le dije, y me sonrió de una manera tan bonita que me llegó al alma.

Luca se situó entre su padre y yo, cogiéndonos de una mano a cada uno, y enfilamos el camino hasta el parque. Leo me miraba de reojo, y de una manera que me desconcertaba una barbaridad, era como si sus ojos dijeran una cosa y su boca lo hiciera de otro modo.

—Papi, voy a montarme en los columpios, ¿vale? —Le indicó el niño a su padre.

—Perfecto, nosotros nos vamos a sentar aquí, a tomarnos una copa. No te vayas a alejar y, si vas a otra parte, antes vienes y me lo dices —le contestó su padre.

—Es un amor de niño. —No pude reprimir mi comentario.

—Y todo lo que ha tenido que pasar… Lo más duro es que yo, quien debía cuidarlo como su padre, estaba completamente ciego, sin percibir nada de lo que ocurría.

—Pero ahora, por lo que veo, lo tienes contigo, ¿no? —pregunté, de una manera temerosa, no quería que me diera otro corte y se jodiera de nuevo el acercamiento que estábamos teniendo.

—Habla sin miedo, Carol. Lo del otro día fue el producto de la frustración tan grande que sentía.

—Si te viene bien hablarlo, te escucho. Si, por el contrario, prefieres no hablar del tema, lo dejamos aquí y listo.

—Te he dicho antes que me gustaría contarte todo, y lo voy a hacer. El otro día, cuando salimos de la empresa, me di cuenta de que no podía seguir así, por lo que me fui directamente hasta la casa… —me contó lo que había sucedido, sin dejarse absolutamente nada.

Conforme iba hablando, el nudo que se me había instalado en el pecho se iba haciendo más fuerte, como que oprimía más. No entendía cómo una madre podía usar a un niño de esa manera, pero, sobre todo, lo que no me cabía en la cabeza era que lo echara a la calle, tan pequeño, sin saber lo que podía pasar.

Que sí, que estábamos en una ciudad tranquila, pero eso no quitaba que lo pudiera atropellar un coche, que se subiera a la parte de la piscina y se ahogara… mil cosas que podían pasar y que a ella le daban exactamente igual, por lo que se veía.

—¡Qué hija de puta! Tan solo espero que lo pague, en esta vida a ser posible. A un niño no se le trata así, es inhumano y contra natura. De verdad que no lo entiendo —le contesté cuando terminó de contarme.

De vez en cuando, mirábamos hasta donde se encontraba el niño jugando, y seguimos hablando de todo y de nada en particular. Ambos preferimos dejar aquel tema de lado, porque hacía daño, a él como padre, y a mí, ya que era algo que me sobrepasaba: no soportaba ver sufrir a un niño por pura crueldad.

Luca se veía feliz, saltando y jugando con unos amiguitos que se había echado en los columpios, y que lo invitaron a irse a jugar a la pelota, pero antes de hacerlo, vino a preguntarle a su padre.

—Papá, Mario, ha traído una pelota, ¿puedo ir a jugar al fútbol en aquella parte de allí? —preguntó.

—Siempre y cuando sea en una zona donde yo te vea, ¿vale? —respondió su padre.

—¿En serio puedo? ¿Y si se manchan las zapatillas? Es que mamá no me dejaba nunca, las pocas veces que me llevaba al parque, me decía que como se me mancharan las zapatillas, me iba a quitar las ganas de jugar al fútbol a palos —dijo el niño, con una mezcla de emoción y dolor.

—Cariño, estás en edad de manchar, de romper y de disfrutar. Si las zapatillas se manchan, se lavan y punto. Y si se rompen, pues yo te compro otras y asunto resuelto —le contesté yo, porque a su padre, cuando lo escuchaba hablar de esas cosas, se le cambiaba el semblante.

—Ojalá tú hubieras sido mi madre —contestó él, dándome un beso y salió corriendo para seguir jugando.

# Capítulo 14



Después de que el niño dijera esas palabras, a mí se me saltaron las lágrimas, no por lo dicho, sino por lo que significaba. Que un niño renegara de su madre tenía que ser muy duro para él, porque evidenciaba todo lo que había sufrido.

En un momento dado, perdimos al niño de vista y cuando nos disponíamos a ir a buscarlo, lo vimos llegar corriendo y llorando hacia donde estábamos nosotros.

—Es mala, muy mala, no la quiero —decía entre sollozos, sin que ninguno de los dos supiera a qué se estaba refiriendo.

—Tranquilízate, Luca, y cuéntanos lo que ha pasado. Si no lo sabemos, no podemos ayudarte —le dijo su padre, que cada vez estaba más nervioso.

—A ver, cariño, ven, siéntate aquí conmigo. ¿Qué ha pasado? —le dije yo, intentando que el niño nos contara lo que le había sucedido.

—Estaba jugando al fútbol y se nos fue la pelota. Era mi turno de ir a buscarla, y cuando fui, la tenía ella, mamá.

—¿Tu madre está aquí? —preguntó Leo, sobresaltado.

—Sí, estaba ahí detrás —indicó el niño, que seguía sentado en mi regazo.

—¿Qué te ha dicho, hijo? —insistió el padre.

—Me dijo que ni ella es mi madre ni tú eres mi padre, que, por contar cosas sobre ella, me llevarían a un centro donde nadie me visitaría y estaría solo. No quiero, papá, no lo permitas —dijo el niño, rompiendo en llanto.

Con una mirada le pregunté a Leo si eso podía ser posible. Me refería a lo de que no fuera su padre, y él negó con la cabeza, con total tranquilidad, lo que para mí también supuso un alivio enorme.

—Eso no va a pasar nunca. Es cierto que Carolina no es tu madre, es una amiga que te quiere muchísimo, casi más que quien te dio la vida, pero no voy a hablar mal de tu madre, no haré lo mismo que ella.

—Pero, tú eres mi padre, ¿verdad?

—Por supuesto que lo soy, de eso no tengas ninguna duda. Si te quedas más tranquilo, en cuanto lleguemos a casa, te enseño el documento que lo demuestra —le dijo Leo, y el pequeño Luca asintió.

Mientras yo me quedaba con el niño, al que le pedí un refresco de naranja para que se calmara, Leo se apartó para hablar con la policía. Escuchaba cómo relataba lo que le había dicho y hecho al niño, y que, estando donde estábamos, lejos de su casa y del trabajo de su padre, era evidente que nos había seguido.

—Por supuesto, agente, en unos minutos estaré allí. Gracias. —Lo escuché despedirse de quien atendió la llamada.

—¿Todo bien?

—Tengo que pedirte un favor. ¿Puedes quedarte con Luca hasta mi vuelta? Me acaban de citar en comisaría y en el juzgado de guardia. Vamos a solicitar medidas cautelares, como una orden de alejamiento, pero antes debo pasar por casa a recoger el informe del laboratorio que acredita mi paternidad.

—No hay problema, ve tranquilo. Si quieres, me quedaré con él esta noche, que duerma en mi casa y mañana lo recoges antes de ir al campo —le ofrecí, porque entendía que, las horas que eran, cuando terminara, el niño seguramente estaría dormido.

—Luca —lo llamó su padre, ya que se había ido con sus amigos a los columpios—. ¿Te gustaría dormir esta noche con Carol en su casa? Tengo que hacer algunas gestiones, así mañana, a primera hora, os recojo a los dos y nos vamos a desayunar churros antes de irnos al campo.

—Vale, papá, siempre que me prometas que volverás a por mí — le respondió el niño, con un tono que reflejaba claramente el miedo que sentía.

—Por supuesto, mi niño, no te dejaría por nada del mundo.

Ambos se fundieron en un abrazo, uno que me conmovió profundamente. ¿Cómo podía un niño tan pequeño, que apenas alcanzaba unos palmos del suelo, tener tantas dudas y tanto temor dentro de sí? Era difícil de entender.

—Estoy pensando que, antes de subir a mi casa, podemos entrar en el McDonald's y pedir unos menús. ¿Qué te parece? —le pregunté al niño, puesto que eran ya las nueve y media de la noche.

—Me parece genial. Gracias, Carol —me dijo, abrazado a mí.

—¿Y por qué me das las gracias, mi vida? —le pregunté, sorprendida.

—Por demostrarme que me quieres, por apoyar a mi papá y por cuidarnos. —Con esas simples palabras, me dejó completamente desarmada.

¿Qué se le decía a un niño de cuatro años después de que hubiera abierto su corazón conmigo de esa manera? Nada, no pude decirle nada, tan solo lo abracé fuerte y me lo comí a besos.

Nos sentamos en una de las mesas del exterior del local, después de pedir nuestros menús, con helado incluido, y comenzamos a comer. Le envié un

mensaje a Leo, con una foto de los dos haciendo muecas detrás de nuestra hamburguesa.

**Carolina:** *Mira qué bien nos lo estamos pasando, papá. Quédate tranquilo, que ya se le ha pasado el disgusto. Mañana me gustaría comentarte algo que me ha dicho. Un abrazo.*

Seguimos comiendo, tan ricamente, entre risas y bromas, pero el sonido de mi teléfono nos interrumpió. Era Leo, que me contestaba al mensaje.

**Leo:** *Me alegro mucho de verlo tan feliz, pero analiza la foto. No dejes que se acerquen a él. Yo ya he terminado, esperarme ahí, que os doy el alcance en unos minutos.*

Sin decirle nada al niño, observé a nuestro alrededor, pero no vi nada raro. Amplié la foto y la analicé con atención, hasta que los vi y se me cambió la cara. Detrás de nosotros, a pocos metros, estaba esa mujer con un hombre, supuestamente su pareja, que decía ser su hermano para no levantar sospechas.

—Carol, ¿te ocurre algo? —me preguntó Luca, cogiendo mi mano con su pequeña manita.

—Nada, mi amor. Papá ya me ha escrito, y dice que ha terminado, que viene para acá. Al final vas a poder dormir con él —le dije, y me puso una cara triste.

—Ya estoy aquí —dijo su padre, que apareció por detrás de mí.

—Papá, ¿por qué no puede Carol dormir con nosotros esta noche? —le preguntó triste.

—Si ella quiere, no hay inconveniente. Es más, ¿qué os parece si vamos a su casa, recoge sus cosas y nos vamos al campo? Nosotros tenemos allí de todo, no necesitamos coger nada de casa.

—Di que sí, Carol, por favor. Así nos podemos bañar en la piscina cuando lleguemos, me encanta hacerlo de noche —me suplicaba el niño, y en su padre noté algo que antes no había notado.

—Está bien, pero habrá que avisar a los demás, para que no piensen que nos fuimos sin decir nada.

—Ya están avisados, pensaba proponértelo antes de que Luca lo dijera.

En su mirada veía gratitud, pero también algo más que no sabía definir, y que me inquietaba y me alegraba a la vez. Así que, ni lo dudé, en cuanto terminó su menú, ya que no había cenado, nos pusimos en camino a mi casa para recoger mis cosas.

Al entrar, mi madre estaba en la cocina, y cuando Luca la vio, se quedó boquiabierto. Leo no tenía padres, fallecieron antes de que naciera el niño, en un accidente de tráfico, por eso tampoco tenía abuelos, pero estaba segura de que mi madre asumiría ese rol encantada.

—Pero bueno, este niño tan guapo, ¿quién es? —preguntó mi madre en cuanto que lo vio.

—Es Luca, mamá, el hijo de Leo —contesté, señalando a ambos, ya que él también había subido—. Voy a preparar mis cosas, sentíos como en vuestra casa.

—Leo, hijo, cuánto tiempo sin verte, y que niño más precioso tienes —le dijo mi madre, acercándose a darles un beso y un abrazo a los dos.

—Ay, Manuela, qué alegría verla. Pero si sigue igual que cuando yo tenía dieciséis años —le contestó Leo, riendo.

—Conmigo no seas formal, sabes que eres como un hijo para mí. Claro que estoy igualita, pero con casi veinte años más y veinte kilos de regalo, también.

—Manuela, si mi papá es como un hijo para ti… ¿te puedo llamar abuela? —le preguntó Luca, con timidez.

—A mí me llamas como te salga del alma, como si quieres hacerlo silbando, que igual voy a acudir cuando lo hagas —le contestó mi madre, con una sonrisa. Otra que había caído bajo la influencia del pequeño Camacho.

# Capítulo 15



Llegamos al campo, que en realidad no era uno como tal, sino que se trataba de un chalé, con piscina y zona de barbacoa, en una de las zonas más exclusivas de un pueblo cercano a donde vivíamos, pasada las once y media de la noche.

A pesar de la hora que era, ninguno teníamos sueño y, como hacía ese calor tan pegajoso, no pensábamos irnos a la cama todavía. Entramos al interior para ponernos el bañador, y si el exterior era bonito, la parte de dentro era espectacular.

Estaba todo en una sola planta, pero bien diferenciadas las estancias. En la parte izquierda estaba el salón y la cocina, en un espacio abierto, con unas puertas que daban a un porche, que se podía cerrar en invierno. Tal y como me estaba contando Leo, también había un pequeño aseo y una zona de lavandería, oculta tras una puerta panelada como los muebles de la cocina.

En la parte derecha estaban las cuatro habitaciones, todas con baño privado, y allí nos dirigimos para dejar nuestras cosas.

—Puedes dejar tu mochila en el cuarto de Luca, si quieres —me dijo Leo, y me dirigí hasta allí para cambiarme.

Elegí uno de mis bikinis; en este caso, me puse uno blanco con pequeños lunares azul marino, de corte brasileño, que realzaba mi figura, y salí hacia el jardín.

—Carol, estás guapísima —me dijo Luca, nada más verme aparecer por el jardín.

Leo estaba de espaldas, pero cuando escuchó al niño hablar, se dio la vuelta. Al mirarme, lo vi tragar saliva, mientras sus ojos me recorrían con… ¿deseo? No sabía qué pensar, pero que me estaba haciendo ruborizar, sí, y mucho.

—Te has quedado corto, hijo. Está espectacular, y no es por hacerte la pelota, no me pongas esa cara —dijo Leo sin apartar la mirada de mí.

—Al final me vais a hacer sonrojar entre los dos, ya veréis.

—Venga, vamos al agua, que hace mucho calor —dijo Luca, lanzándose al agua sin manguitos y sin nada, y me cagué de miedo, que todo hay que decirlo.

Sin pensarlo, salté detrás de él, sujetándolo como pude por el bañador, y levantándolo en el aire. Cuando salió, no podía parar de reír, al igual que su padre, que estaba doblado de la risa, sentado en el bordillo de la piscina.

—¿Se puede saber de qué os estáis riendo? —pregunté, con las manos en la cintura, pero sin soltar al niño.

—Puedes soltarlo, sabe nadar mejor que tú y que yo —dijo su padre, sin poder parar de reír.

—Claro, Carol, mi papá me llevó a natación cuando era un bebé. Aprendí a nadar antes que a caminar, mira.

Se soltó y empezó a bucear, saliendo en el otro extremo de la piscina, y me dejó boquiabierta. Justo en ese instante, sentí las manos de Leo rodeando mi cintura, y me estremecí. Me atrajo hacia él, para susurrarme al oído.

—Gracias, con este gesto has demostrado lo que te importa, Luca, y por extensión, yo —Me soltó, pero antes me dejó un beso en el cuello que me puso los vellos de punta.

Con una sonrisa, se lanzó al agua, para ir hasta donde estaba su hijo, al que levantó en alto y lanzó por los aires, haciendo que cayera de nuevo a la piscina.

Desde donde estaba, los escuchaba reír, a carcajadas, mientras que yo no me atrevía a romper ese momento tan íntimo entre los dos, observándolos desde la distancia.

—Ven aquí, cagueta, que no te va a pasar nada —me gritaba Leo desde la otra punta.

—No es por miedo, es que no quería interrumpir vuestro momento familiar — dije, en voz baja, cuando llegué a su lado.

—Carol, es que tú ya formas parte de nuestra familia. No quiero que te marches nunca —me respondió el niño, mientras su padre me miraba con una sonrisa y le chocaba la mano al niño.

—Sois dos tramposos, sobre todo tu padre, que sabe que tengo debilidad por ti y se aprovecha —le dije, y lo que hizo Leo me dejó sin palabras.

—¿Solo por el niño? Porque el padre tiene debilidad por ti desde que tenías quince años. —Se acercó a mí y me besó.

No fue un beso planeado, ni profundo, solo un leve roce de labios, que me supo a poco, pero que me supo a gloria. El niño ya había salido de la piscina, se había enjuagado en la ducha que había fuera y se metió en la casa, mientras que nosotros no podíamos apartar la mirada el uno del otro.

—Papá, me voy a la cama, que tengo sueño —gritó el niño desde la puerta de la casa.

—Cámbiate de ropa, ahora voy a darte el beso de buenas noches —le contestó su padre, pero sin dejar de mirarme.

Cuando supo que estábamos solos, sus manos se posaron en mi cintura, atrayéndome hacia él. Noté su dureza, y eso me puso a mil a mí también.

Sin decir nada, porque no hacían falta palabras, se lanzó a mi boca, igual que yo a la suya, y nos besamos con hambre contenida. Me alzó por la cintura y me pegó a la pared de la piscina, dejando mis piernas alrededor de su cuerpo, por lo que su miembro, completamente duro, se rozaba con mi intimidad. ¿Os podéis creer que llegué al orgasmo solo con ese roce? Pues creedlo, porque es verdad.

—Me parece que esta noche va a ser muy interesante —me dijo al oído, mientras yo terminaba de recomponerme.

A continuación, metió sus dedos por el lateral de mi bikini, llegando a mis labios vaginales, esos que apartó para acariciarme de arriba abajo. Yo tampoco me quedé quieta, y metí la mano por la cinturilla de su bañador, hasta rodear su erección con los dedos.

—Dios, Carol, no sabes la cantidad de veces que he soñado con tenerte, así —susurró, sin poder apartarnos el uno del otro.

—No pares, por favor.

—No pienso hacerlo hasta que te hayas corrido de nuevo. Te quiero en mi cama esta noche, y en todas las que tengamos oportunidad, no me digas que no —añadió, apartando mi mano y sacándola del interior del bañador mientras yo alcanzaba un nuevo orgasmo.

Salimos de la piscina, nos envolvimos en una toalla y fuimos hacia el interior de la casa. En primer lugar, pasamos por la habitación de Luca, que

dormía plácidamente; le dimos un beso cada uno, y luego nos encerramos en el dormitorio principal.

Me secó con mimo, llevándose mi bikini a su paso, para luego sentarme en el borde de la cama. Me miró con deseo, con hambre, mientras abría mis piernas al máximo, se puso de rodillas y lamió mi sexo como si fuera un helado de su sabor favorito, haciéndome gemir de anticipación.

Con una sonrisa en los labios, sabiendo lo que provocaba en mí, me devoró. No puedo describirlo de otra forma. Me hizo gritar con otro orgasmo, que tuve que acallar mordiendo la almohada, porque lo último que quería era que Luca se despertara.

Se levantó, ya sin su bañador puesto, pero lo que sí llevaba era un preservativo, y me penetró, poniendo mis piernas a la altura de sus hombros. En esa postura podía notar cómo llegaba hasta el fondo de mi vagina, provocándome unas sensaciones que no había sentido nunca, con ninguno de los hombres con los que había estado.

Cuando se cansó de esa postura, me dio la vuelta, dejándome apoyada sobre la cama por los codos y las rodillas, pero no duramos mucho así, porque ahora yo quería tomar el control de la situación. Por eso, me aparté, lo senté en la cama, y me senté a horcajadas sobre él, introduciendo su miembro mientras mis pechos quedaban a la altura de su boca.

No perdió el tiempo, los saboreó con ansia, los lamió, los chupó, incluso los mordisqueó con suavidad, como si fueran uno de esos juguetes para bebés cuando les salen los dientes, y eso me enloqueció.

Al principio, era yo la que marcaba el ritmo, subiendo y bajando a mi antojo, hasta que me sujetó por las caderas, y ayudado de su pelvis, me bajaba mientras que él subía a darme el encuentro. Nos volvimos locos, nos besamos, nos acariciamos, hasta que llegamos juntos al clímax, al unísono, acallando los gemidos el uno en la boca del otro.

—Dios, eres perfecta, Carol. Ha sido maravilloso, y no quiero que esto quede en algo puntual —me dijo, mientras recuperábamos el aliento.

—No sé qué decirte, sinceramente.

—Dime que sí, dame una oportunidad.

Nos metimos en la cama y nos quedamos dormidos, yo apoyada en su pecho, que me pareció la almohada más cálida del mundo.

# Capítulo 16



Continuábamos abrazados, dormidos, cuando la puerta se abrió y entró Luca como un huracán, hasta que se dio cuenta de que su padre y yo estábamos en la misma cama, en actitud cariñosa.

—Papá, ¿Carol es tu novia o es mi tía como el hermano de mamá? —le preguntó.

Ambos nos miramos y comprendimos, con una sola mirada, sin decir nada, el cacao mental que el niño tenía, al que lo había llevado la situación con su madre.

—Ven, mi amor, que te vamos a explicar una cosa —le dijo Leo, invitándolo a que se sentara en la cama.

Por suerte, la última vez que lo hicimos, que fue en la ducha, decidimos ponernos un pijama, por si ocurría eso mismo que estaba sucediendo.

—Dime, papá —dijo él, subiéndose a la cama y colocándose en medio de los dos.

—El chico que vivía con tu madre, a pesar de que decían que eran hermanos, no era verdad. Ellos son una pareja, no sé si novios, o qué, pero no hermanos. Los hermanos no se besan en la boca, ni comparten intimidad, eso solo lo hacen las parejas. —Intentaba su padre explicarle todo al niño.

—Entonces… ¿Carol, y tú sois pareja? —preguntó, como con miedo. Su padre y yo nos miramos, con amor.

—Sí —dijimos los dos a la vez.

—¿Estás contento? —Esta vez le tocó el turno a su padre.

—Sí, pero tengo miedo —contestó el niño, y ninguno supimos a qué se estaba refiriendo.

—¿De qué tienes miedo, mi amor? ¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté, deseosa de saber qué era lo que lo angustiaba tanto.

—De que te vayas, de que descubras que no soy un niño bueno y nos dejes, a mi padre y a mí.

—¿De dónde has sacado eso, Luca? ¿Por qué dices que no eres un niño bueno, si mejor que tú no lo hay? —preguntaba su padre.

—Mi madre me lo decía, que cualquier día ya no me dejaría entrar más en casa, que era un niño malo y por eso me echaba a la calle —nos contestó,

llorando.

—Siempre, escúchame bien, aunque llegue un día en el que tu padre y yo no estemos juntos como una pareja, que volvamos a ser amigos, estaré ahí para ti, para todo lo que necesites de mí. No permitiré que nada ni nadie te aleje de mí, ¿vale? —le dije, limpiando las lágrimas de su rostro e intentando que las mías no cayeran delante de él.

—Y por mi parte, soy tu padre, Luca, y, aunque fueras el niño más travieso del mundo, te amaría igual y jamás permitiría que nadie te hiciera daño. Es por eso por lo que ya he hablado con un juez, para que le prohíba a tu mamá que se acerque más a ti. Si algún día lo intenta, si ves que está cerca, se lo dices al adulto que esté contigo. ¿Lo entiendes? —le explicaba su padre.

Salimos de la habitación los tres abrazados, su padre lo llevaba en brazos y me llevaba a mí sujeta por el hombro, pegada a él, por lo que el niño me podía coger la mano, como así había hecho.

Una vez que estuvimos en la cocina, su padre lo bajó, sentándolo en una de las sillas, para prepararle su desayuno.

—Quédate conmigo, Carol, por favor —me dijo, y algo se me rompió por dentro.

—No te preocupes, cariño, que yo me quedo aquí, y que papá haga de cocinero para los tres —le dije, intentando quitarle un poquito de hierro al asunto.

Desayunamos tranquilamente, entre bromas y gestos cómplices por parte de los tres, hasta que el niño terminó y dijo que iba a ponerse el bañador para meterse en la piscina. Su padre y yo terminamos de tomarnos el café en el porche. Una cosa era que nadara como Michael Phelps, y otra muy distinta es que lo dejáramos sin vigilancia.

—Carol, la cosa es peor de lo que imaginaba. Tengo que hablar con David en cuanto venga —me decía Leo, sin quitarle la vista de encima a Luca.

—Tranquilo, Leo, verás como entre todos lograremos que Luca lo supere.

—Gracias por estar ahí, para él y para mí, no sabes cuánto lo valoro.

—Estaré siempre, pase lo que pase, como pareja o como amiga. Solo quiero que me respondas a algo, con total sinceridad. ¿Por qué estás conmigo, Leo?

—No lo sé, Carol, no quiero mentirte. Solo sé que, cuando estoy contigo me siento a gusto, que te quiero a mi lado. ¿Es amor? No te lo puedo contestar, porque no lo sé.

Ese comentario, por muy sincero que fuera, me rompió por dentro. No esperaba que me dijera que estaba locamente enamorado de mí, pero por lo menos que fuera porque le gustaba, y eso tampoco lo había dicho.

—Gracias por tu sinceridad, pero será mejor que, mientras no aclares tus sentimientos, sigamos siendo amigos. No quiero que conozcas a alguien de

la que de verdad te enamores y Luca tenga un cacao todavía más grande —le respondí.

¿Esperaba que me dijera algo que me hiciera cambiar de idea? Pues la verdad es que sí, pero lejos de hacer eso, se limitó a asentir con la cabeza y apretarme la mano. Antes de que mis lágrimas cayeran, me lancé a la piscina. A mí sí me había dado tiempo de ponerme el bikini, y llegué hasta donde estaba Luca.

—Mi amor, papá y yo hemos estado hablando y hemos decidido que seremos amigos y, si el tiempo hace que seamos algo más, pues entonces te lo diremos a ti el primero —le dije, no quería que cuando llegaran los demás el niño se pusiera a decir que éramos novios.

—Pero, tú no te vas a ir, ¿verdad?

—Para nada, y podrás quedarte en mi casa a dormir todas las veces que quieras, y te llevaré a comer esa hamburguesa que tanto te gusta, y haremos lo que tú quieras —le decía, mientras lo tenía en brazos.

—¿Y la abuela Manuela me dejará que la llame así?

—Claro que sí, ella estará encantada de que lo hagas. Mira, te propongo algo, ¿qué te parece si el lunes, cuando salga de trabajar, voy a recogerte y nos vamos a la playa con ella? Si papá no tiene otros planes, y nos da permiso, por supuesto.

—Ahora vengo, voy a preguntarle.

El niño salió de la piscina y me di el permiso para derramar esas lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Cuando volviera, le diría que era del cloro del agua, que los había abierto al sumergirme. Si no fuera porque le había prometido al niño que no me iría, os juro que en ese momento ya estaría de camino a mi casa.

Me puse a pensar en todo lo que me había dicho la noche anterior y me sentía idiota. ¿Cómo me había creído tantos halagos, cuando se veía a leguas que no eran sinceros? Una persona no cambia de la noche a la mañana, y yo había pensado que así había sucedido con él. ¿En qué momento pensé que era cierto que estaba loco por mí desde que tenía quince años? Quise creer que era cierto, a pesar de lo que me hizo cuando yo tenía dieciséis, en aquella fiesta. Eso no se le hace a la persona que te gusta.

Había querido echar un polvo y lo había conseguido con artimañas, y si de paso el niño se lleva bien conmigo, pues una preocupación menos. Yo misma le servía, sobre todo ahora que se le habían terminado las salidas y el llevarse a las mujeres a su casa, y esto sería así hasta que apareciera otra que le gustara más. En ese momento pensé, incluso, que conmigo cumpliría cuando no tuviera más remedio, mientras que por fuera se tiraría a todo lo que llevara falda.

Tenía una presión en el pecho que ya sabía a qué era debido, por eso salí rápido de la piscina y, sin que se diera cuenta, me encerré en el baño. Tenía que hacer los ejercicios que me habían enseñado para controlar la respiración, antes de que me diera una crisis e hiperventilara.

Habían pasado diez minutos y ni había preguntado qué me pasaba, y eso me dolía mucho más. En cuanto llegara Cristina, le diría que me llevara a la parada del autobús más cercana y volvería a casa. Esto no me estaba haciendo bien. Hablaría con el niño y le diría que me encontraba mal y que necesitaba volver, que me tenía que tomar una pastilla o algo que se me había olvidado.

Me recompuse como pude, en cuanto escuché que habían llegado los demás, y salí con mi mochila al hombro.

# Capítulo 17



—¿Dónde vas, Carol? —me preguntó el niño, sin apartar la mirada de su padre, que ni siquiera se movió.

—Cariño, voy a volver a casa, me encuentro mal y quiero estar con mi madre —le dije, en voz baja e intentando contener las lágrimas.

—¡Te lo dije! ¡Le has hecho daño! —gritaba Luca a su padre.

—Eh, eh, tu padre a mí no me ha hecho nada, mi amor. Es solo que tengo una presión aquí, en el pecho, que solo se quita con un abrazo de mi madre —le expliqué como pude.

—Eso me pasa a mí, y ocurre cuando algo me duele, cuando mi madre me decía alguna palabra fea que yo no quería escuchar. —Y ahora el que lloraba era él.

—Ven conmigo, por favor. —Lo tomé de la mano y me lo llevé dentro, su padre quiso entrar, pero lo frené con una mirada.

Entramos en el que era su dormitorio, y nos sentamos en la cama, dejando la mochila a un lado de esta, le cogí sus manitas y empecé a hablarle.

—Luca, los adultos somos muy complicados a veces, y hacemos cosas de las que luego nos arrepentimos. Papá y yo anoche decidimos ser una pareja, pero esta mañana lo pensamos mejor y acordamos ser amigos. Hasta ahí, ¿lo entiendes?

—Sí, pero lo que no entiendo es que tengas ese malestar si ambos lo habéis decidido —me contestó, mitad enfadado, mitad desconcertado.

—A ver, mi vida, hay muchas maneras de querer a una persona, y digamos que tu papá y yo no nos queremos de la misma forma. Por eso tengo ese dolor que tú dices, y por eso necesito alejarme de aquí, porque lo pasaría mal si veo a todos besarse o abrazarse como yo quisiera hacerlo con él.

—Pues yo hablo con él y que lo haga, que te quiera como tú lo haces con él, y listo —me contestó, y una sonrisa apareció en mi cara.

—No se puede obligar a nadie a que te quiera, Luca, eso sería peor, porque a la larga, no podríamos ni ser amigos.

Estaba contándole eso al niño cuando la puerta se abrió, era él, que me miraba agradecido.

—Luca, ¿te importaría dejarnos a solas a Carol y a mí, por favor? —le pidió al niño, que se levantó y salió sin rechistar.

—Si vienes a pedirme que me quede por el niño, la respuesta es no. Si queremos ser amigos, ahora mismo necesito alejarme de todo y de todos —le respondí.

—Eso que le has dicho al niño no es cierto —me dijo y me dejó fuera de juego por completo.

—¿Qué, exactamente? Porque le he dicho muchas cosas.

—Que tú y yo no nos queremos de la misma manera. Vamos a ver, Carol, que me gustas es evidente, que tenemos química juntos, pues también, pero tengo muchos frentes abiertos para empezar una relación, ni contigo ni con nadie. Por eso he dicho que sí a lo que dijiste de que fuéramos amigos.

—Fuiste tú quien habló de ser una pareja, tú sacaste a relucir cosas que ahora me doy cuenta de que no eran ciertas, y no puedo arriesgarme a que me pisotees el corazón y me dejes echa una mierda.

—Todo lo que dije lo sigo sintiendo y eran verdades como templos, otra cosa es que no pueda demostrarlas por ahora.

—Entonces, si no puedes demostrarlo, ¿por qué te acostaste conmigo anoche?

—Porque somos adultos y ambos lo deseábamos. Y podríamos continuar así, si tú quisieras, empezando por ahí y dejando que el tiempo ordene todo.

—Me parece tener mucha cara dura para pedirme eso. ¿Quieres que ponga mi corazón en tus manos sin obtener nada a cambio?

—Solo puedo ofrecerte mi amistad y algunos ratos de sexo, nada más, al menos por ahora.

—Eres muy injusto, y por supuesto que no voy a aceptar tu propuesta. No estaré disponible cuando te apetezca acostarte conmigo, sabiendo que lo harás con otras en cuanto puedas.

—Eso no es lo que te estoy proponiendo…

Estábamos hablando, cuando llegó Alejandro, corriendo y asustado.

—Leo, es Luca, se ha resbalado y parece que tiene un brazo roto, lo está mirando David —nos dijo, y ambos salimos corriendo a ver lo que le había sucedido al niño.

—Carol, me he caído —me dijo llorando, reclamando mi presencia.

—Hay que llevarlo al hospital, probablemente haya que intervenir —dijo David, inmovilizando el brazo del niño con una tela de un fular que llevaba Cristina en el bolso.

No me lo pensé, cogí al niño en brazos y le dije a Leo que buscara las llaves del coche. David vendría con nosotros y los demás irían en el otro

coche. Nos dirigimos a la clínica privada de los padres de María, que tenía servicio de urgencias, y donde David ya había llamado para que el traumatólogo lo esperara.

El niño no me soltaba, pero debía entrar para hacerse la radiografía, hasta que le hablé para tranquilizarlo.

—Entra con David y este médico, te prometo que no me moveré de aquí hasta que veamos que todo está bien, ¿vale? —Le di un beso y se marchó conforme.

Leo se sentó a mi lado, llevándose las manos a la cabeza, preocupado por lo que le podía pasar al niño. A los diez minutos, el niño salió con David de la mano.

—Tenemos que intervenir, hay que colocarle una placa. Pero no ha sido por la caída, sino por otro motivo que hablaremos ahora en cuanto estemos a solas —nos informó David, muy serio.

—Luca, cielo, ahora tienes que entrar con este señor. Te va a dormir y te pondrá algo en el brazo, pero no te dolerá. Cuando salgas, papá estará aquí esperándote.

—Y todos los demás, también, y te llenaremos la habitación de globos de superhéroes, de esos que te gustan tanto —le dijo Alejandro.

—¿Tú también, Carol? —me preguntaba el niño.

—Por supuesto, no pienso moverme de aquí en toda la noche. Incluso cuando estés dormido en la habitación, yo estaré a tu lado —le aseguré, porque era lo que iba a hacer.

—¿Qué te parece si me pongo el uniforme y entro contigo? —le preguntó María, que ya iba para la zona de vestuario.

—¿De verdad? ¿Tú puedes entrar?

—Claro que sí, dame un minuto. Espérame aquí, que mientras preparan todo, voy a cambiarme —le contestó ella, guiñándole un ojo.

Tardaron diez minutos en llevárselo, no sin antes darle un beso y abrazarlo, sobre todo su padre y yo. David nos guio hasta la sala donde lo llevarían, y donde tendríamos que esperar. Alejandro fue a buscar los globos prometidos, y Cristina lo acompañó.

—David, ¿qué era eso que querías contarme? Puedes hablar delante de Carolina, no hay problema —le dijo Leo a su amigo.

—Leo, esto que te voy a contar es estrictamente confidencial, y tendrás que ir a denunciarlo. Yo he hablado ya con el traumatólogo y le he contado que el niño lleva contigo tan solo unos días, por eso no va a seguir el protocolo, pero no puedes dejarlo pasar.

—Me estás asustando, David, habla ya y no des más rodeos.

—El niño ha sido víctima de maltrato. Tiene varias fracturas antiguas que han soldado solas, como esta del brazo, que se ha abierto en cuanto que se ha dado un golpe, porque era muy reciente —le contó David, y tanto Leo como yo nos quedamos sin saber cómo reaccionar.

—¡Hija de puta! —gritó Leo, que empezó a llorar como si fuera un niño.

—Tranquilízate, por favor, así no vas a conseguir nada —le dijo David, mientras que las lágrimas caían por mi rostro.

—Dame el expediente, por favor. Ahora mismo voy a ir a denunciarla. Que rece para que no me la cruce, porque si lo hago, termino en la cárcel, pero ella acaba en un ataúd, eso lo juro por lo más sagrado —decía Leo, sin poder parar de llorar.

—Si haces eso, lo único que lograrás es que tu hijo se quede solo. Siéntate, respira, y mañana, cuando estés más sereno, yo me quedaré con él mientras tú vas a denunciarla. En estos momentos, Luca te necesita aquí —le dije, intentando que se calmara.

Me ponía en su lugar, y habría reaccionado igual. Es más, si me la encontraba yo, le iba a faltar calle para correr, porque la iba a coger por los pelos, eso como mínimo. Ojalá pagara por todo lo que le había hecho a su hijo, que la metieran en la cárcel y allí se encargaran de ella.

Sin saber cómo ni en qué momento, Leo me abrazó.

—Te necesito, Carol, te necesitamos. No me apartes de tu lado, por favor —me dijo, dándome un beso en los labios.

—Estaré aquí, pero como tu amiga, no me pidas algo que sabes que no vas a poder corresponder.

# Capítulo 18



Cuando Alejandro y Cristina entraron en la habitación y nos vieron las caras, todo pasó a un segundo plano.

—¿Qué ha pasado, Leo? ¿El niño está bien? —preguntó, preocupado.

—Ha sido ella, Davinia… —le contó a su mejor amigo todo lo que nos había dicho David, y las medidas que pensaba tomar, dejándolo completamente en *shock*.

—Ahora que estáis aquí con él, voy a entrar un momento a ducharme, ¿vale? No tardo nada, no le dejéis solo, por favor —le dije a Cristina y a Alejandro, dejándole a él un beso en la cabeza.

En esa ducha solté todo mi dolor, por lo que pudimos haber sido y no fuimos, por todo lo que ese niño había vivido, porque no quería separarme de ellos, pero acabaría con el alma destrozada, y para eso no había placa ni operación que lo curara…

—Amiga, ¿puedo pasar? —me preguntó Cristina, que me conocía mejor que nadie y que, con solo mirarme, supo que yo no estaba bien.

Abrió sus brazos y me cobijó entre ellos, no dijo nada, entre nosotras no hacía falta, nos entendíamos con solo una mirada, y con la mía, supo que no me encontraba bien, por lo que me dejó llorar a gusto, hasta que ya no tuve más lágrimas.

—Ahora, cuéntame qué es lo que pasa entre Leo y tú —me dijo, y sabía que mentirle no serviría de nada.

—Anoche nos acostamos, me dijo cosas tan bonitas, que me las creí. Esta mañana, y tras pensar que estaba conmigo por el niño, le pregunté que sentía por mí. No tuvo el valor para decirme que le gustaba.

—Por eso te ibas a marchar cuando llegamos, ¿me equivoco?

—No, no lo haces. Cuando entré para hablar con el niño, él estaba en la puerta y entró para hablar conmigo. Me dijo que podríamos seguir siendo amigos y acostándonos cuando quisiéramos, que éramos dos adultos y que él, en este momento, no me podía ofrecer nada más.

—Y tú no quieres eso, como yo tampoco lo querría.

—Exacto, pero tampoco quiero perderlo, ni a él ni al niño.

—Estás jodida, amiga. No te voy a decir lo que tienes que hacer, porque eso solo lo puedes decidir tú. Solo te voy a dar un consejo, como amiga tuya que soy, y en virtud del tiempo que hace que nos conocemos. Lo que hagas, hazlo por ti, ni por él ni por el niño.

—De momento, solo puedo permanecer a su lado como una amiga. No pienso volver a acostarme con él, no quiero terminar peor que la otra vez.

Ella sabía la verdad, era la única que lo presenció, y la que aguantó mis llantos durante meses. Entre Leo y yo, una noche de invierno, hubo algo, que él luego negó, y que me hizo muchísimo daño. Me entregué a él sin condiciones, sin reservas, él fue el primer hombre con el que estuve, y del que me quedé embarazada, pero no tuve más remedio que abortar. ¿Qué hacía con un niño cuando no había terminado ni la secundaria? Cristina me acompañó durante todo el proceso, a mis padres les dijimos que nos íbamos a su pueblo para desconectar todo el fin de semana y prepararnos para los exámenes.

Por eso, cuando veía a ese niño, al igual que me pasaba con todos, pensaba en cómo podría haber sido el mío, si hubiera sido niño o niña, y todo eso me rompía por dentro. ¿Me arrepentía de haber abortado? No, porque ni era el momento ni tenía los medios para sacar a mi hijo adelante. ¿Me dolía la situación? Como si lo acabara de hacer el día anterior, pero para eso ya no había remedio. Tenía treinta años y debía seguir adelante, fuera como fuera.

Salimos del baño justo cuando la puerta se abría para traer a Luca. Venía con una sonrisa en la cara, que se intensificó cuando vio todo el cuarto lleno

de globos, tal y como le había prometido Alejandro.

—En cuanto se recupere un poco de la anestesia, puede comer algo. Calculo que será en una hora más o menos —nos dijo la enfermera que lo había subido. María se había ido a cambiar de nuevo.

—Papá, ¿me traes un menú del burger? Es que la comida de aquí no me va a gustar —le dijo, pero fue Cristina la que contestó.

—Eso te lo traigo yo, que tu tío Alejandro no me ha dejado pagar ni un globo.

—Anda, venga, vamos a por menús para todos, que yo sé de una a la que, en breve, el alienígena que lleva en la barriga va a empezar a manifestarse —dijo, sacándome una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —le pregunté, acercándome a él y acariciándole la cara.

—Ya no me duele. Este brazo ya me dolía antes, cuando mamá tropezó conmigo y me caí por las escaleras, pero ella me decía que no era nada, y me daba unas gotas para que se me quitara el dolor —dijo el niño, y la cara de Leo iba poniéndose cada vez más roja de ira.

—Seguro que ya no te duele más, ya verás.

—Luca, ahora más que nunca, en cuanto veas a mamá, tienes que avisar a la persona que esté contigo, y no irte con ella. Sé que ya te lo he repetido muchas veces, pero debes estar atento y hacerme caso, ¿te ha quedado claro? —le decía Leo a su hijo, por enésima vez.

—Que sí, papá, que ya me he enterado, no hace falta que me lo repitas más —dijo el niño, y su padre iba a contestar, pero lo miré, y negué con la cabeza. Lo que menos necesitaba el niño era una reprimenda en estos momentos.

—¿Podemos salir al pasillo un momento, Carolina? —me preguntó Leo, y lo seguí hasta fuera.

—¿Se puede saber por qué me haces gestos para que no le diga nada a mi hijo? A ver cómo te lo explico para que te enteres de una vez. Es mi hijo, sobre él decido yo, que para eso es mi responsabilidad. Si no hubiera estado contigo en esa habitación, igual no se hubiera caído.

—No me lo puedo creer. ¿Me estás echando la culpa a mí de lo que le ha ocurrido a Luca?

—No es eso, joder. Casi me muero de miedo cuando David me ha dicho lo de los golpes, y cuando ha contado lo de las escaleras… Pero claro, qué vas a saber tú, si no tienes hijos y no sabes el miedo que da perderlos.

Con esas palabras me terminé de romper. Él sí que no sabía por lo que yo había pasado, por ese infierno al que tuve y tengo que enfrentarme sola todos los días, por eso ya no aguanté más.

—Será mejor que me vaya. —Entré a coger mi mochila y a despedirme del niño.

—Cariño, me tengo que ir. En la habitación solo se puede quedar papá, pero te prometo que vendré mañana a verte, ¿vale? Comételo todo y descansa. Te quiero —le dije, dándole un beso en la mejilla y saliendo de la habitación.

—Carolina… —Lo escuché que me llamaba desde la puerta de la habitación, pero me monté en el ascensor e hice como que no había oído nada.

Al salir del hospital, me di de frente con Cristina y Alejandro, que me miraron sin entender nada, puesto que iba llorando como si fuera un recién nacido, y no podía ni articular palabra.

—Carol, ¿qué ha ocurrido? Háblame, me estás asustando —me preguntaba mi amiga.

—Mañana te cuento, ahora solo quiero llegar a casa y estar sola, de verdad.

La dejé con la palabra en la boca, y salí corriendo hasta mi casa que, afortunadamente, no estaba lejos, me separaban dos calles de ella.

Mis padres no estaban, así que, en vez de quedarme allí, subí al ático, ese que estaba arreglando para irme a vivir, y que no era uno como tal, sino más

bien una pequeña torre que albergaba un diminuto apartamento, pero que para mí sola me bastaba.

Estaba medio amueblado, pero lo esencial lo tenía, así que ahí me refugiaría hasta el lunes que fuera al trabajo. Me senté en el suelo, nada más abrir la puerta, con las rodillas flexionadas y la cabeza apoyada en ellas, y lloré, por todo, hasta que el nudo que sentía en la garganta se disolvió, hasta que me escocían los ojos por el llanto, hasta que ya no me quedaban más lágrimas, que fue cuando caí rendida, allí mismo, sin moverme siquiera de la puerta.

Mi teléfono sonó infinidad de veces, pero no contesté, ni a los mensajes que me iban entrando, ni a las llamadas. Sabía que eran Cristina o María, pero no me apetecía hablar con nadie, no en esos momentos.

# Capítulo 19



Me desperté completamente aturdida; había perdido la noción del tiempo y del espacio, ya que no sabía ni la hora que era ni el lugar donde me encontraba.

Cogí mi móvil del bolso, y me encontré con más de veinte llamadas perdidas de Cristina y de María, además de un mensaje de Leo. Lo leería antes de llamar a las chicas y aprovecharía ese día para terminar de subir mis cosas. Me iba a mudar ya a mi casa, aunque aún no estuviera completamente arreglada, pero lo esencial lo tenía.

**Leo:** *No hace falta que vengas a quedarte con Luca. Nos han dado el alta y ya estamos en casa. He contratado a una chica para que cuide de él mientras estoy fuera. Si quieres hablar con el niño, le he comprado un móvil, su número es este… Solo puede recibir y hacer llamadas de los contactos autorizados, y el tuyo está entre ellos.*

No sabía si agradecérselo o reprochárselo, porque, por un lado, fue un alivio no tener que volver a verlo, pero por otro, me entristecía no ver al

niño. Me daría una ducha y, ya instalada en casa, lo llamaría para saber cómo estaba.

—Hija, ¿qué haces aquí? ¿No volvías el domingo? —me preguntó mi padre, que tenía el día libre. Una vez al mes, libraba en fin de semana.

—Cambio de planes. Luca se cayó y lo han tenido que intervenir del brazo, pero ya está bien y en casa —le conté a mi padre, que volvió la cabeza, sorprendido.

—Gracias a Dios que solo fue un susto.

—Sí, podría haber sido peor —le contesté, sin decirle a mi padre nada de lo que había ocurrido entre Leo y yo.

—¿Te vas con ellos a su casa? Para avisar a tu madre cuando la vea, porque en cuanto termine esto que estoy haciendo, me voy a la playa a darme un baño.

—No, he decidido que ya me voy a vivir a mi casa. Por eso estoy preparando todo para subirlo.

—Entonces, me quedo y te echo una mano.

—No hace falta, de verdad. Tú disfruta tu día libre, que bien te lo mereces. Seguramente venga Cristina en un rato —le mentí a mi padre. No quería a nadie cerca; necesitaba estar sola.

—Pues entonces, nos vemos luego. Si me necesitas, dame un toque al móvil y enseguida estaré aquí.

Se despidió con un beso y se fue a la playa, donde lo esperaba mi madre. El día que mi padre descansaba del trabajo, se iban desde por la mañana, no hacían ni comida, puesto que comían en el chiringuito. Mi madre decía, que un día es un día, que eso no era derrochar, y a mí me parecía fantástico.

Fui subiendo mis cosas poco a poco, y las dejé en el dormitorio. Saqué del canapé las cortinas que iba a poner y que tenía guardadas ahí, así como las sábanas y toallas.

Tuve que bajar a comprar artículos de limpieza, porque a la casa le hacía falta un buen repaso, que le daría yo en ese mismo momento. También coloqué bien los muebles de la terraza. No era una terraza al uso, sino más bien una pequeña azotea, en la que yo tenía colocado un sofá de mimbre con dos sillones y una mesa redonda a juego. Era el sitio ideal para las noches de verano, donde podría tomar una copa escuchando música o leyendo un libro.

Una vez que lo tuve todo listo, y mientras se calentaba la comida, me dispuse a llamar a Luca.

—Buenas tardes, soy Carolina. Me gustaría hablar con Luca —le dije a la chica que respondió la llamada.

—Buenas tardes, soy Laura, la chica que lo cuida, y lamento decirle que Luca no puede ponerse ahora, está descansando. Después de comer se ha quedado dormido —me contestó la chica.

—No te preocupes, dile que le he llamado. Lo intentaré más tarde, gracias.

No me gustó el tono en el que esa chica me había hablado, era como si se sintiera superior a mí, pero bueno, a mí no era a la que le tenía que gustar, mientras que Luca estuviera a gusto y lo cuidara bien, lo demás era completamente secundario.

Seguí con lo mío, me serví la comida y comí, más por inercia que por necesidad, la verdad. Tras comer, en el salón, se estaba de maravilla con el aire acondicionado, así que tomé el libro que estaba leyendo y me senté. Mi casa ya estaba limpia y organizada, pero como no podía concentrarme, cogí mi libreta y anoté todo lo que quería comprar para terminar de arreglarla. Hice una lista que llevaría al día siguiente al trabajo y así me haría con todo a la salida.

Estaba revisándola, cuando mi teléfono sonó. Era mi amiga, y recordé que no le había devuelto la llamada.

—Hola, Cris, perdón por no haberte llamado antes —le dije, sabía que ella entendería mi postura.

—¿Sabes el susto que tengo en el cuerpo desde ayer? ¿Eres consciente de que no he podido dormir en toda la noche pensando que te había pasado

algo? —me contestó ella, realmente preocupada.

—No me seas exagerada, que no es la primera vez que necesito estar sola.

—Si te tuviera delante ahora mismo, te cogía por el cuello, te lo prometo.

—Bueno, vale. Estoy bien, ¿no? Pues eso.

—¿Me vas a contar ya qué fue lo que sucedió?

—No quiero hablar de eso por teléfono. ¿Por qué no te vienes y nos tomamos algo en mi terraza? Ya he terminado de instalarme en la torre —le propuse, y tras un breve silencio, aceptó.

—En diez minutos estoy allí.

—Gracias, Cristina. Te estaré esperando.

Cuando colgué la llamada, preparé todo en la mesa de fuera: unos cuencos con patatas chips, olivas y frutos secos, además de vasos y un recipiente con hielo. En el momento en que estuviéramos juntas, ya decidiríamos lo que íbamos a tomar.

Aproveché que Cristina aún no había llegado para intentar hablar con Luca. Por la hora, ya estaría despierto.

—Hola, Laura. Soy Carolina. ¿Podrías pasarme con Luca, por favor?

—Lo siento, pero ahora mismo está en la ducha y no puede ponerse —me contestó, justo cuando escuché al niño pedirle un zumo.

—Mira bonita, te voy a dar dos opciones: o me pasas al niño inmediatamente, o ahora mismo me planto ahí para ver qué es lo que está pasando.

—Yo solo cumplo órdenes. Así que lo siento mucho, pero voy a colgar —dijo y lo hizo.

La rabia se apoderó de mí, por lo que cogí el teléfono y llamé a Leo, varias veces, sin que me contestara a ninguna de ellas, así que me dispuse a enviarle un mensaje.

**Carolina:** *No sé para qué me das el número de teléfono del niño si tienes prohibido que le pasen mis llamadas. ¿Es para quedar bien? ¿Para no tener que decirle al niño la verdad, que me has echado de su vida? Es lo más ruin que podías hacer. Te estás luciendo.*

Dejé el móvil encima de la mesa, y fui a abrirle la puerta a mi amiga, que llamaba justo en ese momento.

—¿Qué te pasa? Estás como enfadada —dijo al verme, después de darme un beso.

—El «como» sobra, estoy muy enfadada. ¿Ese hombre no se cansa de tener una doble cara?

—Si no me lo explicas, no te puedo ayudar, aunque quiera.

Le estaba contando lo que me había hecho ahora, porque lo de ayer era más largo de contar. Cuando mi móvil vibró, me había contestado al mensaje.

**Leo:** *No tengo ni idea de qué hablas. Tu número está agendado en el teléfono de Luca, y si no quiere ponerse, no es mi problema. Tendrá sus razones.*

—Mira, ¿tú crees que esto es normal? —Le mostré el mensaje a mi amiga.

—Respóndele, a ver por dónde sale.

**Carolina:** *No te hagas el tonto. No es Luca quien no quiere hablar conmigo. Laura, la chica que has contratado, me ha dicho que no puede pasar mi llamada, que ella solo cumple órdenes, de muy malas maneras, además. Sería conveniente que te fijaras más en el carácter de las personas que contratas.*

**Leo:** *Mira, Carolina, tengo muchas cosas en las que pensar y muchos frentes abiertos para estar pendiente de tus ataques de celos. Laura y Luca no tienen ningún vínculo emocional, así que no te montes películas. Estoy revisando el teléfono y no hay ninguna llamada tuya. La que debe hacérselo mirar eres tú.*

**Carolina:** *Estoy harta de que siempre sea yo la que tenga que estar en el punto de mira, a la que desmientes, pasen los años que pasen. Pero tranquilo, que aquí termina todo. Ya veré al niño cuando lo cruce por la calle, y espero que no se te ocurra decirle a la niñera que me impida acercarme, porque entonces conocerás a la verdadera Carolina.*

**Leo:** *¿Me estás amenazando? Esto es lo último que me faltaba hoy: que me digan a quién permitir acercarse a mi hijo y a quién no.*

**Carolina:** *No estoy amenazando a nadie. Solo estoy… Mira, déjalo. Esta conversación no lleva a nada. Buenas tardes y que seas muy feliz.*

# Capítulo 20



Colgué con una sensación extraña. Había pasado más de quince años sin toparme con Leo, y aunque aquel episodio de mi vida no lo había borrado, sí había conseguido seguir con mis planes y mis asuntos. De repente, el destino hizo que volviésemos a coincidir, y desde ese momento, mi existencia se había convertido en una montaña rusa emocional.

—De verdad que no lo entiendo, Carolina —me decía Cristina.

—Pues si tú no lo comprendes, imagínate yo. Solo quiero acostarme y dormir, y que, al abrir otra vez los ojos, todo haya sido una maldita pesadilla, pero no va a pasar —le respondí, con lágrimas contenidas.

Le conté, ahora sí, todo lo que me había dicho el día anterior, cómo había metido los dedos en la llaga, aún sin saberlo, y la manera en la que me sentí, que fue como si me hubiesen atravesado el corazón con una daga ardiendo.

—Carol, ambas sabemos que aquella noche los dos estabais muy borrachos, a lo mejor no se acuerda de ese episodio, por eso lo niega.

—Vale, te lo compro. Dejemos el pasado atrás, ¿pero y esto? Me acaba de decir que es mentira, Cristina, que yo no he llamado al niño y que pretendo justificarme, y te he demostrado que es cierto —le dije, sin poder parar de llorar.

—Hagamos una cosa. Vístete, que nos vamos a su casa. No quieres coles, pues el plato lleno.

—Ni pensarlo. Voy a ir hasta su casa para que me diga que me vaya.

—Eso no va a pasar, porque si ocurre, me va a oír.

Me obligó a vestirme, que tampoco me esmeré, todo sea dicho, ya que me puse un vestido de verano fresquito y mis sandalias planas. Me recogí el pelo en una coleta alta y me colgué el bolso. Las ojeras me las taparía con las gafas de sol.

Salimos dispuestas a aclarar las cosas, pero antes intenté llamarlo por teléfono, y descubrí que me había bloqueado. Si antes estaba enfadada, ahora ya me llevaban los demonios. Me iba a escuchar, le iba a decir absolutamente de todo, vamos si lo iba a hacer. Me iba a despachar a gusto.

Cristina estaba tan sorprendida como yo por el giro de los acontecimientos, pero me animó a que no lo dejara pasar, que lo enfrentara y acabara con esto de una vez por todas, y así lo hice.

Esperamos a que un vecino abriera el portal de la calle, no queríamos llamar al telefonillo y ponerlo en sobre aviso. Cuando eso sucedió, nos

colamos dentro y subimos hasta el ático donde vivía, y tocamos al timbre.

—Buenas tardes —dijo Cristina, y en cuanto el niño nos vio, salió corriendo hacia nosotras.

—Luca, vuelve dentro. ¿Quiénes son ustedes? —dijo la chica, que más que una niñera parecía que había salido de una agencia de modelos.

—Nosotras somos amigas de Leo, así que déjanos pasar, que venimos a ver al niño —le dije, de muy malas maneras, que era tal y como ella había hablado.

—Sí, Laura, son amigas de mi padre. Cristina y Carolina, déjalas pasar —le explicaba el niño.

—Tú, te callas, y vete dentro, no pienso repetirlo —le dijo al niño, como si ella fuera la dueña de la casa.

— Si le vuelves a hablar así al niño, te vas a quedar sin dientes —le dije, dándole un empujón para apartarla de la puerta, pero me cogió por los pelos al pasar.

—He dicho que no entra nadie, y no lo vas a hacer tú.

—Suéltala ahora mismo, si no quieres que te denunciemos por agresión —la amenazó Cristina, que ya tenía el móvil en la mano.

Me soltó, claro que sí, pero de un tirón y fuera de la casa, cerrando la puerta en nuestras narices. Desde fuera oíamos cómo le gritaba al niño, que lloraba sin consuelo, diciendo que quería venir con nosotras.

— Esto no lo voy a permitir, y no pienso moverme hasta hablar con Leo —le dije, aporreando la puerta para que me abriera, sin conseguirlo.

—Lo estoy llamando, pero no me lo coge. Voy a llamar a Alejandro —me contestó mi amiga.

Estaba presa de los nervios, como le pasara algo al niño, me iban a oír los dos. Ya no sabía qué hacer para que Luca no llorara, le hablaba desde la puerta, diciéndole que se relajara, que yo no me iba a marchar hasta que su padre llegara.

—Alejandro, ¿está Leo contigo? Pásamelo, por favor —le decía Cristina a su chico, pero le arrebaté el móvil en cuanto que oí la voz de Leo.

—Si no estás en tu casa en menos de diez minutos, llamo a la policía y pido la tutela del niño, así me cueste la vida —le dije, gritando.

—No entiendo nada, ¿le pasa algo a Luca? —me respondió, como desubicado.

—Últimamente, no entiendes nada, salvo dejarme como mentirosa y bloquearme, pero no pienso decir ni una palabra más, ya me has oído —le solté, y colgué.

Nos sentamos en la escalera a esperarlo, Luca no paraba de llorar, se escuchaba desde fuera, y me estaba partiendo el alma.

—¡Me va a oír! Y tanto que lo va a hacer, este no sabe con quién ha dado…

Estaba hablando sola cuando escuchamos que el ascensor llegaba a la planta, y los vimos salir a los dos, con la cara blanca, y peor se puso cuando escuchó cómo lloraba el niño.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —dijo, mientras abría la puerta de su casa.

—Papá, no quiero a Laura, quiero a Carol y a Cristina. —Lloraba el niño.

—Señor, como usted no me había dicho que hoy tendría visitas, no las he dejado pasar, y el niño se ha puesto en modo caprichoso — dijo ella, haciéndole ojitos y mostrando más escote de lo normal.

—Eso no es cierto, y lo sabes. El niño no se ha puesto caprichoso, le has gritado y hablado de muy malos modos, eso sin contar con que me has agarrado del pelo cuando iba a entrar —le dije, plantándole cara.

—Carolina, Laura, siempre le ha hablado bien al niño, y cumplía con su responsabilidad al no dejar entrar a desconocidas, no creo que todo ocurriera como cuentas —me dijo, y ahí ya no aguanté más.

—Si pensaras más con la cabeza que con la bragueta, nada de esto estaría pasando. Hablas de su madre, y tú eres igual o peor; a ella se la ve venir, mientras que tú lo haces sigilosamente —le dije, y me soltó una bofetada.

Sé que se arrepintió en el mismo momento, pero eso no me lo esperaba, por lo que salí de allí llorando y sin mirar atrás, desde este mismo momento, Leo había muerto para mí.

Me alejé escuchando cómo Cristina le gritaba, y su amigo le decía que se había vuelto loco. En cuanto llegué a la calle, aproveché que pasaba un taxi por allí y lo paré. Le dije que me llevara a casa, y apagué el móvil.

No me dolió tanto el golpe como la forma en que me miró, con rencor, como si todo lo que dije fuera falso, pero lo que más me desgarró fue la cara de Luca, su cuerpo temblando de miedo, y eso no se lo iba a perdonar en la vida.

La terraza estaba tal y como la habíamos dejado, así que fui a mi dormitorio, me quité la ropa y me senté afuera, contemplando cómo el cielo cambiaba de color, igual que mi alma, que pasaba de claros de esperanza a oscuros de rabia y dolor.

Escuché el telefonillo sonar, pero no abrí, que pensaran que yo no estaba en mi casa, que me daba igual. Fuera quien fuera, no pensaba abrirle la puerta, quería y necesitaba estar sola. Rumiar todo el dolor que sentía y procesarlo, convertirlo en energía para seguir adelante, y lo iba a conseguir, ya lo había hecho una vez, no me resultaría más difícil que por aquel entonces.

# Capítulo 21



**Leo**

Lo que sentí por dentro cuando la escuché decirme esas palabras, no sé cómo explicarlo, al igual que tampoco sé cómo justificar mi reacción, porque no tiene justificación alguna.

—¡Estás loco! —gritaba Alejandro, mientras yo me había quedado sin poder reaccionar después de lo que hice.

—Te vas a arrepentir de lo que estás haciendo, Leo, y entonces, será demasiado tarde —me dijo Cristina, que se fue a consolar a mi hijo, que no paraba de temblar.

—Laura, por favor, recoge tus cosas y márchate, te haré el ingreso del día dentro de un rato —le dije a la chica, casi sin pensar.

—No es justo, tengo un contrato en vigor, y pienso denunciarte —respondió ella, mostrando su verdadero carácter, que hasta entonces había mantenido oculto.

—Haz lo que te dé la gana, pero sal de mi casa en este preciso instante.

En cuanto ella se fue, me acerqué a mi hijo, que me miraba con miedo, con pena, y esa mirada se me quedó grabada en el alma, así que rompí a llorar, abrazado a él.

—Perdóname, Luca, te prometo por mi vida que no va a volver a pasar —le decía, pero mi hijo no articulaba palabra, y eso era lo que más me dolía.

—Por supuesto que no va a volver a pasar, ni con Carolina ni con nadie, por lo menos no en mi presencia, porque no pienso permitirlo.

—Lo que me ha dicho me ha hecho mucho daño —me defendí.

—¿Y lo que tú le has hecho a ella no? ¿El que le mandes el número del niño y luego no le dejes hablar con él? ¿El que te lo reclame y la trates de mentirosa? —Me enfrentó ella, y yo no entendía nada.

—Tu amiga ha hecho eso por celos, pensaría que estaba liado con Laura.

—¿Por celos? No me puedo creer que me estés diciendo eso.

—Todo lo que me has contado es mentira. Ni yo le he prohibido al niño hablar con ella, ni mucho menos he hablado con ella, es más, no tengo ni idea de dónde está mi teléfono. Desde que llegamos esta mañana a la

oficina, hemos estado reunidos, hasta que tú llamaste a Alejandro —me defendí ante las acusaciones de ella.

—A mí no me lo vas a negar, Leo, yo estaba presente cuando os intercambiasteis esos mensajes, y cuando intentó comunicarse contigo, descubriendo que la habías bloqueado —contaba Cristina, y de verdad que no sabía de qué me hablaba.

—Papá, lo que dice Cristina es verdad, yo también lo vi, pero no eras tú quien hablaba, era Laura con tu teléfono —dijo mi hijo, y me quise morir.

—¿Cómo dices, Luca? ¿A qué te refieres con eso? —le pregunté a mi hijo, intentando llegar al fondo del asunto.

—Cuando le enviaste el mensaje a Carol esta mañana para decirle que estábamos en casa, dejaste el móvil encima de la mesa, desbloqueado, y Laura lo cogió.

—¿Se lo guardó?

—Sí, papá, se lo metió en el bolsillo, pero antes hizo algo, no sé el qué, para que se mantuviera siempre desbloqueado. Y también me quitó el mío, diciendo que yo era muy pequeño para gestionar las llamadas.

—Claro, le quitaría la protección —dijo Alejandro.

—¿Sabes si Carol te llamó, Luca?

—Sí, a mí dos veces, y al tuyo un montón de veces. Y te envió un mensaje, pero Laura empezó a decir que si creía que ibas a volver con ella lo llevaba claro, que tú eras suyo, que tú le ibas a dar todo lo que ella quería, que solo tenías que caer en su cama. ¿Para qué quería que te cayeras en su cama, papá? —preguntó con toda la inocencia del mundo.

No le respondí, Cristina lo hizo por mí, pero sinceramente, no sé ni lo que le dijo, estaba demasiado ocupado buscando mi teléfono, para comprobar todo eso. Lo encontré en la encimera de la cocina. Aunque se había esmerado en borrar todas las pruebas, lo que ella no sabía era que yo tenía un programa descargado para poder recuperar archivos y mensajes eliminados por error.

Lo conecté, y cuando vi que todo lo que me habían dicho Carolina y Cristina era cierto, me tuve que sentar. ¿Qué demonios había hecho? ¿Cómo había podido dudar de ella? Estaba claro que me había equivocado, y a lo grande, y tendría que hablar con ella para pedirle perdón.

—Vamos a su casa, seguro que está allí, tengo que ir a disculparme en persona —le dije a mi amigo y a su chica, Luca se levantó y me dio un abrazo.

—Papá, no quiero perder a Carol, ella es buena, no como Laura o mamá —me pidió mi hijo, y las lágrimas asomaron de nuevo a mis ojos.

—No te preocupes, mi niño, que, aunque me deje la vida, aunque a mí no me quiera ver ni en fotos, tú no la vas a perder —le dije, cogiéndolo en

brazos para salir de la casa.

El trayecto hasta su casa se me hizo interminable, y eso que no nos separaban más de veinte minutos, en coche, mucho menos. Llamamos al telefonillo de su casa, de la de sus padres, pero nadie contestaba, y empezaba a sentir ansiedad, miedo de que se hubiera marchado para siempre, aunque me quedaba el consuelo de que no se iría sin decir nada a sus padres, por lo que me dispuse a esperar a que volvieran.

—¡Abuela Manuela! —exclamó mi hijo en cuanto vio a la madre de Carolina.

—¡Ay, mi niño! ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho? —le dijo ella, comiéndoselo a besos.

—Ya casi no me duele el brazo, pero lo que me duele es esto —dijo, señalándose el pecho—. Papá se ha enfadado con Carol, y no nos abre ni contesta al móvil, y yo no quiero perderla. —Empezó a llorar el niño.

—No te preocupes por eso, que no lo vas a hacer. Vamos a subir y me cuentas lo que ha pasado, pero todo, no quiero medias tintas, Leo —me respondió Manuela.

Subimos todos, y Alfonso se llevó al niño al cuarto de donde salió con una colección de coches antiguos, que le había dado para que estuviera entretenido y nos dejara hablar tranquilos.

—La he cagado, Manuela, y no sé cómo pedirle perdón. Vino a decirme cosas que eran muy ciertas, y no la creí. Me espetó que era como la madre de Luca, me ofusqué, y le di una bofetada, de la que me arrepentí en el mismo momento en el que mi mano tocó su cara, pero ya estaba hecho —le conté, llorando.

Ella me miró muy seria, pero luego me cogió la mano para hablarme.

—Mi hija se pasó con los comentarios, pero no voy a aplaudir tu reacción, nada justifica que se le levante la mano a otra persona. Me puedo imaginar que todo fue por algún motivo que implicaba al niño, y ante eso, mi hija es implacable.

—Sí, ella me decía que la niñera que contraté lo trataba mal, y yo que era mentira, hasta que he descubierto que era cierto.

—Con respecto al niño, vamos a hacer una cosa. En vez de ponerle niñera, me lo vas a traer a mí, y yo cuidaré de él, me lo llevaré a la playa, de paseo o a donde sea. Y con respecto a mi hija, ella vive ahora en la torre de este edificio…

—Pues voy a subir, quédate con Luca, por favor —la interrumpí.

—Sube, si te vas a quedar más tranquilo, pero no te va a abrir la puerta, ni a ti ni a nadie. Ella necesita sus tiempos, su espacio, ya pasó por algo parecido una vez, cuando tenía dieciséis años, pero el motivo no te lo voy a decir yo, no me corresponde.

—No sé qué hacer, de verdad, me voy a volver loco. Por lo que me cuentas, en esa otra vez también tuve yo la culpa —le dije, podía intuir por qué había sido, pero no era algo que recordara con claridad.

—Ya te he dicho que no me corresponde a mí contártelo. Mi hija se piensa que no lo sé, que solo lo saben Cristina y ella, pero no es cierto, ese día recibí una llamada y me enteré de todo. ¿La enfrenté? No, ella tenía sus motivos, era su vida y no me iba a inmiscuir. Cuando quisiera contármelo, aquí estaría su madre para escucharla, si no lo ha hecho, lo mismo es que, todavía, no se encuentra preparada para hacerlo.

Me quedé sin palabras, y Cristina, blanca como la pared. ¿Qué había pasado? ¿Qué me estaban ocultando? Más cosas no, por favor, lo último que necesitaba era tener más frentes abiertos.

Tal y como me había dicho su madre, no me abrió la puerta. No sabía si me estaría escuchando, pero le hablé, sentado al otro lado, en la parte de la escalera, no me podía marchar de allí sin decirle todo lo que sentía, sin disculparme una y otra vez.

# Capítulo 22



—Carolina, sé que no me vas a abrir, pero necesito decirte todo lo que siento. Antes que nada, quiero pedirte perdón, por todo en general y por nada en concreto.

Escuchaba a Leo cómo me hablaba sentado al otro lado de la puerta, pero no quería abrirle la puerta, no podía, o me vendría debajo de nuevo, por lo que me senté de mi lado, a escuchar lo que me tenía que decir.

—Lo siento, lo siento en el alma, lamento haberme equivocado contigo. Todo lo que has dicho es cierto, y jamás debí levantarte la mano, por mucho que me dolieran tus palabras.

Lloraba en silencio, no quería que se enterara de que lo estaba escuchando, no me podía permitir el lujo de tenerlo frente a frente, me negaba a ello.

—No quiero que te vayas de la vida de Luca, él no se merece pagar por mis errores. Entiendo que a mí no me quieras ni ver, y lo respeto, por mucho que me duela, pero no te alejes de él.

Uf, con el tema del niño lo tenía difícil. No me gustaría apartarlo de mi vida, pero sería complicado mantenerlo en ella sin que su padre estuviera presente, aunque juro que lo iba a intentar.

—Laura era tal y como tú decías, pero no la contraté por el motivo que tú has pensado. No quiero acostarme con otra mujer que no seas tú, Carol. Sé que no puedo darte lo que tú necesitas, mi vida ahora mismo es demasiado caótica como para meter a alguien más. Eso no significa que no me gustes, que fuera mentira todo lo que te dije aquella noche.

¿Pretendía volverme loca? Pues si era eso lo que pretendía, iba por muy buen camino. Sus contradicciones me estaban matando, pero al parecer, Leo no se daba cuenta de ello, que era lo peor.

—A partir de mañana, tu madre será la que se haga cargo de Luca, no estará con nadie mejor que con ella, y te ruego, por favor, que no dejes al niño de lado, como ya te he dicho, mi hijo no tiene culpa de mis errores. Te dejo, y no te olvides que, a pesar de que no estamos juntos, te sigo queriendo.

Lo escuché bajando por las escaleras, y entonces ya no pude aguantar más, y dejé salir todo lo que me atormentaba en forma de lágrimas. Como pude, me levanté del suelo y me dirigí hasta la terraza, donde me preparé una copa y me senté en el sofá, a mirar el horizonte, a dejar pasar las horas hasta que me fuera a la cama.

Nadie más subió, ni mi madre ni Cristina, respetaron mi decisión de estar sola. No sé cuántas copas me tomé, solo que cuando me levanté todo empezaba a darme vueltas, por lo que me metí en la cama, a esperar a que sonara el despertador para ir a trabajar.

Esa noche la pasé como pude, y cuando el despertador sonó a las seis y media de la mañana, ya estaba yo en la cocina, duchada y tomándome un café junto a una pastilla para el dolor de cabeza. Podéis pensar que era de la resaca, pero en realidad, no era de eso. Mi dolor de cabeza era debido al llanto, a la cantidad de lágrimas derramadas durante el día y la noche anterior.

Me puse un vestido ligero, unas sandalias planas y me recogí el pelo en una coleta. Mis ojeras no las podría tapar con las gafas de sol, puesto que dentro del despacho no podría tenerlas puestas, así que, sin ganas, porque no tenía ninguna, me apliqué antiojeras y máscara de pestañas. Cogí mi bolso y fui a buscar mi coche, porque a la salida quería pasar por una tienda de decoración que habían abierto a las afueras de mi ciudad a comprar las cosas que me faltaban para mi casa. Sería una manera de estar entretenida.

—Buenos días, Braulio —le dije al personal de seguridad de la puerta, que ya me saludaba con mejor semblante.

—Buenos días, señorita Carolina. ¿Qué tal el fin de semana? —me preguntó, amablemente.

—Dejémoslo en que podría haber sido mejor —le respondí, con una sonrisa mientras me subía en el ascensor.

Os prometo que hoy no tenía ánimos para lidiar con la personalidad tan intensa de Domingo, pero sabía que no tendría más remedio. Antes de salir del ascensor, respiré hondo y me di valor a mí misma. Lo iba a necesitar, porque desde allí lo estaba escuchando cantar.

—Buenos días, chicos —los saludé con mi mejor sonrisa, esa que era totalmente impostada, porque la de verdad no me salía.

—Ya mismo me estás contando qué te ha pasado, porque no quiero que me saludes más con esa sonrisa tan falsa. Con esas gafas y esa sonrisa, te pareces a la Pantoja cuando iba con Julián Muñoz y se encontraba a la prensa —me soltó, y me tuve que reír, sus comparaciones eran poco menos que peculiares.

—Un desencuentro amoroso, pero ahora mismo no me apetece hablar de ello. Estaré bien, te lo prometo, y cuando lo esté te lo contaré todo —le respondí, entrando en mi despacho.

—¿Sabes que compartir las penas alivia el corazón?

—Y tú, ¿sabes que cuando a alguien no le apetece hablar de algo, hay que respetarla?

—*Touché*.

Menos mal que se dio por aludido, porque cuando se ponía en modo intensito, era bastante complicado tratar con él. Con eso no quiero decir que

fuera mala persona, ni mucho menos, pero es que a veces, la vena cotilla se apoderaba de él, y entonces parecía que todo lo demás le daba igual.

Me encerré en mi despacho, entre papeles y llamadas de teléfono, llegó la hora del café, pero antes de que pudiera salir para avisar a mis chicos, Domingo llamó a mi puerta.

—Ya me he dado cuenta, cojo el bolso y salgo —le dije, pensando que era por el desayuno.

—No es eso, cielo mío, aunque no te voy a negar que me muero de hambre. Es un repartidor, que pregunta por ti —me dijo, con una sonrisa cómplice.

—¿Por mí? Pues yo no he pedido nada, voy a ver.

Cuando salí, había un chico con un enorme ramo de rosas esperándome, y me quedé con la boca abierta.

—¿Es usted Carolina Durán?

—Sí, soy yo. ¿Esto es para mí? —pregunté como si fuera tonta, si había preguntado por mí, ¿para quién iba a ser?

—Firme aquí, por favor. —Firmé el resguardo de entrega y le di cinco euros de propina.

—¡Qué ramo más bonito, por favor! —dijo Benito, que se levantó para mirarlo.

—¡Y trae nota! —exclamaba Domingo, saltando como si las flores fueran para él.

Extraje el sobre con la nota del centro del ramo, y vi que era suyo, por lo que sabía que me iba a emocionar.

«Sé que esto no es nada, que te merecerías un ramo por cada disculpa que te tengo que ofrecer, pero quería que me tuvieras un poco en tus pensamientos. No olvides lo mucho que te quiero. Leo»

Mis lágrimas corrían por mis mejillas sin control, pero ya no sabía a qué se debían, si eran de dolor, de emoción o de alergia. Lo único que tenía claro es que de mis pensamientos no se había ido, y tardaría mucho en irse como siguiera esa dinámica.

—Joder con el Dios cafetero. A mí me manda mi Beni un ramo así, y lo saco a hombros, como a los toreros —dijo Domingo contemplando el ramo.

—Estás como loco por saber lo que dice la nota. Anda, toma. —Le tendí el sobre.

Sabía que el ramo era suyo, porque yo leí el remitente de la nota en alto, y él no se perdía ni una.

—No sé lo que te habrá hecho, pero no tardes mucho en perdonarlo. Los hombres así suelen tener a muchas mujeres rondando a su alrededor, dispuestas para cazarlo en el momento en el que lo ven un poco vulnerable —me aconsejó mi compañero.

—Si te digo la verdad, no sé si seré capaz de perdonar lo que me ha hecho.

—Si han sido temas de cuernos, no lo tengas tan en cuenta, un desliz lo puede tener cualquiera, hasta mi Beni tuvo uno, que yo supe perdonar con la condición de que no volviera a suceder.

Miré a Benito, que agachó la cabeza, completamente avergonzado. Me hizo mucha gracia la situación, cualquiera que viera a la pareja, apostaría a que había sido Domingo el de la infidelidad. Con esto quedaba claro eso que decían que las apariencias engañan, y nunca mejor dicho.

—Anda, vamos a desayunar, lo mismo con el estómago lleno me arriesgo y te lo cuento —le dije, y le salió una sonrisa pícara en los labios.

# Capítulo 23



Durante el desayuno, le conté todo lo sucedido el fin de semana, incluso me atreví a contarle mi secreto más oculto. Me vendría bien contar con la opinión de alguien completamente ajeno a la situación, escuchar su consejo.

—Lo que te voy a decir quizás te sorprenda, porque salga de mi boca, y no de la de Domingo —empezó a decirme Benito.

—Hoy me estás dejando completamente boquiabierta, así que adelante, lo mismo hasta te hago caso —le dije, entre risas. Esa pareja me estaba haciendo mucho bien, o quizás era que empezaba a mirar la vida de otra forma.

—Leo ha dicho que solo puede ofrecerte sexo y amistad, ¿no es cierto?

—Así es, y yo no quiero arriesgarme tanto.

—Pero, por otro lado, no para de decirte que te quiere. ¿Por qué no aceptas lo que te ofrece? Quizás sea su manera de ver si podéis llegar a algo más.

—¿Y si me vuelve a romper el corazón?

—No seas ingenua, Carol, ese ya te lo ha destrozado. Por lo menos aprovecha y disfruta con él en la cama… bueno, y en el sofá, y en la ducha… —me contestó Domingo, y en cierto modo tenía razón.

—Siempre te enfocas en lo negativo. ¿Y si en vez de romperte aún más el corazón, te ayuda a recomponerlo? —Esta vez el que me habló fue Benito.

—No puedo prometer nada, solo que me lo pensaré. Y ahora, vamos que se ha terminado el tiempo del desayuno y llegaremos tarde.

Cuando me levanté para pagar, el camarero me dijo que esa mañana había ido un hombre y que me había dejado abonado el desayuno durante toda la semana. No dudé en absoluto de quién lo había hecho, era un gesto muy suyo, y no pude quitarme la sonrisa de la cara en lo que quedaba de la mañana.

Terminé mi trabajo justo a tiempo para irme, no me gustaba empezar con un expediente y tener que dejarlo a medias, así que mañana empezaría con uno nuevo. Lo dejé todo recogido en mi despacho y salí, dispuesta a elegir la decoración que me faltaba, lo que no me esperaba es lo que me encontré al salir.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté a Cristina, Alejandro y Leo, que me esperaban en la entrada.

—Venir a buscarte. Luca está en la playa con tu madre, y dice que no se va hasta que la abuela Manuela no se vaya. Hemos pensado que podríamos comer juntos, pero si no te apetece, nos marchamos y listo —me dijo Leo, intentando dejarme mi espacio, tal y como mi madre le había sugerido.

—No, me parece perfecto, así no lo hago sola. Luego quiero ir a la tienda de decoración nueva, me faltan algunas cosas para el apartamento —dije, intentando disimular mi nerviosismo.

—¿Has traído el coche?

—Claro, si no, ¿cómo me iba a traer las cosas luego?

—Si no te importa, me voy yo contigo y ellos que vayan en el de Alejandro. Nos vemos en el restaurante de la playa del que hemos hablado antes —les dijo a los chicos, colocando su mano en mi espalda para guiarme hasta mi coche.

—Gracias por las flores, y por el desayuno. Iba a llamarte luego para agradecértelo —le dije, en voz baja, ya que no me salía el volumen.

—No tienes que dármelas, ojalá pudiera enviarte mil ramos para que me perdones. No sé si me escuchaste ayer, pero…

—Sí, te oí. Pero no podía abrirte, estaba completamente rota por dentro, aunque también por fuera —lo interrumpí.

—¿Y?

—Si te refieres a Luca, jamás podría alejarlo de mi lado. Tenemos mucho de qué hablar, y preferiría que fuera en un lugar más tranquilo y a solas. ¿Qué te parece subir a mi casa cuando termine de comprar todo? —le propuse.

Todavía no tenía claro qué era lo que iba a hacer respecto a nosotros, lo único que sabía era que no quería perderlo, aunque fuera yo la que se extraviara por el camino, o, mejor dicho, el que acabaría perdido sería mi corazón. Pero, como bien había dicho Benito, ese ya estaba roto, así que poco tenía que perder.

—Llamaré a tu madre para que se quede con él hasta que terminemos de hablar. Estas horas se las pagaré aparte.

—Mi madre no te va a aceptar ni un céntimo por cuidar del niño, para ella es como si fuera de su propia sangre.

—Pues ya me encargaré yo de que lo reciba. Se lo ingreso en su cuenta y asunto resuelto. Encima que le lleva hasta la comida, estaría bueno que además le costara dinero.

Mientras yo aparcaba, él hablaba con mi madre, que le decía que no se preocupara por el niño, que se había hecho amiguito de los nietos de Eloísa y que estaban los tres sentados en una piscina que les había llenado su abuelo.

Escuchar a mi madre hablar del niño, me sacaba una sonrisa, y más cuando le envió al padre una foto por WhatsApp, no había conseguido yo que me mandara ni un audio, como mucho veía lo que le enviaba, y con el niño se había visto obligada a aprender por narices.

En la foto se veía a los tres en la piscina —que no veas el abuelo las que tendría que haber pasado para llenar eso—, comiéndose un bocadillo de tortilla que era más grande que él, con una sonrisa que decía lo a gusto que estaba y lo bien que se lo estaba pasando.

—Daría toda mi vida para que sonriera siempre de la misma manera — reflexionó Leo en voz alta.

—Solo necesita cariño, y que la gente que tiene alrededor lo trate bien. Todo se cura, y más siendo tan pequeño.

—Hablando de eso, Carol… No sabes cuánto lamento el bofetón que te di, pero no podía creer que lo que me estabas diciendo fuera cierto.

# Capítulo 24



—Leo, de eso prefiero no hablar, de verdad. Vamos a hacer como si no hubiera sucedido nunca, porque te aseguro que no va a volver a pasar —le dije, y es que era algo que me hacía mucho daño.

Aparcamos cerca del restaurante donde habíamos quedado. Era uno muy conocido en la ciudad, pero al que no había tenido la ocasión de acudir nunca. Nos sentamos en la terraza exterior, que estaba climatizada y a la sombra, y desde donde teníamos el privilegio de ver el mar. Comeríamos con unas vistas inigualables.

Pedimos una ensalada con frutos secos y naranja para compartir, además de una ración de atún en adobo, que habíamos visto en otras de las mesas y que tenía una pinta de muerte. Yo pedí una dorada a la sal, igual que Leo, mientras que Alejandro y Cristina se pidieron una cazuela de arroz con bogavante.

La comida transcurrió entre bromas y risas, y Leo no paraba de acariciarme la espalda, de cogerme la mano y de darme besos en la mejilla

mientras me abrazaba. Su contacto me ponía la piel de gallina, y él se estaba dando cuenta, mirándome con una sonrisa pícara.

—Nosotros nos marchamos, que queremos bajar un ratito a la playa —nos dijeron Alejandro y Cristina.

—Yo acompaño a Carolina a comprar las cosas que necesita para la casa, además, luego, vamos a ir a su casa, tenemos mucho de lo que hablar —respondió Leo, mientras subíamos al coche.

La visita a la tienda de decoración fue toda una odisea, para él que yo tenía el palacio de Versalles en vez de un apartamento de una sola habitación. Todo le encantaba y lo metía en el carrito, y después tenía que ir yo devolviéndolo a las estanterías de donde lo había cogido. Fue un rato de diversión, en el que, en ciertos momentos, parecíamos una pareja que estuviera escogiendo la decoración de su nidito de amor.

Regresamos al coche, pusimos todas las bolsas en el asiento trasero, y tomamos rumbo a mi casa. Decir que estaba nerviosa, era quedarme muy corta, me temblaban hasta las pestañas, y él se dio cuenta.

—Mírame, Carol —me dijo cuando paramos en un semáforo.

Giré la cara para observarlo, pero no dijo nada, tan solo enmarcó mi rostro con sus manos y me besó. No fue un beso intenso ni apasionado, tan solo un leve roce de labios, como la primera vez que ocurrió algo entre nosotros, pero tan dulce y especial, que me daba miedo lo que me había hecho sentir.

El semáforo se puso en verde, pero no era capaz de arrancar, me quedé atrapada en su mirada, hasta que el coche que estaba detrás del mío tocó el claxon.

Llegué hasta mi casa en piloto automático, porque en mi cabeza solo quedaba el beso que me había dado, que no sabía si era para que supiera que estaba ahí, para calmar mis nervios o para decirme que me quería, y todo eso invadía mis pensamientos.

—Coge las bolsas y espérame arriba, toma las llaves —le dije, tendiéndoselas mientras buscaba aparcamiento.

—Te espero, o mejor, te acompaño.

—No hace falta, no sé dónde tendré que aparcar, y es una tontería venir cargando con las bolsas desde la quinta puñeta cuando puedes ir subiendo tú.

—Está bien, te espero allí.

Se bajó y lo vi entrar en el portal, así que aceleré para ir a una misión imposible en mi ciudad: aparcar el coche. No sé si fue el destino, que por una vez se había puesto a mi favor o que le recé a todos los santos que conocía, pero en la misma esquina de mi casa, un vehículo abandonaba el aparcamiento, así que no tardé ni diez minutos en subir a mi casa.

Cuando llegué arriba, la puerta estaba entornada, ya que sabía que era yo quien subía, porque me había abierto el portal de la calle, y cuando entré, me encontré con que había puesto en la terraza un picoteo con patatas chips, gominolas y frutos secos, y estaba preparando unas copas.

—Nos vendrá bien para todo lo que tenemos que hablar —me dijo.

—Sí, cuanto antes empecemos, antes acabaremos con este momento tan incómodo —le contesté, y es que yo lo sentía así.

—No sé ya de qué forma disculparme contigo, Carol, te lo prometo. Tampoco encuentro la manera de decirte que te quiero a mi lado.

—Tengo claro que me dijiste que no querías tener una pareja en este momento, y no sé si seré capaz de estar a la altura, pero quiero intentarlo.

—Que no quiera una pareja no significa que me vaya a ir acostando con la primera mujer que se me cruce, porque solo quiero hacerlo contigo. En el momento en que tenga otra necesidad, que no estemos bien el uno con el otro, lo hablamos y lo dejamos.

—No quiero que Luca sepa de este acuerdo, el niño se queda al margen. Se confundiría si me viera hoy como tu amiga y mañana contigo en la cama.

—Estoy completamente de acuerdo.

—Y otra cosa, si no va a haber exclusividad por tu parte, también quiero saberlo, porque entonces tampoco la habrá por la mía.

—Es justo. Yo también quiero pedir algo. No más malentendidos, cuando algo nos moleste del otro, lo hablaremos, nos lo diremos, y si tenemos la necesidad de dar un paso más en esto que tengamos, también lo comunicaremos.

—Exacto, debemos ir los dos en el mismo barco, no vale que uno quiera una barquita y el otro esté pensando en un trasatlántico.

Leo puso música, bajita, en un altavoz que había comprado, conectándolo con su móvil, y me ofreció su mano para bailar. Desde donde estábamos no nos podía ver nadie, porque era la torre más alta de la zona, así que la acepté y me levanté, decidida a dejarme llevar por él.

Lo que empezó como un simple baile, conforme los acordes pasaban, la cosa se iba transformando. Me pegó a él, y noté el calor que emanaba su cuerpo. Empezó a besar mi cuello de una manera muy sutil, pero que me iba calentando a fuego lento, al igual que a él, cuyo miembro empezaba a engrosarse y endurecerse.

En un momento dado, me puso de espaldas a él, con sus manos en mi vientre, y la parte trasera de mi cuerpo apoyada en su torso. Una de sus manos subió hasta mi pecho, acariciándolo, mientras la otra seguía en el mismo lugar, para que no tuviera opción a despegarme.

Seguía besando mi cuello, cuando bajó los tirantes de mi vestido, haciendo que este cayera al suelo, y dejándome tan solo con el tanga puesto. En este punto, su miembro ya no podía alcanzar mayor rigidez, por lo que, me di la vuelta y lo besé, en los labios, mordiéndolos y lamiéndolos, mientras que él no podía parar de gemir.

Continué con los besos a lo largo de su cuello, mientras que me deshacía de su camisa, y llegué con esos besos hasta el ombligo. Desabroché su pantalón, y lo bajé, llevándome su bóxer por el camino, por lo que su miembro saltó en mi cara. Lo miré con una sonrisa, y llevé mi boca hasta allí, lamiéndolo a lo largo de toda su longitud, desde la base hasta la punta, donde me entretuve un buen rato, lamiendo y succionando a placer.

—Para, para, o esto va a terminar antes de que empiece —me dijo, ayudándome a levantarme.

De la mano, fuimos hasta mi dormitorio, donde me tumbó en la cama y me quitó el tanga, quedando los dos completamente desnudos. Se metió mis pechos en la boca, y jugó con mis pezones un buen rato, arrancándome los más profundos gemidos, para luego, seguir en dirección a mi monte de Venus.

Abrió mis labios vaginales y pasó su lengua a lo largo de todo mi sexo, para, a continuación, devorarlo, literalmente, hasta arrancarme el primero de mis orgasmos. No sabía si mis padres, que vivían justo debajo, eran conscientes de lo que estaba pasando en mi casa, pero del grito que di sí lo fueron, porque no pude ni quise reprimirlo.

—Mierda, no tengo preservativos. Ni en mis mejores sueños imaginé que esto terminaría pasando.

—No te preocupes por eso, supongo que estás limpio, y yo también, y tomo la píldora desde que… desde hace mucho tiempo. —Casi se me escapó que la tomaba desde que me quedé embarazada y tuve que abortar. Todavía no era el momento de contarle nada, ya se lo contaría si lo nuestro seguía adelante.

No me penetró de forma brusca, sino lentamente, saboreando y disfrutando del momento, moviéndose de manera lenta y tortuosa, pero que me hacía sentir en la gloria. Era como si no estuviéramos compartiendo solo sexo, como si hubiera algo más, velado, y que ninguno de los dos quisiera que el otro supiera.

El tiempo que estuvimos, no os lo puedo decir, porque no tengo ni idea, solo sé que ambos alcanzamos el clímax a la vez, y que fue mágico sentir cómo derramaba su semilla en mi interior.

—Dios mío, Carol, ha sido el mejor sexo que he tenido en mi vida, no tengo palabras para describirlo —me dijo, en cuanto recuperamos el aliento.

—Ni que lo digas, yo tampoco encuentro algo que me sirva para definirlo.

—Quiero quedarme a pasar la noche aquí, contigo, pero no sé si será abusar demasiado de tu madre.

—Llámala, seguro que estará encantada. Además, mi cuarto sigue intacto, así que tendrá dónde dormir, y ropa tiene la que le has dejado esta mañana.

Me levanté y lo dejé con el teléfono en la mano, mientras yo preparaba la bañera para darme un baño. Si podía quedarse, lo compartiría con él; si no podía, lo disfrutaría yo sola.

—Listo, dice que el niño ya está bañado, cenado y que está viendo un partido de fútbol con tu padre, al que le han cambiado el horario y ahora solo trabaja hasta que termina el servicio de comidas —me dijo, entrando en el baño, donde yo ya me encontraba dentro de la bañera.

—Aquí solo falta una buena copa —le dije, insinuante.

—Y yo, ve haciéndome un hueco que ahora mismo vengo, —Salió del baño tal y como estaba, y vino al minuto con dos copas de vino blanco bien frías.

Se sentó a mi espalda dentro de la bañera, haciendo que me apoyara en su cuerpo, y cogió la esponja, esa que empapaba de agua y la dejaba caer a lo largo de mi cuerpo.

Soltó la esponja y fue su mano, en la que vertió un poco de jabón, la que se dedicó a recorrerme. Se llevó un buen rato en mis pechos, esos que apretó, masajeó y hasta tiró de mis pezones, para luego seguir bajando.

Al llegar a mi sexo, me penetró con dos dedos, mientras que su pulgar se entretenía con mi clítoris, haciendo que me llegara un orgasmo que no

esperaba.

En cuanto me recompuse, me di la vuelta, sentándome a horcajadas en su regazo, e introduciéndome su miembro en mi interior. Sin dejar de mirarnos a los ojos, me fui moviendo, fui girando mis caderas, hasta que él me agarró de las caderas y marcó otro ritmo, que tampoco era rápido, aunque sí más profundo.

Juntos, alcanzamos el clímax de nuevo, pero esta vez besándonos como si estuviéramos sedientos y encontráramos el alivio en la boca del otro, decir que nos estábamos devorando era quedarse corto.

Salimos del baño y nos secamos con mimo, sin decir una sola palabra, expresando todo lo que sentíamos en ese momento con la mirada, con las manos cada vez que nos tocábamos.

Nos metimos en la cama, desnudos, y nos quedamos dormidos en la postura de la cucharita, con mi cuerpo encajado contra el suyo y su mano apoyada en mi cintura. No quería que esa noche terminara; deseaba quedarme así el resto de mi vida.

# Capítulo 25



Cuando sonó el despertador, me quise morir. No me apetecía para nada salir de esa cama, entre sus brazos me encontraba tan a gusto, que me parecía el mejor lugar del mundo, pero las responsabilidades estaban por encima de todo, y me tocaba ir a trabajar.

—¿Siempre te levantas tan temprano o es porque me quieres echar de tu cama? —preguntó, bostezando.

—Créeme, si pudiera, te ataría a la pata de la cama y no saldríamos de aquí en todo el día. Pero, por desgracia, me toca ir a trabajar. Y sí, me levanto siempre a esta misma hora, me gusta hacer las cosas con calma y no tener que ir corriendo al trabajo.

—Pues me da que, hoy, muy temprano no vas a llegar. Creo que te vas a conformar con entrar por la puerta justo a tiempo —respondió, con una mirada muy pícara.

Se colocó entre mis piernas, deslizando una mano entre su sexo y el mío, comprobando que ya estaba preparada, que no necesitaba preliminares.

Tomó su miembro, lo colocó en la entrada de mi vagina, y me penetró, despacio, sin prisa, arrancándome un gemido desde lo más profundo de mi ser.

Tal y como ocurrió la noche anterior, no era algo urgente, ni de necesidad. Fue lento, saboreando el momento, pero sin perder la pasión, y nos condujo a un orgasmo tan intenso, que a ambos nos faltó el aliento al terminar.

—Me voy a la ducha —le dije en cuanto que conseguí recuperar y normalizar un poco mi respiración.

—Te acompaño.

Durante esa ducha, los mimos y caricias se sucedieron, uno tras otro, encendiéndonos de nuevo, pero esta vez no llegamos a hacerlo, sino que nos acariciamos mutuamente, sin apartar la mirada, como si fuera la última vez que compartíamos un momento así de íntimo, y eso me estremeció.

Cuando miré el reloj, ya pasaban de las siete, así que tuve que darme prisa para no llegar tarde. Mientras me arreglaba para el trabajo, Leo fue a la cocina y preparó dos cafés, acompañados de magdalenas de chocolate que había comprado el día anterior.

—Venga, te acompaño mientras Luca se levanta. Hoy no voy a la oficina, me lo llevaré a la playa, ya es hora de dejar descansar a tu madre, aunque sea por un día —me dijo, mientras salíamos de mi casa.

—Mi madre está encantada, que lo sepas. Luca es muy bueno, además que ya ha hecho muy buenas migas con el resto de los niños, que son los nietos de las amigas de mi madre.

—Lo sé, igual que sé, que mi hijo también está feliz con «su abuela Manuela», que es como él la llama. A veces pienso que mis padres habrían disfrutado mucho de su nieto…

—No te fustigues, ellos seguro que, desde donde estén, lo están cuidando y viendo sus avances, que no nos pocos para la edad que tiene.

Paseando, y casi sin darnos cuenta, llegamos a la puerta de mi trabajo, donde justamente estaban entrando Domingo y Benito, que me hacían gestos para que entrara.

—Que pases un buen día —le dije cuando tocó el momento de separarnos.

—Igualmente, preciosa, vamos hablando —me contestó, dejando un breve beso en mis labios, ese que me supo a poco.

Mis compañeros aplaudían desde la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja, como si fueran ellos los que lo estuvieran viviendo.

—Buenos días, Braulio, y compañía —dije, entrando en mi lugar de trabajo.

—Para ti, ya hemos visto que sí lo son, y las buenas noches, también te las han dado —dijo Domingo, sin poder parar de reír.

—No empieces ya, y deja a la chica tranquila —le reprendió Benito, a quien no se le borraba la sonrisa de la boca en ningún momento.

—Buena forma de reñirle, sí, señor, mientras mantienes una sonrisa dibujada —le comenté, haciéndome la ofendida, pero ellos sabían que era pura fachada.

—Si es que no puedo más que alegrarme por ti. Por una vez, alguien me ha hecho caso, y no ha pensado con la cabeza, sino con el corazón, dejándose llevar por sus sentimientos. Si te caes, pues ya te levantarás, en el suelo no te vamos a dejar, nunca —me decía Benito.

—Pues sí, no tengo claro por dónde nos va a salir, pero no quiero desaprovechar el tiempo. Cuando me toque llorar, ya cruzaré ese puente —le dije, entrando en mi despacho.

Casi a la hora del desayuno, llegó un chico con tres cajas, preguntando por mí, así que firmé y las cogí, leyendo la nota que traía en primer lugar.

«No me parecía bien que desayunaras sola, por eso van tres, uno para cada uno. Espero que os guste y lo disfrutéis. Un beso. Leo»

—Chicos, hoy desayunamos aquí, que Leo nos ha enviado esto —les dije, señalando las cajas, que llevé hasta la sala de reuniones.

—¿Qué es eso? —preguntó Domingo, que vino como un rayo.

—No lo sé, vamos a verlo.

Le di una caja a cada uno, y al abrirlas, nos quedamos completamente sorprendidos. Cada una venía con un termo de café, en tonos pastel y que se veían preciosos. Además, incluían cruasanes recién hechos, porque aún se sentían calentitos, así como mermeladas, mantequilla, sobres de embutido y frutos secos variados.

—Joder, vaya cosa más buena. El termo me viene genial, para traerlo cuando venga con prisa —dijo Benito.

—Ni que lo digas, y bonito, porque ha sido un detallazo. Envíale un mensaje dándole las gracias de parte nuestra —comentó Domingo, que ya se había metido un trozo de cruasán en la boca.

—Ahora mismo, era lo que pensaba hacer —le respondí.

**Carolina:** *Un desayuno de dioses. Muchas gracias, de mi parte y de la de mis compañeros.*

Dejé el móvil encima de la mesa, y me dispuse a desayunar. Hoy no saldríamos, pero disfrutaríamos igual, porque las risas no nos faltarían. Mis compañeros me hicieron contarles todo sobre la reconciliación, sin dejarme ningún detalle, salvo los íntimos, que obviamente esos no se los iba a contar, esos se quedaban para nosotros dos, porque tampoco creía que él los fuera a compartir.

Cuando terminó el descanso, y volvíamos a nuestros despachos, vi que mi móvil estaba encendido, señal de que Leo me había respondido al mensaje, así que lo cogí y me dispuse a leerlo.

**Leo:** *Me alegro de que os haya gustado. Vamos hablando. Un beso.*

Me pareció un poco fría su respuesta, pero pensé que estaría ocupado con el niño, al que ya habría recogido. Tal y como dijo mi compañero, había tenido un gesto muy bonito. Recogí mi termo, al que le iba a dar bastante uso, eso lo sabía, y le contesté de vuelta.

**Carolina:** *Sí, ha caído entero. Cuando quieras. Otro para ti.*

Lo dejó en visto y ni siquiera reaccionó, así que reforcé mi teoría de que estaría ya con Luca.

Me sumergí en el trabajo, ya que tenía varios expedientes por revisar y me quedaba tan solo una semana para terminar, puesto que en agosto todos los organismos oficiales permanecían cerrados, quedando solo el personal indispensable y el de seguridad, todos los demás cogíamos vacaciones.

—Domingo, ¿puedes venir un momento? —le dije a mi compañero, puesto que tenía un expediente que no me cuadraba.

—Dime, amor mío —me respondió, batiendo las pestañas desde el umbral de la puerta.

—No se puede ser más payaso que tú, te lo aseguro.

—Ya, ya, pero, y lo que te ríes conmigo, ¿qué?

—Tienes razón, si no fuera por las risas que me sacas a diario, más de un día me hubiera tirado por la ventana.

—Y seguro que no te hubieras matado, te habrías quedado tontita y tendrías otro problema más. —Estallé en una carcajada, porque las cosas que se le ocurrían eran alucinantes.

—Ven aquí, haz el favor, a ver si tú ves lo mismo que yo —le dije, señalando la pantalla del ordenador.

Durante más de media hora, estuvimos comprobando asiento por asiento en la contabilidad que nos habían enviado, pero no nos cuadraba el debe con el haber, a pesar de que al final de esta ponían la misma cifra.

—O se han equivocado en el lugar donde han puesto algún asiento, o hay algo de lo que no han dejado constancia, y eso sería más preocupante. Avisa al responsable de contabilidad de la empresa, y que pase por aquí con la original y las facturas que lo acrediten —me dijo, y yo también lo pensé.

—Sí, voy a llamar ahora mismo, a ver si puede traerlo mañana a primera hora, y así lo dejo terminado antes de irnos, que si no, sería un engorro empezar de nuevo en septiembre, porque tengo claro que no me voy a acordar de por dónde iba.

# Capítulo 26



La semana fue transcurriendo con normalidad, entre expedientes y demás, y por fin habíamos llegado al viernes, ese día tan ansiado para todos.

No había tenido noticias de Leo en todos estos días; lo último que supe de él fue aquel mensaje que recibí con el desayuno. Desde entonces no había dado señales de vida. Confiaba en que, al llegar el fin de semana, ya más liberado del trabajo, se dignara a escribirme, al menos, pero tampoco albergaba demasiadas esperanzas.

—Buenos días, hija, ¿ya te marchas al trabajo? —me dijo mi madre, que estaba en la calle cuando yo salía.

—Buenos días, mamá. Sí, menos mal que solo me queda la próxima semana para empezar las vacaciones. ¿Y tú, qué haces fuera tan temprano? Te creía aún dormida —le contesté, con una sonrisa.

—Estoy esperando a Leo, hoy me deja a Luca a dormir; me ha comentado que tiene una cena. ¿No te ha dicho nada? —me preguntó mi madre, un tanto extrañada.

—No sé nada de él desde lo del desayuno que te conté. Así que no ha podido avisarme, porque, hasta ahora, la telepatía no se nos da bien.

—Entonces debe de ser alguna cena de trabajo, porque ha estado recogiendo a Luca muy tarde toda la semana, casi después de la merienda.

—No lo sé, lo que sí tengo claro es que hoy no me quedo en casa, aunque me tenga que ir sola, fíjate lo que te digo.

—¿Por qué no llamas a las chicas? —Mi madre aportando ideas, ya que la idea de que saliera sola le causaba bastante temor.

—Las chicas estarán con sus novios, y lo que menos me apetece es ir de sujetavelas, pero ya veré qué hago, a lo mejor mis compañeros de oficina tienen algo en mente. Creo recordar que alguien mencionó que era el cumpleaños de Damián, ya preguntaré cuando llegue. Bueno, mamá, me voy ya, que al final llegaré tarde, y sabes que no me gusta.

Me despedí de mi madre con un beso y seguí mi camino, cruzándome con el coche de Leo por el trayecto, pero no paró, ni siquiera tocó el claxon. Sería que no me había visto, o eso quise pensar.

—Chicos, puedo haceros una pregunta —les dije a mis compañeros.

—Siempre que no me vayas a preguntar la lista de los reyes godos, adelante —me dijo Domingo, haciéndome soltar una carcajada.

—Desde luego, Domingo, el día que te pregunte algo y tu respuesta sea medianamente coherente, te saco a hombros de aquí, como a los toreros —Le dije, sin poder parar de reír.

—Anda ya, si llega ese día, será porque estoy enfermo, te lo aseguro.

—Bueno, a lo que iba. Alguien me comentó que hoy era la cena de cumpleaños de Damián, ¿vais a ir?

—Por supuesto, mi reina. ¿Tú no te apuntas? —me dijo Benito, que siempre se dirigía a mí con ese apodo cariñoso.

—Pues no lo tenía previsto, la verdad, porque pensaba que Leo me llamaría para vernos, pero visto que no lo hará, me sumo con vosotros —le respondí, algo apesadumbrada.

—Eso no lo sabes, igual te llama más tarde.

—Sí, sí que lo sé. Esta noche deja al niño con mi madre, al parecer tiene una cena, así que se me chafó el plan. Además, no he sabido nada de él desde aquel desayuno.

—¿En serio no te ha enviado ni un mensaje para desearte las buenas noches?

—Ni siquiera los buenos días. Sé que dijimos que no sería una relación formal, pero tampoco quiero que nos veamos solo para tener sexo. Eso me hace sentir mal, como si me utilizara. —Les abrí mi corazón, sabía que ellos me darían buenos consejos.

—Yo me sentiría igual. La próxima vez que te llame, házselo saber, no creo que él se haya parado a pensar en eso.

—Sí, eso haré. Pero ahora, toca trabajar, después pensaré que comprarle al cumpleañero.

—De eso se va a encargar Marieta, avísala y le haces un Bizum —me contestó Benito, que ya entraba en su despacho.

—¿Quieres que lo haga yo y luego ajustamos cuentas? —se ofreció Domingo, que era un amor.

—Te lo agradecería, la verdad, porque tengo cita con el responsable de la empresa de ayer a las ocho y media, y debe de estar a punto de llegar.

Mi compañero se fue a su despacho, desde donde contactaría con la chica encargada, y yo entré en el mío, hasta que recibí una llamada desde recepción.

—Carolina, buenos días, tengo aquí a Mario González, dice que tiene cita contigo a las ocho y media —me informó Braulio que, desde entonces, antes de revisar lista ni nada, avisaba al departamento.

—Sí, Braulio, puedes darle paso, lo estaba esperando. Muchas gracias.

Salí hasta la zona de ascensores a recibirlo, pero lo que no me esperaba, y me pilló totalmente desprevenida, fue el hombre que iba a salir de allí. Cuando Domingo lo viera, estaba segura de que entraría en mi despacho con cualquier excusa, haciéndose el disimulado.

El señor González era de esos hombres que te hacen girar la cabeza por la calle, nada que ver con Leo, por cierto, a quien no podía sacar de mi cabeza. Tenía el pelo negro azabache que brillaba al sol, y unos ojos verdes que impactaban. Debía rondar el metro ochenta y, aunque no estaba muy musculado, se notaba que se cuidaba, y mucho.

—Buenos días, señor González, y siento haberlo hecho venir hasta aquí, pero hay cosas que no me cuadran, y no quisiera que tuviera problemas por ello —Le dije, tendiéndole la mano, que estrechó con firmeza, seguro de sí mismo.

—Buenos días, señorita Durán, no hay ningún problema con eso. Aquí traigo todo lo que me solicitó, y espero sinceramente que solo sea un error contable, que no haya nada más detrás —me contestó.

—Vayamos a mi despacho, allí estaremos más cómodos. Sígame, por favor.

—No me hables de usted, que me haces sentir mayor. Solo Mario, te lo pido.

—Perfecto, entonces yo, solo Carolina.

Cuando Domingo nos vio pasar frente a su despacho, hizo como si se le cayera la mandíbula, y tuve que contener la risa. Por suerte, Mario venía detrás y no notó el esfuerzo que hice por no soltar una carcajada.

Entramos en mi despacho, tomamos asiento y me dispuse a coger la documentación impresa para ir cotejando todo con el original y las facturas que él traía.

—Carol, corazón, disculpa que te moleste, pero tienes un expediente que me pertenece, te lo puse en tu mesa por error —me dijo, Domingo, tomando una de las carpetas pendientes y salió guiñándome un ojo.

—No te disculpes, todavía no habíamos empezado. Cierra la puerta al salir, por favor, que se va el aire y hoy hace demasiado calor —le dije, respondiéndole con una sonrisa.

—Verás, Mario, aunque al final de la contabilidad del trimestre las cifras coinciden, al revisar todo asiento por asiento, cuando hacemos los cálculos, no cuadran. Hay un desfase de casi cincuenta mil euros —comencé a explicarle.

—¿Me lo dices en serio?

—Totalmente. Hemos llegado a dos conclusiones, y queremos comprobar cuál es la correcta. Por un lado, como ya le comenté, puede tratarse de un

error al registrar una factura, y eso sería fácil de solventar, se corrige la columna, y listo.

—Me preocupa más la segunda opción, la verdad, porque creo que puede ser la cierta.

—En ese caso, tendríamos que preparar una inspección más exhaustiva, que se llevaría a cabo en el mes de septiembre, ya sabe que durante el mes de agosto los organismos oficiales permanecemos cerrados.

—Sí, lo sé, y eso es lo que me preocupa.

—Siempre puede contratar una empresa privada para que le haga la auditoría y traer los informes en cuanto abramos de nuevo después de las vacaciones.

—Casi que lo prefiero, la verdad. Pensar que hay alguien robando en mi empresa y que pueda hacerlo durante un mes más, me da un poco de dolor de estómago —me contestó, llevándose la mano al vientre. Vamos, que le daba un miedo terrible, hablando claro.

—Pues nada, manos a la obra, y ve rezando durante este tiempo todo lo que sepas.

—Una novena a San Judas le hago, que es el patrón de los imposibles —me dijo, y ambos soltamos una carcajada.

Me sentía cómoda con ese hombre, era como si nos conociéramos de toda la vida, y no desde hacía apenas media hora. Decir que fue tarea sencilla, sería mentir descaradamente, y llegó un momento en que todo eran cifras que bailaban ante nuestros ojos.

—Vamos a hacer una pausa y aprovechamos para desayunar —me propuso, secándose el sudor de la frente.

—Perfecto, le espero aquí dentro de cuarenta minutos, que es lo que tengo para ello —le respondí, sin querer que se sintiera obligado a invitarme.

—Ah, no, de eso nada. Tú vienes a desayunar conmigo, y si tus compañeros lo hacen habitualmente, también están invitados —me dijo, levantándose y tomando su cartera y el móvil.

Salimos del despacho y, cuando Domingo oyó que Mario le decía a Benito que nos íbamos todos a desayunar, saltó de la silla como si le hubieran puesto un petardo en el culo.

—¡Esperadme, que ya voy! —gritaba desde su despacho.

—Desde ya te pido perdón por lo que puedas oír salir de la boca de mi marido. Digamos que tiene un estilo muy peculiar —se excusaba Benito ante Mario.

—Traducido: no tiene filtros. Que lo mismo te dice que tienes un culo para estrujarlo, como que estás más bueno que el pan recién hecho —le dije riendo, mientras Benito asentía con la cabeza.

—Vaya, gracias por los halagos, el tuyo tampoco está nada mal, aunque con ese vestido no se nota mucho —me soltó el muy descarado.

Me puse roja como un tomate, mientras mis amigos no paraban de reír. Me daba la impresión de que este desayuno sería muy divertido, aunque algo comprometido.

Llegamos al bar donde desayunábamos siempre, en el que teníamos una mesa reservada cada día, ya que el dueño sabía que íbamos con el tiempo justo, y la cafetería solía estar a reventar.

Pedimos un desayuno completo para cada uno, y Mario empezó a contarnos cómo montó su empresa. Todos pensábamos que era el jefe del área de contabilidad, pero resultó ser uno de los socios. El gerente era su hermano mayor, David, pero él prefería los números, por eso se encargaba de las cuentas.

—Esta muchacha tiene una suerte de cojones. Compra un cupón, hija, que fijo que te toca —me dijo Domingo, entre risas.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté, porque no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Hija mía, porque te he pasado dos expedientes, y los dos responsables están como para ponerles un piso. Ahora, el tercero te lo he quitado, a ese lo llamo yo, como Domingo que me llamo, aunque sea para decirle que he perdido el DNI.

—Y seguro que tienes la suerte de que te toca el más feo del lugar —le replicó Benito, y todos rompimos a reír.

—Joder, cuando tenga la autoestima por los suelos, ya sé dónde venir, porque uno entra aquí con depresión y sale cantando y bailando —dijo Mario, que no podía dejar de reír con las ocurrencias de Domingo.

# Capítulo 27



Volvimos al despacho para terminar con todo el trabajo. Finalmente, fue un asiento mal registrado, lo que había ocurrido con la contabilidad de la empresa de Mario, por lo que pudo respirar tranquilo.

—Os invito a comer, que eso que habéis hecho por mí me ha ahorrado mucho dinero y, lo que es aún más importante, bastantes quebraderos de cabeza —nos dijo Mario.

—Pues yo no te voy a decir que no, que tengo un hambre que me muero y no hemos dejado nada listo, así que es, o aceptar tu invitación, o comprar un pollo en el asador —le respondió Domingo, con todo su descaro.

—Como has podido comprobar, mi marido es muy prudente, de lo vergonzoso que es, es incapaz de contestar nada con sinceridad —comentó Benito, con toda la ironía del mundo, y arrancándonos una carcajada.

—Pues nada, si ellos aceptan, yo no tengo más remedio que acompañarlos, no te voy a dejar solo ante el peligro —contesté yo, siguiendo con la ironía.

Nos fuimos paseando hasta el paseo marítimo, donde había un restaurante que nos gustaba a todos bastante. Allí, pudimos degustar un arroz con marisco recién hecho, así como un surtido de pescado frito que estaba bueno, no, lo siguiente.

Como era lo habitual con mis compañeros, las risas fueron nuestras principales compañeras. Hubo un momento, recordando una de sus anécdotas en el trabajo, que Mario casi se ahoga de la risa, hasta el vino que estaba bebiendo en ese instante, salió disparado por su nariz.

—Chicos, de verdad, si esta mañana cuando salí de la empresa me hubieran dicho que me lo iba a pasar tan bien con tres inspectores de Hacienda, habría mandado a la mierda al que me lo hubiera dicho, os lo prometo —dijo Mario, sin poder parar de reír.

—Pues nada, hijo, cuando estés aburrido en tu empresa, te pasas por nuestro despacho y nos invitas a desayunar —le dijo Domingo, con toda su poca vergüenza.

—Ahora en serio, no me gustaría perder el contacto. Sois geniales los tres, cada uno con su estilo. Así que, no descartes que algún día que otro os haga una visita.

—Cuando quieras, serás siempre bienvenido —le dije, mientras nos despedíamos.

Volví a mirar el móvil por enésima vez, y nada, ni un mensaje, ni una llamada, ni de Leo ni de mis amigas, con las que tampoco hablaba desde hacía días, según ellas, porque estaban muy ocupadas y tenían demasiado trabajo.

¿Estaba dolida con ellos? Pues no sé si llegaba a tanto, lo que sí estaba era desilusionada, y mucho, porque yo siempre había tenido un minuto para ellos, hasta en mis peores momentos, pero no pensaba agobiarme. Esta noche iba a divertirme, a pasármelo lo mejor posible, sin mirar nada más que por mí.

Estaba subiendo las escaleras hasta mi casa, porque el ascensor estaba averiado y todavía no lo habían reparado, cuando escuché a Luca en casa de mis padres. Eran algo más de las seis de la tarde, así que me extrañó que no estuvieran en la playa, por eso llamé al timbre.

—¿Qué hacéis aquí y no en la playa? —le pregunté a mi madre, que fue la que me abrió la puerta.

—Nada hija, que hoy no nos apetecía, y hemos preferido quedarnos en casa, que hace mucho calor —me contestó, guiñándome un ojo.

—Ah, vale, pensé que la habían cerrado por algo.

—¡Hola, Carol! —me gritó desde el pasillo cuando escuchó mi voz.

—Hola, mi amor. Ven aquí y dame un beso, que hace muchos días que no te veo —le dije, acercándome a él.

—Hoy estaba cansado y no tenía ganas de ir a la playa. La abuela Manuela me ha dicho que no pasa nada, que estos días vamos a descansar —me explicó el motivo.

—Claro, no pasa nada, a la playa se va cuando se tiene ganas, y si no te apetece, es mejor quedarse en casa. ¿Estás dibujando?

—Sí, esta mañana, cuando le dije lo de la playa, la abuela y yo fuimos a comprar cuadernos y colores para que estuviera entretenido. Y luego, por la noche, vamos a ver una peli. El abuelo ha ido a comprar churritos para merendar.

—Hala, que bien, cómo te cuidan. Bueno, pues yo me voy, que me tengo que duchar y arreglar, que esta noche tengo una cena —le dije, más a mi madre que a él, pero su respuesta me dejó algo descolocada.

—¿Vas a cenar con mi padre y los demás? Porque los escuché decir que se veían a las nueve —me dijo, con toda su inocencia.

—No, cariño, a mí no me han dicho nada. Voy a cenar con unos amigos del trabajo, a celebrar el cumpleaños de uno de ellos.

—Será una cena de trabajo, ya te lo he dicho. Lo mismo Luca ha escuchado mal y se refería a las personas con las que tiene que hacer negocio. No creo que Cristina se fuera a cenar sin decirte nada —justificaba mi madre.

—Si tú lo dices… Bueno, me marcho, que paséis buena noche.

—Que te diviertas, hija, y deja de darle vueltas a todo, que nos conocemos.

Le di un beso a mi madre y subí hasta mi casa, donde pensaba irme directamente a la ducha, ya cuando saliera, vería que ponerme para esa cena. Domingo y Benito, que vivían cerca de mí, quedaron en pasar a recogerme a las nueve, para así compartir taxi y que no fuera yo sola, a pesar de que estarían todos en el restaurante.

Hacía muchísimo calor esa noche, una típica de levante en calma, por lo que no dudé en recoger mi melena en una coleta alta, después de alisarla. Me decanté por un vestido color berenjena, de tirantes finos, que se entrelazaban en la espalda a modo de red, y de escote en V, de tela ligera y no demasiado ceñido, pero que tampoco me quedaba como un saco de patatas. Lo combiné con unas cuñas en rosa pastel y el bolso de esparto a juego. El resultado me gustó, por lo que no me cambié de ropa. Como único maquillaje, me puse máscara de pestañas, una sombra en el párpado superior del mismo tono que el vestido y brillo labial.

**Domingo:** *Estamos en tu portal, no nos hagas esperar mucho, que los bombones con el calor se derriten.*

Me tenía que reír con él por fuerza, porque no se podía tener más arte. Cogí el bolso, cerré con llave la puerta, revisando que llevara todo, y me dispuse a encontrarme con mis amigos, porque ya no los consideraba solo compañeros.

—Ole, las mujeres guapas —me dijo Benito, nada más verme aparecer por la puerta.

—Esta noche triunfas, ya verás. —Esta vez fue Domingo el del piropo.

—A exagerados no os gana nadie, cualquiera diría que sois andaluces —les respondí, con una sonrisa.

Nos fuimos paseando hasta la parada de taxis más cercana. Esa noche ninguno quería conducir, para así poder beber tranquilamente sin pensar en tener que coger un coche.

Al llegar al restaurante, ya estaban nuestros compañeros esperando en la puerta, así que nos acercamos a esperar a que estuviéramos todos.

—Me encanta tu vestido, te sienta genial, qué envidia de cuerpo, hija —me dijo Marieta, alabando mi atuendo.

—Pero si eres preciosa y tienes un cuerpazo, no te quejes —le contesté, sonriendo.

Cuando entrábamos al restaurante, me pareció oír una risa familiar, concretamente la de Cristina, pero no me dio tiempo a comprobar si era ella, porque justo al mirar, ya habían subido las escaleras, así que preferí no darle más importancia.

La cena transcurrió en un ambiente de lo más relajado y familiar. Jamás me habría imaginado que unos compañeros de trabajo pudieran llevarse tan bien. Era cierto que no estábamos todos, solo los que teníamos trato directo con Damián, el cumpleañero.

Llegó la hora de apagar las velas, y apareció uno de los camareros con la tarta, esa que también se había encargado de comprar Marieta, por lo que apagaron las luces. Justo en ese instante, me pareció ver que Leo bajaba con una mujer, pero al estar en penumbra, no podía asegurarlo.

Mientras entregaban los regalos, y con la excusa de ir al baño, salí del salón donde estábamos cenando, con el único objetivo de confirmar si mi vista me había jugado una mala pasada, pero nuevamente fue inútil, no lo encontré por ninguna parte del restaurante, al menos no en las zonas visibles.

Entré de nuevo en el salón, justo en el momento en que Damián abría el paquete, que consistía en dos partes. La primera, a modo de broma, era una camiseta con su foto, en la que rezaba el lema «Es mi cumpleaños y me pienso beber hasta el agua de los floreros», que Marieta hizo que se pusiera, quitándole la camiseta que llevaba puesta y guardándola en su bolso para que no se perdiera. La segunda, era una cena con *spa* y noche de hotel, para dos personas, y todo el mundo se giró para mirar a Nuria, que se puso roja al instante.

—¿Estos dos están liados? —le pregunté muy flojito a Domingo, el rey de los cotilleos.

—Desde hace meses, pero ninguno de los dos quiere que se haga público, cuando en realidad todo el mundo lo sabe. Será que como ella es su secretaria, no quieren ser el blanco de las bromas. Ya sabes, el típico cliché de jefe y secretaria… —me explicó, y me quedó claro el motivo de la repentina rojez de su cara.

—Vámonos a la discoteca de aquí al lado, que se suele estar muy bien, sobre todo en la parte de la terracita —propuso Marieta, y todos apoyamos la idea, así que nos marchamos tan pronto terminamos de cenar.

Habíamos puesto cien euros cada uno, en los que iba incluida la cena, la tarta y el regalo que le habíamos entregado hacía un rato, por lo que el menú era cerrado y estaba pagado desde antes de entrar.

—Allí hay una mesita baja con sillones que está libre, ¿nos sentamos? —preguntó Domingo, que venía quejándose de que le dolía la espalda desde el día anterior.

—Venga, me acelero yo y la cojo, para que no nos la quiten —le dije, ya que él iba a paso de tortuga.

Al pasar por una de las mesas, algo llamó mi atención, y los vi. En una mesa alta con taburetes, estaban todos: Leo con una mujer rubia a la que no conocía de nada, junto a mis amigas, Alejandro y David. Si lo de Leo me dolió, no os podéis imaginar lo que me afectó ver a mis amigas ahí.

Hice de tripas corazón, pero no iban a conseguir amargarme la noche, de eso nada. Es más, les iba a demostrar que, si ellos no me daban importancia

a mí, yo tampoco se la daría a ellos. Ese era el que, hacía menos de una semana, me decía palabras bonitas, el que me aseguraba que, aunque no tuviéramos una relación, tendríamos exclusividad. Más falso, imposible.

—Mira quiénes están ahí —le dije a Domingo, señalando la mesa donde estaban todos.

—No saques conclusiones, puede ser una amiga.

—Si fuera una amiga, me habrían avisado para que fuera, ¿no crees? Lo que más me duele es que, esas que se llenaban la boca llamándose mis amigas, no hayan sido capaces de decirme absolutamente nada.

—Eh, no te vayas a amargar. Tienes que demostrarles lo fuerte que eres.

—Sí, eso por descontado. Además, tengo una idea, porque ellos no me han visto, ahora mismo vuelvo.

Dejé el bolso junto a mi amigo, y me fui hasta la mesa contraria a la nuestra, donde estaban tres chicas, y les hice una foto a todos, en la que salía Leo dándole un beso en el cuello a su «amiga».

# Capítulo 28



Volví a nuestra mesa, donde ya estaba Benito, que había traído una cerveza para cada uno, para abrir boca, decía él. Cogí mi móvil, entré en el grupo de WhatsApp que tenía con ellas, y les mandé la foto. No le puse texto, no escribí absolutamente nada, con eso ya entendían lo que quería decirles.

Nos tomamos la cerveza entre risas, no quería pensar en la traición que me habían hecho, eso lo haría luego, en la tranquilidad de mi hogar, donde me derrumbaría si era necesario, pero no delante de ellos.

—Ahora me toca a mí ir por las copas. ¿Tres *gin-tonics*? —les pregunté, y ambos asintieron con la cabeza.

—A por ellos, cómetelos con patatas —me animó Domingo, mientras Benito nos miraba con la ceja arqueada.

Lo dejé allí, contándole a su chico lo que pasaba y, con paso firme y la cabeza bien alta, me dirigí a la barra, por lo que tenía que pasar delante de ellos, sí o sí, con lo que se darían cuenta de mi presencia.

—Carol, no es lo que parece —me dijo Cristina, que vino detrás de mí cuando al pasar por su mesa.

—Ah, ¿no? Eres un holograma y no me había dado cuenta. Disculpa por mi desconfianza —le contesté, irónicamente.

—No, lo que pasa es que…

—No necesito falsas explicaciones. Me lo podría esperar de María, que siempre ha estado más despegada de mí, ¿pero de ti? Si eso me haces a mí, que se te llenaba la boca diciendo que eras mi hermana, no me quiero imaginar lo que le harías a otra persona —la interrumpí, y seguí andando, cuando la voz de Leo me hizo detenerme en seco.

—No sé por qué te pones así, Carolina, te dije que no quería una relación. Si has sacado tus propias conclusiones, no es mi problema —dijo, y la sangre empezó a hervirme.

—¿Me he dirigido a ti en algún momento? ¿Te he recriminado algo? Que yo sepa, con la única que he hablado, es con la que consideraba mi amiga. Y sobre lo de la relación, tengo claro que entre tú y yo no hay tal vínculo, como también lo tengo respecto a la exclusividad, pero al parecer, la única que debía respetarla era yo.

—Eso lo dijiste tú, en ningún momento salieron de mi boca tales palabras.

—De verdad, me das pena, y no sabes cuánta. Sigue viviendo en los mundos de Yupi, que cuando la realidad se apodere de ti, serás tan solo un desgraciado con complejo de Peter Pan. Madura de una vez.

Llegué hasta la barra, donde pedí las tres copas, y regresé a mi mesa. Al pasar por la de ellos, vi a Cristina llorando, pero sus lágrimas me parecieron tan falsas como ella. No quería que dejara a su pareja de lado, no le habría dicho nada ni por cenar con ellos, pero un simple mensaje advirtiéndome de que Leo había quedado con otra mujer, me hubiera bastado. Al parecer, él era más importante que yo en su vida en estos momentos.

—¡Ole tus ovarios! —me dijo Benito, al que su marido había puesto al día.

—Ahora, a por Mario, a saco. Que ese sí que está bueno, no como el que me ha tocado a mí en el expediente que te quité. Encima de que me cargo con más trabajo, me tocó el ancianito —dijo Domingo, sacándome una carcajada.

Si pretendía que le demostrara a esos cinco que su traición me había dolido muy poco, lo estaba consiguiendo, porque lo que me reí con él esa noche, eso no hay dinero para pagarlo.

De vez en cuando se me iba la mirada al lugar donde Leo bailaba con esa mujer, hasta que vi que la besaba, y entonces el dolor ya no me permitió mirar más. ¿Cómo se podía jugar así con los sentimientos ajenos? Porque una cosa era no querer tener una relación, hasta ahí, de acuerdo, pero otra

muy distinta era decir una cosa y actuar de forma totalmente opuesta, y encima, volver a dejarme como mentirosa.

—Venga, churri, vamos a bailar —me dijo Domingo, que me levantó de un tirón.

—¿Y tu espalda? ¿Ya no te duele? —pregunté, preocupada, porque no quería que se hiciera daño.

—Eso fue una excusa que me inventé para sentarnos aquí y que no los vieras. Me di cuenta de todo en el restaurante, cuando fui al baño, donde estaban Leo y el amigo, hablando de esa mujer.

—¿En serio? Gracias, Domingo, de verdad que estás demostrando la pasta de la que estás hecho.

—No hay nada que agradecer. Mándalo a tomar por saco y listo. No te repito lo que dijeron, porque hasta a mí me dio asco lo que escuché. Ahora, que tu amiga tenga cuidado, porque esta noche le van a poner dos cuernos que ni la madre de Bambi —me contestó, y me hizo reír.

—¿A cuál de las dos?

—A la que se ha acercado a ti. No voy a entrar en detalles, pero tienen planeado irse los dos a la cama con la tal Anita, con la que ya han estado previamente. El novio de la otra ha declinado la oferta, porque por lo visto, eso es algo habitual entre ellos.

Me quedé estupefacta, pero no dije nada, ni pensaba hacerlo, cada cual con sus líos. No iba a volver a quedar de mentirosa ni iba a permitir que me trataran como una despechada, porque no lo era. En el fondo, sabía que esto ocurriría, solo que no esperaba que fuera tan pronto.

Más de una hora estuvimos en la pista, enlazando una canción con otra, mientras Benito nos miraba desde el sillón, muerto de risa y acompañado por otros compañeros nuestros.

—No puedo más, necesito sentarme y beber algo —le dije a mi amigo.

—Venga, vale, ve a sentarte, yo pido una copa para cada uno —me contestó.

De camino a mi mesa, observé que Cristina ya se había ido, y Alejandro bailaba con Anita, junto a Leo, haciéndole lo que vulgarmente se conoce como un sándwich. Le pedí el teléfono a Domingo, que ya había regresado de la barra. Les tomé una foto, en la que salían los tres en actitud más que comprometida, y se la envié a Cristina desde ese móvil, bloqueando su número después, para que no pudiera responder.

—No lo puedes evitar, por mucho daño que te haya hecho, tú siempre le serás leal a los tuyos —me dijo Domingo, que había presenciado toda la jugada.

—Pero no quiero que sepa que he sido yo. Capaces de decirle que es un montaje y que lo he hecho por despecho.

—No te preocupes que yo no respondo a ningún número desconocido, así que, aunque me llame desde otro, no se va a enterar de que fuiste tú.

Llegado cierto momento, entre que no podía con mi cuerpo y que todo lo que veía me dolía demasiado, tomé la decisión de marcharme. Justo cuando me levantaba para irme, se acercó María.

—Espero que no le cuentes nada a Cristina de esto. Hay cosas que ella no se atreve a practicar con Alejandro, y él también tiene otras necesidades —me soltó, con mucha soberbia.

—Lo que hagáis todos vosotros me da igual, como si os unís y hacéis una orgía. Ahora, si no te importa, déjame tranquila, que no quiero saber nada de ninguno.

—Ja, eso no te lo crees ni tú. En el momento en el que Leo te llame o se te acerque y te diga cuatro cosas bonitas, se mete otra vez entre tus piernas. Siempre ha sido tu punto débil, y con los años ha ido a más, no lo niegues.

—¡Qué sabrás tú lo que representa o dejar de representar Leo para mí! Preocúpate de lo tuyo y déjame vivir en paz.

—Vámonos, mi reina, que aquí ya solo queda gente que no merece la pena —me dijo Benito, que estaba viendo cómo estaba a punto de derrumbarme.

—Sí, será lo mejor. Vamos —le contesté, cogiendo mi bolso y pasando por su lado, como quien pasa por el lado de una extraña.

Salimos de allí en completo silencio, y tomamos un taxi. Durante el trayecto, Domingo me cogió de la mano, y lo miré. Estaba serena, no iba a dejar que nada de eso me afectara otra vez, no hasta el punto de encerrarme en mi casa como había hecho antes, y se lo demostré con una sonrisa, pero no de esas por compromiso, sino una genuina.

—Con esa sonrisa me dejas más tranquilo. Sé que estás dolida, y mucho, pero que no vas a dejar que te hundan —me dijo cuando bajamos en la puerta de mi casa.

—Por supuesto que no. Sabía que esto, tarde o temprano, iba a suceder, así que mejor que haya pasado ahora que dentro de unos meses. Lo que de verdad no esperaba era lo de Cristina, pero va a tener que pasar el dolor sola, porque yo no pienso estar ahí cuando venga a buscarme. Las oportunidades en el centro comercial, porque en mi vida ya se han terminado.

—Te propongo algo. Benito, mañana, va a comer con su hermano. Él y yo, digamos que no nos llevamos bien, así que yo no voy. ¿Qué te parece si nos vamos los dos al *Beach Club* que han inaugurado nuevo aquí cerca? —No sé por qué, pero la idea me atrajo.

—Me parece una idea estupenda, pero muy temprano no, por favor, que necesito dormir y descansar. ¿Quedamos a las dos de la tarde en la puerta? Así comemos antes de irnos hacia la zona de la piscina o de la playa.

—¡Sí! Y aprovechamos para ir mirando el viajecito que nos vamos a marcar este verano los tres.

—¿De qué viaje estás hablando, loco?

—Ay, es verdad, que no te hemos contado nada aún. Ayer, mi Beni y yo, estuvimos pensando en que te vinieras de viaje con nosotros, te vendrá bien desconectar unos días.

—Pues no te voy a decir que no, aunque vaya de sujetavelas. Cuando queráis tener intimidad, me lo decís, y yo me retiro discretamente, así como quien no quiere la cosa.

—Desde luego, que no eres más tonta porque no eres más grande, hija. —Este fue Benito, que se había mantenido en silencio mientras hablábamos.

Nos sentamos en uno de los bancos de la plaza frente a mi casa, ninguno tenía sueño y nos apetecía estar allí al fresco un rato, entre otras cosas porque no sabía cómo iba a subir hasta mi casa con lo mareada que estaba todavía.

Benito me estuvo contando el motivo por el que su hermano no se hablaba con su marido. Cuando se separaron, él le dijo a su familia que había sido por una infidelidad, sin aclarar quién la cometió, porque pensó que Domingo no lo perdonaría nunca. Al cabo de las semanas, cuando se sentaron a hablar del tema y su chico lo perdonó, planeando la boda, su familia se les echó encima.

—¿Y jamás dijiste que fue él quien te puso los cuernos? —le pregunté a Domingo, completamente sorprendida.

—Nunca, ni lo diré, y a él se lo tengo prohibido. Si han pensado eso de mí, es porque no me conocen, ni han querido conocerme realmente. Además, no hace falta manchar su imagen. Lo que pasó lo sabemos él y yo, al resto, no le importa.

—Así es mi marido, protegiéndome hasta la saciedad, anteponiendo, incluso, mi imagen a la suya.

—Y eso, es admirable —le contesté.

Con él estaba aprendiendo lo que era el verdadero amor, el sacrificio del uno por el otro, pero con la promesa de remar juntos en la misma dirección y por el bien común de la pareja. Yo quería algo así en mi vida, lo tenía claro.

# Capítulo 29



Pasado un rato, decidí que ya era hora de volver a mi casa, y me despedí de mis chicos, quedando en que nos veríamos a la una y media en la puerta del *Beach Club*.

Dije que no me iba a derrumbar, ¿verdad? Pues lo hice, pero no de forma desgarradora como en otras ocasiones; era como si necesitara liberar todo lo que llevaba dentro. Lloré, pero al amparo de mi cama, bajo la protección de una almohada que había presenciado los mejores momentos con Leo, pero también los peores, como este caso.

Cuando abrí los ojos, eran casi las doce del mediodía, así que me levanté, preparé un café y me senté a tomarlo en la terraza. Una vez que desayuné, con calma, ordené un poco la casa y me vestí. Elegí un bañador blanco y dorado, de un solo tirante, que me favorecía mucho, con transparencias en la zona del abdomen, dándole un toque atractivo. El dorado estaba en un aro que unía la parte del pecho con el tirante grueso. Lo combiné con un pantalón de croché, del mismo tono, y unas sandalias doradas de playa. Me recogí el cabello en un moño desenfadado y cogí mi cesta, en la que llevaba todo lo necesario para pasar el día relajada.

—¿Dónde vas tan guapa, hija? —me preguntó mi madre, que salía con Luca hacia la playa.

—¿Te vienes con nosotros a la playa, Carolina? —me dijo el niño, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—No cariño, he quedado con unos amigos. Otro día, ¿vale?

—Seguro que te vas con mi padre y los demás. Últimamente, no me lleva a ninguna parte —dijo el niño, casi llorando.

—Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me llevan a ningún sitio, pero no por eso voy a quedarme en casa. Hago lo mismo que tú, que me voy con otras personas, y disfruto del día —le decía a Luca, para que no se sintiera mal.

—Pues eso voy a hacer yo. Me voy con la abuela Manuela y mis amigos, y me lo voy a pasar pipa, como siempre —me respondió, muy seguro.

Cuando el niño entró de nuevo a la casa para recoger algo que había olvidado, mi madre me miró, muy seria, con una ceja levantada.

—¿Se puede saber qué está pasando? Os comportáis todos de una forma muy rara —me dijo, esperando mi respuesta.

—Nada, mamá, que hay traiciones difíciles de perdonar, pero lo haré, claro que sí.

—¿Otra vez, Leo? Hija, ese vaivén que os traéis no puede ser bueno. Deberíais dejar las cosas claras entre vosotros.

—Las cosas ya están, no claras, sino cristalinas. Pero luego te cuento, que regresa el niño y no quiero que lo escuche. ¿A qué hora viene su padre por él?

—Me llamó esta mañana, me lo deja todo el fin de semana. Según me dijo, tenía asuntos que atender, y como sabe que conmigo está bien…

—Ya, esos asuntos se llaman Anita y tiene piernas largas. En fin, mejor me callo, que no quiero irme alterada por un asunto que ni me va ni me viene.

Le di un beso a mi madre, otro a Luca, y seguí bajando las escaleras hasta llegar a la calle. El calor que hacía era asfixiante, así que me pasaría todo el día entre la piscina y la playa privada del club. Llegué hasta allí dando un paseo, y ya estaba mi amigo esperando en la puerta, a pesar de que todavía faltaban diez minutos para la hora en la que habíamos quedado.

—¡Y por fin llegas! Me estaba derritiendo aquí, esperándote —exclamó, de manera tan teatral, que me sacó una carcajada.

—¡Cómo te gusta el drama, por favor! Si todavía faltan diez minutos para que sean la una y media, chiquillo.

—Sabes que siempre me gusta llegar antes, prefiero esperar a que me esperen.

—Pues haberte puesto en la sombrita, hijo.

Entre risas, entramos al club, pagando la entrada diaria, que costaba treinta euros, y te permitía disfrutar de todas las instalaciones durante doce horas. La verdad es que, para todo lo que ofrecían, el precio era simbólico.

—Mira esas dos hamacas allí, perfectas para que nos acomodemos tú y yo —me dijo, señalando una zona muy próxima a la piscina.

—Pues vamos, antes de que nos las quiten.

No había mucha gente aún, y es que allí, los socios empezaban a llegar sobre las tres de la tarde, para comer y pasar el resto del día, alternando la piscina con la playa. Personalmente, prefería la piscina, por muy mona que fuera la playa que habían diseñado.

Nos acomodamos en esas hamacas que Domingo había visto, y tras aplicarnos la crema protectora, nos fuimos al interior de la piscina, donde había una barra, en la que pedimos dos cócteles sin alcohol mientras disfrutábamos de la buena música.

—¿Cómo estás? Y no me digas que bien porque no es verdad —me preguntó Domingo.

—No tan bien como quisiera, pero tampoco tan mal como otros desearían verme.

—Esa es la actitud, sí, señora.

—Ha sido un palo detrás de otro, Domingo, pero no pienso caer, o al menos, no quedarme en el suelo.

—Lo sé, cariño. Si lo de Leo te ha dolido, que sabiendo cómo eres seguro que sí, lo de Cristina ya, no tiene perdón.

—Es lo que no entiendo, te lo prometo. Jamás le exigiría que dejara a su pareja de lado, ni mucho menos, pero me podía haber avisado. Era tan sencillo como enviarme un mensaje que me dijera lo que pasaba.

—Yo creo, y es una idea que me ronda desde anoche, que debe haber algo más detrás de su comportamiento.

—Por supuesto que lo hay, mucho egoísmo. Y ya, las palabras de la otra terminaron de matarme, te lo juro.

—Pues sí, encima justificando lo que iba a hacer el otro. Si no está a gusto o necesita algo más, que lo diga o que lo deje, así de simple.

Seguimos en la misma postura un rato más, hasta que decidimos salir para secarnos un poco e ir al restaurante a comer, donde habíamos reservado una

mesa antes de entrar, y ya se acercaba la hora. de la reserva.

—No te vuelvas, pero acaban de llegar los seis —me dijo mi amigo.

—¿En serio? Y su hijo llorando porque dice que su padre no lo lleva a ningún sitio ni le hace caso. Si llego a saber que venía aquí, me habría traído al niño.

—¿Lo ha vuelto a dejar con tu madre?

—Todo el fin de semana. Según le ha dicho, tenía asuntos que atender y no iba a poder estar pendiente del niño…

—Y hablaba él de su madre. La única diferencia que hay entre los dos, es que ella lo dejaba sin supervisión y él lo deja atendido, porque están actuando los dos de la misma manera.

—Justo eso pienso yo. Anda, vamos a comer, que tengo un hambre terrible.

El encargado de sala nos condujo hasta nuestra mesa, y tuvimos que pasar por un lateral de la mesa en la que estaban todos sentados. Mientras los demás disfrutaban, Cristina tenía los ojos llorosos, y me miraba con tristeza, como si quisiera explicarse y no pudiera, pero no iba a caer otra vez en esa trampa; se acabó tener compasión por quienes no la tuvieron conmigo.

Estábamos a punto de sentarnos, cuando apareció Benito, con su hermano y cuñada, y traía una sonrisa en los labios. Domingo se quedó helado cuando su cuñado se acercó a él, visiblemente arrepentido.

—Buenas tardes. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte nada, pero tengo que hacerlo. Tengo que pedirte disculpas por todo lo que has tenido que aguantar durante estos años, nuestros desprecios, nuestras malas palabras… —le decía Javier, que así se llamaba su cuñado.

—Javi, yo no tengo nada que perdonar. Si lo aguanté, fue por mi marido, no quería que tuviera que lidiar con eso, él no es tan fuerte como yo, y se habría roto. Al fin y al cabo, vosotros sois su familia, mientras que a mí no me unía nada. Sabiéndolo él y yo, lo que pensaran los demás, nunca me importó —le respondió él, dejándolo desconcertado.

—Por ese motivo, por querer proteger a mi hermano, a pesar de que fuera tu imagen la que se estuviera pisoteando, te tengo que querer más. ¿Me das un abrazo?

Domingo miró a Benito sorprendido, pero se levantó para abrazarlo, y a su mujer también. Javier y Benito no se parecían en nada, ni física, ni emocionalmente, eran como el día y la noche. Me atrevería a decir, incluso, que parecía más hermano de su cuñado que de él.

En cierto momento, y tras reírnos mucho con las salidas de Domingo, que decía que hoy iba a comprar un cupón porque era su día de suerte, tuve que levantarme para ir al baño, pues las tres cervezas que me había tomado estaban haciendo de las suyas.

—Voy al baño, vuelvo enseguida —les dije, levantándome para marcharme.

—No tardes, que nos vamos a mover a la piscina, que me muero por darme un baño —me dijo Benito, que el pobre estaba empapado de sudor.

—Si queréis, esperadme allí, ya la cuenta está pagada —les dije, y es que me apetecía muchísimo invitarlos a comer, y había pagado cuando trajeron los postres, en un descuido de ellos.

Entré en uno de los cubículos, llegué a lo justo, por lo que no presté atención a si había más gente dentro del baño, pero, en un momento determinado, escuché unas voces conocidas, por lo que permanecí dentro, escuchando lo que decían.

—Tenemos que decírselo, estoy segura de que el mensaje con la foto que recibí, lo mandó ella. No es justo que piense lo que no es —decía Cristina, en un tono que era una mezcla de dolor y enojo.

—Ya te hemos dicho que no, que ella no tiene por qué saber nada de lo que está pasando. Tú tienes claro el porqué de la actitud de Alejandro, ¿no? Pues que cada uno piense lo que quiera —le contestó María, bastante enfadada.

—Joder, demasiado mal lo tiene que estar pasando, viendo a Leo en brazos de otra, como para que también tenga que lidiar con lo nuestro. No me parece justo para ella.

—Lo de Leo, tiene una explicación, y lo nuestro también, que ya se enterará en su momento. Además, que entre ellos no hay nada, así que él puede acostarse con quien quiera. Eso debería tenerlo claro.

—Cada vez eres más fría, María. Pues yo pienso ir a su casa a explicarle todo, y no voy a esperar a que sea tarde.

—Ni se te ocurra, vamos. O acabarás perdiendo a Alejandro, así que tú decides, si quieres perder a tu chico o a ella, no hay más vueltas de hoja.

Salieron del baño discutiendo, mientras yo no era capaz de moverme de donde estaba sentada escuchándolas. Todo me parecía cada vez más confuso, así que decidí olvidar esa conversación y salir a disfrutar del día. No quería ni necesitaba explicaciones de nadie, me había quedado claro con las palabras de María.

Al llegar a la piscina, me encontré con una sorpresa que no me esperaba, como es lógico, al ser sorpresa, pero que me encantó y pensaba disfrutar.

# Capítulo 30



—¡Pero bueno, que sorpresa! —dije al acercarme, encontrándome con Mario González, que estaba con los chicos.

—Dios mío, si verte vestida es un placer, contemplarte en bañador es toda una delicia —me halagó, mientras pasaba un brazo por mis hombros para darme un beso en la mejilla.

—Mario, Mario, no despliegues tus artes de seductor conmigo, que no te van a servir de nada —le dije, sonriendo.

Nos pedimos un *gin-tonic* cada uno, y nos mantuvimos en la barra durante un buen rato. El hermano y la cuñada de Benito ya se habían marchado, lo hicieron después de comer, alegando que habían dejado a los niños a cargo de la vecina, y que no querían incomodar a la mujer por más tiempo.

Desde lejos, veía cómo Leo apretaba la mandíbula ante las constantes muestras de afecto que me brindaba Mario, quien no paraba de darme besos en la mejilla y de abrazarme por detrás.

—¿Por qué no te das una oportunidad con Mario? Se ve que está loquito por tus huesos —me dijo Benito, aprovechando que los otros dos habían ido a por otra copa.

—Porque necesito estar un tiempo sola, sanar mi corazón.

—Lo mismo, él puede ayudarte con eso, piénsatelo.

Nos callamos porque ya estaban cerca y podían escucharnos. Lo cierto era que lo que sugería Benito, en el fondo, no era tan descabellado. Si él me había sustituido tan deprisa, incluso desatendiendo a su hijo, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

No es que pensara casarme con Mario pasado mañana, simplemente podría pasar un buen rato, dejarme cuidar y querer, que no era nada malo.

—¿En qué piensa esta cabecita loca? —me preguntó Mario, susurrando al oído, haciéndome estremecer.

—Precisamente en eso, en que debo de estar loca por plantearme lo que estaba pensando.

—¿Tiene algo que ver conmigo?

—Sí, y no. A ver si me explico. Acabo de terminar con… no sé siquiera como llamarlo, pero digamos que era una «no relación» con alguien que ha estado presente en mi mente toda la vida.

—Ya sé que estabas con Leo Camacho. Lo conozco desde la universidad, así que no hace falta que me cuentes cómo es.

—Pero no es solo lo evidente, es todo lo que llevamos detrás, por mucho que él lo niegue…

Le expliqué lo que habíamos vivido desde nuestra adolescencia, lo que él negaba hasta la saciedad y la huella tan fuerte que había dejado en mí, dejándolo totalmente sorprendido.

No sabía por qué se lo había contado, solo sentí la necesidad de que se pusiera en mi lugar, que entendiera cómo me sentía respecto a Leo y lo herido que tenía el corazón en ese instante.

En ningún momento hablé del niño ni de su madre; eso no me correspondía, solo le hablé de mí, de nosotros, como pareja o lo que fuéramos.

—No sé qué pasa por su cabeza, pero como siga apretando la mandíbula, va a acabar por romperse un diente —dijo, mirando hacia donde estaba Leo.

—Pues será que tiene el estómago revuelto y no quiere dejar sola a su chica, porque por mí no creo que sea —contesté, y soltó una carcajada tan fuerte que todos se volvieron a mirarnos.

—En serio, Carol, eres única e irrepetible. Déjame que te invite a cenar esta noche, por favor —me pidió, con una mirada suplicante.

—Sé que puede parecer una locura, pero me voy a tirar a la piscina. Acepto esa invitación.

Me rodeó por la cintura, levantándome en brazos, y empezó a girar conmigo, mientras no podía dejar de reír. Al bajarme, dejó un leve beso en mis labios, que respondí con una sonrisa.

—No veas la cara que acaba de poner Leo. —Vino Domingo a decirnos.

—Otro beso más, y a ese le da un infarto —contestó Domingo, entre risas.

—Pues entonces, que le den por saco —dijo Mario, enmarcando mi rostro con sus manos y besándome de nuevo.

Ese beso no fue como el anterior, fue más profundo, aunque igual de dulce. ¿Qué sentí con ese beso? Pues no os lo puedo explicar con palabras. No sentí lo mismo que con Leo, es evidente, porque con él todo era pasión. Cada beso que nos dábamos nos consumía, era rabia, deseo, sin embargo, el que me dio Mario fue tierno, lo sentí como una muestra de protección, y eso me reconfortó por dentro.

Ni dos minutos habían pasado desde aquel beso cuando Leo y su grupo se alejaron de donde estábamos, dirigiéndose a la playa privada. Me habrían bastado unas simples palabras para arruinarle el momento, yendo hasta ellos, pero no necesitaba eso, solo quería que me dejara avanzar y que fuera feliz.

—¿Te ha molestado el beso de antes? —me preguntó Mario, una vez dentro de la piscina, posando sus manos en mi cintura.

—¿Has notado que me haya molestado? —le contesté, y esta vez fui yo la que lo besé.

¿Por qué lo hice? No lo sé, pero me apetecía. Sus labios eran carnosos y rosados, un pecado irresistible para cualquier mujer, y yo no iba a ser la excepción, caí en su tentación.

Esta vez fue más apasionado, más intenso, quizás porque fui yo quien tomó la iniciativa, y Mario vio la oportunidad de mostrarme lo que le provocaba, ya que pude notar cómo su cuerpo reaccionaba bajo el bañador.

—Para, si no quieres que nos detengan por escándalo público —me dijo, una vez nos separamos.

—Yo no estoy mucho mejor que tú, si te sirve de consuelo —le dije, alejándome un poco.

—Joder, hacía años que no me ponía así con un simple beso —decía sin parar de mirarme a los ojos.

—Creo que voy a ir al baño, y no es ninguna invitación, que lo sepas. —Le dejé claro, mientras que él soltaba una carcajada.

Salí de la piscina, me sequé un poco para ponerme las zapatillas, y me fui al baño. Al entrar, me di de frente con Cristina y María, que me miraban mal.

—Te ha faltado tiempo para correr a los brazos de otro —me soltó Cristina, molesta.

—Qué pasa, ¿ahora tengo que guardar luto por alguien que no lo ha hecho por mí? Manda narices, que seas precisamente tú la que me digas eso.

—Tanto amor que decía sentir, y anda besándose al día siguiente. —Esta vez fue María quien me lo reprochó.

—Por lo menos yo esperé al día siguiente, pero él, él me juraba amor eterno por la mañana y por la tarde, ya estaba entre las piernas de otra. Además, yo no tengo ninguna obligación, mientras él deja a su hijo en manos ajenas para atender «sus asuntos». —Entrecomillé con los dedos, segura de que sabían a qué me refería.

—No tienes ni puta idea de nada, y te vas a dar contra un muro, que lo sepas —me contestó Cristina, a punto de llorar.

—De lo único que estoy segura es de que ese niño esta mañana lloraba diciendo que su padre ya no le prestaba atención ni lo llevaba a ningún sitio. Debería poner en orden sus prioridades, y que Luca fuera la primera. Pero como bien dijiste, no tengo ni idea, y no voy a meterme en algo que no me incumbe.

—¿Ahora tampoco te importa el niño? Creo que has cambiado mucho en estos días —me decía María, irónicamente.

—Si el niño no me importara, no estaría diciéndote esto, porque tengo claro que ahora mismo, en cuanto llegues a su lado, se lo contarás todo, pero me da igual. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Entré en uno de los cubículos y, al salir, ya no estaban. El que sí me esperaba fuera era Leo, que me miraba con odio, como si yo fuera la que lo había traicionado.

—Espera un momento, no tan deprisa —me dijo, enfadado, sujetándome del brazo.

—No tengo nada que hablar contigo, suéltame.

—Claro que sí tenemos que hablar. Te pediría que, si vas a decir algo sobre mi hijo, lo hagas directamente conmigo.

—¿Ahora te acuerdas de que tienes un hijo?

—Siempre me acuerdo de mi hijo, por eso creo que lo más conveniente es que no esté conmigo en estos momentos.

—Claro, porque puede ver como Alejandro y tú os lo montáis con tu amiguita, y eso deber ser un trauma para el niño.

—No sabes de lo que hablas, y vas a terminar arrepintiéndote. Cuando vengas a buscarme, ya será demasiado tarde.

—¿Que yo voy a ir a buscarte? Sigue soñando, chaval. Y cambia de camello, el que tienes ahora te la está dando adulterada —le contesté, marchándome de allí, y dejándole claro con esas palabras que lo que había dicho no pasaría en la vida.

Al llegar hasta donde estaban mis amigos, y notando el cambio de humor y de cara que yo llevaba, se acercaron a mí de inmediato, el primero Mario.

—¿Qué te pasa, Carol? Vienes como si acabaras de ver un fantasma —me preguntó, preocupado.

—No es nada, solo un indeseable que me he encontrado y con el que he tenido unas palabritas.

—¿Te ha molestado Leo? —me preguntó Domingo, mientras Mario y Benito esperaban mi respuesta.

Les conté lo que había pasado en el baño, primero con Cristina y María, y luego con Leo, lo que me había dicho y cómo me había afectado.

—¿Quieres que vaya a hablar con él? No me importaría decirle cuatro cosas bien dichas.

—¿Para qué? Sería darle más importancia de la que tiene, y eso no lo voy a consentir.

—Está bien, pero si lo necesitas, por mí no hay ningún problema.

Empecé a vestirme, no quería quedarme más allí, tenerlo cerca no me hacía bien. No habíamos revisado lo del viaje, así que se lo propuse a Domingo, ir a algún sitio donde pudiéramos mirarlo con calma.

—¿Un viaje? Yo me apunto, si me lo permitís, por supuesto —dijo Mario, mirándome directamente a mí.

—Estaríamos encantados de que te vinieras —dijo Domingo, con una sonrisa pícara en los labios—. Ver ese cuerpo a diario, es un sueño hecho realidad.

—Sigue así, y verás que duermes en el sofá esta noche —le contestó Benito, aparentando un enfado que no sentía, porque sabía que su marido era así.

—Anda ya, tonto, si sabes que eres mi osito favorito —habló, poniendo ojitos, y sacándonos una risa a todos.

—Vayamos a mi casa, allí podremos estar tranquilos y tendremos todo a la mano para mirar los viajes —dijo Mario.

Nos levantamos y nos preparamos para irnos, cruzándonos con Leo y esa mujer, mientras él me miraba con rabia, ella lo hacía con suficiencia, sabiendo que había ganado esta batalla. Lo cierto es que su rostro me resultaba familiar, pero no lograba ubicarla, y tampoco iba a esforzarme en ello.

Llegamos a casa de Mario en su coche. No vivía en la ciudad, sino en otra cercana, que estaba a menos de diez minutos en coche, en una preciosa finca con piscina en la parte trasera. No tenía mucho terreno, pero sí el suficiente para que tuviera todo lo indispensable en él.

# Capítulo 31



La casa era preciosa, distribuida entre la planta baja y un primer piso. No era de concepto abierto, pero, aun así, transmitía sensación de amplitud. En la planta baja se encontraban el salón, la cocina y un aseo, y desde el salón se accedía a un porche trasero, descubierto, con vistas a la piscina y la barbacoa. En la planta superior, se ubicaban los dormitorios y los baños, uno de ellos en la habitación principal, además de un vestidor y un despacho. No era nada ostentosa, pero estaba decorada con gusto y una elegancia que llamaban la atención.

—Subo a buscar el portátil y bajo en un minuto. Poneos cómodos y usad la piscina si os apetece, estáis en vuestra casa —dijo Mario, mientras nos dejaba a los tres en el porche.

—Ya quisiéramos nosotros que fuera nuestra casa. En la mía, si tienes calor, lo máximo que puedes hacer es echarte agua con la ducha, como mucho, ponerte en el balcón y coger la manguera con la que se riegan las plantas —respondió Domingo, haciendo que estalláramos en carcajadas.

No podía sacarme de la cabeza lo que me había dicho Leo en el pasillo, eso de que cuando fuera a buscarlo sería tarde. ¿Cómo se podía ser tan engreído? Sumida en esos pensamientos estaba cuando bajó Mario con el portátil, así que los dejé a un lado y me centré en ese viaje que me apetecía tanto hacer.

—A mí me encantaría visitar Petra, Jordania… pero esa zona, en estos momentos, tiene muchos conflictos, así que prefiero algo más cerquita —dije, mientras Mario encendía el ordenador.

—Eso mismo, ir ahora a algunos de estos lugares es no saber lo que te puedes encontrar. ¿Qué os parece si miramos algo por el Caribe? —nos preguntó, y la verdad es que, a mí, me daba exactamente lo mismo.

—Yo prefiero el norte de Europa, es algo que siempre me ha llamado la atención, pero si todos decidís ir al Caribe, por mí no hay problema —le contestó Domingo.

—Vamos a mirar todas las ofertas que hay, y entre todos decidimos —les dije, y les pareció bien.

Más de una hora estuvimos navegando por varias webs de viajes, y al final, nos decantamos por irnos a Argentina. Nos atrajo mucho la zona de Buenos Aires, y todos estuvimos de acuerdo. Sería un viaje de nueve días y ocho noches en el que conoceríamos lo más importante del país.

El único inconveniente era que estábamos a sábado y el viaje comenzaba el martes, por lo que tendríamos que preparar todo a marchas forzadas. El

lunes por la noche tendríamos que estar en Madrid, porque el vuelo salía a primera hora de la mañana del día siguiente.

—Pasad la noche aquí, mañana por la mañana os llevo de vuelta a casa para preparar las maletas y, el lunes temprano, ponemos rumbo a Madrid, ya he reservado hotel allí, cerquita del aeropuerto, para que no tengamos que enfrentarnos al tráfico de la ciudad de camino a coger el vuelo —dijo Mario, y todos estuvimos de acuerdo.

—Menos mal que ya no tenemos que trabajar, porque perder esta oportunidad sería una verdadera lástima —comentó Benito.

Era cierto, porque esta oferta que habíamos cogido, con tan poco tiempo y en agosto, ya no la volveríamos a encontrar. Estábamos contentos, sobre todo yo, que no me esperaba pasar mis vacaciones de esta manera.

Nos lanzamos directamente al agua, donde Mario no dejaba de demostrarme su cariño, en forma de besos y caricias. En un momento de la tarde–noche, me acordé de que mi madre podría preocuparse si no me veía llegar, por lo que le envié un mensaje.

**Carolina:** *Mamá, esta noche no dormiré en casa. Estamos en casa de un amigo, planeando un viaje y pasaremos la noche aquí. Mañana te cuento, un beso.*

No me dio tiempo de soltar el teléfono, cuando tenía el mensaje de vuelta. Al parecer, mi madre tenía el móvil en la mano en el momento en el que se

lo envié, porque ella no era de contestar al instante, sino pasado un buen rato.

**Mamá:** *No te preocupes, cariño. Pásalo bien. Yo estoy esperando a que venga Leo a recoger a Luca, que se ha pasado todo el día llorando, que se quería ir con su padre. Al final, no he tenido más remedio que llamarlo, o este niño acabará enfermo. Mañana hablamos, otro beso para ti.*

Eso que me había dicho mi madre me puso de muy mal humor. Ya le había dicho yo que estuvo llorando, y ni por eso fue capaz de cambiar a esa mujer por el niño; había tenido que llamarlo mi madre. Estaba segura de que le habría molestado esa llamada, porque estaban planeando pasar esa noche y el día siguiente en el campo, y la presencia del niño lo incomodaría en lo que tuviera pensado hacer.

—¿Algo va mal? —me preguntó Mario, acercándose a mí.

—Nada nuevo, más de lo mismo, no te preocupes. —Para nada le iba a contar lo del niño, eso no me competía a mí.

—Vamos a pedir la cena, hemos decidido que sea *pizza*, espero que te guste.

—A mí me gusta todo, no hay problemas —le contesté con una sonrisa, esa que él me quitó con un beso.

Me debatía entre dormir con él o hacerlo sola. No quería acostarme con Mario a las primeras de cambio, pero tampoco quería renunciar a estar entre

sus brazos durante toda la noche, y eso me estaba dando vueltas en la cabeza.

—No pienses más, entre tú y yo no pasará nada que no quieras —me dijo, en un susurro en el oído.

—Ese es el problema, que no sé qué quiero que pase.

—Tú marcarás el ritmo, si quieres que, de momento, solo haya esto entre los dos, esto tendrás. Si, por el contrario, quieres dar un paso más, eso haremos. Yo no tengo prisa ninguna, estaré esperándote el tiempo que sea necesario.

Eso me tranquilizaba de una forma que no podía describir, porque dejaba en mis manos todo lo que se refería a nosotros.

—De momento, quiero dormir entre tus brazos, no sé si podré dejarlo ahí o no, espero que no me tomes por loca —le dije, abrazando su cintura fuertemente.

—Sí, considero que estás loca, pero eres mi loca favorita —me dijo sin poder parar de reír.

Nos sentamos todos a cenar en la mesa del porche, donde habíamos puesto las *pizzas* que acababan de llegar, junto con un cuenco de patatas chips y otro de olivas, así como varios botellines de cerveza. La cena fue un devenir de risas y anécdotas, y permanecimos hasta bien entrada la noche, terminando con una copa antes de irnos a la cama.

Al entrar en el dormitorio de Mario, algo en mí se removió, no sabía decir el qué, pero en ese momento decidí que no me quería quedar con las ganas, que necesitaba sentirlo en mi interior.

No se lo dije con palabras, sino que lo dejé entrar en la ducha, y cuando sentí que el agua estaba cayendo, me desnudé y entré con él. Su cara, en el momento en que fue consciente de lo que había hecho, se iluminó con una sonrisa.

—No quiero que pase aquí, no la primera vez que estemos juntos, por muy excitante que me resulte —me dijo, mientras que me tomaba de la mano para acercarme a él.

—Quiero que me hagas tuya, me da igual el lugar.

En ese momento, me dio un beso en los labios, profundo, que anticipaba todo lo que estaba por venir. Me enjabonó con mimo, sin prisas, y cuando llegó a mi sexo, se entretuvo más de la cuenta, dedicándose a darme placer, hasta que llegué al orgasmo.

Nos enjuagamos, nos secamos con tranquilidad, sin dejar de mirarnos a los ojos y de besarnos, hasta que llegamos a la cama, donde me tumbó con delicadeza. Empezó besando mi cara, mi cuello, hasta que llegó a mis pechos, donde se deleitó con ellos, lamiendo, mordiendo y succionando, poniéndome a mil por hora.

Me llegó un orgasmo que me tomó por sorpresa, y que grité como si estuviéramos solos; me daba igual que mis compañeros estuvieran en la otra habitación. Eso no me había pasado en la vida, ¿correrme sin tocar mi sexo? Nunca, y os juro que fue la experiencia más placentera que pude tener.

Siguió bajando, dejando besos por todo mi abdomen, y cuando llegó a mi sexo, lo devoró, pero no de la manera a la que me tenía acostumbrada Leo, sino que lo hizo de forma precisa y pausada, como si fuera lo único que tenía que hacer a lo largo de su vida. Sé que las comparaciones son odiosas, pero es inevitable comparar a uno con otro cuando hacía tan poco tiempo que estuve en los brazos de mi ex, si es que se le puede llamar así.

Después de que tuviera otro orgasmo brutal, me penetró, y todo lo dulce que había sido anteriormente, lo convirtió en algo pasional, que me hacía gritar con cada embestida, que me producía calambres de placer que iban desde mi columna hasta el dedo gordo del pie. Mirándome a los ojos y sin parar de besarnos, ambos alcanzamos el clímax.

—Sé que es muy difícil que borre las huellas que Leo Camacho dejó en ti, pero quiero que sepas que me voy a dejar la piel hasta conseguirlo —me dijo, dejando un breve beso en mis labios mientras se levantaba para ir al baño.

—Ojalá lo consigas —dije muy bajito, más para mí que para él, que pareció que no se había enterado.

Se deshizo del preservativo, haciéndole un nudo y tirándolo a la papelera, para luego volver a la cama con una toalla húmeda, con la que me limpió de

arriba abajo mi sexo, dejándola en el suelo, al lado de la cama.

—Ven aquí —me dijo, abrazándome y dejando que posara mi cabeza encima de su pecho.

—Gracias.

—¿Qué me estás agradeciendo? Porque no encuentro nada por lo que tengas que decir esa palabra.

—Por hacerme sentir viva, valiosa y querida.

—Todo lo que eres, ni más ni menos, y quien no lo sepa ver, es que verdaderamente es gilipollas.

Esa fue la última frase que me dijo, antes de que cayéramos sumidos en un sueño profundo. A pesar de que con Mario me había sentido en el séptimo cielo, Leo no terminaba de escapar de mi cabeza, mucho menos de mi corazón, por lo que soñé con él.

—No te vayas, no me dejes, por favor —repetía en sueños, hasta que Mario me despertó.

—Eh, tranquila, tan solo ha sido una pesadilla —me susurraba, dejando un beso en la cabeza.

—No sé si ha sido bueno acostarme contigo, Mario. No para mí, que ha sido genial, sino para ti. No es justo por mi parte hacerte tener ilusiones cuando en mi cabeza sigue habitando Leo —le dije, en un arranque de sinceridad.

—¿Crees que no lo sé? Y me duele, no te voy a decir que no. Si hubiera estado mi expediente primero que el suyo, no habría tenido ninguna oportunidad, porque habría hecho todo lo posible por conquistarte.

—Me parece que voy a pedir un taxi y me voy a marchar a casa.

—No lo permitiré. Si te quedas más tranquila, te admito que diga que lo que hemos tenido ha sido un error, pero no te marches de mi lado, no ahora en este estado. Queda poco para que se haga de día, y entonces, te llevaré a casa. Si quieres plantearte lo del viaje, también estoy dispuesto a quedarme en tierra.

—Para nada, lo que sí te voy a pedir es que volvamos a ser lo que éramos antes de esta noche, solo un par de amigos que quedan juntos para cenar o para bailar.

—Hecho, no te preocupes más, y duerme un rato.

# Capítulo 32



Había amanecido, hacía ya un buen rato, a juzgar por cómo entraba el sol por la ventana en esos instantes. Me encontraba sola en la cama, así que me levanté, me di una ducha y me puse la ropa con la que había venido el día anterior, que estaba limpia y doblada sobre una de las sillas del dormitorio. Una vez que estuve lista, bajé hasta el porche, que era donde se escuchaban las voces de mis amigos.

—Hombre, menos mal que ya se ha despertado la bella durmiente —dijo Domingo, sonriendo.

—¿Por qué no me has despertado cuando habéis bajado todos? —pregunté, a todos en general, pero mirando a Mario.

—Estabas tan a gusto, que pensé: déjala descansar, lo necesita.

—Con la nochecita toledana que habéis tenido, yo estaría durmiendo hasta pasado mañana —dijo Domingo, pero por la mirada que le eché, supo que tenía que callar.

—Anda, desayuna que nos vamos.

—No, prefiero desayunar en casa, tengo que hablar con mi madre y no quiero que se vaya a la playa antes de que yo llegue —le dije, aunque ya le había enviado a mi madre un mensaje, para que me esperara, en cuanto me levanté.

Cogí mi bolso, comprobé que no olvidaba nada, y emprendimos camino hacia mi casa. Estaba bajando del coche, cuando una vocecita se oyó detrás de mí. Dio la casualidad de que habíamos dejado a Domingo y a Benito unos minutos antes, así que iba sola en el coche con Mario.

—¡Carol! —exclamó Luca, en cuanto me vio bajar del coche.

—Hola, mi amor. ¿Otra vez te quedas con la abuela Manuela? —le pregunté, para que su padre se diera cuenta de mi malestar.

—Nos vemos, preciosa, el lunes paso a recogerte sobre las doce —me dijo Mario, dándome un beso en la mejilla.

—Ten cuidado en la carretera —le contesté.

Cuando quise darme cuenta, Leo ya había entrado en el portal con Luca; pensaría que me iba a dar el beso del siglo con Mario delante del niño, había que ser muy descarado.

—Vienes con la misma ropa de ayer, veo que has pasado la noche con Mario González —me recriminó en cuanto puse un pie en el portal.

—Con quien haya pasado yo la noche o el día, no es asunto tuyo, ya me lo dejaste bien claro con tus acciones y actitud.

—Solo te digo que te vas a arrepentir, y quizás ya es tarde para que te perdone.

—¿Puedes tener más cara? ¿Encima vas a tener tú que perdonarme a mí? Esto es lo último que me faltaba.

—¿Más cara yo? A lo mejor eres tú, que no has reflexionado en nada.

—Y lo dices tú, que en el primero que no piensas es en tu hijo. Otra vez lo dejas aquí, sin importarte que llore por su padre —le dije, bastante molesta, y sin comprender nada, por otro lado.

—Mi hijo no es asunto tuyo, así que no tienes que meterte en dónde ni con quién lo dejo. Si te molesta que sea tu madre quien lo cuide, háblalo con ella, porque no pienso prescindir de ella porque a la señorita le dé por ahí.

—Eres un idiota integral, con mi madre es con quien mejor puede estar, eso no es lo que me molesta. Lo que me fastidia es que me eches en cara cosas que tú hiciste antes, eso sí que me saca de quicio.

Estuvimos un rato discutiendo, con la tranquilidad de saber que el niño no estaba delante, por lo que no lo iba a presenciar. Era como en los viejos tiempos, en los que ninguno quería quedar por debajo, pero llegó un momento en que, en mitad de la discusión, me besó.

Al principio no supe cómo reaccionar, pero en cuanto lo hice, me aparté y le di una bofetada.

—Nunca más vuelvas a acercarte a mí de esa manera, no voy a comerme las babas de nadie —le dije, bastante cabreada.

—A mí no me ha importado comerme las de Mario, siempre que vengan de tu boca.

—Te estás equivocando conmigo, no soy de ese tipo de mujeres con las que acostumbras a alternar.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué haces con un tipo como Mario? Porque no sé si te ha contado que nos conocemos.

—Sí, me lo dijo, os conocisteis en la universidad —le respondí, y él soltó una carcajada de lo más sarcástica.

—¿De la universidad? Qué poca vergüenza tiene ese tío. ¿No te dijo que la noche anterior estuvo conmigo y con Anita en la cama?

—Estás mintiendo, me lo dices para hacerme daño.

—Te lo digo porque es verdad, no quiero que te enamores de él, como lo hiciste de mí, y que luego te des cuenta de la clase de persona que es.

—Eres un cabrón. Desaparece de mi vida de una maldita vez —le grité mientras subía las escaleras de mi casa.

No lo escuché decir nada más, tan solo abrir el portal y salir, a quien sí escuché fue a mi madre, que me esperaba en el rellano.

—Sube a tu casa, en diez minutos estaré allí —me dijo, y por su tono de voz supe que quería hablar conmigo en serio.

Me dio tiempo de llegar a casa, darme otra ducha, a ver si me calmaba un poco, y cambiarme de ropa. Iba a empezar a hacer la maleta, pero me detuve. Algo me decía que debía tomarme las cosas con calma, y decidí hacerle caso a mi sexto sentido.

—Ya estoy aquí, y me vas a escuchar sin decir una sola palabra —me dijo mi madre.

—Está bien, pero no te alargues que tengo cosas que hacer —le dije, y no entendí por qué le hablé en ese tono.

—Mira, Carol, sé que eres una mujer adulta, pero debes centrar tu vida, no puedes ir de cama en cama por despecho, porque eso es lo que has estado haciendo.

—No he ido de cama en cama, mamá, eso no es cierto, tan solo me he acostado una vez con otro chico.

—Que, casualmente, has conocido en el trabajo.

—Eso no tiene nada que ver.

—Tiene todo que ver. ¿Quién te dice que no te está utilizando para sacar un beneficio?

—¿Como hizo Leo, quieres decir?

—Deja a Leo fuera de esta conversación, estamos hablando de ti. Y ahora, deja que te dé un consejo: no hagas ese viaje, vete a otro lugar, completamente sola, y encuéntrate a ti misma, decide qué hacer con tu vida sin interferencias y sin que nadie te diga lo que debes o no hacer.

Me quedé reflexionando sobre lo que me había dicho mi madre, y tenía razón. Aunque me encantaría hacer ese viaje con mis compañeros y con Mario, no era el momento. Mi vida estaba sin rumbo, y era hora de tomar el control.

**Carolina:** *Chicos, me vais a perdonar, pero no puedo hacer ese viaje. Entiendo que el dinero de la reserva está perdido, y no lo quiero, pero me veo obligada a renunciar a este viaje.*

Eso fue lo que puse en el grupo que habíamos creado para estar comunicados los cuatro, sobre todo por el tema del viaje.

**Mario:** *Espero que no tenga nada que ver con que Leo estuviera en la puerta de tu casa, sería renunciar a algo por una persona que no se lo merece.*

**Benito:** *¿Todos bien en casa? ¿Algún problema de salud?*

**Carolina:** *Ni tiene que ver con Leo, ni hay ningún problema de salud, afortunadamente. Gracias Benito, por haber sido la única persona que ha hecho una pregunta cabal. Se trata de mí, de que quiero hacer las cosas bien, por una vez. Pasadlo genial y nos vemos a la vuelta.*

Me salí del grupo, ya no tenía sentido seguir ahí, y lo borré. Me senté con el portátil para ver adónde podía ir de manera inmediata. No quería salir del país, porque una mujer sola fuera de España, con cómo está la situación, podría ser blanco de muchas cosas, y yo era muy miedosa para eso, lo admito.

En un momento dado, encontré una casita en un pueblecito del norte. Me vendría bien cambiar de aires, y allí, en esa zona, haría fresco, o al menos eso esperaba. No era muy cara, así que, en vez de una semana, la alquilé por tres, de modo que me marcharía mañana y volvería pocos días antes de reincorporarme al trabajo.

Sin pensarlo, compré también los billetes de avión, porque no pensaba ir hasta allí en coche, mi Manolito no estaba para esos trotes. Por mucha pena

que me diera, veía que tendría que jubilarlo pronto y comprar otro, pero eso lo vería al volver.

Con todo preparado, bajé a casa de mis padres, donde estaban los tres, aún no se habían marchado a la playa, dispuesta a contarle mis planes a mi madre y escuchar su opinión.

—Mamá, tenías razón, no me voy a marchar con nadie, necesito hacerlo sola.

—¿Ya has decidido dónde? Espero que no sea uno de esos países conflictivos, hija, que me puede dar un infarto.

—No, mamá, no voy a salir de España. Me voy al norte, a un pueblo pequeño, cuyas vistas parecen sacadas de una postal, tres semanas, a una casita que alquilé.

—Pues me parece fantástico. Seguro que allí, aclaras tus ideas y vuelve una nueva Carolina.

—Me marcho mañana, tengo el vuelo a las ocho de la mañana. ¿Papá me podrá llevar o pido un taxi?

—No te preocupes, hija, que ahora mismo llamo yo a Gonzalo y le digo que me cambie el turno, o que me dé el día libre, que también me lo merezco.

Me senté a comer con ellos, mientras Luca no se separaba de mí. Mi padre hablaba con su jefe, que le dijo que tomara el día libre para llevarme, y a mí, que tuviera cuidado, que por el norte hay muchos osos, no me fueran a devorar.

—¿Te puede comer un oso, Carol? —me preguntó Luca, que con su inocencia no se había dado cuenta de que no era a ese tipo de oso ni de comida a la que hacía referencia Gonzalo.

—No mi amor, es una broma del jefe de mi padre, que es muy bromista.

Con mi respuesta se quedó algo más tranquilo, pero no del todo, hasta que se fue a ver los dibujos, mientras que los demás tomábamos el café.

Cuando ayudé a mi madre a recoger la cocina, subí a preparar la maleta, había puesto el teléfono en silencio, así que no me di cuenta de que tenía como diez mensajes, casi todos de Mario, pero ni los leí, y en ese momento tomé una decisión: dejaría mi móvil en casa, compraría uno de prepago para comunicarme con mi madre, del resto necesitaba desconectar.

—Mamá, voy al centro comercial un momento, no me esperes para cenar —le dije desde el umbral de su puerta.

—¿Para qué vas ahora? No me digas que vas a comprarte algo de ropa, porque tienes el armario a rebosar.

—No tiene nada que ver con eso, cuando vuelva, te lo explico.

Cerré la puerta y bajé corriendo las escaleras. Tendría que tomar un taxi, porque si esperaba el bus o iba a por mi coche, no llegaba a tiempo siendo la hora que era.

Regresé pasadas las once de la noche, y es que, después de comprar el teléfono, fui a comerme una hamburguesa de esas que tanto me gustaban a mí, así que, cuando entré, ya Luca estaba dormido, lo que para mí supuso un gran alivio, así podría hablar con mi madre con tranquilidad.

# Capítulo 33



Eran poco más de las diez de la mañana cuando llegué al aeropuerto de Asturias. Desde allí hasta la diminuta aldea de Tazones había más de una hora en coche, así que no tardé en dirigirme al mostrador de la agencia de alquiler para hacerme con uno.

No quería nada ostentoso, ni grande, sobre todo porque tan solo lo utilizaría por si necesitaba ir a alguno de los pueblos cercanos, porque en Tazones, que era a donde me dirigía, podría moverme a pie. Me hice con uno pequeño, que no me resultaría difícil encontrarle aparcamiento allí.

Introduje en el GPS del coche los datos de la casita que había alquilado y emprendí la marcha. Ojalá fuera tan acogedora y encantadora como aparecía en los artículos que había leído sobre el lugar. La chica que me arrendó la casa me aseguró que no me preocupara por la comida, que ella se encargaría de dejar la nevera y la despensa abastecidas antes de que yo llegara, así que le pasé una lista y un Bizum de cien euros; esperaba que fuera suficiente, si no, le abonaría la diferencia en cuanto llegara.

La música iba amenizando el trayecto, por lo que, casi sin darme cuenta, me encontré cantando a pleno pulmón una de las canciones que sonaban en la radio, que resultó ser de uno de mis grupos favoritos, La Oreja de Van Gogh.

*«Si pudiera volver a nacer*
*Te vería cada amanecer*
*Sonriendo como aquella vez*
*Como aquella vez»*

Y la imagen de Leo, cuando despertó en mi cama, vino a mi mente, haciendo que las lágrimas regresaran a mis ojos. Aunque me costó contenerlas, lo logré; no quería sufrir un accidente de tráfico lejos de mi hogar. Así que seguí entonando como lo venía haciendo durante todo el trayecto, hasta que, sin notarlo, apareció ante mí la estampa más hermosa que mis ojos habían contemplado.

Si en las imágenes esa aldea, porque era tan pequeña que ni siquiera se le podía llamar pueblo, se veía preciosa, en persona lo era infinitamente más. Sus casitas, ubicadas casi al borde del mar, su gente, que parecía de lo más afable, sus callecitas… todo era una delicia que pensaba disfrutar al máximo durante estas tres semanas.

—Hola, tú debes de ser Carolina. Yo soy Covadonga, aunque todos por aquí me llaman Cova —me dijo una joven, que supuse era la misma que me alquiló la casa.

—La misma, encantada. No me imaginaba que fuera a ser así de bonito, te lo prometo —le dije a la chica, bajándome del coche, y admirando todo lo que nos rodeaba.

—Suele causar esa impresión entre los visitantes, porque como verás, aquí nos conocemos todos.

—No me extraña, y yo decía que vivía en una ciudad pequeña, pero vamos, que, comparado con esta, donde yo vivo, tiene que ser Nueva York, por lo menos —le dije, y ambas estallamos en risas.

—Vamos, te voy a enseñar la casa, espero que te guste tanto como el pueblo.

Cuando abrió la puerta, si por fuera ya era bonita, por dentro lo era aún más. Nada fuera de lo común en cuanto a lujos, pero sí lo necesario como para no tener que salir de allí para casi nada. Al entrar, había un pequeño salón conectado con un pasillo, donde había una acogedora biblioteca con un ventanal que daba al mar, y que fue lo primero que me cautivó. También tenía un aseo y una cocina totalmente equipada, desde la que se accedía a un porche trasero con vistas al océano. La planta superior se alcanzaba por una escalera de caracol en un lateral de la cocina; al subir, había dos dormitorios, uno con baño incorporado, otro baño en el pasillo y una zona de lavandería.

—Es preciosa, no me la esperaba así, para nada. Ahora tendré que mirar en Internet lo que puedo visitar por aquí y los alrededores, aunque ya te digo que de aquí me moveré poco.

—Gracias. La reformamos cuando falleció mi abuela, que era la dueña, y nos la dejó en herencia a mi madre y a mí.

—Por cierto, ¿te tengo que dar algo más por la compra? Perdona que no te lo preguntara antes, pero me he quedado embobada con todo.

—Oh, no te preocupes. Me invitas a una cervecita en el bar de Pelayo cuando te instales, y listo.

Miré el reloj: pasaban de la una. Buena hora para una cerveza, así que no lo dudé; ya habría tiempo de deshacer la maleta.

—Para eso no vamos a esperar a que esté instalada. Enséñame dónde está el bar de Pelayo y, de paso, comemos algo también, que con la hora que es no me va a dar tiempo de cocinar.

—Venga, pero por la comida no tenías que preocuparte. Mi madre te ha dejado una caldereta de pescado y una tortilla de patatas. Aunque supongo que te lo podrás comer para cenar

—A ver si tu madre quiere cebarme como a los pavos en Navidad —le dije, por la cantidad de comida que me había dejado preparada —. Con eso tengo para cenar hoy, comer mañana y sobrevivir hasta la semana próxima, si me apuras.

—Anda, cómo se nota que vienes del sur. No seas exagerada.

Entre bromas sobre tópicos andaluces y asturianos, llegamos paseando hasta el bar de Pelayo, que era un restaurante cerca de la playa, y en el que vi una apetecible sartén de arroz con bogavante que hizo que se me hiciera la boca agua.

—Buenas tardes, Pelayo. ¿Hay alguna mesita libre para mi amiga y para mí? —preguntó Cova, quien le hacía ojitos al tal Pelayo.

—Y si no la hay, me la invento. Para la mujer más bonita del pueblo, lo que ella quiera — le contestó el otro, provocando que se le subieran los colores.

Una vez que nos acomodamos, pedí dos cervezas bien frías y un arroz de esos para las dos, por mucho que ella insistió en que su madre la estaba esperando. Al final, la mujer terminó uniéndose a nosotras. Se llamaba Leonor, y tenía todo el arte del mundo. Esas semanas me lo iba a pasar muy requetebién, lo estaba viendo venir.

—¿Te puedes creer que están los dos colados el uno por el otro y ninguno se lanza? —me preguntó, refiriéndose a su hija y al dueño del restaurante.

—No vayas a empezar con el mismo tema, mamá, en serio.

—¿Por qué no os decidís ninguno de los dos? — pregunté, porque lo mismo alguno de ellos tenía compromiso o estaba casado.

—Esto no es como en una ciudad, en la que, si empiezas algo con un chico y no funciona, no lo ves más y listo. Aquí, si sale mal, le tienes que ver la cara todos los días, y me dolería mucho tener que verlo con otra.

—Te voy a decir lo mismo que uno de mis amigos me dijo a mí, ¿y si sale bien? No puedes poner la tirita antes que la herida, Cova, ni quedarte quieta viendo la vida pasar, que eres muy joven.

—¿Lo ves? Hasta ella, que viene de fuera, lo ve igual que yo. Y tú, ¿cómo es que te has venido sola? ¿Mal de amores? —me preguntó la mujer, y le conté algo de lo que me había llevado hasta allí, sin entrar en detalles, por supuesto.

—Algo así. Digamos que en la ciudad tampoco es fácil cuando te va mal con una pareja. Nos conocemos de toda la vida, mis dos amigas son pareja de sus dos amigos, y hay una larga historia de por medio —le conté.

—Pues nada, aquí te trataremos como en tu casa, y de paso, si conoces a un asturiano guapo que te enamore, pues lo mismo y hasta te puedes quedar aquí.

—Quita, quita, Leonor, que ni quiero saber nada de hombres ni, por muy bonito que sea esto, tengo yo la intención de dejar mi ciudad para siempre, con lo enamorada que estoy de ella.

—¿Vives sola allí? —me preguntó Cova, y sabía a dónde quería llegar.

—Hasta hace menos de dos meses, vivía con mis padres. Pero, cuando aprobé las oposiciones, me decidí a comprar una pequeña torre, que es como un apartamento de una habitación, encima de la casa de mis padres, y allí vivo.

—¿Lo ves, ahora soy yo la que te lo dice a ti? Esta mujer es tan chapada a la antigua para lo que le interesa, que me saca de quicio. Tengo mi trabajo, y le dije que podría mudarme a la casa de mi abuela, pero ella, erre que erre, que hasta que no me case no salgo de mi casa.

—Vente a vivir conmigo estas semanas que voy a estar aquí, así vas haciéndote a la casa y tu madre a que te vayas. Leonor es ley de vida, debes dejarla marchar.

—Pero entonces, me quedaré sola, y eso sí que no lo soportaría, de verdad.

—Haz una cosa entonces, y sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero pasa el rato del día que tengas libre con ella, y por la noche, vuelve a tu casa, así será menos duro para ti.

Las dos me miraron, como si hubiera dado en el clavo, pero entonces, la mirada de Leonor se volvió pícara y divertida, y supe lo que le iba a decir a su hija.

—Te dejo que te vayas a vivir a casa de la abuela, cuando se marche Carolina, por supuesto, que no la vamos a echar a estas alturas, pero

siempre y cuando, durante estas tres semanas, intentes algo con Pelayo —le dijo, y se quedó tan pancha.

—Joder, mamá, que sabes que me da vergüenza.

Sin que se dieran cuenta, y poniendo como excusa que iba al baño, me acerqué a Pelayo, le conté lo que le pasaba a Cova, y en su mirada noté que estaba tan colado por ella como ella por él, así que le tocaba mover ficha a él.

—Cova, hay una exposición en el pueblo de al lado, y he pensado que te gustaría verla. ¿Vienes conmigo? —le dijo Pelayo, que sabía que las primeras citas tenían que ser fuera de la aldea.

—Me encantaría. ¿Cuándo es? —respondió, roja como un tomate, mientras su madre sonreía feliz.

Los dejé charlando, pagué la cuenta y me despedí. Tenía que deshacer las maletas y quería echarme un rato, estaba agotada, supuse que sería por el viaje.

No fui capaz de colgar más de cuatro prendas, los párpados me pesaban una barbaridad, así que dejé todo en un lateral de la cama, que era donde lo había colocado, y me acosté. Cuando abrí los ojos ya era completamente de noche. Miré el reloj del móvil y vi que eran más de las tres de la mañana, había dormido casi doce horas, y eso no era normal en mí, pero volví a cerrar los ojos, despertándome cerca de las ocho.

Ahí sí que organicé todo y bajé a la cocina, desde el arroz del día anterior no había comido nada, y tenía un hambre que me moría. Puse la cafetera en marcha, que era de esas modernas de cápsulas, pero en cuanto me llegó el olor a la nariz, tuve que correr hasta el aseo. Las náuseas me comían, literalmente.

Opté por hacerme mejor un zumo de naranja y me comí dos tostadas, esas que me supieron a gloria. Decidí bajar a la playa, ya que me apetecía caminar por la arena durante un rato.

# Capítulo 34



Cova me había contado que, cuando bajaba la marea, los turistas y los niños se ponían a buscar huellas de dinosaurios, algo que me pareció muy curioso y divertido a la vez. Mientras eso no ocurría del todo, para lo que faltaba una media hora, llamé a mi madre, para saber cómo estaba. Habíamos acordado que no hablaríamos de nada que no fuéramos nosotros, ni del niño, ni de Leo, ni de nadie externo a mi familia.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —le dije, en cuanto me respondió a la llamada.

—Hola, cariño. Perfectamente, ahora estaba organizando todo que nos vamos de excursión.

—¿De excursión? Eso es nuevo, en mi vida me lo hubiera imaginado —le contesté, riendo.

—Sí, la gente de la playa se ha apuntado a una de esas que preparan las agencias de viaje para ir a los parques acuáticos, y yo no he querido

quedarme atrás, y como tu padre está libre hoy, pues también lo he arrastrado.

—Eres única, mamá. Bueno, entonces te dejo, no se te vaya a hacer tarde. Mañana te llamo, disfrutad mucho.

Colgué la llamada, y sabía que se había quedado con ganas de decirme que iba a esa excursión por Luca, porque tenía claro que si fuera así no irían. Desde que yo tenía diez o doce años, mis padres no se habían inscrito en nada parecido, y el hecho de que lo hubieran vuelto a hacer, tenía nombre y apellidos, uno que a mí me dolía mencionar, por lo que representaba.

Sin darme cuenta, había pasado el tiempo, y se podían ver a varias familias en la búsqueda de esas huellas, así que me uní a ellas. Con mi cámara de fotos en ristre, porque no quería que todas estas cosas quedaran solo en mi memoria, inmortalicé todo lo que me pareció digno de ser recordado en fotografías.

Era la hora de almorzar, y regresé a casa para calentar la caldereta de pescado que me había preparado Leonor el día anterior y que estaba en la nevera, sin tocar. Y me volvió a ocurrir lo mismo, con lo que a mí me gustaba el pescado, pero fue empezar a olerlo, y regresaron las náuseas. Por eso la llamé, por si conocía algún médico por la zona que pudiera revisarme. Era muy incómodo para mí estar así. Hasta ahora me había pasado estando en casa sola, pero si me sucedía en la calle, o acompañada, me moriría de la vergüenza.

—Hola, Leonor, buenas tardes. Te llamaba para hacerte una pregunta.

—Dime, corazón, soy toda oídos.

—¿Hay en el pueblo algún médico que me pueda visitar?

—¿Estás enferma? —me preguntó, preocupada.

—No sé, es que desde ayer me noto rara, demasiado cansada, y me han dado náuseas dos de las cosas que más me gustan en el mundo: el café y el pescado.

—No te muevas de ahí, que ahora mismo voy.

Colgó el teléfono, y me quedé preocupada por la premura con la que parecía querer venir. ¿Estaría incubando un virus de esos raros que había ahora? ¿Sería algo malo y ella conocería los síntomas? Con todas esas preguntas dando vueltas en mi cabeza, ni escuché que habían llamado al timbre. No lo hice hasta que pasaron por lo menos cinco minutos, en los que me había quedado en *shock*.

—Toma, anda, haz pis en el palito —me dijo Leonor, dándome una bolsa de la farmacia.

—¿Qué es esto? ¿Han sacado alguna prueba para detectar virus? —pregunté, con toda mi ignorancia, sin darme cuenta de que lo que me había comprado era una prueba de embarazo.

—Uy, cariño, si mucho no me equivoco, tu virus te va a durar poco más de nueve meses y tendrás que ponerle un nombre —me contestó, sin saber que se me había bajado hasta la tensión por lo que me estaba diciendo.

Tuve que sentarme un rato, porque era incapaz de realizarme la prueba. ¿Sería cierto que estaba embarazada? Si era así, ¿quién de los dos sería el padre? Con Mario había usado preservativo, pero con Leo estaba tomando la píldora anticonceptiva. ¿Todo me iba a pasar a mí? ¿Qué más me tendría el destino preparado?

—Es mejor que salgas de dudas, Carolina. Si quieres quedarte sola para comprobarlo, yo me marcho sin ningún problema, entiendo que esto es algo muy íntimo…

—No, no te vayas, Leonor, por favor. No puedo hacerlo sola —la interrumpí.

—Pues vamos al baño, cuanto antes salgas de dudas, antes podrás decidir lo que quieres hacer.

—Tenerlo, si estoy embarazada, voy a tener a mi hijo, no volveré a pasar por lo mismo otra vez, ahora las circunstancias no son las mismas —hablaba más para mí que para ella, que no sabía de qué iba la historia, pero tampoco preguntó.

Entré en el baño, con la prueba en la mano, como la que iba a la guerra, pero decidida a saber si era eso lo que me ocurría. La prueba que me había

traído Leonor era de esas que te decían de las semanas que estabas embarazada, y eso me tranquilizó, porque sabría de quién era el niño, a pesar de que no se lo diría a ninguno de los dos.

—Venga, ahora toca esperar los cinco minutos de rigor —me dijo, sacándome del baño y tomando la prueba en sus manos.

—¿Cómo he podido llegar hasta aquí, Leonor? Mi vida ya era un caos, y esto me la complica más todavía. Soy un desastre, por mucho que he querido, no he sido capaz de organizarla —le decía, sin poder parar de llorar.

—Te voy a contar mi historia mientras esperamos que el palito nos diga algo. Me quedé embarazada con dieciocho años, en un pueblo y de un hombre que vino de vacaciones y estaba casado.

—¿En serio? ¿Te acostaste con un hombre casado?

—A mi favor, diré que no lo sabía. Cuando me enteré fue cuando lo llamé y me contestó su mujer. El muy cobarde no fue capaz ni de dar la cara. Me mandó decir que me las apañara, que, si había sido tan adulta para acostarme con un hombre casado, lo sería para sacar a mi hija adelante.

—No me lo puedo creer. ¿Has tenido noticias de ese hombre durante todos estos años?

—Nunca más volvió por aquí, ni llamó preguntando por su hija. Pero yo tuve los reaños suficientes para sacarla adelante, en un pueblo y estando en

la boca de todo el mundo. Si no llega a ser por mi madre, que me ayudó, que nunca se avergonzó de mí, no sé qué es lo que hubiera sido de mí.

—Mi madre estará encantada con la noticia, si es que estoy embarazada, y mi padre ya no te digo. Pero no es eso lo que tenía planeado para mi vida. Siempre soñé con que, cuando tuviera un hijo, sería con una pareja estable, que me ayudara en su cuidado y su crianza.

—Nada sale tal y como lo tenemos planeado, no se te olvide. Pero las cosas pasan cuando tienen que pasar, ni antes ni después, solo en el momento justo.

Miramos el palito, ya que habían pasado los cinco minutos con creces, y ahí estaba, embarazada de cinco semanas, por lo que el niño era de Leo. Mis lágrimas resbalaban por mi rostro, no sabía si por miedo o por alegría, porque lo que la vida me había arrebatado, siendo casi una niña, me lo había devuelto en estos momentos, que ya era una mujer adulta y con un futuro asegurado.

Leonor se marchó, dejándome que procesara todo ese cúmulo de emociones sola, y en cierto modo, se lo agradecí. Pensé en llamar a mi madre, pero no quería decírselo por teléfono, prefería hablarlo con ella cara a cara, explicarle todo, lo de mi embarazo pasado y lo de este presente, lo que sentí en ese momento y lo que mi corazón estaba sintiendo en estos instantes.

Una paz y una serenidad se apoderó de mi cuerpo, no sabía si era por las hormonas, que estaban revolucionadas, por la noticia del embarazo o por

qué, pero el caso es que me sentía como nunca en mi vida me había sentido.

Me fui a pasear por la playa, y me senté en la arena. Después de mucho tiempo sin entrar en mis redes sociales, lo hice, y subí una foto de mis pies enterrados en la arena, sin que se viera nada de mi alrededor, para que nadie dedujera mi localización, y la acompañé de un texto:

*«Cuando el tiempo pone todo en su sitio, no hay nada que pueda impedirlo. Volviendo a ser la que fui antaño, pero mejor acompañada que nunca».*

Sabía que esas palabras podrían tener varias interpretaciones, pero estaba segura de que ninguna sería la correcta, entre otras cosas porque nadie sabía de mi embarazo, así que cada cual pensara lo que quisiera.

Esa noche, después de cenar y de ver un rato la televisión, estuve pensando en lo que cambiaría mi vida en poco tiempo. Por primera vez tuve la certeza de que jamás volvería a sentirme sola, porque mi hijo me daría las fuerzas necesarias para seguir adelante, y eso me reconfortó de una manera especial.

Cogí el móvil y me puse a buscar clínicas ginecológicas cercanas, y encontré una en un pueblo a pocos kilómetros de donde me encontraba. Sabía que podía volver a mi casa y que mi madre me acompañaría, pero preferí hacerlo sola. Quería y necesitaba saber que todo iba bien, así como que los profesionales en la materia me dieran las indicaciones que debía seguir, por lo que cogí cita por la web para el día siguiente por la mañana.

—¿Dónde vas tan temprano, vecina? —me dijo Leonor desde su balcón, que estaba frente al mío.

—Al pueblo de al lado, al ginecólogo.

—Espérame, no vas a pasar por esto sola, te acompaño.

Ni un minuto tardó en bajar, vestida, con los labios pintados y el bolso al hombro, lo que me causó una risa que no pude contener. Se empeñó en que era peligroso que condujera yo, que había muchas curvas y esa zona no la conocía, por lo que se puso ella al volante. ¡Madre mía de mi alma! A la vuelta no le dejaba el coche ni de broma, como siguiera así. Cuando llegara a la consulta, me iban a poder decir el sexo del bebé, con lo lenta que iba.

Entramos en la consulta a lo justo, porque todavía no nos había dado tiempo de sentarnos cuando ya me estaban llamando. Nos atendió una ginecóloga que tenía más o menos mi edad. Le expliqué que estaba de paso, por lo que no sería ella quien llevara mi embarazo, pero que quería quedarme tranquila hasta que volviera a mi ciudad, dentro de dos semanas más o menos.

Me pasó a la zona de las camillas, donde estaba el ecógrafo, y me preparó para hacerme la ecografía. Cuando en la pantalla pude ver a mi guisantito, tan pequeñito, y que todo estaba bien, me eché a llorar, para mí era un sueño, sobre todo porque cuando me realizaron el aborto no me garantizaron que pudiera volver a quedarme embarazada.

—¿Quieres escuchar el latido de su corazón? —me preguntó la doctora.

—Sí, por favor, si es posible me gustaría escucharlo.

Le dio volumen a la máquina, y aquel sonido me resultó como la más bonita de las melodías. Pensé en mi madre, y en cuanto le hubiera gustado estar en estos momentos conmigo, cogiéndome la mano, como lo estaba haciendo Leonor en ese instante, y eso hizo que me pusiera algo triste, pero ya tendría la oportunidad de repetirlo cuando volviera a casa.

Le estuve explicando a la doctora que tenía que coger un vuelo, por si había algún problema o lo pondría en peligro, pero me dijo que no, que podía hacer mi vida normal, con el viaje incluido.

# Capítulo 35



**Leo**

Podía parecer un insensible, dejando a mi hijo de lado, pero nada más lejos de la realidad. Si lo había apartado de mi vida, junto a Carolina, fue para protegerlos.

Tenía que representar el papel más difícil de mi vida, hacer creer a todos que ni ella ni él eran importantes para mí. Solo rogaba al cielo que no fuera demasiado tarde cuando revelara la verdad.

Cuando la vi besándose con Mario González, casi me dio algo, porque él era otro que también estaba metido en todo, por eso no dudé en mentirle cuando le dije que había estado conmigo y con Anita en mi cama, sabía que era la única manera de alejarla de él.

Antes de iniciar cualquier cosa, se lo confesé a mis amigos, era algo que debía hacer, porque serían mis aliados, por decirlo de alguna manera.

***Algunos días antes…***

*—Chicos, tenéis que prometerme que lo que os voy a contar ahora no va a salir de aquí —les dije, con la total certeza de que así lo harían.*

*—Adelante, sabes que seremos una tumba, y las chicas también, pongo mi mano en el fuego por ellas —me dijo Alejandro.*

*—Veréis, lo que ocurrió en mi empresa no fue un caso aislado, la policía me alertó hace poco, porque hay más personas sufriendo lo mismo —empecé a contar.*

*—No me jodas, ¿cómo piensan atajarlo? —dijo David.*

*—¿Y por qué no me lo habías contado antes? —preguntó Alejandro, visiblemente molesto por mi actitud.*

*—Porque quería que lo supierais todos al mismo tiempo. Necesito vuestra colaboración, sobre todo la tuya, Alejandro. Sé que lo que voy a pedirte no le gustará a Cristina, pero es por el bien de Carolina y de mi hijo, a quienes han amenazado a través de mí.*

*—¿Qué quieres decir con eso? No entiendo nada —me decía Cristina, totalmente desconcertada.*

*—Ayer, cuando la policía vino a hablar conmigo, y me informó de los sospechosos y demás, poco después recibí una llamada a mi móvil personal, advirtiéndome que si me atrevía a denunciar o colaborar con la*

*policía, irían a por lo que más quería: mi hijo y Carolina. Por eso debo alejarlos de mí.*

*—¿No sería mejor tenerlos cerca y protegerlos? —me preguntó David.*

*—Para nada, cuanto más cerca estén de mí, más peligro corren. La cosa es más complicada de lo que parece. La policía tiene claro quiénes son los dos cabecillas, pero necesitan pruebas.*

*—¿Quiénes son? —preguntó María, que hasta ese momento se había mantenido en silencio.*

*—Mario González, de Exportaciones Glez. e hijos, y Anita Sanz, la importadora de recursos energéticos. Tenemos que acercarnos a Anita, hacer que nos cuente todo, pero ya sabes lo que eso implica, Alejandro.*

*—Sí, pero no sé si podré hacerlo, ni si Cristina va a soportarlo. Te digo desde ya que ella es mi prioridad, si se muestra reacia, te aseguro que no lo haré —respondió Alejandro, y lo comprendía, no queríamos hacerle daño a ninguna de ellas.*

*—Si no me contáis qué es eso que tanto me va a molestar, dudo mucho que pueda pronunciarme al respecto —dijo Cristina, deseando enterarse de todo.*

*—A ver cómo te lo explico sin parecer un despiadado… Digamos que a Anita el sexo con una sola persona no le gusta, a ella, para poder llevártela*

*a la cama, debes tener acompañante, preferiblemente otro hombre, aunque tampoco le hace ascos si se trata de una mujer.*

*—Vamos, que os la vais a tirar los dos, ¿no? —dijo Cristina, empezando a enfadarse.*

*—Ya lo hemos hecho en otras ocasiones, en el pasado, por supuesto. Por eso creo que es el mejor candidato para que me ayude.*

*—Está bien, me sacrificaré por ella, pero desde este momento y hasta que todo termine, tú y yo no estamos juntos, lo que significa que, como tú te vas a acostar con ella, si a mí me apetece, yo lo haré con otro tío, sin implicaciones sentimentales, está claro.*

*—Pero eso no es justo, yo lo hago porque voy a ayudar a mi amigo —le respondió Alejandro.*

*—Y yo a mi amiga. Tan solo respóndeme a una pregunta. ¿Lo vas a pasar mal, te repugna la muchacha? —le dijo su chica.*

*—No, es espectacular, y en la cama una fiera, pero no eres tú —le respondió Alejandro con total sinceridad.*

*—Pues entonces, yo también lo voy a pasar bien, con un tío espectacular y que ya sé que es una fiera en la cama, pero que tampoco eres tú.*

*—Es lógico lo que te está planteando, Alejandro. No creo que se alargue más de una semana o dos, el tiempo suficiente para que me incluya en sus planes y por desarmar todo —le dije a mi amigo, que me miraba sin estar completamente convencido.*

*Ese fue el primer día que dejé a mi hijo Luca con Manuela, la que tampoco sabía nada y no lo iba a saber nunca, por lo menos hasta que todo estuviera solucionado. Salimos a cenar, y llamé a Anita para que se uniera a nosotros.*

*En un momento determinado de la noche, y cuando ya nos marchábamos, entré en el baño con Alejandro, y vi cómo uno de los compañeros de Carolina entraba en uno de los cubículos. No se percató de que yo lo había visto, con lo cual, le guiñé un ojo a mi amigo para que me siguiera la corriente, ella tenía que creer que todo lo que iba a ver y le iban a contar, era cierto.*

*—Joder, cómo nos lo vamos a pasar esta noche con Anita, amigo —le dije, y él entendió mi jugada.*

*—Ni que lo digas, esa tía me pone muy cachondo, con solo pensar en lo que nos espera, ya me pongo duro —me contestó Alejandro, y tuve que reprimir una carcajada.*

*—Espero que sea como la última vez, que no salimos de la cama en todo el día.*

*—Y yo espero que tengas suficiente vaselina en tu casa, porque nos va a hacer falta a los dos, que ya sabes cómo terminamos siempre que estamos con ella.*

*Salimos del baño, y cuando ya estábamos fuera, no pude más que agradecerle que me hubiera seguido el juego. Nos dirigimos hasta la salida del restaurante, pero antes de irnos no pude evitar mirarla de nuevo. Estaba preciosa, y a mi mente acudieron las imágenes de la última vez que estuvimos juntos.*

*Nos dirigimos a la discoteca. Lo que no sabíamos es que ella también estaría allí. Nos dimos cuenta cuando las niñas recibieron un mensaje con una foto nuestra.*

*—Joder, encima de cornuda, voy a quedar como una pésima amiga —dijo Cristina en un murmullo, pero que tanto Alejandro como yo, escuchamos perfectamente.*

*—Piensa que es por su bien, y que, en nada, todo estará aclarado —le contestó Alejandro.*

*Cuando la vimos pasar de camino a la barra, Cristina se levantó para hablar con ella, pero la paró, dejándole claro que no tenían nada que hablar. En ese momento, e intentando desviar el tema de su amiga, me puse como protagonista de la conversación, y sus palabras se me quedaron grabadas a fuego en la memoria. Ahí fue cuando me di cuenta de que me iba a costar media vida que me perdonara. El dolor que tenía era muy grande, por mucho que ella intentara disimularlo.*

***En la actualidad…***

—¡Joder, por fin! Ya tenemos todos los datos que necesitábamos, ahora veremos cómo nos quitamos a Anita de encima mientras que la policía no la detiene.

—Muy sencillo, no cogiéndole el teléfono. Yo pienso llamar ahora mismo a Cristina, para quedar con ella. No pienso consentir que se vea más con el tal Gonzalo, se acabó —me dijo Alejandro, mientras sacaba el móvil para marcar a Cristina.

Lo lógico hubiera sido que yo hubiese hecho lo mismo, pero para mí no sería tan fácil, entre otras cosas porque Carolina se había ido de viaje y no llegaba hasta el próximo domingo, y para eso aún faltaban cuatro días.

A por quien sí iba a ir en ese instante era a por mi hijo. Me tomaría las dos semanas que quedaban antes de que empezaran las clases para disfrutar con él y llevarlo donde quisiera. Fue el mayor de los sacrificios, alejarme de él, saber que lloraba porque me extrañaba, sus palabras me atravesaban el alma cada vez que hablábamos por teléfono, cuando me rogaba dormir conmigo y yo debía decirle que no podía, que quedaba poco.

Sin dudarlo, me presenté en la playa, donde sabía que estaban Manuela y Luca. Lo que no esperaba era encontrar también a Carolina, aunque por su mirada, supe que no me sería sencillo acercarme a ella.

—¡Papá! ¿Has venido a recogerme? —gritó Luca en cuanto me vio.

—Sí, mi amor, he venido a por ti, a que pasemos estas dos semanas como tú quieras —le dije, comiéndomelo a besos.

—Ya se habrá cansado de la Barbie, hasta que se le cruce otra —murmuró Carolina, pero tanto su madre como yo la escuchamos.

—Te lo dije una vez, y te lo repito: nada es lo que parece. Cuando te dé la gana, me avisas y hablamos —le dije, sin perder la sonrisa.

—Cuando las ranas bailen flamenco —me respondió, levantándose para irse al agua.

No pude reprimir la carcajada que me salió, porque después de todo, tenía un arte que no se podía aguantar. Como tampoco se podía aguantar la mirada que me echó cuando me escuchó reír, pero no se lo iba a tener en cuenta, era totalmente normal que actuara así.

—También tú, no podías reírte en otro momento, no, tenías que hacerlo ahora, con lo sensible que está —me dijo Manuela, mirándome con tristeza.

—¿Está Carolina enferma? ¿Le ocurre algo? —le pregunté, preocupado, la risa se me había disipado por completo.

—Ay, hijo, no es una enfermedad en sí, pero sí algo que le está afectando, pero yo no te voy a decir nada, porque no es asunto mío. Habla con ella lo más pronto posible, te lo pido por favor.

—Lo voy a tener difícil, lo sé, y me lo acaba de demostrar, pero no voy a cejar en mi empeño, te lo prometo.

—Eso espero, porque ahora soy yo quien te asegura que, si no lo haces, el que se arrepentirá serás tú.

No sabía a qué se refería, pero iba a conseguir hablar con ella, me costase lo que me costase. Aunque ahora no era el momento de hacerlo, porque en estos instantes lo que tenía que hacer era volcarme en mi hijo, lo demás vendría después.

Me lo llevé a comer al chiringuito, por supuesto que invité a Manuela y a las demás, pero ninguna quiso venir. Sabía que no dejaría sola a Carolina, así que saqué la cartera y le dejé a ella un billete de quinientos euros, para que fueran todas a cenar y al bingo, que sabía que les encantaba. Al llegar a casa le haría la transferencia del mes completo y de las noches que cuidó a Luca, que no eran pocas, aunque estas dos semanas no me separaría de él.

—Papá, ¿te cuento una cosa? —me dijo Luca, casi susurrando, como si no quisiera que se enterara nadie.

—¿Es un secreto? Porque si te han contado un secreto, estaría muy feo que me lo contaras.

—No, no, se lo escuché a Carol un día que estaba hablando con la abuela Manuela, pero ellas no se dieron cuenta de que yo estaba allí.

—Luca, no se debe escuchar las conversaciones ajenas, pero si crees que es importante, venga, cuéntamelo —le dije, a ver si tenía algo que ver con eso que estaba afectando a Carolina.

—Carolina tiene un bebé en su barriguita, pero dice que es solo de ella, que no tiene papá.

# Capítulo 36



Después de unos días reflexionando sobre qué hacer, decidí adelantar mi regreso; en esos momentos, lo único que deseaba y necesitaba era estar rodeada de los míos, sentir el respaldo de mis padres, aunque me tocara abrir mi corazón y revelar lo que había estado escondiendo durante tantos años.

—Leonor, he decidido que vuelvo a casa. Ya cambié el billete de avión para mañana por la mañana. Quiero darles una sorpresa a mis padres.

—Es lo mejor. Estar cerca de los tuyos hará que veas las cosas mucho más claras, te lo aseguro. Ahora mismo te hago la transferencia del dinero que nos diste; al final solo estuviste aquí una semana.

—Ah, no, de eso nada. Considéralo una muestra de gratitud por lo bien que me habéis tratado. No dudéis que regresaré, pero esta vez con mis padres y mi bebé, para que lo conozcáis. Ya os lo he dicho: en el sur tenéis vuestra casa.

—No me parece bien quedarme con el dinero, Carolina, ahora lo vas a necesitar más que nunca. Un niño es como un pozo sin fondos.

—Afortunadamente, cuento con un buen trabajo, soy funcionaria pública, con un salario bastante bueno, así que, con ese dinero, aprovecha y haz las reformas que tenías pensado hacer a tu casa, o vete de vacaciones unos días, o te das un capricho, yo qué sé, haz lo que te apetezca.

Me despedí de ella, porque mi vuelo salía temprano, así que saldría de madrugada. Dejaría el coche de alquiler y volvería a casa. La verdad es que ya tenía muchas ganas de estar en ella, a pesar de no haber visto de la aldea ni la mitad de lo que me había propuesto.

—¿Le apetece café, señorita? —me dijo la azafata, y casi la tiro cuando corrí hacia el baño.

—Me parece que no, mejor tráiganos un zumo de naranja, le sentará bien para asentar las náuseas. —Escuché que le decía la mujer que estaba sentada a mi lado.

Me pasé un buen rato en ese pequeño habitáculo, y eso que todavía no había comido ni bebido nada, de lo contrario me hubiera pasado en esa postura todo el vuelo.

—¿Te encuentras mejor, querida? —me preguntaba la mujer con una sonrisa.

—Sí, muchas gracias. Es oler el café o el guiso de pescado, y echar hasta la primera papilla que me dio mi madre —le contesté, con una sonrisa, porque la verdad es que ya me sentía muchísimo mejor.

—Eso es solo el primer trimestre, y a veces, hasta es posible que las molestias se vayan mucho antes, ¿de cuánto tiempo estás? —Me sorprendió que se hubiera dado cuenta, pues no se me notaba nada.

—Estoy de siete semanas, ¿cómo se ha dado cuenta?

—Ay, corazón, he parido a seis, así que imagina la experiencia que tengo. Si tuvieras un poco más de curvita, te diría hasta el sexo, aunque apostaría todo lo que tengo a que será una niña.

Charlando con Francisca, que así se llamaba la mujer, se me pasó el vuelo en un suspiro. Cuando quise darme cuenta, ya nos pedían que nos abrocháramos los cinturones.

Me despedí de esa mujer, a quien fueron a recoger sus nietos, y me dirigí a la terminal de autobuses. Todavía me quedaba un trayecto por carretera hasta llegar a mi ciudad y a mi hogar. Podría haber avisado a mis padres para que vinieran a recogerme, pero prefería sorprenderlos y hablar con ellos. Mi madre me había dicho que hoy se quedarían en casa, que hacía demasiado calor para pasarse el día en la playa, así que su presencia al llegar estaba garantizada.

Todo lo rápido que se me hizo el vuelo, el trayecto en autobús, me estaba resultando eterno. Encima, nos cogió un atasco de los que iban hacia la

playa, vamos, que me lo pasé genial. Como estaba agotada, me puse los auriculares con mi música favorita y me eché a dormir; total, me bajaba en la última parada, así que no me pasaría.

Me desperté y todavía me quedaban como unos quince minutos para poder bajarme, así que guardé todas mis cosas y me preparé para cuando me tocara. No pude evitar pensar en cómo estaría Cristina, si habría recibido el mensaje, porque cuando la vi en el club no tenía buena cara. En Luca, en si su padre le habría hecho más caso en esta última semana, y en Leo, me dolía pensar en él, tendría que olvidarme por completo.

En un primer momento, mi pensamiento era no decirle a mi madre quién era el padre de mi bebé, pero luego deseché la idea, ella no le iba a decir nada a nadie, y respetaría mi decisión, aunque no la compartiera.

Por otro lado, estaban Mario y mis compañeros, las palabras de Leo, diciéndome que no me fiara de él, que había estado aquella noche con Anita y con él, resonaban en mi cabeza. Me dolía porque no había tenido la suficiente confianza en contármelo, pero no porque yo estuviera enamorada de él, ni mucho menos. Había sido un calentón en toda regla, algo sin importancia, ni para él ni para mí, por eso no le iba a dar más vueltas al tema.

Estaba en esas cuando anunciaron que habíamos llegado a la última parada. Me colgué el bolso, bajé mi maleta del compartimento superior y me dispuse a ir a mi casa. Me quedaba un trayecto de unos diez minutos a pie, pero estaba tan harta de estar encerrada en el autobús que decidí hacerlo caminando.

—Pero… ¿qué haces aquí? —me dijo mi madre, totalmente sorprendida, cuando me abrió la puerta de su casa.

—Qué tenía ganas de un abrazo vuestro, aparte de que he recibido una maravillosa noticia que me gustaría compartir con vosotros —le dije, y ella tan solo se limitó a abrazarme, con lágrimas en los ojos.

—¿De cuánto estás?

—¿Llevo un cartel en la frente, o qué? Me cago en la mar… y yo sin querer decirte nada por teléfono, y tú, nada más verme, lo notas.

—Ay, hija mía, cuando esta cosita que llevas en el vientre crezca, te bastará mirarla para saber lo que le ocurre.

Nos sentamos en el sofá y le conté todo lo que me habían dicho, así como lo que ocurrió cuando tenía dieciséis años. No me juzgaron, no hubo reproches, solo cariño y comprensión, y eso me hizo ver lo afortunada que era.

—Tengo claro quién es el padre. ¿Qué tienes pensado hacer? —me preguntó mi madre.

—Para empezar, ni me planteo abortar, no después de todo lo que pasé en aquellos años, eso lo tengo claro. Y en segundo lugar, el bebé que llevo dentro es solo mío, no tiene padre —le respondí, dejando claras mis intenciones.

—¡Carol! ¿Ya estás de vuelta? —exclamó Luca en cuanto que me vio, saltando a mis brazos.

—Sí, ¿y sabes qué? Pues a partir de mañana, tú y yo, nos vamos a ir a la playa con la abuela Manuela, y por la noche, después de ducharnos, nos vamos a ir al cine, a cenar y a pasear por la playa. ¿Qué te parece el plan?

—Me encanta. Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Claro que lo sé, mi amor, y yo te quiero a ti mil veces más.

Se abrazó a mí y subió conmigo a casa; decía que quería dormir en mi cama esa noche, y no pensaba negárselo. Este niño necesitaba cariño, y yo le daría todo el que pudiera y más.

Mientras él veía la televisión, yo me puse a poner lavadoras y a preparar la comida. Les dije a mis padres que subieran a comer, pero mi padre trabajaba de tarde y entraba a las tres, y mi madre me dijo que había quedado con sus amigas en casa de una de ellas, que cumplía años, así que nos quedamos los dos solos.

—Carol, mi papá sigue con las cosas de su trabajo, y no viene desde que tú te fuiste, pero me llama todos los días por teléfono. ¿Tú crees que se olvidará de mí y me dejará aquí para siempre? —Cuando lo escuché preguntar eso, un nudo se me hizo en la garganta, pero me lo tragué para intentar quitarle la inseguridad que sentía.

—¿Cómo se va a olvidar de ti, si eres lo que más quiere en este mundo? Cuando no ha venido es porque, casi con total seguridad, sale muy tarde del trabajo y entra muy temprano. Verás como muy pronto lo termina todo y ya siempre estará contigo.

—Claro, tiene que ser eso. Si sale muy tarde de la oficina, yo ya estoy durmiendo, y si se va temprano, también. Entonces, para no dejarme solito en casa, me deja con la abuela Manuela.

Siguió comiendo, y a mí se me quitó el apetito. Me cagaba en la estampa de Leo y todos sus antepasados. ¿Cómo podía cambiar a esa mujer por su hijo? ¿Tan poco le importaba? Y mi madre decía que debía contárselo… una mierda para él. Si a Luca, con cuatro años, lo trataba así, a mi hijo, que aún no había nacido, lo volvería loco con sus idas y venidas. Y eso no lo iba a consentir.

Recogimos la mesa y nos tiramos en el sofá. Supuestamente, íbamos a ver una película, pero solo vimos los créditos del principio y del final. Estábamos tan a gusto con el aire acondicionado que nos quedamos dormidos. Cuando despertamos, eran casi las siete de la tarde.

—¿Te apetece salir a merendar o nos quedamos en casa? —le pregunté. Le dejé elegir porque, sinceramente, a mí me daba igual.

—¿Un batido helado de chocolate y una palmera de yema? —me contestó, y empezó a dar saltos de alegría cuando asentí con la cabeza.

Nos dimos una ducha rápida; por suerte, tenía en casa varios conjuntos que mi madre había dejado allí por si acaso, y le pude poner uno. Yo me puse un mono cortito, muy fresco, me hice una trenza de boxeadora, me apliqué máscara de pestañas y brillo, y salimos a la calle.

De camino, miramos algunos escaparates, y vi un bodi de bebé que me encantó. Lo compré sin dudar. En el frente tenía un chupete dibujado y una frase: «Tengo a los mejores abuelos del mundo».

Estaba preparada por si Luca preguntaba algo, como para quién era o algo por el estilo, pero no abrió la boca, sería que no se había enterado. Cuando se me notara, le diría la verdad: que tenía un bebé en mi vientre. Mientras no me dijera nada, lo mantendría en secreto. No quería que se sintiera desplazado o que empezara a dudar de mi cariño, tenía que estar seguro antes de enfrentarse a nada similar.

—Ten cuidado, no te vayas a manchar, Luca — le advertí, mientras tomaba su batido de chocolate.

—No, no, lo cojo bien. ¿Quieres palmera? —me ofreció, porque tenía el tamaño de una plaza de toros portátil. ¡Qué barbaridad!

—No, cariño. Tú come hasta que te hartes, que, si sobra, la guardamos y nos la comemos esta noche de postre.

Llevaba un rato notando otra cosa que no soportaba: el olor del batido de fresa. Con lo que antes me gustaba, ahora me resultaba repulsivo.

# Capítulo 37



Después de merendar, me lo llevé un rato a la plaza que había cerca de mi casa, donde se puso a jugar con sus pequeños amigos, esos que había conocido en la playa o allí mismo, ya que mi madre lo bajaba los días que no salían de casa por la mañana.

Era un amor de niño, obediente, cariñoso, por eso todavía comprendía menos que su padre no fuera a verlo, ya no digo a llevárselo con él, que sería lo normal, pero ignorarlo de ese modo, con lo pequeñito que era, me partía el alma.

—Carol, dice mi amigo que si me dejas ir mañana a su cumple —me dijo en un momento que se acercó a beber agua.

—Tendría que venir su mamá a decírmelo, y preguntarle a tu papá.

—Por mi padre no te preocupes, ya he ido a varios cumpleaños y la abuela Manuela nunca le pregunta, total, si no va a aparecer…

—Vale, dile a tu amigo que venga su mamá a decírmelo, corre.

Lo tenía más que asumido, su padre para él era como esa figura que está en tu vida, pero sin hacerse presente, no sé si me explico. Para él tenía más peso lo que dijéramos mi madre o yo que lo que pudiera decir él.

Tras varios minutos, la mamá de Sergio, que así se llamaba el niño, vino para decirme dónde era y a qué hora, y estuvo un rato hablando conmigo. Sabía que no era su madre, pero según me estuvo contando Marta, para él era como si lo fuera, tanto mi madre como yo.

Al final le dije que sí, que yo lo llevaría, así que, por la mañana, tendríamos que ir a comprarle un regalito. Sergio era un poco más mayor que él, cumplía cinco años, mientras que Luca no los cumplía hasta finales de año, pero se llevaban muy bien, habían conectado desde el primer momento.

Después de permanecer allí casi dos horas, al final me senté donde estaban todas las madres, no me iba a quedar sola en el banco habiendo hablado antes con Marta. Me resultaba violento rechazar su invitación, nos volvimos a casa.

—Pero bueno, ¿y tú de dónde vienes con esas pintas? —le preguntó mi madre, que coincidió con nosotros en el portal.

—De la plaza, abuela, de jugar con los niños, y vengo con mucha hambre. ¿Me haces de cenar una tortillita de patatas de las tuyas? —le contestó, muy zalamero.

—Anda, sube, que mientras te duchas yo pelo las patatas —le dijo mi madre, dándole una nalgada que le sacó una carcajada.

Subimos los tres juntos, por fin habían arreglado el ascensor y entré en casa de mis padres, donde cenaríamos y nos iríamos para mi casa. Seguía empeñado en querer dormir conmigo.

—Desde que has llegado, lo veo mejor, por lo menos sonríe más —me dijo mi madre, mientras pelaba las patatas y yo las cortaba.

—Mañana lo llevo a un cumpleaños. ¿Has hablado con su padre hoy?

—Desde hace tres días no llama, aunque yo le digo que ha llamado cuando ya estaba durmiendo. Me está empezando a preocupar, y no porque la criatura me moleste, que es un angelito, pero echa mucho de menos a su padre.

—Es normal, yo también estaría preocupada. Por cierto, tengo que encender mi móvil, ni me he acordado de él, como tengo encima con el que contactaba contigo…

—Pues ahora, cuando subas, lo enciendes, no vaya a ser que tengas alguna llamada importante y no la veas.

—Sí, voy a tener una de Leo declarándome su amor. Mamá, por favor, no llama a su hijo, se va a preocupar de llamarme a mí.

—Después de ver estas cosas, entiendo que no quieras decirle nada del bebé. Aunque sabes que soy de la opinión de que debería saberlo.

Nos callamos de golpe al escucharlo entrar en la cocina, ya hablaríamos con más tranquilidad otro día, ahora no era el momento.

Cenamos los tres en la misma cocina, no pusimos ni la mesa en el salón, de lo cansado que estaba Luca. Eso era algo que me preocupaba, porque ese niño se cansaba tanto, se lo comentaría a mi madre para que hablara con Leo, por si tenía que echarle un vistazo su amigo David.

En cuanto entramos por mi apartamento, Luca se fue directamente a la cama, donde se quedó dormido, casi en el mismo instante en el que posó su cabecita en la almohada. Yo aproveché para echarme un té helado y sentarme en la terraza, tenía mucho que pensar y me gustaba hacerlo ahí.

Me llevé el móvil, y al encenderlo, tan solo tenía un mensaje de Cristina y otro de Domingo. Empecé por el de mi compañero.

**Domingo:** *No te perdono que te hayas echado atrás en el último momento, al menos, espero que sea por una buena causa. Te echaré de menos en este viaje, pero para el próximo no te escapas. Un beso.*

**Carolina:** *Ha sido una fuerza de causa mayor, ya te contaré. Ya estoy de vuelta, al final he decidido volverme antes. Cuando volváis, me das un toque y nos tomamos algo. Otro para ti.*

Lo había enviado el mismo día en que se marcharon, pero no había insistido más. Mi mensaje se había quedado en visto, ya me contestaría cuando pudiera o quisiera, él era así, lo mismo y hasta estaba enfadado.

Ahora me tocaba enfrentarme al de Cristina, y no sabía si iba a ser capaz. Hice de tripas corazón para leerlo, pero no le iba a contestar, no me apetecía volver a tener contacto con una de las personas que más daño me habían hecho.

**Cristina:** *Sé que no me vas a creer, pero te echo de menos, amiga. Ojalá cuando todo esto pase, podamos tener la complicidad que hemos tenido durante toda nuestra vida. No te puedo contar nada, lo prometí, pero ten por seguro una cosa: jamás te traicionaría. Piensa que nada es lo que parece. Te quiero y te querré siempre.*

Cuando quise darme cuenta, las lágrimas estaban corriendo por mis mejillas, pero no por lo que ponía, porque no me creía nada de lo que leí, sino porque nuestra amistad, que había sobrevivido a lo largo de los años, se había roto por un indeseable que nunca debería haber aparecido de nuevo.

Empezaba a dolerme la cabeza, así que me fui a la cama, donde Luca dormía como un bendito, al fresco del ventilador de techo que tenía encendido, porque para dormir no me gustaba poner el aire acondicionado. Me metí en la cama y, en cuanto me notó, abrió un ojo, me regaló una sonrisa y se acurrucó a mi lado, dejando su cabecita encima de mi hombro.

Jamás he entendido cómo se le puede hacer daño a un niño, pero mucho menos si quien lo inflige es alguno de sus progenitores. Yo iba a quererlo por todos los que no lo habían hecho, eso me lo prometía a mí misma.

El cumpleaños era en la playa, a las doce de la mañana, y la mamá de Sergio había contratado un monitor para que jugara con ellos, y allí estábamos los dos, mientras mi madre dejaba todo listo donde estaban sus amigas. Ese día le dije que no preparara comida, que comeríamos en el chiringuito, se lo merecía, y yo me lo podía permitir.

Luca se lo pasó bomba. Estábamos comiendo cuando mi madre recibió una llamada de Leo, que no dudó en contestar. Por gestos le indiqué que no le dijera nada de que yo estaba aquí.

—Dime, Leo, menos mal que das señales de vida, porque llevas unos días desaparecido —le dijo mi madre, para que supiera que estaba molesta por su ausencia.

—Tienes razón, Manuela, pero no te puedes imaginar lo liado que he estado. Cuando podía llamar, o era demasiado temprano o demasiado tarde, por eso hoy, que he salido para comer, no he dudado en llamar. ¿Está Luca por ahí? —Lo escuchaba al otro lado de la línea.

—Hola, papá, ¿vas a venir algún día a verme? Aunque no me puedas llevar contigo, pero quiero verte, papi —le dijo Luca, y yo me levanté para marcharme, no podía con esas cosas.

Hice como que iba al baño, pero en realidad me marché porque iba a quitarle el teléfono al niño y le iba a decir cuatro cosas bien dichas, y no quería montar un numerito ni quitarle a Luca la oportunidad de poder hablar con su padre.

Más que una llamada, aquello fue un telegrama, porque no había llegado ni a la barra cuando ya había colgado. No sé si eran las hormonas, que las tenía revolucionadas, o qué coño era, pero si lo llego a tener delante, le hubiera vuelto la cara del revés del tortazo que le habría dado.

Después de comer, regresamos a la playa hasta que se hizo de noche. Se estaba de escándalo, porque no hacía ni frío ni calor, y el agua estaba a la temperatura ideal.

Al subir, me di de bruces con Cristina, pero hice como si fuera una extraña. Me disculpé por el golpe, y listo.

—Carol, por favor, no me trates así —me dijo, mirándome con pena.

—¿Qué no te trate así? Peor debería de hacerlo, pero yo no soy como vosotras, a mí me duelen las cosas.

—Todo tiene una explicación, te lo prometo.

—Pues si es así, soy toda oídos, venga, dime cuál es esa explicación. —Os prometo que me entraron ganas de gritar, pero no lo iba a hacer.

—No puedo contarte nada todavía, pero lo haré en cuanto pueda.

—Claro que sí, es que todavía no se te ha ocurrido una buena excusa que ponerme. Hazme un favor, olvídate de que existo.

Mi madre había seguido adelante con Luca, y yo me dispuse a darle el encuentro. Cristina se quedó llorando, pero estaba completamente segura de que esas lágrimas eran de remordimientos, no de pena, y me daban absolutamente lo mismo.

—¿Por qué eres tan dura con ella, Carol? —me preguntó mi madre, que la quería como si fuera una hija más.

—¿Dura con ella? No, si te parece, le pongo una alfombra y le aplaudo cuando la vea.

—Ella asegura que tiene una explicación…

—Y le he dicho que me la dé. Le he dado la oportunidad de que me explique por qué lo ha hecho, ¿sabes lo que me ha contestado? Que no podía dármela en este momento, que lo haría cuando pudiera.

—No sé, todo esto me parece demasiado raro. Lo de Leo, lo de Cristina, igual estamos equivocadas.

—Pues si estamos equivocadas, tiempo han tenido todos de sacarnos del error. No quiero saber nada de ninguno, así de claro te lo digo.

Esa noche estaba muy cabreada, y me apetecía estar sola, así que Luca se quedó abajo, y yo me subí a mi casa. Me preparé un sándwich y me lo comí en la terraza. ¿Por qué la gente era así de interesada? ¿Qué ganaba ella con todo esto? Porque estaba claro que Leo y Alejandro sí que se estaban acostando con la tal Anita, y el que Cristina lo estuviera consintiendo, me escamaba mucho.

*Y mientras cenaba, recordé el encuentro que había tenido con Gonzalo por la tarde…*

*—Hombre, pero si está aquí la desaparecida. ¿Por qué no vienes mañana a comer con Cristina? Yo invito —me dijo Gonzalo, después de saludarnos con un par de besos.*

*—Yo no tengo ganas de verla, pero me parece que a ella le apetece menos todavía verte a ti —le contesté, riendo.*

*—¿No te ha contado nada? Pero si fue ella la que vino a buscarme hace unos días, nos hemos acostado un par de veces más. Eso sí, sin dramas ni relaciones, sexo por placer, nada más.*

*La boca me iba a llegar al suelo. ¿Cristina y Gonzalo acostándose de nuevo? ¿Dónde estaba la cámara oculta? Le dije adiós con la mano y continué mi camino, me había quedado sin palabras.*

# Capítulo 38



Era viernes y me levanté, que no me soportaba ni yo. Cosas de las hormonas y el embarazo, que había días en que me despertaba guerrera, y hoy era uno de esos.

—¿Por qué traes esa cara? —me preguntó mi madre.

—Lo siento, se me olvidó ponerme la de los domingos y festivos. ¿Qué cara quieres que traiga? Pues la de todos los días, no está la economía para cirugías faciales —le contesté, irónicamente.

—A mí no me vengas con esos humos, porque por mucha edad que tengas, todavía soy tu madre, y te arreo un tortazo con la mano abierta que tocas las palmas con las orejas, fíjate lo que te digo.

—Mejor me voy a mi casa y me preparo para irme a la playa, que no tengo ganas de aguantar tonterías.

—Hala, ya estás tardando, y cuando llegues, date un bañito, a ver si el salitre del mar te quita esa cara de malhumorada que tienes, que parece que

te lo han hecho y no te lo han pagado.

—Pues será eso, porque hacérmelo sí que me lo han hecho, la puñeta y estupendamente —dije, y salí dando un portazo.

Subí a mi casa, me planté un bikini rojo que tenía sin estrenar, con el que ya se notaba una pequeña curvita en mi vientre, mi bolsa y me fui a la playa dando un paseo.

De camino a la playa, recordé que ni siquiera había desayunado. En realidad, no fue un pensamiento, fue mi estómago quien me lo dijo, con un ruido como el de una cafetera antigua, así que entré en la primera cafetería abierta.

Con una tostada del tamaño de la suela de un zapato del cuarenta y cinco y dos zumos de naranja en el cuerpo, ahora sí estaba lista para seguir. Cuando llegué, ya estaban mi madre y el niño allí.

—¿Dónde te has metido? ¿Tu mal humor te ha desorientado? —me preguntó con mucha guasa.

—Ja, ja, qué graciosa es mi madre, oye. Pues no, lista, que eres tú muy lista, me he parado a desayunar, porque no había comido nada y tenía hambre.

—Joder, Carol, hoy estás que te sales, me has dicho graciosa, lista, ya solo te falta decirme, guapa —me contestó mi madre, y no pude hacer otra cosa que reírme.

Sabía que lo decía para hacerme reír, para no verme con la cara con la que me había levantado. Pero la vida me las había hecho pasar mal desde joven, y lo de hoy era la suma de todo. Solo esperaba un día tranquilo, sin sobresaltos, pero quedó en eso: un deseo.

—¡Papá! ¿Has venido a recogerme? —gritó Luca en un momento determinado, y algo se me removió por dentro.

—Sí, mi amor, he venido a por ti, a que pasemos estas dos semanas como tú quieras —le respondió su padre, mientras no paraba de darle besos.

—Ya se habrá cansado de la Barbie, hasta que se le cruce otra —murmuré, ganándome una mirada reprobatoria de mi madre, que me dio exactamente lo mismo.

—Te dije una vez, y te lo repito, que nada es lo que parece. Cuando te dé la gana, me avisas y hablamos. —Se dirigió a mí, en un tono que se me antojó un tanto chulesco.

—Cuando las ranas bailen flamenco.

Esa fue mi respuesta, mientras me levantaba para ir al agua. Cuando escuché la carcajada que soltó, me volví y, la mirada que me había echado a mí, mi madre, comparada con la que yo le estaba lanzando a él, era como la del gato de Shrek cuando quería algo. Si hubiera podido, en ese mismo momento, lo hubiera cogido por el cuello hasta que se pusiera morado, pero no me gustaba la violencia.

Lo dejé hablando con mi madre y me metí en el mar. La sensación de las olas meciéndome me fue relajando. Lo veía hablar con ella, con el niño en brazos, y hasta parecía un padre responsable, cuando en realidad era un desalmado que lo cambiaba por el primer par de tetas que se le cruzaban.

Como me estaba calentando otra vez, preferí girarme y mirar al horizonte, donde la imagen del castillo se reflejaba en el agua, y me concentré en eso hasta quedarme casi dormida. Por eso decidí que era hora de volver a la arena, que al final me iba a ahogar, y no quería que en mi lápida dijera: «Murió embarazada por no dejar de mirar al capullo del padre de su hijo».

Yo sola me reía con mis ocurrencias, y cuando llegué hasta donde estaban mi madre y sus amigas, lo hice con una sonrisa.

—Menos mal que te ha cambiado el semblante, Carol, por lo menos ya sonríes —me dijo mi madre al verme.

—Sí, pero no creas que es porque haya visto al capullo de Leo, que te conozco.

—Me da igual el motivo, el caso es que estás sonriendo.

—Qué buen muchacho es el padre del niño. Nos había invitado a comer, pero como dijimos que no, nos dejó quinientos euros para que salgamos a cenar y al bingo —dijo una amiga de mi madre, mientras ella le hacía gestos para que se callara.

—Buenísimo, es. Fíjate, que están pensando en hacerlo santo: San Leo de las Faldas, se iba a llamar —contesté y, como sabía que iban a empezar con los halagos, me puse los auriculares con música y me recosté en la silla.

El día había transcurrido como otro cualquiera, por lo que, llegado el momento, recogimos todo y nos fuimos a casa. Tenía ganas de llegar, darme una ducha y comerme la ensalada que había dejado preparada para cuando volviera, porque sabía que, con el cansancio, terminaría por comer cualquier porquería, y ahora tenía que alimentarme bien, por mi hijo.

—Carol, no seas tan obstinada, habla con ese muchacho —me decía mi madre, intentando que entrara en razón.

—Ese muchacho, como tú lo has llamado, y yo, no tenemos nada de lo que hablar, te lo aseguro.

—¿Y si es verdad que nada es lo que parece? ¿Y si estamos equivocadas y todo tiene explicación?

—¿Y si cae un meteorito ahora mismo y nos aplasta? Venga ya, mamá, que ya no tengo dieciséis años para creerme sus cuentos.

—Tú misma, haz lo que te dicte el corazón, pero luego no quiero verte llorar, arrepentida.

—Joder, qué pesados sois con el arrepentimiento. De lo único que me arrepiento en esta vida es de no haber seguido con mi embarazo en aquel

momento, aunque no era el adecuado. De lo demás, soy plenamente consciente de lo que hago.

Subí las escaleras hasta mi casa sin decirle a mi madre ni adiós. Es que no esperé ni el ascensor, ya estaba cansada de escuchar siempre la misma cantinela.

Hice todo como lo tenía planeado. Lo único que cambié fue que pensaba cenar en la terraza y no lo hice; hacía demasiado calor, o al menos yo lo sentía, así que me senté en el salón con el aire acondicionado y me puse a ver una serie que me tenía enganchada.

No salí en todo el fin de semana. No me apetecía ni ir a la playa ni ver a nadie. Mi madre subió el sábado por la noche; al ver que estaba bien y sin ganas de charla, se marchó tal como vino.

—Cuando quieras hablar, ya sabes dónde estoy. No voy a seguir ni un minuto más intentando sacarte las palabras con un sacacorchos. —Cerró la puerta y se fue, sin dar opción a réplica.

Cogí el móvil, que no había mirado en días, pero no tenía nada nuevo. Mi compañero no me había contestado, lo cual me extrañó un poco, así que decidí llamarlo, obteniendo la típica locución de «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos». Bueno, no importaba, porque el lunes ya teníamos que incorporarnos todos, y allí le preguntaría qué le había pasado.

Me hice un bol de palomitas, que se me antojaron, y me senté a seguir viendo los últimos capítulos de la temporada. Por suerte, eran siete temporadas grabadas, con lo cual estaría entretenida bastante tiempo.

No sé a qué hora me acosté, pero sí que me costaba dormir. Dicen que todas las embarazadas son marmotas, pero yo era un búho, toda la noche, con los ojos abiertos.

Con mi desvelo, me puse a mirar las redes sociales de Leo, donde había subido una foto reciente, de él con el niño, sentados al borde de la piscina, esa que acaricié desde la pantalla del móvil. El pie de foto decía:

*«Ni son todos los que están, ni están todos los que son. Ojalá repitamos esta foto con la persona que falta. Te queremos».*

¿A quién se refería? A mí seguro que no era, eso lo tengo claro, quizás estaba pensando en presentarle a Anita como su pareja, o había conocido a otra persona, que también podía ser.

Sin querer darle más vueltas, y viendo que Morfeo por fin se había apiadado de mí, dejé el teléfono a un lado y me cerré los ojos, cayendo en un profundo sueño.

Esa noche soñé con mi bebé, una preciosa niña con mi pelo y los ojos de su padre, de ese azul tan particular que recordaba al mar en calma. La niña señalaba con su manita, desde su cochecito, a su padre, que se alejaba conforme nosotras avanzábamos, y rompía a llorar.

Me desperté sobresaltada, con las lágrimas cayendo por mi cara, por lo que me levanté de la cama, sintiéndome mal, muy triste, intentando entender el sueño. ¿Lloraba mi hija porque su padre no sabía nada de ella? O, por el contrario, ¿lloraba porque sí lo sabía y no le importaba?

—¿Qué te pasa, Carol? —me dijo mi madre en cuanto que me vio entrar por la puerta de su casa.

—No lo sé, mamá. He tenido un sueño horrible, que empezó precioso y terminó en una pesadilla.

Le conté lo que había soñado, esperando que me ayudara a interpretarlo, a ver si entre las dos encontrábamos un sentido.

—Carol, mi amor, ese es tu subconsciente hablando. No le niegues el derecho de saber que va a ser padre. Si quiere formar parte de su vida, pues bienvenido, como pareja, si decidís daros otra oportunidad, o como amigos. Y si no quiere saber nada, tú tienes los reaños para sacarlo adelante sola, con el apoyo de sus abuelos, por supuesto.

—No te montes películas, mamá. Que tengamos un hijo y se lo diga no significa que vayamos a ser pareja. En realidad, nunca lo hemos sido. Lo nuestro nunca fue una relación.

—Algo hubo, de lo contrario no vendría un niño en camino, Carol. Llámalo como quieras.

—Sexo, mamá, tuvimos sexo.

—Además de eso, que tonta no soy. Pero las miradas que os dais… eso no es sexo, es amor, lo pintes como lo pintes.

—Vale, lo que tú digas. No voy a discutir contigo, no tengo ganas. Esta semana lo llamaré y quedaré con él para decírselo. No prometo más.

# Capítulo 39



Por fin era lunes y regresaba al trabajo. Pensaréis que exagero, pero tantos días libres me agobiaban bastante, porque llegaba un punto en el que no sabía ya qué hacer. Estaba deseando retomar mi rutina, aunque esta se vería ligeramente alterada por mi embarazo, ese que ya estaba por concluir su primer trimestre.

Todavía no había hablado con Leo, no lo había llamado para vernos. Durante toda la tarde del domingo, cada vez que cogía el móvil para escribirle un mensaje, acababa borrándolo y dejándolo a un lado. Cuando saliera del trabajo lo haría, ya encontraría las palabras adecuadas para decirle que necesitaba hablar con él.

—Buenos días, Braulio. ¿Qué tal las vacaciones? —le dije al hombre de seguridad de la puerta, minutos antes de mi hora de entrada.

—Buenos días, Carolina. Aburrido, en el campo, con mi mujer, cuidando de mis nietos mientras sus padres se iban solos de viaje. ¡Para lo que hemos quedado! —me dijo Braulio riendo.

—Eso es bueno, así ellos tienen un poquito de intimidad, que también es necesario en una pareja.

—Te veo más guapa, tienes algo que no sé cómo describir, pero te hace ver radiante.

—Gracias, ya te enterarás —le dije, con un guiño, mientras me subía en el ascensor.

Pensaba que mis compañeros ya estarían arriba, pero cuando llegué lo que me encontré fue a mi jefa, Teresa, con un montón de policías, que estaban haciendo un registro minucioso de todo.

—¿Qué ha ocurrido, Teresa? ¿Nos han robado o algo? —pregunté, preocupada.

—Ven a mi despacho, te lo explico allí, que ese ya lo han registrado.

La notaba preocupada, y no tenía ni idea de cuál era el problema. Esperaba que lo pudiera contar pronto, o me iba a dar algo.

—Carol, han descubierto que Domingo y Benito estaban implicados en una red de corrupción, y que intentaron involucrarte. Menos mal que hiciste tu trabajo correctamente, y que no te fuiste de viaje con ellos, gracias al cielo.

—¿Qué me estás contando? No me lo puedo creer. Por favor, cuéntame todo con detalle.

—Al parecer, y esto es, según la policía, ellos enviaban a distintas empresas comunicados requiriendo documentación. Una vez que los responsables venían, les hacían ver que faltaba dinero, para luego, compinchados con personal de administración, y otros muchos empresarios, hacer que esas faltas se hicieran realidad, pero se las hacían pasar por malas gestiones del departamento de contabilidad.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Varios expedientes fueron a parar a tus manos, entre ellos los de la empresa cafetera y los de la exportación, con cuyo propietario salisteis a comer alguna que otra vez.

—¿Y ellos también están metidos en esto? —pregunté, temerosa, de que me dijera que sí, porque entonces, ¿qué sería de Luca?

—Mario González, sí, al igual muchos otros, pero Leo Camacho, no. Él ha sido el que ha ayudado a destapar todo, tendiéndole una trampa a una tal Anita, con quien ha fingido tener una relación para obtener la información de todo lo que estaban tramando.

¿Si os digo que tuve que sentarme, me creéis? Pues sí, y casi pierdo el conocimiento del mareo que me entró. Cogí lo primero que había en la mesa para abanicarme, a pesar de que estaba puesto el aire acondicionado.

—No puede ser. ¿Fingieron ser mis amigos para que pareciera que lo había hecho yo?

—Algo así. Sé que duele, porque a mí también han intentado jugármela. Mi firma está en varios de esos documentos, pero he podido demostrar que no he sido yo, que no se ha hecho desde mi terminal, aunque todavía estoy en el centro de la investigación.

—Deduzco que no podremos entrar a trabajar hoy, ¿me equivoco?

—Por cómo va esto, me temo que no. ¿Por qué no te marchas a casa? No tienes buen aspecto, estás pálida.

—Estoy embarazada, y esto me ha alterado un poco. No quiero encerrarme en casa sin saber qué ocurre, me pondría más nerviosa. Prefiero quedarme aquí, contigo, para enterarme de todo.

—Como tú prefieras. Solo prométeme una cosa, si en algún momento te encuentras mal, me lo dices y nos vamos las dos, donde sea, pero no te vas a quedar aquí.

Durante todo el registro, nos quedamos las dos allí, en completo silencio, yo rumiando e intentando entender todo, ella no sé lo que estaría pensando.

Más de cinco horas estuvieron los agentes allí, hasta que nos permitieron volver a nuestros puestos de trabajo. A Teresa le pidieron que no saliera del país sin notificarlo, y a mí, me dijeron que no me preocupara, que el señor

Camacho había asegurado que yo no tenía ninguna implicación, que solo había sido un peón en manos perversas.

Tenía que llamarlo, hablar con él y contarle lo del embarazo, además de darle las gracias por todo lo que había hecho, pero no encontraba el momento. Si lo hacía ahora, pensaría que lo estaba haciendo por haberme quitado un buen mochuelo de encima, pero si no lo hacía, iba a pensar que era una desagradecida. Mi cabeza estaba hecha un lío, y no tenía a nadie a quien llamar para que me aconsejara, ahora ya no.

Antes, hubiera cogido el móvil para llamar a Cristina, y últimamente, lo hubiera hecho con Domingo, pero los dos me habían traicionado. ¿Qué podía hacer? ¿Con quién podría hablar para que me diera una opinión neutral de todo? De repente pensé en alguien, Braulio, él no nos conocía a ninguno, podría darme una opinión sin estar influenciado por nadie.

—Braulio, ¿tienes un minuto? —le pregunté.

—Todo el del mundo, la policía ha cerrado el edificio y no deja entrar a nadie, así que, si quieres, vamos a tomar un café y hablamos.

—¡No! Café no, por lo que tú más quieras. Un refresco, un zumo, agua, lo que te dé la gana menos eso —exclamé, no tenía ganas de tener que salir corriendo a un baño.

Braulio me miró sorprendido. No era tan mayor, rondaría los cincuenta y pocos años, pero se había casado joven y ya tenía hijos adultos, por eso los nietos.

—¡Ya sé qué tienes que te hace estar más guapa! ¡Estás embarazada! —exclamó, abrazándome muy fuerte.

—Sí, y tengo un lío mental que no sé qué hacer, por eso necesito tu consejo.

Bajamos a la cafetería del edificio, esa donde solo accedía el personal administrativo, y nos sentamos en una mesa. Era la una y media pasada, así que pedimos dos refrescos y una tapita de tortilla que la cocinera acababa de sacar, y se me fueron los ojos tras ella.

—Venga, ataca, que no quiero que la niña salga con una tortilla en la frente —me dijo, sonriendo y viendo cómo babeaba.

—¡Qué manía con que va a ser una niña! ¿Y si es un niño?

—Pues si es un niño, lo querremos igual, pero tengo clarísimo que va a ser una niña. Llámalo sexto sentido, pero siempre acierto en el sexo de los bebés. Con mis hijos me pasó lo mismo, y con mis nietos.

—Nada, si estás tan seguro, entonces empezaré a pensar en nombres de niña y a comprar ropita rosa —le dije, entre risas.

—Ahora, cuéntame que eso que te está atormentando, a ver si podemos hacer algo para remediarlo.

Se lo conté, todo, desde Leo hasta Mario, pasando por Domingo y Benito, lo que me habían hecho mis amigos, lo que me decía mi madre, absolutamente todo, no me dejé nada.

Braulio me miraba con sorpresa, con rabia y con dolor, todos los estados de ánimo por los que yo había pasado, y durante un rato se mantuvo en silencio.

—Me has dejado fuera de juego, Carolina. No sé qué decirte.

—Lo supongo, pero solo quiero que me digas lo que tú harías si estuvieras en mi situación.

—Es difícil ponerse en tu lugar, pero suponiendo que fuera yo el afectado, lo primero sería reunirme con todos, juntos, para que me explicaran lo ocurrido, para que me dieran esa respuesta que tanto buscas.

—¿Y si no me convencen? ¿Y si veo que todo es una absurda patraña?

—Pues cortas por lo sano, pero con la satisfacción de saber lo que ha sucedido. Y con respecto al padre del niño, por supuesto, que le contaría lo del embarazo.

—¿Y si no quiere saber nada de él? ¿Si niega que sea suyo?

—Deja los «Y si…», hazme el favor. Piensa que, si no quiere saber nada de él, si se desentiende del bebé, el día de mañana, cuando tu hijo creciera,

jamás podrá echarte en cara que no conoció a su padre por tu culpa.

—Tienes razón, pero no sé cómo hacerlo, tengo tanto miedo de lo que pueda pasar…

—Pues lo único que puede pasar es que todo continúe como hasta ahora, sin ninguno de ellos en tu vida, por lo que no deberías tenerlo. No arriesgas nada, Carolina, ellos sí que lo van a hacer, pero tú, no.

Me marché a casa después de hablar con Braulio, y decidida a hacer eso que me había aconsejado. Quedaría con todos en mi casa esa misma tarde, no quería hacerlo en ningún lugar público. Entré en el grupo que teníamos en común todos, y escribí el mensaje, tan solo esperaba que no me hubieran sacado de él.

**Carolina:** *Os quiero a todos en mi casa a las seis. Tenéis muchas cosas que aclararme.*

Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón, sin esperar a que me contestaran, entre otras cosas porque suponía que estarían trabajando, pero empezó a vibrar como loco, por lo que lo saqué a ver quién había contestado.

**Leo:** *Allí estaré. Creo que tú también tienes que darme alguna que otra explicación.*

**Cristina:** *¡Por fin se han escuchado mis plegarias! Ahora mismo llamo para pedir el día libre, que hoy estaba de tarde. No pienso desaprovechar*

*la oportunidad.*

**María:** *Me parece que no solo nosotros tenemos que pedir disculpas, porque tú tampoco lo has hecho bien. Pero iré, como dice Cris, no voy a desaprovechar la oportunidad de decirte unas cuantas cositas.*

**Alejandro:** *¿David y yo también?*

**Carolina:** *Cuando he dicho todos, me refiero a eso: a todos. Yo, al único que tengo que decirle algo, es a Leo. María, me parece que te estás equivocando, en el tono y en el contenido, pero prefiero hablarlo cara a cara.*

Ese fue el último mensaje que compartimos, guardé el móvil en el interior del bolso y continué mi camino a casa. Al bajarme del autobús, me llegó el olorcito de un asador que habían abierto nuevo cerca de mi casa, y no me resistí a entrar. Se me había antojado pollo asado, con unas patatitas y unos pimientos fritos, así que me lo llevé para arriba.

Llamé a la puerta de mis padres, sabía que hoy estaban en casa, porque era el primer día de vacaciones de mi padre y nunca salían. Decía que ese primer día quería disfrutarlo descansando, todos los años hacía lo mismo.

—¡Qué bien huele! ¿Qué traes ahí? —me preguntó mi padre, al abrirme la puerta.

—Un pollito asado con sus guarniciones, espero que no hayáis comido todavía.

—Estábamos poniendo la mesa, tu madre ha hecho una ensaladilla, pero la dejamos para la cena, y listo.

—Mamá, he quedado con todos, esta tarde a las seis en mi casa, no sabes lo que ha pasado esta mañana en la oficina —le dije, dejando las bolsas en la cocina para que mi padre repartiera todo en los platos.

—Si no me lo cuentas, hasta ahora me llamo Manuela, no Aramis Fuster, así que no puedo adivinarlo. —Ya estaba Manolita tirando de la ironía.

—Pues verás…

Le conté a mi madre todo, y me alabó en mi decisión de quedar con todos a la vez, aunque le dije que había sido idea de Braulio.

# Capítulo 40



**Leo**

Cuando recibí ese mensaje de Carolina, bueno, en realidad lo recibimos todos, porque lo puso en el grupo que teníamos en conjunto, y en el que no se había hablado nada desde que todo empezó. Algo se me removió por dentro. No sabría describir los sentimientos que me invadieron, pero no pude evitar contestarle que ella también tenía muchas cosas que aclarar.

Imaginé que, si no me había dicho nada del embarazo, era porque yo no era el padre, y eso me dolió. Pero estaba dispuesto a criarlo como si fuera mío, siempre que ella me dejara, que me perdonara por lo que le había hecho, que, por otro lado, era algo más que necesario.

Cuando ella contestó que al único que tenía que decirle algo era a mí, pensé que aún quedaba un rayito de esperanza, y eso me hizo sonreír. Marcaban las cuatro y media en el reloj de mi salón cuando decidí que ya no aguantaba más, así que, vestí a Luca y me dispuse a salir de casa.

—Papá, ¿otra vez me quedo a dormir con la abuela Manuela? —me preguntó, Luca, con un halo de tristeza.

—No, mi amor, esta noche dormimos en casa, pero tengo que ir a hablar con Carol.

—¿Es sobre el bebé que está creciendo en su barriguita?

—Sí… no… en realidad, no lo sé, Luca. Pero no dudes que, si se trata del bebé, tú serás el primero en saberlo —le contesté con una sonrisa.

Tomé un taxi, no quería perder el tiempo buscando estacionamiento, quería verla y hablar con ella antes de que llegaran los demás, donde el ambiente se tensaría, especialmente por la disputa que había entre María y ella.

—Mi amor, mientras yo subo a hablar con Carol, ¿te importaría quedarte con la abuela Manuela? —le pregunté a mi hijo al bajarnos del taxi.

—Siempre que luego vuelvas a por mí, no me importa. Es más, la echo de menos, así que me gustaría pasar un ratito con ella. Le voy a decir que hagamos un bizcocho de esos que tanto me gustan, de limón y yogur.

Subimos hasta casa de Manuela, que me abrió la puerta con una sonrisa.

—Pero mira a quién tenemos aquí. ¿Te quedas conmigo mientras papá sube a casa de Carol? —le dijo a mi hijo, que se lanzó a sus brazos,

demostrándole el cariño que se profesaban el uno por el otro.

—Abuela, ¿hacemos un bizcocho y así se lo subimos a ellos para que merienden?

—Claro, seguro que nos da tiempo, porque tienen mucho de lo que hablar, largo y tendido. Y tú, espero que tengas los oídos bien abiertos, que no saques conclusiones apresuradas y que actúes en consecuencia —me dijo Manuela, tomando a mi hijo de la mano para entrar con él a su casa.

Subí hasta la casa de Carolina, respiré hondo en la puerta, y cuando iba a llamar, ella me abrió la puerta. Era como si me hubiera presentido, como si sintiera mi presencia incluso antes de que yo llegara.

—No te asustes, no soy adivina. Mi madre me ha enviado un mensaje. Pasa al salón —me dijo. No tenía un tono desagradable, aunque tampoco era la misma Carol que yo conocía.

—Menos mal, pensé que habías notado mi presencia.

—Ni que fueras un fantasma, aunque bueno, pensándolo bien, un poco de eso sí que eres —me contestó, con una media sonrisa que estaba loco por besar.

—¿Cómo estás? Supongo que ya te habrás enterado de todo, y por eso nos has citado aquí.

—Estoy, que no es poco. Sí, ya me he enterado, pero eso lo hablaremos cuando estén todos, antes me gustaría contarte algo. No sé cómo te lo vas a tomar, y quiero que sepas que no pienso obligarte a nada, pero…

—Ya lo sé, solo quiero que me confirmes que soy el padre —le dije, aguantando los nervios que sentía, esperando con ansias su contestación.

—Lo eres, estoy a punto de cumplir las doce semanas, tan solo me quedan dos días…

No la dejé terminar, el impulso fue abrazarla, me había dado la mayor alegría de mi vida, y la besé, sin saber cómo ni por qué, terminamos devorándonos los labios.

—Quiero ejercer de padre, de novio y de todo lo que tú quieras que ejerza.

—No te sientas obligado a estar conmigo por el bebé. Siempre serás su padre y no te quitaré los derechos que tienes sobre él, si decides ejercerlos, por supuesto. Como te he dicho antes, no te voy a exigir nada.

En ese instante en que iba a responder, tocaron la puerta, eran los demás que llegaron juntos.

—Esta conversación todavía no ha terminado, tenemos mucho de lo que hablar —le dije, dejándole un beso en la mejilla al pasar por su lado.

Cuando estuvieron todos sentados y acomodados, porque tranquilos no estábamos ninguno, Carolina cogió una silla y se sentó frente a nosotros. La primera en hablar fue Cristina.

—Ahora ya estamos en disposición de darte esa explicación que me pediste, ahora sí que vas a entender mi posición.

—Yo sigo esperando que alguien me lo explique, me da igual quién sea.

—Creo que soy yo quien debe aclararte todo, al fin y al cabo, ellos solo siguieron mis instrucciones para poder ayudarme —le dije, levantándome para sentarme en una silla junto a la suya.

—Tú dirás, soy toda oídos.

—Pensé que nunca tendría la oportunidad de explicártelo, que me lo ibas a poner muy difícil, pero quiero que entiendas que todo ha sido por protegerte, a ti y a Luca…

Le conté todo lo que me había dicho la policía, justifiqué mis acciones, tanto con ella como con mi hijo, así como la de sus amigas, especialmente Cristina, que era la más cercana. Lo hice tomándola de las manos, para que notara mi presencia en todo momento, mi cercanía, mientras que veía cómo sus lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Por qué no me contaste nada? Lo habría entendido —me dijo, mirándome a los ojos.

—Porque no podía, tenías que creer que ni tú ni Luca me importabais una mierda, para que fuera creíble para los demás, sobre todo para Anita y Mario.

—Hay algo que no entiendo… ¿Por qué me ha dicho Gonzalo que te has acostado varias veces con él? ¿Alejandro y tú no estáis juntos? —preguntó, dirigiéndose a Cristina, que se puso roja como un tomate.

—Como comprenderás, él no iba a estar disfrutando con esa mujer y yo a quedarme con las ganas…

—¿Tú también te has acostado con ella? Joder, al final le tendré que preguntar a mi padre si también lo ha hecho. Creo que hasta Domingo y Benito han pasado por su cama.

—Digamos que, en cuestiones de sexo, Anita tenía gustos muy variados. Y claro que esos dos también pasaron por su cama, junto con Mario, que es bisexual.

—Me estoy quedando muerta. Pero a pesar de todo, sigo diciendo lo mismo, me lo podríais haber contado. Yo me hubiera echado a un lado, como hizo Cristina, y me hubiera acostado con otro, para quedar en empate, digo.

—Lo hiciste. ¿Acaso crees que no sé que estuviste con él en su casa? Y no sabes cuánto me dolió, pero entendí que lo hacías por despecho, por cómo te hablé y actué.

—No te equivoques, lo hice porque me apetecía en ese momento, y solo ocurrió una vez, no sentía lo mismo que cuando estaba contigo, y eso me hizo ver que era un error. Por lo que veo, lo tuyo sí que fue más de una vez…

—Y pensaba en ti, cuando la tocaba, cuando la besaba… Me partía el alma hacerte tanto daño, y a Luca, ni te imaginas cuánto he llorado cuando me decía que quería estar conmigo.

—El que no te imaginas lo que ha sufrido ese niño eres tú. Me desgarraba por dentro cada vez que preguntaba si tú lo querías.

—Lo quiero más que a mi vida, igual que ya quiero a este que se está gestando —le dije, posando mi mano en su vientre. Era la primera vez que lo hacía, y la emoción pudo conmigo.

—Un momento, un momento… ¿Estás diciendo que Carolina está esperando un hijo tuyo? —dijo María, poniéndose de pie.

—Eso mismo ha dicho. Mañana tengo la ecografía de las doce semanas…

—Ah, no. Este bebé va a nacer en mi clínica, y va a ayudar a traerlo al mundo su tata María, y su tato David será quien verifique que crece sano. Así que, levanta el culo que nos vamos, ahora mismo vamos a ver a ese pequeñín.

—¿Tú no eras la que estaba enfadada con Carolina? —le pregunté con una sonrisa.

Se fundieron en un abrazo las tres, con lágrimas que brotaban sin parar. Yo no fui menos, por eso mis amigos también vinieron a felicitarme por mi próxima paternidad.

Seguíamos teniendo esa charla pendiente, pero ahora íbamos a ver a mi bebé por primera vez, aunque antes pasamos a buscar a sus padres y a mi hijo, que se mostraron encantados de acompañarnos.

Luca no sabía a lo que iba, se lo diríamos cuando lo viera en la pantalla, porque Carolina tenía clarísimo que quería que el niño estuviera delante. Durante todo el trayecto, llevaba a Carolina de la mano, y en ningún momento hizo el ademán de soltarme, y eso me reconfortaba por dentro.

—Vamos a ver, como comprenderéis, por mucha influencia que tenga, las dimensiones de la consulta son las que son, así que no podemos entrar todos. ¿Quién va a entrar con Carolina, además de Leo y Luca? —dijo María, en la puerta de la consulta.

—Creo que deberían pasar sus padres, los demás tendremos más oportunidades de acompañarla otras veces —dijo Cristina, que no paraba de sonreír.

—Pues nada, vamos allá —dijo María, abriendo la puerta para que pasáramos todos.

—Me comenta María que la mamá es como de la familia, y que yo llevaré todo el embarazo y el parto. Así que, túmbate en la camilla y deja el vientre

al aire, que enseguida vengo a ver a ese pequeñín o pequeñina, luego te haré la ficha y te daré la próxima cita —dijo la doctora. Finalmente, su padre decidió quedarse fuera, así que entramos Luca, Manuela y yo.

—Estoy muy nerviosa, con que me digas que todo va bien, me conformo —dijo Carolina, por lo que no dudé en tomarla de la mano.

—Papi, ¿vamos a ver al bebé dentro de la barriguita de Carol? —preguntó mi hijo, un tanto emocionado.

—Si, mi amor, vamos a ver a tu hermanito o hermanita —le contesté, mientras él me miraba sorprendido.

Carol lo llamó para que se acercara, y le dio un beso, dejándolo cerquita de ella, para que lo viera bien.

En el instante en que vimos la imagen del bebé en la pantalla, la emoción nos invadió a todos, María fue la primera, llorando como si la ecografía fuera para ella.

—Ahora vamos a escuchar su corazoncito —nos dijo la doctora, subiendo el volumen al aparato.

—¿Ese es su corazón, papá? ¡Qué fuerte! —exclamó Luca, emocionado al ver las lágrimas de Carolina, al igual que las mías y las de Manuela, que también se notaba muy emocionada.

—¿Queréis saber el sexo? —nos preguntó la doctora. Nos miramos y asentimos los dos a la vez— Pues vais a tener a una preciosa princesa, es una niña.

—¡Voy a tener una hermanita! —gritaba Luca por toda la consulta, sacándonos una risa a todos.

# Capítulo 41



Salimos locos de contentos de la consulta, por supuesto, no hubo opción a réplica con lo que había dicho María; ella se haría cargo de todo lo relacionado con la consulta y el parto, por más que insistimos en que lo pagaríamos nosotros. Pero si por algo estaba feliz, era porque todo se había solucionado. Volvíamos a ser los mismos de antes, sobre todo nosotras, que nunca nos habíamos separado.

—¡Ay, amiga, cuanto te he echado de menos! —me dijo Cristina, dándome un beso en la mejilla.

—Sí, sí, todo lo que tú quieras, pero me dejaste más tirada que a una colilla. Así que, ya mismo, me tienes que contar lo de Gonzalito con pelos y señales, para compensarme —le dije a Cristina, colgándome de su brazo.

—¿Qué quieres que te diga? Le pregunté si él lo iba a pasar mal con Anita, que me dijera la verdad. Y me respondió que no, que era una diosa en la cama, pero que no era yo.

—¿En serio? ¿Y no lo mandaste de excursión? —pregunté, totalmente asombrada.

—No, fue mejor que eso. Le dije que entendía que todo era por tu bien, por deshacer el lío que se había creado, pero que desde ese momento hacíamos un descanso en nuestra relación. Y que, si Anita era una diosa en la cama, yo tenía uno que también era un dios, y que me lo iba a pasar genial, pero que tampoco era él.

La carcajada que solté resonó por toda la calle, tanto que Alejandro y Leo se giraron para mirarnos, este último con una sonrisa.

—Seguro que te está contando lo del tal Gonzalo ese. Juro por lo más sagrado que, como lo vuelva a ver cerca de mi chica, lo estampo contra la pared. ¡Qué polvos más amargos lo que eché con Anita! Si lo llego a saber, le hubiera regalado un muñeco hinchable —dijo Alejandro, haciendo que hasta mi padre tuviera que pararse para reír.

—Claro, como pensabas que lo que te estaba diciendo era coña, hasta que me viste con él. Tu cara de ese día la tengo grabada en mi retina —Le contestó la otra, con una sonrisa en la cara.

—¿Seguro que no te va a pasar factura en tu relación, Cristina? —pregunté, porque lo que menos quería era que se pelearan, ahora que la veía feliz.

—Para nada, hemos hablado largo y tendido sobre ese tema. Yo solo he quedado con Gonzalo los días que él se iba con Leo y Anita. Peor tienes que

estar tú, que te dejó de la noche a la mañana sin darte explicaciones.

—Pero yo no tengo una relación; en realidad, nunca la hemos tenido. Vamos a compartir paternidad, de momento, no hay nada más.

—Eso no te lo crees ni tú. Cómo se nota que no estabas presente cuando te veía con Mario, o cuando estábamos solos y repetía mil veces que solo pedía que, cuando pudiera decirte la verdad, no fuera demasiado tarde.

—El tiempo lo dirá, amiga. Ahora mismo solo quiero centrarme en mi niña, en que todo vaya bien y nazca sanita, lo demás vendrá solo.

Mi padre tuvo la genial idea de invitarnos a cenar al restaurante donde trabajaba, sabiendo que le conseguirían mesa aunque no hubiera, y Cristina y yo nos miramos.

Se iba a armar, pero mi padre solo reía, era un cabroncete cuando quería, como en ese momento. Me acerqué para tratar de hacerlo cambiar de idea.

—¿Cómo se te ocurre, papá? —le dije, mientras Leo nos miraba sin entender nada.

—Cuanto antes, mejor. Mi niña necesita saber si ese hombre la quiere de verdad o no, y yo también —me contestó, como ya os he dicho, mi padre las veía como a sus hijas.

—¿Alguien me puede explicar de qué va todo esto? —preguntó Leo.

—Pues que Gonzalo es el jefe de mi padre, de eso va. Intenta aguantar a Alejandro, por lo que tú más quieras, o la niña va a terminar naciendo antes de tiempo.

Otro que soltó una carcajada, divertido por lo que nos esperaba, esa que nos contagió a mi madre y a mí. Todo el camino fui rezando para que no estuviera en el restaurante, pero mis plegarias no fueron escuchadas, y nos lo encontramos en la misma puerta.

—Pero si vienen por aquí las mujeres más bonitas de toda la ciudad, en especial una de ellas. Hace varios días que no quedamos, ¿qué te parece si, después de cenar, tú y yo vamos a mi casa y te enseño el jarrón que he comprado nuevo? —dijo Gonzalo, dirigiéndose a Cristina, que en ese momento no sabía dónde meterse.

—El jarrón se lo vas a enseñar a quien yo me sé. Si no te ha llamado, será porque hemos vuelto, y como te vea acercarte a mi mujer a menos de diez metros, vas a tener que ir a que te tomen medidas para una dentadura postiza, y no precisamente a su clínica, que ya sé que tienes cita con ella la semana que viene —le contestó Alejandro.

—Así se habla, sí señor, esto es lo que yo quería escuchar. Gracias, Gonzalo, por prestarte a esto, a pesar de que podías haber terminado con un ojo menos —le dijo mi padre, dejándonos con la boca abierta.

—Un placer, Alfonso. Si no fuera porque no quiero una relación ni de broma, estoy seguro de que hubiera elegido a Cristina, porque como tu hija

siempre ha pasado de mí…

—Eh, eh, ahora soy yo quien te dice que a mi mujer ni la nombres, y menos ahora, que vamos a tener una niña —le soltó Leo, dejando ver su vena protectora.

—Amigo, para que veas cómo escuece cuando te tocan lo tuyo —respondió Alejandro.

—Lo siento por vosotros dos, pero ni en el dedo de mi amiga ni en el mío veo ningún anillo que diga que somos vuestras mujeres, así que hablad con propiedad. Cristina será tu chica, tu novia, o como prefieras llamarla, y yo… solo soy la madre de su hija —les dije a los dos gallitos, para que se les bajaran los humos.

—No me lo digas dos veces, que ahora mismo voy a una joyería y te traigo el pedrusco más grande que encuentre. Eso de que solo eres la madre de mi hija, no te lo crees ni tú, pero de ese tema hablaremos luego —me dijo Leo, dejándome sin palabras.

—Gonzalo, ve reservando el salón grande, que en poco tiempo tenemos dos bodas y un bautizo, te lo digo yo, que soy perro viejo en esto. —Palmeó mi padre a su jefe, mientras ambos reían como si fuera cierto.

La cena transcurrió entre bromas y risas, como siempre había sido, y entonces me di cuenta de cuánto había echado de menos todo eso. Cuando llegó el momento, dije que me marchaba, que al día siguiente debía trabajar y no sabía qué me esperaría; mis padres se habían ido hacía un rato, pero

nosotros seguíamos entre copa y copa, yo sin alcohol, como no podía ser de otro modo.

—Te acompaño, tenemos mucho de lo que hablar todavía —me dijo Leo, que llevaba a Luca en brazos, muerto de sueño.

—Déjalo para mañana, ¿no ves que el niño está que se cae de sueño? —le pedí, porque me daba una pena horrible verlo así.

—En tu casa hay un sofá maravilloso en el que puede dormir y, si es demasiado tarde para sacarlo, yo dormiré con él allí, hasta que se despierte por la mañana, pero no vamos a retrasar más esta conversación.

Su otro brazo lo dejó caer sobre mi hombro, estrechándome contra él, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí protegida; como si todo mi mundo se redujera a eso, y me hizo mucho bien.

Esta vez subimos en el ascensor, porque por la escalera con el niño era incómodo. Al oírnos llegar, mi madre le dijo a Leo que, si quería, lo dejara en su casa.

—Te lo agradezco, Manuela, pero le prometí que dormiríamos juntos y ya le he fallado muchas veces para hacerlo una vez más. Lo acostaré en el sofá de Carol —le dijo Leo.

Le quitó la ropa y los zapatos, y fue a acostarlo en el sofá, pero me negué, así que lo llevó a mi habitación, donde destapé la cama para que lo dejara allí. Luego veríamos cómo hacer, porque se preveía una charla larga.

—Un momento, que me voy a poner cómoda. Mañana, a la salida del trabajo, voy a ver si me compro algo de ropa premamá, porque ya me aprietan todos los pantalones —dije, mientras me cambiaba en el baño y me ponía uno de esos vestiditos de algodón que tenía para estar en mi casa.

—Yo te acompaño, así le miramos algo de ropa de invierno también a Luca, que todo le queda pequeño —me contestó desde el salón, sabiendo que el niño, una vez que cogía el sueño, dormía tan profundamente que nada lo despertaba.

Cuando salí al salón, me lo encontré en bóxer y camiseta; se había quitado los pantalones y los zapatos, y sonreí mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué quieres? Yo también quiero estar cómodo.

—Nada, nada, estás en tu casa.

—No, esta casa es muy pequeña para vivir los cuatro, será mejor que nos mudemos a la mía, pero si no quieres, compramos una nueva, a tu gusto, eso ya lo decides tú.

—Déjate de bromas, no me voy a ir a ninguna parte, te lo he dicho antes, que solo somos los padres de esta niña, nada más.

—No me hagas que me enfade, Carolina. ¿Necesitas un anillo en tu dedo para que veas que voy en serio? Mañana mismo lo tendrás…

—No es cuestión de anillos ni de collares, es que no puedo creerte, no después de todo lo que ha pasado. Llámame desconfiada o lo que tú quieras, pero es que no me fío de que, dentro de tres días, me vuelvas a dejar tirada.

—Eso no pasará, te doy mi palabra. Confía en mí, te lo pido, no quiero alejarme de ti ni de la niña, quiero estar en cada paso del embarazo, en cada patada que dé —me suplicó, casi llorando.

—Vamos a hacer una cosa: iremos pasito a pasito. No te voy a apartar ni de mí ni de la niña, pero no puedo entregarme de golpe. Entiéndeme, no puedo liarme la manta a la cabeza y confiar ciegamente, no después de todo lo que hemos vivido.

—Está bien, pero cuando el embarazo esté más avanzado, te vendrás a vivir conmigo, con nosotros, porque estoy seguro de que Luca estará encantado de que vivamos todo este proceso juntos.

Nos besamos, no fue algo sexual, sino más bien romántico, y cuando le dio un beso a mi vientre, y le dirigió unas palabras a nuestra hija, me emocionó muchísimo. Nos fuimos a la cama, esa noche no hubo sexo, Luca durmió entre los dos, y pude coger el sueño a la primera.

El día siguiente en el trabajo fue un caos total, qué os voy a contar: expedientes desordenados, papeles por todos lados, los ordenadores sin disco duro… Tuvimos que empezar casi de cero con todos los casos. Entraron dos chicas nuevas, muy simpáticas, pero con quienes mantuve distancia, no quería repetir errores.

A la salida, estaban mis dos chicos esperándome, pero antes de salir, le dejé a Braulio un beso en la mejilla, y empezó a reírse. Antes de entrar, me tomé un zumo con él y le expliqué todo lo que había pasado la tarde anterior.

—Carol, ¿puedo preguntarte algo? —me dijo Luca, quien no paraba de tocar mi barriguita— Cuando nazca mi hermana, ella te va a llamar mamá, como yo no tengo, ¿puedo llamarte igual que ella?

—Si tu padre te da permiso, puedes hacerlo desde este mismo momento.

# Epílogo



***Diez años después…***

—Venga, vamos, o llegaremos tarde —le dije a mi prole, que todavía no estaba lista.

—Mamá, no seas exagerada, que tenemos tiempo de sobra —me respondió Luca.

—Desde luego, no sé por qué tenemos que llegar a todas partes los primeros, ni que nos fueran a quitar el sitio —esa era Miranda, nuestra hija de nueve años.

Ese día le daban a Leo, mi marido, el premio al mejor empresario de la provincia, y parecía que me lo daban a mí en vez de a él. Veinte veces le hice que leyera el discurso que iba a pronunciar, otras tantas le cepillé la chaqueta, esa que, además, estrenaba esa noche, así que no tenía por qué tener pelusas, pero a mí los nervios me daban por no estar quieta.

—Ya estamos listos —dijo Leo, con nuestro hijo de dos años —que se llamaba igual que él— en brazos.

—¿Qué haces, loco? Ponlo en la sillita, que al final te manchará el traje antes de llegar.

—Pues qué mejor medalla que esa, una mancha de mi hijo el pequeño. Relájate, mi amor, o en vez de a la entrega de premios, tendremos que ir a urgencias porque te esté dando un ataque —me decía, tan tranquilo. Lo que yo te diga, se le caían los huevos y no se daba ni cuenta.

En estos diez años, la cosa no había cambiado mucho entre nosotros, o bueno, sí, porque empezamos siendo tres y ya somos cinco. Después de que Luca me preguntara eso de llamarme mamá, se las ingenió para que me fuera a vivir con ellos, alegando que sus amigos no tenían a su padre y a su madre viviendo separados cuando eran pareja.

Una noche, cuando ya estaba de casi nueve meses, mientras cenábamos en casa, se arrodilló y me pidió que me casara con él. No sé si de la impresión o porque verdaderamente era su hora, esa misma noche nació Miranda. El parto lo atendió María y fue rápido, a pesar de ser primeriza. En menos de dos horas desde que entramos por la puerta de su clínica, ya tenía a la niña en brazos. Tal y como había soñado aquella noche, Miranda tenía el pelo negro, igual que yo, pero los impresionantes ojos azules de su padre.

Lo que lloramos los dos cuando la tuvimos entre nuestros brazos no tiene nombre. Como dicen que no se puede elegir a unos padrinos que sean pareja

pero que no estén casados, porque se separan, elegimos a Cristina y a David.

Nos casamos pasados tres años del nacimiento de la niña, porque antes nos dedicamos a buscar una casa en la que cupiéramos todos, que no es que la de Leo fuera pequeña, pero nos quedábamos sin espacio para su despacho si necesitábamos otra habitación. Al final, nos fuimos a las afueras, a un pequeño chalecito que de pequeño no tenía nada, con cinco habitaciones, jardín y piscina, justo frente a la playa.

Llevábamos tiempo intentando aumentar la familia, porque Leo insistía en que quería otro hijo más, y cuando pensábamos que ya no nos sería posible, bingo, me quedé embarazada de Leo Junior. En esta ocasión, los padrinos fueron Alejandro y María, por eso de resarcirnos de lo de Miranda, porque ambos se enfadaron un poco al saber que no eran los elegidos.

La madre de Luca no puso ningún impedimento en firmar la adopción del niño por mi parte, como tampoco a la renuncia de él. Seguía vagando de un lado a otro con el que decía que era su hermano, pero que en realidad era su amante, intentando engañar a cualquier hombre que se le acercaba. De ese modo, el mismo día de la boda, le dijimos a Luca que, oficialmente, era mi hijo, por mucho que yo lo sintiera así desde el primer momento.

Nuestros amigos también seguían juntos. Alejandro y Cristina se casaron poco después que nosotros, y eran padres de un niño precioso que se llamaba Carlos. Poco después de su nacimiento, mi amiga pasó por una jodida enfermedad, que hizo que le tuvieran que extirpar el útero y los ovarios, por lo que no pudieron tener más hijos. Pero les dio igual, como su

padre decía, Carlos había llegado justo a tiempo para que la felicidad fuera completa entre la pareja.

David y María no se habían casado, decían que estaban muy bien como estaban. No tenían hijos, porque todavía no habían nacido los gemelos que venían en camino. Les faltaba poquito para abrirse a la vida, un par de semanas como mucho, y ambos estaban encantados. Eran dos niñas, y se iban a llamar Cristina y Carolina, como nosotras, algo que nos llenó de orgullo y satisfacción, aunque suene como el discurso del rey.

¿Qué más os puedo contar? A ver… Mis padres seguían tan bien como siempre, pero terminaron vendiendo la finca, porque yo puse mi piso a su nombre para que pudieran hacerlo sin inconveniente. Con parte de ese dinero, se compraron una casita cerca de nosotros, para cuidar de sus nietos, decían. Querían muchísimo a los tres, pero mi madre sentía especial predilección por Luca, ese que seguía llamándola abuela Manuela. Aún con los casi quince años que tenía seguía siendo un niño noble y responsable, no había cambiado su forma de ser, por mucho que le tocó sufrir en su infancia.

Volviendo al presente, estábamos entrando en el hotel donde se celebraba la gala. Por regla general, acudíamos solos a estos eventos, pero ese en especial, mi marido quiso que fuéramos todos, hasta mis padres, y eso hicimos. Los niños se sentaron con mis padres. Por suerte para nosotros, los dos pequeños no eran nada revoltosos. Miranda parecía que tenía más edad de la que tenía, por su manera de hablar y de actuar, y el pequeño Leo se podía llevar sentado en su silla todo el tiempo que fuera necesario, porque no le gustaban nada los brazos, a no ser que fuera su padre el que lo cogiera.

Terminando la cena, nos hicieron pasar a otro salón, que sería donde se entregarían los premios. Mi hijo pequeño ya se había quedado dormido, y ese era como su hermano, una vez que cogía el sueño podía caer una bomba a su lado que no se despertaba, así que mi madre llevó el carrito hasta donde estábamos toda la familia.

—El premio al mejor empresario de la provincia es para Leo Camacho, por su inmejorable gestión de recursos para llevar a su empresa a ser líder del mercado cafetero —dijo la persona encargada de dar los premios.

El orgullo me salía por cada poro de mi piel, porque sabía que había empezado desde cero, que su empresa había llegado hasta donde lo había hecho por méritos propios, no porque fuera una herencia de años y años de rodaje.

—Mi esposa me va a matar, porque lleva más de cinco días repasando el discurso conmigo, pero no voy a pronunciar ni una palabra de lo que estaba escrito en esos folios —dijo, dejándome con la boca abierta.

—Lo voy a matar —le susurré a mi hijo Luca, que estaba a mi lado.

—Calla y escucha, que este te va a gustar más.

—No es que no quiera dar las gracias a todos los que me habéis dado este premio, que por supuesto que lo hago, pero es que creo que, si estoy donde estoy, es por ella —dijo señalándome.

—Lo que yo te diga, esta noche, yo viuda y tú sin padre —dije entre dientes, mientras que mostraba una sonrisa, y mi hijo aguantaba una carcajada.

—Os preguntaréis por qué, pues yo os lo explico. Hace ya diez años, casi once, Carolina y yo nos volvimos a encontrar, después de mucho tiempo sin saber el uno del otro. Vino para hacerme una auditoría en mi empresa, y descubrió muchas cosas que a nosotros se nos habían pasado por alto. Después de eso, la cosa se complicó mucho, y estuvimos un tiempo separados.

—No verás tú, si al final va a contar hasta la marca de compresas que uso.

—Cuando volvimos, ella estaba embarazada de nuestra hija, Miranda. Pero no vayáis a pensar que por eso me lo puso fácil, todo lo contrario. Por suerte para mí, contaba con la inestimable ayuda de mi hijo Luca, que hoy también, y desde hace ya algunos años, es su hijo.

—Al grano, Leo —le gritó Alejandro desde el fondo de la sala, haciéndonos a todos reír.

—Bueno, como dice mi amigo y mano derecha, voy al grano. Más que una auditoría a mi empresa, Carolina Durán, lo que hizo fue una auditoría al corazón, más concretamente, al mío, porque desde que apareció de nuevo en mi vida, me planteé muchas cosas que antes no había tenido necesidad de plantearme, como el formar una familia. Gracias, mi amor, porque lo que tengo y lo que soy, te lo debo a ti.

Mientras que todos aplaudían, yo solo lloraba, tenía las hormonas revolucionadas de nuevo, porque sí, volvía a estar embarazada. Lo nuestro era épico, cuando lo buscábamos, no venía, y cuando decíamos no va a pasar nada por una vez, daba de pleno en la diana. Él continuaba en el estrado, recibiendo las felicitaciones de sus compañeros, así que no lo dudé, me armé de valor, y subí junto a él, cogí el micro y empecé a hablar.

—Señor Leo Camacho —dije, llamando la atención de todo el mundo, en especial la suya.

—Dígame, señora Durán —me contestó, con una sonrisa, esa que me seguía derritiendo.

—En esa auditoría faltaba algo, un asiento que no cuadraba, y es que, en nuestra casa, sigue sobrando una habitación.

—¿Qué quieres decir con eso? No te entiendo —me preguntó, extrañado.

—Qué está embarazada, imbécil —esta vez fue David el que lo gritó desde la otra punta de la sala.

—¿En serio? ¿Otro más? —me preguntó, entre incrédulo y feliz.

—Eso es, y le pido a Dios lo mismo que siempre, que se parezca a sus hermanos y no me dé guerra, porque con uno que tendrá tres años cuando nazca y otro recién nacido, en vez de una auditoría, voy a tener que cerrar por descanso —le contesté.

Tal y como había hecho cuando se enteró del embarazo de Miranda, me cogió en brazos, dando vueltas conmigo, sin poder parar de besarme.

—Menos mal que ya estás embarazada, amiga, porque si no, estaba claro que te quedarías esta noche —dijo María, que se había acercado a darme la enhorabuena.

El dato del embarazo solo lo sabían María y David, que me pillaron saliendo de la consulta del ginecólogo. Ni siquiera a mis padres se lo había dicho. Nadie se había percatado de que llevaba toda la noche sin beber alcohol, tan solo agua y un refresco, y eso sí que me sorprendió, cuando todos sabían que yo me tomaba una copita de vino blanco con la cena.

Salimos de allí pletóricos, felices, nuestra familia aumentaba, y eso no hacía más que engrandecernos como personas. Una vez en casa, y al amparo de nuestro dormitorio, Leo volvió a darme un beso en el vientre, ese que todavía estaba plano, porque tan solo estaba embarazada de seis semanas.

—Hola, mi amor, soy papá. No te vayas a pensar que, porque hayas venido sin avisar, te vamos a querer menos, que serás la muñequita de toda la familia, porque estoy seguro de que serás una niña y de que te vas a llamar Manuela, como tu abuela, esa que se merece que le pongamos el mundo a sus pies.

¿Qué os puedo decir? Que amaba a mi marido más que a nada, al igual que a mis hijos, por todos ellos daría mi vida. Porque, como había dicho mi marido, la auditoría se la habíamos hecho a nuestros corazones.

FIN

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora